

YOLANDA  QUIRALTE

Las 
Campanas

no son 

 sólo

PARA Las

iglesias 



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Misión 1
Misión 2
Misión 3
Misión 4
Misión 5
Misión 6
Misión 7
Misión 8
Misión 9
Misión 10
Misión 11
Misión 12
Misión 13
Misión 14
Misión 15
Misión 16
Misión 17

Misión 18

Misión 19

Misión 20

Misión 21

Misión 22

Misión 23

Misión 24

Misión 25

Misión 26

Misión 27

Misión 28

Misión 29

Misión 30

Misión 31

Misión 32

Misión 33

Epílogo

Referencias a las canciones

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Si estuvieras en el cine viendo el tráiler de una comedia romántica, ahora aparecería un comisario guapo, Víctor Albalate, también llamado Conan, una agente atolondrada, Diana Sierra, y hasta varias escenas con disparos incluidos. Pero, ¡ah!, estás con un libro entre las manos, y lo único que te queda es leer para averiguar por qué el comisario, un tipo duro y agresivo, consigue hacer temblar a Diana sólo con su voz y por qué, después de cada revolcón, ella no consigue evitar que él se esfume de su lado. Y, sobre todo, descubrir de dónde salen unas misteriosas campanas de chocolate.

Una novela romántica, desenfadada, actual, plagada de situaciones y de diálogos muy divertidos, y que te deja con una sonrisilla y un suspiro en los labios.

*Las campanas
no son sólo
para las iglesias*

Yolanda Quiralte

Esencia/Planeta

*Para Alfredo, el hombre con el que soñaba desde niña
y el ejemplo claro de que, a veces,
los sueños se hacen realidad.
Te quiero, «Campanitas».*

... recojo ahora el libro de los besos escritos
con la sangre de mi corazón con rescoldos de ceniza

que el amor es verdad, lo regurgitabas, lo barruntabas,
lo sabías

ahora alzo al cielo la vista, cielo de luna roja
y tu locura
mi locura
de amor también, pero más real, más humana, aúlla,
y decido volver a la fogata

amor, no tardes en desterrarme al país donde

silenciosamente y entre lágrimas actúas.

ENRIC SERRA PRADES, «Al poeta»

Misión 1

Rescatar a un zumbado en la piscina municipal

Juro por todos los dioses del firmamento estelar que si sigo oyendo villancicos voy a ponerme a gritar como la loca que llevo dentro. Y la llevo, te lo aseguro.

La primera noción que tuve de mi locura obsesa-posesa vino de labios de mi abuela, ni más ni menos: «Diana, ¿cómo vas, nena, a meterte en semejante follón si lo tuyo es la tranquilidad de tu casa?».

Y eso, créeme, es lo mismo que me he repetido durante 2.309.402.394 veces a lo largo del último año y medio.

Ser policía en este mundo de pirados instantáneos (especie de zumbados que en un minuto la lían parda sin pensar en las consecuencias inmediatas de su acción, *oséase*, esposas, calabozo y tunda abogacil con juicio incluido) es uno de esos errores que una comete en la vida una sola vez, porque, claro, en cuanto consigues la placa: «¡¡No vas a ser tan gilipollas de dejarlo!! Pero ¡¡si eres funcionaria, hija mía, ¿cómo se te ocurre?!! ¡¡Con lo que te ha costado llegar hasta aquí!!».

¿Llegar adónde exactamente? ¡¿Al borde de la piscina del ayuntamiento, a cinco días de Navidad, llena hasta los topes y con un sujeto de identidad desconocida dando saltos como el macaco de *El rey león* en pelota picada encima del trampolín?! ¿Para eso he estado yo como una capulla metida en la

academia de Ávila durante no sé cuántos meses, más puteada que una monja de clausura? ¿Para eso? ¡¿Con villancicos como música de fondo?!

¡¡Y una mierda!!

—Haga el favor de bajarse de ahí, por favor. Está usted llamando la atención de todos los usuarios de la piscina municipal.

—Tú *flipaz*, madera *tocapelotaz*. No *pienzo* bajarme de aquí *hazta* que mi Lola venga a *buzcarme*. Quiero que *zepa* lo bien que nado.

Perfecto, lo que me faltaba, un borracho exhibicionista enamorado. Un tonto del haba. Debe de ser mi sino. Se me da genial encontrarme con idiotas.

—Se lo repito por última vez: ¡¡¡BAJE DE AHÍ INMEDIATAMENTE!!!

—Ni lo *zueñez*. Mi Lola dice que el vecino del cuarto *ez* el mejor, pero yo *zé* que no. No hay nadie que me gane *zaltando dezde* el trampolín.

¡Y ¿qué hago?! ¿Saco la pistola y lo amenazo? ¿Le pego cuatro gritos? ¿Pido refuerzos? ¿Sigo mirando al resto de los nadadores, estupefactos ante mi nula actuación como agente de la ley y el orden?

—Estoy empezando a enfadarme. ¡O baja usted de ahí, o me veré obligada a actuar de un modo más contundente!

Contundentísimo, desde luego, aunque si descarto lo de la pistola en su culo, casi me quedo sin recursos. No quiero que me expedienten por «ensuciar mi arma» de semejante forma.

—Oh, la maderita tiene mala leche... ¡*Puez* no voy a bajar, y ya *ze* puede poner como una energúmena, que aquí me quedo! —apunta dando saltitos con los pies en medio del trampolín azul.

No me gustan los desafíos. Me ponen negra. Caigo en todos.

—Eh, ¿es que no piensa hacer nada? Anda que..., policía y encima inútil.

Perfecto, un usuario tocacojones. Decidido. Intervengo. Allá voy, yo... y la brillante idea que acabo de tener.

—Anda, la poli viene a *zaltar* conmigo. Venga, venga, que yo le voy a *enzeñar*.

Titubeo a mitad de la pasarela. No es que me encante caminar por una tabla móvil y tambaleante delante de alrededor de setenta y cinco personas que me miran desde debajo de sus gorros de látex. No, la situación no es de mis preferidas. Pero, en fin, allá que voy.

—Deme la mano y camine hasta mí. Quiero hablar con usted con tranquilidad y aquí, desde luego, no podemos hacerlo. Por favor, venga hacia mí. ¡¡No, no salte!!

—*Eztoy* entrenando para cuando venga Lola. *Zólo* podré dar un *zalto ezpectacular*, *azí* que debo practicar.

—Está usted cometiendo varios delitos: desacato a la autoridad, o sea, yo, exhibicionismo público...

—¡Eh, qué yo no *zoy* ningún *zibionista*! *Zimplemente zoy naturizta*. Atención *todoz*: ¡¡VIVA LA MADRE NATURALEZA!!

—¡VIVA!

Casi ochenta bocas aclamando al héroe. Cojonudo.

—Está bien. Ya me ha enfadado. Queda usted detenido...

—Bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla...

Uf. Me está poniendo de los nervios. En serio. De verdad. Saco la pistola.

—¡¡LE HE DICHO QUE SE BAJE YA MISMO DE AHÍ!!

—¿Me va a *dizparar*? Hoy, en *zerio*, *ez* un día de mierda.

Mira, primer punto en el que estamos de acuerdo.

—Me ha dejado Lola, mi novia. ¡*Eztoy* haciendo el ridículo en medio de una *pizina* llena de gente paleta con gorro de ducha y encima odio *loz villanzicoz* de *loz cojonez*!

Segundo punto a su favor y abucheo general de los bañistas por el taco.

El sospechoso, culpable a todas luces, sacude las manos como acallando a las masas y vuelve a saltar en la puntita del artilugio maligno, que está empezando a darme vértigo. Muy bien. Acción-reacción, es decir: salto-asalto.

Camino deprisa por el trampolín y lo agarro de los brazos justo en el momento en que éstos se encuentran atrás cogiendo impulso.

—Pero bueno, ¡¡*zi* la poli me quiere *zobar*!! ¡¡*Zo* guarrona!! ¡¿A que la denuncio por *acozo zezzual*?!

—Hala, machote, vámonos a comisaría —mascullo intentando ponerle las esposas—. Creo que hoy va a pasar un buen rato metido en el calabozo.

—*Ezo*, ni de coña. Yo primero *zalto*. Y ¿*zabez* qué? Tú te *vienez* conmigo. —Tirón a las esposas—. ¡¡Al agua, *poliiiiii-patoz*!!

—¡¡Ah, haga usted el favor de parar!!

¡¡¡CHOFFF!!!

Plas, plas, plas, plas, plas, plas. ¿Quién carajo aplaude?

Glu, glu, glu, glu, glu, glu...

Lo último que recuerdo es el *Jingle Bells* a toda castaña entre el estrepitoso aplauso de los bañistas. ¡¡Arg!!

—¡¿Zabe uzted?!

—Sorpréndame...

—Ez toda una *Ezther Williamz*...

—¡Cállese, por Dios!

Misión 2

Cogerle los datos al zumbado y tomar decisiones importantes

—Muy bien, señor, acompañeme a la comisaría.

—¿Azí, chorreando?

—Sí, así, usted se lo ha buscado.

—Yo zólo ze lo digo porque *vamoz* a poner el coche patrulla perdido.

—Usted de eso no tiene que preocuparse.

—*Puez* bueno, yo no me preocupo de nada, *zoy* un hombre *zin preocupacionez*.

Lo miro de reajo, sé que no debo, pero lo hago, no puedo evitarlo. A pesar de mi mal humor, reconozco que está hecho un verdadero cascajo así vestido, con el albornoz de una de las abuelas asiduas de la piscina. No parece un sujeto nada peligroso, pero a mí me ha dado la tarde, algo nada necesario teniendo en cuenta la mierda de día que llevo.

Miro el reloj de la piscina: son las cuatro y cuarto. Mi turno termina a las seis, así que tengo justo el tiempo necesario para llevar a mi amigo a comisaría y rellenar el informe pertinente delante de los morros del comisario Albalate, un auténtico capullo que ha decidido consagrar su vida a tocarme las narices, puntiagudas y perfectas, por cierto.

—¿*Ez nechezario* que vaya en el *aziento* de *deetráz*? Yo me mareo en coche.

—Eso, señor...

—*Carloz*, *Carloz* Pardo, encantado, *zeñora* agente de policía.

—Muy bien, señor Pardo, conduciré despacio para que no se maree, se lo prometo, pero ahora sea razonable —de una puñetera vez— y siéntese detrás. Vamos, que ya me ha hecho perder demasiado tiempo.

—*Puez* ya lo *ziento*, de verdad. No era mi intención cuando me he levantado *ezta* mañana.

Me meto en el coche tratando de no hacer mucho caso al señor Pirado de la Vida. Me acomodo en mi asiento y meto las llaves, que aún chorrean, para arrancar mi coche patrulla.

—Le va a dar un *petardazo* de *loz* que hacen *hiztoria*.

—Le agradecería, señor Pardo, que cerrase la boca e intentara permanecer callado hasta que lleguemos a comisaría.

Sin poder evitarlo, cierro los ojos un poquito por si los malos augurios de mi amigo el detenido se hacen realidad, cosa que no ocurre, gracias a Dios.

Conduzco con precaución para que el enamorado desquiciado no se maree y no me vomite en el coche. Es una proeza que consigo a pesar de los gestos de indisposición que me dirige. Lo observo con mucho recelo para poder parar a tiempo en caso de que sea necesario, y es que sí, soy una agente de la ley y el orden seria, pero no una capulla despiadada sin emociones, sobre todo porque yo también me mareo en el asiento de atrás.

—Digo yo, *zeñora* agente, que en menudo follón me he metido, y todo por una mujer.

—Pues sí, señor Pardo, no creo que le haya merecido la pena.

—*Ezo* aún no lo *zé*, cuando me he dado cuenta *eztaba* como una cuba encima del trampolín.

—¿No recuerda nada más?

—No. *Zólo* que Lola *eztaba tirádoze* al vecino en el cuarto de *laz calderaz* del *pizo* nuevo. ¿*Zabe uzted*, *zeñora* agente, que me *cazaba* el *zábado*?!

Aprovechando que el semáforo está rojo, me vuelvo a mirar al detenido,

que acaba de romper a llorar.

—Lo siento mucho, de verdad.

—*Ez* duro, no *zé* qué va a *zer* de mí a partir de ahora. No podré volver a confiar en nadie.

—Una mala experiencia no arruina una vida, señor Pardo, se repondrá y saldrá adelante.

—¿*Uzted* cree? —pregunta llorando todavía más fuerte.

—Estoy del todo convencida. ¿Tiene familia aquí?

—*Zí. Miz padrez* y mi hermana.

—Estupendo, ellos lo ayudarán. No se preocupe, lo superará, ya lo verá.

—No lo *zé*, *zi* quiere que le *zea zincero* —afirma mirando por la ventanilla mientras llora inconsolable.

Sigo mirándolo de reajo, pero él no parece darse cuenta. Empieza a tocarme la fibra. Míralo ahí, joder, pobre chaval, sentado en un coche de policía, detenido y vestido con un albornoz de mujer después de haber montado un pollo de tres pares, desnudo, delante de unos setenta y cinco viejecillos de los cursillos de natación del Imsero.

Ains...

—Me iba a *cazar* el día de Navidad, porque Lola decía que era muy romántico. ¡Ay, que me mareo! Todo me da *vuelgaz*.

—¿Por qué no cierra los ojos y respira hondo, a ver si se le pasa? Ese malestar es producto de todo el alcohol que ha bebido.

—Una caja de veinticuatro *birraz*, para *zu* información.

—¿Ve?, normal que se encuentre mal.

—Mal no, fatal..., me encuentro fatal.

—Respire.

—Lo intento.

Vuelvo a mirar la hora y al pobre desgraciado que llevo detrás. Pobre, pero pobre de verdad... ¡¿Cuántas veces he pensado que ser poli y blanda no es compatible?! Creo que 2.522.000. ¿Qué hago? ¡Mierda, ya empiezo a dudar sobre si llevarlo a comisaría o no! Total, tampoco ha hecho nada grave. Escándalo público. Sólo eso, y, reconócelo, motivos tenía el chaval para ponerse así.

—¿Le importaría bajar un poquito la ventanilla? De verdad no me encuentro bien...

—Le pondré el aire acondicionado. Está prohibido: ya sabe, las normas.

—Vale, lo que *uzted* haga *zerá* perfecto.

—¿Quiere que lo lleve al hospital?

—¿En el *hozpital* curan *corazonez rotoz*?

Niego con la cabeza porque soy incapaz de responderle de otra forma. Tiene el rostro de un color ceniciento y los ojos hinchados como los de una sapa de charca. ¡Pobre! ¿Qué hago? Desde luego, Diana, que lo tuyo es grave.

—¿Dónde viven sus padres?

—En la urbanización El Balcón.

Ay, que me da el yuyu... ¿Qué hago? Me tiembla el pie sobre el acelerador. Si sigo adelante ya sólo quedan dos manzanas para llegar a la comisaría, pero si giro a la derecha... Total, Di, ¿quién carajo sabe lo que ha pasado en la piscina si hoy vas sola, sin compañero? Ea, decisión tomada. No voy a complicarle más las cosas al muchacho. Ya tiene bastante con lo que tiene. ¡¡Lo suelto!!

Enfilo el coche hacia la derecha sin ningún remordimiento y sonrío para mis adentros. Soy una poli algo ñoña. Más blanda que el algodón. ¿Y qué?

—Señor Pardo, ¿cuál es la casa de su familia?

—La cuarenta y *doz*, ¿por?

—Mire, usted y yo vamos a hablar. Debido a su estado y a todo lo que ha sucedido, he decidido librarlo de los cargos.

Carlos Pardo se pone recto de un salto.

—¿De verdad *eztá uzted dizpuezta* a hacer *ezo* por mí?

—Sí, será nuestro secreto, ¿le parece? Además, al fin y al cabo, casi es Navidad.

—Ni la nombre. La odio.

—Yo también.

Aparco el coche justo en el vado del garaje de la familia Pardo y me bajo notando un biruji tremendo. ¡¡Sigo mojada y no me acordaba!! ¡Qué ganas de llegar a casa y cambiarme!

Le abro la puerta a Carlos mientras él me observa con una de esas miradas llorosas que llegan hasta el epitelio superior del tuétano, si es que esa parte del cuerpo existe, y lo ayudo a salir. Acto seguido le quito las esposas.

—¿Sigue encontrándose mal?

—Zí, cada vez peor. ¿Puede llamar *uzted*, por favor? Ya verá la cara de mi padre. Nunca le *guztó* Lola.

—Por eso no se preocupe, su familia lo ayudará y mañana todo será distinto.

Carlos me mira no muy convencido y camina a mi lado arrastrando los pies enfundados en unos de esos calcetines de látex que alguien le ha prestado. Llamo a la puerta sin dudar. El exdetenido y yo estamos al borde de la congelación.

—Voy —dice una voz femenina al otro lado de la puerta—. Debe de ser el traje de novio de Carlos, dijeron que lo enviarían hoy.

El susodicho me mira mientras sus ojos chorrean lágrimas, porque este hombre no llora, se exprime.

La puerta se abre justo en el instante en el que pienso que Carlos está al borde de la deshidratación y aparece una señora muy guapa de unos cincuenta y cinco años, vestida como si fuera a ir a la ópera en ese mismo momento, algo imposible si tenemos en cuenta que son las cinco de la tarde de un lunes.

—¿Carlos? Mi vida, ¿qué te ha pasado? Oh, Dios, ¡Alberto, Alberto, ven corriendo, por favor! ¡Carlos está aquí con la policía!

—Tranquilícese, señora Pardo, soy la agente Diana Suárez, su hijo está en perfectas condiciones. ¿Me permite pasar y así se lo explico con calma?

—Desde luego, por favor, pase, perdone mi falta de educación. Me he quedado sorprendida al verlos. Carlos, hijo mío, ¿estás bien? —pregunta la madre, aún sin poder creerse lo que tiene delante: su hijo vestido como la Charito y una poli mojada como un pollo—. ¿Quiere sentarse?

—Gracias, pero, como puede ver, estoy mojada. Se lo voy a poner todo perdido.

—No importa, de verdad, aunque si va a...

—Yo *zí* me *ziento*, *zi* no *oz* importa.

Ambas miramos al hombre-alborno, que no puede evitar enseñar todas sus partes al despanzurrarse en el sofá de flores de su santa madre, que abre los ojos escandalizada.

—¡¡Carlos!! ¡Tápate! ¡¿Qué va a pensar la agente?!

—Nada, tranquila, he visto a su hijo en peores momentos, se lo aseguro —afirmo comprensiva.

El aludido frunce el ceño y se tapa veloz con un cojín.

—Pero ¿qué pasa aquí? —pregunta el que debe de ser el padre de Carlos.

—Ay, Alberto, tu hijo, que acaba de llegar acompañado de la policía. ¡Algo grave debe de haber pasado!

—No ha *pazado* nada, mamá, nada de nada. *Sniff, oing, guñuguñu...*

—¡¿Estás drogado, Carlos?!

—*GUÑUGUÑUGUÑUGUÑ, ONGGGGGGGGG...*

—¡¿Se ha dormido?!

—Eso parece. Miren, señores Pardo, al parecer, según cuenta su hijo, a la hora de la comida ha tenido la desagradable sorpresa de encontrar a su novia en una actitud..., digamos... —quién me mandará a mí meterme en semejante berenjenal— comprometida.

—¡¿Cómo?! ¡¿A Lola?! Imposible.

—De imposible, nada, Lourdes, te he dicho siempre que *ésa* no era de fiar. Cuéntelo todo, agente, por favor.

—Como les decía, descubrió a su novia en actitud cariñosa con uno de los vecinos de la finca donde iban a vivir y...

—¡Será putón, la tía!

—Alberto, contrólate. Siga, por favor. ¿Dónde la encontró? ¿En su piso?

—No, en el cuarto de las calderas. —Hasta a mí me da vergüenza contarle, leches—. La situación debió de causarle una especie de *shock* y los usuarios de la piscina municipal nos llamaron porque...

—¿Lo encontró en la piscina?

—Sí, señora, desnudo y a punto de saltar del trampolín.

—Debía de estar borracho para hacer una cosa así, mi hijo no...

—Pues así estaba, ebrio.

—¡¡Ay, Alberto, qué vergüenza!! ¡¿Qué dirán los vecinos?! ¡¿Qué vamos

a hacer?!

—De momento, ayudar a tu hijo, que bastante mal lo estará pasando el pobre, te lo aseguro. Aunque si me hubiera hecho caso, otro gallo habría cantado.

—No creo que sea el momento de reprocharle nada a su hijo. Por mi parte, desde luego, y como favor especial debido a la situación, no voy a dar parte del suceso, pero les aconsejo que lo vigilen para que no se repita. Y ahora, si me disculpan, debo retirarme ya.

—Muchas gracias, señorita, gracias por todo y por cuidar a mi hijo.

—Es mi trabajo, no se preocupe. Buenas tardes.

Salí de allí escopetada, pero, antes, no pude evitar mirar por última vez al pobrecillo Carlos. Parecía tan frágil... Puñetero amor.

Misión 3

Sobrevivir a la Navidad metida en comisaría y aguantar a Conan

La comisaría de la ronda Magdalena está ubicada en uno de esos edificios mohosos de toda la vida. No debe de haber visto un bote de pintura desde que en la segunda guerra mundial la racionaron y la catalogaron como bien escaso. Meter la nariz en ella es como despertar de un largo sueño. Te espabilas de golpe. Legiones de ácaros «gran reserva» campan a sus anchas entre los miles de documentos inservibles que se amontonan en cada rincón.

Sólo hay un despacho, el del comisario Albalate, una especie de Conan *el Bárbaro* en cuanto a musculitos se refiere, pero con mucha más mala leche y menos sentido del humor, que ya es decir.

Los demás nos sentamos en sillas de la era de la última glaciación, que crujen al más mínimo contacto con cualquier trasero. Algún día, alguno de nosotros morirá desnucado al sentarse, pero de momento incluso siguen deslizándose sin problemas sobre sus carcomidas ruedecillas de plástico negro. Varias mesas de madera, desperdigadas, constituyen el resto de nuestro mobiliario, sin olvidar, por supuesto, las pertrechadas máquinas de escribir, posibles herederas de la máquina de Gutenberg. En fin, que la comisaría está hecha una mierda, pero es lo que hay y hay que aguantarse, y

más ahora, en época navideña, en la que parece una tienda de los chinos llena de luces y de adornos por todas partes, fechoría de la administrativa, que parece aburrirse bastante.

—¡Suárez, ¿quieres un donut?! —grita mi compañero, repuesto por fin de la gripe que lo ha obligado a quedarse en cama una semana entera. Parece estar sano, a no ser que una se fije en el tono pajizo que conserva.

—No, gracias, estoy aún con el papeleo del robo de esta mañana, y tú no deberías: estás a dieta.

—Tengo que coger fuerzas después del gripazo, y, oye, haz un descanso. Llevas ahí con la cabeza gacha desde hace tres horas y media.

—Prefiero acabarlo. Gracias —digo mirando la campana de chocolate que ha vuelto a aparecer en mi mesa.

Una vez más, como todos los años. Cuando se acerca la Navidad, alguien deja ese dulce en mi mesa. Debe de ser cosa de Ricardo, pero nunca ha querido admitirlo, así que cuando, Navidad tras Navidad, éstos aparecen, ambos fingimos no saber nada del asunto.

La cojo sonriendo y, cuando estoy a punto de meterla en el cajón junto a los clips y demás cachivaches, un ruido estridente hace que vibre como un diapasón.

—¡Suárez, a mi despacho!

Ponerse en pie de un salto cada vez que el comisario pega un chillido es algo que los polis debemos tener grabado en el ADN. No he visto a nadie que no lo haga. El hombre acojona como pocos. Puedo jurar que he visto a varios machotes temblando ante la potencia de su mirada cargada de mala leche, que la tiene y mucha.

Entro en su despacho con el corazón dando botes del pasmo que está a punto de darme y me siento delante de él incitada por el gesto que me hace con la mano derecha, mano en la que lleva, por cierto, un pequeño tatuaje con forma de ala de ángel. Vaya, nunca lo había visto. Otro misterio sin respuesta en torno a Conan.

—¿Me ha mandado llamar, señor?

—Es evidente que sí, Suárez, creo que lo ha oído toda la comisaría.

Conan se incrusta en su asiento de cuero negro y cruza las manos por

detrás de la cabeza. Lo observo sin pestañear, preguntándome qué carajo querrá de mí. Sé que debería estarme calladita en plan prudente, pero eso es algo imposible, así que ahí va:

—¿Para qué quería verme?

Conan sonrío. ¡¡Sonríe!! Mal vamos.

—¡¡Górriz, traiga lo que acaba de llegar a mi despacho!!

Gusano, apodo que le hemos puesto a Gustavo Górriz, compañero de calle, debido a su peculiar forma de deslizarse por el suelo, aparece de repente con un inmenso ramo de rosas rojas.

—¿Dónde lo dejo?

—Aquí, delante de Suárez, para que lo vea bien. Al fin y al cabo, es para ella.

—¿Para mí? ¿Qué?, ¿están de coña?

—Suárez, ¿me ha visto alguna vez «de coña»?

Ups, Diana *la Bocazas* acaba de meter la pata, pero hasta el corvejón.

—No, señor, disculpe, ha sido por la sorpresa. ¿Dice que son para mí?

—¡¿Cuántas veces quiere que se lo repita?! La sordera no es compatible con su puesto, ¿lo sabe?

—Sí..., pero...

—Pero ¿qué? Mire, Suárez, le voy a ser claro: ¡ESTA comisaría NO ES UN PUB DE LIGOTEO! ¡Si quiere tontear, hágalo fuera de sus horas de trabajo!

—¡Yo no tonteo con nadie y no tengo ni idea de qué es esto! —grito señalando las rosas.

—¡Urg!

—¡Puede gruñir lo que quiera! Estoy diciendo la verdad.

—Suárez, ¿es consciente de la forma en la que me está hablando?

—Hay una nota —susurra *Gusano* queriendo calmar los ánimos.

Ambos, *Gusano* y yo, miramos a Conan ojipláticos, esperando respuesta.

—Quite esas flores de mi vista, y que no vuelva a suceder algo semejante o tendré que expedientarla por perder el tiempo en su puesto de trabajo. Esta comisaría es un sitio serio y no un lugar para tonterías. ¡Fuera los dos!

Górriz cierra la puerta con cuidado. Si hay algo que odia el comisario son

los portazos, y no están las cosas como para provocarle otro arranque de ira.

—¡Joder, cómo se ha puesto! —exclamo con lágrimas en los ojos—. Además, no tengo ni idea de dónde ha salido esto —digo afectada mirando el impresionante ramo que llevo entre las manos.

—Es un cerdo, Diana, no te preocupes. Disfruta de tus flores, no le hagas caso. ¿No sabes de quién es?

—Ni idea.

—Pues lee la nota —me aconseja Gusano mientras arranca la pequeña pinza de madera que sujeta un sobrecito.

Lo abro con sumo cuidado para no romperlo. Me encanta coleccionar estas chorradas.

*No sé cómo agradecerle lo que hizo
usted ayer por mí.*

¡Mil gracias!

Atentamente,

Carlos Pardo

Sonrío justo en el peor momento: cuando Conan abre la puerta para pedirme el puñetero informe.

—¿Qué? ¿Sigue sin saber quién se lo manda, Suárez? ¡Borre esa sonrisa de la cara y termine el maldito informe!

Lo miro de reojo. Así, con los brazos en jarras, parece un tabernero cabreado. A la mierda, voy a por la campana de chocolate. Me la como entera, de golpe.

Dos horas después aún estoy escribiendo el dichoso informe bajo la atenta mirada de mi compañero, Ricardo Bellés, un tío de lo más majó, que me ayuda sin parar.

—¿Quieres que lo acabe yo?

—No, si se entera Conan me expedienta, y ya he tenido bastante por hoy.

—No sé qué le ha pasado. Esta tarde está peor que nunca. ¿Has visto cómo se le inflaba el pecho cada vez que hablaba con alguno de nosotros?

—Ha sido por las flores. No le ha hecho ninguna gracia que me las

mandaran.

—Y ¿de quién son, por cierto?

—Del chico de ayer, del pobre que pilló a la novia con otro.

—¿Del exhibicionista de la piscina?

—No te rías, que debió de ser duro para él.

—Eso sí... Vamos, pillo yo a mi Luisa con otro y me muero infartado en ese mismo momento.

—A tu Luisa no se le...

—¡¡Suárez, el informe, coño, que llevo esperándolo todo el día!!

—Ya está redactado, señor. Lo imprimo y se lo doy.

Dicho y hecho. A los cinco minutos, los documentos están en manos del hombre de enfurruñado ceño que me manda cada dos por tres.

—Bien, Suárez, ya puede marcharse a casa. Se ha pasado de su hora.

—Hasta mañana, comisario, y con respecto a lo de las flores...

—Ni me lo recuerde, no quiero irme a casa enfadado.

Salgo de la comisaría cabizbaja mientras intento ponerme, con una sola mano, la pelliza de ante que me regaló mi tía Piluca para Reyes del año pasado.

La cazadora de piel fue el único regalo que me gustó, y es que mi tía es la única que comprende que no es necesario regalarme cosas para «el ajuar», algo que mi madre y mi abuela no ven con tanta claridad. Ése es otro de los motivos por los cuales odio profundamente la Navidad: todas y cada una de las noches de Reyes desde que soy pequeña, mis queridos familiares, a excepción de la tía Pilu, me regalan copas, paños de cocina, toallas, cubiertos, servilletas, manteles, candelabros y demás objetos inútiles con el fin de que, cuando me case, tenga completo mi ajuar de novia. Un verdadero ascazo.

Vuelvo la cabeza. Un coche rojo estacionado en doble fila pita insistentemente.

—¡¡Agente Suárez!! ¡¡Diana!! ¿Se acuerda de mí?

Observo bien al chico que baja del coche y me acerco a él. Es Carlos Pardo. Sin remojo es bastante atractivo. Sonrío.

—¡Claro que me acuerdo! ¿Cómo se encuentra hoy?

—Tengo una resaca de mil demonios, pero pensé que iba a estar peor.

—Vaya, veo que lo del ceceo de ayer era cosa del alcohol.

Carlos se pone del mismo color que su coche y baja la cabeza avergonzado.

—Menudo numerito monté... No sé qué me pasó. Me invadió una furia tremenda. Créame que no soy de esos que van montando escándalos por ahí. De hecho, soy abogado.

—Es mejor que se olvide de ello ya.

—Diana —dice mirándome a los ojos y cogiéndome de las manos—, de corazón, mil millones de gracias. Fue usted un verdadero ángel conmigo. No sé cómo agradecerse.

—No se preocupe más, y, de verdad, las flores —levanto el brazo para que las vea bien— son preciosas, pero no eran necesarias. No hice más que cumplir con mi deber.

—Sabe que no. Hizo mucho más. ¿Me permite que la invite a tomar algo en la cafetería de la esquina? Me sentiría mucho mejor.

—No, no hace falta, en serio.

¡Qué duro es mi trabajo a veces, decir que no a un hombre tan atractivo...!

—Por favor, se lo suplico, necesito hacerlo para acallar mi conciencia —implora poniéndose de rodillas en medio de la acera.

Obnubilada ante la escenita, no puedo evitar romper a reír mientras miro a los lados para asegurarme de que nadie conocido me está viendo. Mal. Mierda. ¡Conan observa ceñudo desde la puerta de la comisaría!

Se me corta la sonrisa de cuajo.

—Por favor, levántese, que mi jefe nos está mirando y estas cosas no le hacen ninguna gracia.

—¿Su jefe? ¿El musculitos de pelo negro de la puerta? ¿El que mira con mala leche?

—Sí, ése.

—Pues entonces vayamos a por ese café y nos quitamos de en medio, ¿le parece?

—Está bien, usted gana.

Y me dejé arrastrar por el guapérrimo Carlos hacia una tarde perfecta, a pesar de que el pobre me contó cómo había conocido a Lola tan sólo tres

meses antes, había sucumbido a sus encantos malignos y le había propuesto matrimonio cayendo en sus redes como un adolescente.

Convencida de que algunas mujeres son auténticas lagartas, dejé que Carlos me depositara en mi casa a las dos de la madrugada, tras haber bebido cinco téis, haber cenado con él en La Boîte Azul, el restaurante más elegante de la ciudad, y haberle dado mi número de teléfono.

Misión 4

Seguir soportando la Navidad a tres días de que llegue, sin gritarle al comisario cuatro verdades a la cara

Estoy hecha una birria. Una auténtica mierda. Ya ha llegado el oportuno trancazo navideño. No falla. Siempre estoy enferma el día de Navidad, una razón más de por qué la odio, aunque esta vez tengo excusa, dos, para ser exacta: Ricardo me ha pegado la gripe o me enfrié al salir en pleno diciembre chorreando de la piscina. No sé, ya elegiré la que mejor me parezca.

En mi día a día, suelo ser bastante mona, no una belleza espectacular, pero sí resultona, es inútil que lo niegue. La modestia no es una de mis virtudes. Mi culo tampoco, la verdad, pero bueno, lo disimulo como puedo. Lo que no consigo esconder es lo mala que estoy. Justo el mejor día del año en mi trabajo, y es que es miércoles 22, día de fiesta total en comisaría. Vamos todos a las ocho de la mañana. Gusano compra churros con chocolate y juntos escuchamos el sorteo de la lotería, siempre, eso sí, que no haya nada urgente que hacer.

Miro el despertador. Son las seis y media, me noto con fiebre y los mocos se cuecen a borbotones en mi nariz. No puedo con mi alma. Estoy fatal. Hago el intento de levantarme para tomarme un dichoso antipirético, pero

encuentro sólo uno, casi caducado, en el mueblecillo del cuarto de baño.

Saltándome mis principios habituales de no consumir nada caducado, me lo tomo sin masticar, exponiéndome a una posible úlcera de estómago, repto de nuevo hasta mi cama y me tapo con frenesí hasta la coronilla. Estoy fatal. ¿Lo había dicho ya? Creo que sí, pero no puedo perderme el gran día.

Hora y media después, puntual como siempre, aparezco en comisaría convertida en la hermana gemela de una rana.

—¡Eh, Diana, acércate! ¡Está a punto de empezar el sorteo! ¿Quieres chocolate calentito?

—Voy, y sí.

Me siento al lado de Ricardo intentando mantener la cabeza en ángulo recto con respecto al cuello, pero una fuerza suprema me incita a doblarla continuamente mientras mis ojos se quedan pasmados mirando cómo se enciende y se apaga una de las horripilantes campanas luminosas que adornan la sala.

—Conozco a uno al que le dio un ataque de epilepsia por hacer lo mismo que tú.

—¿EING?—Deja de mirar las campanas esas. Te van a desquiciar.

—No puedo. Si me muevo, se me cae la cabeza. Estoy malísima.

Ricardo, no en vano es padre de tres hijos, me pone la mano en la frente.

—Dios, niña, estás ardiendo. Creo que te he pegado la gripe, tienes mucha fiebre, deberías irte a casa a dormir. ¿Por qué has venido?

—Es el día del sorteo —contesto amarilla como Homer Simpson, incluidos los ojos abiertos, que siguen absortos mirando la dichosa campana. Ésta se enciende y se apaga, ayudando a que las pocas neuronas que tengo espabiladas comiencen a convulsionar.

—Vamos, te llevo a casa. Díselo a Conan. No estás en condiciones de trabajar. Debes de tener por lo menos cuarenta de fiebre.

Me vuelvo acojonada.

—¿Tanto?

Ricardo asiente con la cabeza y me ayuda a levantarme.

Arrastrando los pies como Gusano, me acerco hasta la puerta del comisario y, como puedo, llamo con los nudillos tratando de no rompérmelos

en el intento. Vaya, pues sí que estoy mala.

—¡Adelante!

—Señor...

—Ah, es usted, Suárez. A usted quería verla. El informe de ayer es una verdadera mierda. Repítalo —dice tirando los papeles encima de la mesa. Lo que me faltaba.

—Lo siento, pero creo que no voy a poder.

Dos rayos láser acaban de calcinarme. Nunca me había fijado en el color caoba de los ojos de mi jefe. Impresionantes, para morirte del susto y que se te ponga el pelo blanco de repente.

—¿Ah, no? Y ¿puedo saber la razón?...

—Estoy enferma, señor. Malísima.

—¿Qué le pasa? —pregunta. Parece asombrado. Vaya.

—Tengo mucha fiebre y me duele todo el cuerpo.

—Eso le pasa por ir tonteando de noche.

Obvio el comentario porque el dolor de cabeza que tengo no me deja oír con claridad nada de lo que dice, pero lo guardo en el único cajoncito de mi mente que todavía no debe de estar infectado por algún virus.

—¿Me da permiso para irme a casa?

—Y ¿cómo piensa irse, si puede saberse? No puede ni ponerse de pie. A ver, déjeme ver si tiene tanta fiebre como dice.

Una mano tan grande como las de un orangután atrapa mi cabeza mientras Conan me mira. Si no fuera porque es ridículo, juraría que está preocupado por mí. La calentura debe de hacerme delirar.

—Sí, está fatal de verdad. Venga, arriba, Suárez, que la llevo a casa aprovechando que tengo que salir.

—Me lleva Ricardo, gracias, señor.

—No, Ricardo se queda rehaciendo el informe que usted debería haber hecho bien.

No le hago ni caso. No tengo fuerzas para replicarle, así que dejo que me lleve casi en volandas hasta uno de los coches patrulla ante la estupefacta mirada del resto de mis compañeros, que escuchan embobados el sorteo de la lotería de Navidad.

Conan me mete con cuidado en su vehículo y yo cierro los ojos. ¡Joder, aún veo las luces de las campanas! Parpadeo tres o cuatro veces y ¡siguen ahí! Abro los ojos. El comisario me está abrochando el cinturón.

—¿Dónde vive, Diana? ¿Me ha llamado Diana? Debo de estar medio muerta y oigo tonterías.

—Calle Quevedo, 39. Primer piso A. Las llaves las tengo aquí — respondo intentando levantar la mano izquierda, cosa que podría hacer sin duda si las llaves no pesaran tres quintales y medio.

Y ahí me dormí. Lo último y único que recuerdo son dos manos grandotas llevándome en brazos a la cama y poniéndome el termómetro. Juraría haber oído un «tómame esto, Diana», pero como no lo tengo nada claro, mejor no elucubro.

Misión 5

Reponerme del gripazo y averiguar ciertos misterios

Abro un ojo. Abro el otro. Parpadeo. ¿Dónde estoy? Miro alrededor. Ah, en mi cama, pero ¿yo no estaba en el curro? Me encantaría saber cómo he llegado aquí. Me vuelvo hacia la mesilla. ¿Qué hora será? Me estiro. ¡LAS DIEZ DE LA NOCHE!

Me siento y del mareo que me da vuelvo a caerme hacia atrás. ¿A mí qué me pasa? Reflexiono unos segundos... Me duele la garganta, los brazos, las piernas, los dedos de los pies, las ingles, el pelo. Uf, tengo gripe, sí, ahora lo recuerdo. Por lo que se ve, sigo fatal.

Apartando de mi mente cómo carajo he llegado a casa si lo último que recuerdo es estar en el trabajo mirando una campana psicodélica, intento levantarme despacito para ir a la cocina a beber agua. Sólo lo consigo sujetándome a las paredes, las cuales tienen la maldita costumbre de moverse cada vez que me pongo enferma. Cosa curiosa.

La cocina de mi casa es una de esas pequeñas estancias llenas de encanto, y gran parte de ello es debido a las cortinas de ganchillo que tejió mi abuela. La tengo llena de cestas con miles de cosas: fruta, galletitas, flores, pinzas de colores. Otra cosa no, pero chorraditas muchas. Sin embargo, esta noche

parece diferente. La miro bien. ¿Qué narices será? Parece que todo está en su sitio...

¡¡Eh, un momento!! ¿Qué es ese puchero? Me acerco como puedo y levanto la tapa. Oh, hasta con la nariz cargada hasta arriba puedo notar lo bien que huele. Al lado de la cacerola, una cajita de Frenadol y una nota: «Tomar una pastilla cada ocho horas».

O en mi casa hay duendes o yo estoy fumada y no con gripe. Eso explicaría por qué no me acuerdo de nada. Ni siquiera de cómo llegué aquí.

No hay otra explicación.

* * *

Dos días después...

Ya podía considerarme de nuevo un ser humano, a pesar de que la puñetera gripe estuvo a punto de terminar con mi persona. No es que me encontrara como una manzana recién cogida, pero por lo menos podía estar de pie y no parecer un junco a punto de romperse. Odio estar enferma, es algo que mi mente hiperactiva no puede soportar. Simplemente me aburro, así que, en cuanto puedo (definición de *poder*: no desmayarme por la fiebre y no ahogarme por la tos), me levanto de la cama y vuelvo a la rutina, que es lo que estoy haciendo en este preciso instante: entrar en el Starbucks de la esquina para comprarme mi desayuno habitual: un delicioso café latte y mi querida e idolatrada cookie de avena con soja y pasas. La amo, me alegra el día.

Entro en comisaría masticando como una loca, a dos carrillos, el delicioso dulce y saludo con la cabeza a los compañeros que a esas horas hojean los diferentes periódicos. Todavía no he llegado a mi mesa, pero desde la puerta diviso que hay tres campanas de chocolate encima, la de hoy y dos más de los días que he estado enferma, cuando un grito feroz retumba en mis oídos, aún atronados a causa del resfriado:

—¡Suárez, a mi despacho! ¡YA!

Joder, vaya forma de empezar el día. Si lo llego a saber, me quedo en

casa un par de días más, que es lo que me falta para coger los quince días de vacaciones que me quedan del verano y que todavía no he podido disfrutar gracias a las tácticas de mi querido jefe.

—Siéntese.

Conan, el comisario cruel, me mira con cara indefinida. Tomo asiento y cruzo las piernas, un gesto habitual en mí, pero es que no sé sentarme de otra forma.

—¿Cómo se encuentra?

Alucino. ¿Desde cuándo se preocupa este hombre por la salud de alguien?

—Estoy mejor, señor.

—Nadie lo diría, está hecha una verdadera birra.

—Perdón, ¿cómo dice? —pregunto estupefacta mientras observo cómo se estira en su silla. No me gusta que piense eso. Mierda.

—Lo que ha oído. Tiene ojeras, está pajiza y, además, parece seguir con fiebre. ¿Por qué carajo no se ha quedado en casa?

Me levanto.

—Estoy mucho, muchísimo mejor.

El orgullo es lo último que se pierde.

—Sí, ya lo veo. Es usted testaruda, Suárez —masculla entornando los ojos—. En fin, ya se apañará, si después recae en vacaciones, ése será su problema.

—¿Eso es todo, señor?

—Sí..., bueno, ¡no! —dice gritando como si de repente hubiera recordado algo importante—. Le dije que no iba a consentir nada de rosas, demostraciones de afecto y demás chorradas en comisaría, pero no parece haberse enterado.

—Perdón, pero no entiendo lo que dice.

—¿Ah, no? Venga conmigo —me ordena en voz baja, cosa que me acojona más aún, mientras me coge del brazo y me arrastra por toda la comisaría hasta llegar al baño.

Mis compañeros no parecen muy preocupados ante el paseíto que acabamos de darnos el jefe y yo.

—Abra la puerta.

Tres enormes ramos de rosas, y cuando digo *enormes* es que son enormes, abarrotan el baño. Hay de todos los colores: amarillas, fucsia, champán, rosas, blancas...

Miro a mi jefe con cara de sorpresa y él frunce aún más el ceño.

—Al parecer, su novio no ha sido informado de que este lugar es un sitio serio. Suárez, si vuelvo a ver un ramo de flores más en esta comisaría, tendré que tomar decisiones. Usted misma.

Salgo del baño bastante mosqueada, para qué voy a negarlo. Me siento a mi mesa y le quito el envoltorio a la chocolatina. Hoy me toca un rey mago. Arranco la cabeza del muñeco de un mordisco y medito bien la situación. Tengo que hablar con Carlos. ¡Qué mono, por cierto! Sonrío. Mucho.

—¿Qué carajo haces aquí, niña?

—Ay, Ricardo, no empieces tú también, que ya estoy mucho mejor.

—Alguna vez me tienes que explicar cómo narices te recuperas tan pronto de las enfermedades.

—No soy una blandengue como tú. Anda, vamos —digo poniéndome de pie y ajustando la gorra en mi cabeza—. ¿Qué tenemos hoy?

—Patrullar el barrio de La Luz y escoltar al alcalde a un evento. ¿Te gusta el plan?

—No está mal. ¿Te he dicho que me quedan dos días y VACACIONES?

—Muchas veces, Di. Hala, entra y dile al comisario que nos vamos.

—Ni de coña, díselo tú, a mí ya me ha abroncado esta mañana.

* * *

El barrio de La Luz es uno de los más conflictivos de la ciudad, una aglomeración de delincuentes y traficantes de drogas que el ayuntamiento consiente para evitar que se desparramen por otras calles. A este lugar no han llegado las luces de Navidad que adornan el centro desde hace más de un mes, y si las hubieran colgado aquí, las habrían desmontado y vendido al mejor postor. Al parecer, la Navidad no trata a todos por igual, otra de los miles de razones por las cuales odio estas fechas.

—Parece estar tranquila la cosa tras la redada de anoche.

—¿Hubo fiesta?

—Sí, eso me han dicho Gusano y Vélez. Una operación conjunta entre la Guardia Civil y nosotros. Al parecer, la dirigió Conan y fue todo un éxito. Detuvieron a varios Garbaez y se confiscaron más de cien kilos de cocaína.

—¿Detuvieron a los Garbaez?

—A todos no, el Gato y otros escaparon. Una alegría para la ciudad. En fin, sigamos, Di, que ya es hora de ir a por el alcalde.

—Apasionante.

—Y que lo digas.

Tres horas después, confirmé lo que ya sabía: la Navidad es una verdadera porquería, el mundo está muy mal repartido, y es que mientras en el barrio de La Luz los niñitos iban descalzos, mal vestidos, sucios y se veían francamente demacrados, en la visita del alcalde al reparto de regalos en el auditorio de la ciudad pudimos ver niñas llenas de lazos, enanos vestidos de Burberry y cien pijadas más.

En fin, que la Nochebuena ha invadido mi ciudad, sólo que no por igual en los diferentes barrios. Injusticias, muchas injusticias...

... Y muchas luces rojas y azules con forma de campana. ¡Por Dios, qué estrés más grande!

Misión 6

Nochebuena y... mucho más

Dejamos al alcalde en su casa sobre las seis y media de la tarde. Conducía Ricardo, como siempre. Pocas veces me deja el coche, debe de pensar que conduce mejor que yo, cuando la realidad es que parece un pingüino. Está tan cuadrado que no puede moverse dentro del habitáculo. Menos mal que todo lo que tiene de macizo lo tiene de sensible. Es como un oso de peluche gigante.

—¿Qué haces esta noche, Di? ¿Dónde cenas?

—En comisaría, ¿no te acuerdas de que le cambié el turno a Paco cuando mi prima tuvo a su hija?

Sólo de pensarlo, la mala leche me sube desde el coxis hasta el esternón. Hasta se me había olvidado con la gripe de estos días. Pero bueno, mañana a las tres de la tarde seré una mujer libre, de vacaciones durante quince maravillosos días en los que pienso dormir, comer y vagar como un oso perezoso. Así, en ese orden.

—Pues vas a tener una noche movidita. Tu amigo también está de guardia.

—¿Gusano? —pregunto esperanzada.

Ricardo me mira con esa sonrisa pícara que dan ganas de borrar de una torta. Vale, ya sé la respuesta, pero me la dirá y, lo peor, disfrutará con ello.

—No, tu amigo Conan, tu comisario favorito.

Le hago una mueca poniendo los ojos en blanco.

—Favorito del todo. En los últimos días no deja de regañarme por cualquier cosa: los informes, las flores de Carlos, si me reincorporo... No sé qué demonios le pasa. Es un amargado de la vida, debería buscarse un entretenimiento, una novia, qué sé yo..., algo que lo haga feliz o que le enseñe a sonreír.

—Chica, pues no has visto cómo estaba los días que has tenido gripe. La mala leche hervía por toda la comisaría. Apostó a los Picores con el coche patrulla delante de la rotonda del centro comercial durante ocho horas seguidas, sin motivo aparente. Márquez tuvo que rehacer un informe tres veces, y Marga, su secretaria, salió llorando ayer de su despacho después de que estampara la grapadora contra la pared.

—Y ¿qué demonios le sucede? Siempre ha sido serio, pero no se había comportado así nunca.

—¿Lo estás defendiendo, Diana?

Doy un salto en el coche. ¿Defendiendo yo a Albalate? En la vida, jamás.

—No se trata de defenderlo, pero algo debe de pasarle para que se comporte como el hombre de las cavernas. Conan es severo, rígido y tan empático como un ñu, pero no es un mal jefe.

¿Perdón? ¿Ha salido eso de mi boca?

—Claro, dices eso porque el otro día te llevó a casa cuando te pusiste enferma...

—¿¿Cómo dices?! ¿Que me llevó a casa?

—Madre mía, tía, si que estabas mal. ¿No te acuerdas?

Niego con la cabeza, estoy demasiado alucinada como para hablar. ¿Conan en mi casa? ¿Me metió en la cama? ¿Y el puchero? ¿Y el antigripal? No me creo nada. Ricardo es un capullo con las bromas.

—Sí, ahora lo recuerdo: me llevó, me puso el pijama y me tapó con la manta. Y que sepas que, no contento con eso, fue a comprar y me hizo una sopa como para quince días. Ah, y bajó a la farmacia y me compró pastillas para la gripe. ¿Sabes? Hasta me dejó una notita donde explicaba cada cuánto tiempo debía tomarme la dichosa medicación.

—¡¡No me jodas!! ¡¿Hizo todo eso?!

La cara de mi compañero no deja duda alguna. Empieza a temblarme el peroné. No la pierna, el peroné. Me sucede desde niña. Cosas de esas raras que me pasan a mí.

—No me lo creo, niña. La fiebre te ha dejado con un *paralís* cerebral.

Lo miro clavando mi pupila en la suya y lanzo la pregunta que puede cambiar para siempre la concepción que tenemos de nuestro jefe:

—¿Llamaste tú a mi familia o a mis amigas para decirles que estaba malita?

—No.

—¡LA LECHE!

Ricardo para el coche en un arcén y se lleva las manos a la cabeza.

—Ya te digo...

Cinco minutos más tarde, y aún en la misma posición de absoluta incredulidad y locura transitoria ante los acontecimientos acaecidos, la voz del *Chef de las Sopas* casi logra que nos dé un parraque.

—¡¡Suárez y compañía!! ¡¿Dónde vive el alcalde?! ¡¿En Sebastopol?! Llevo hora y media esperando a que vuelvan a la comisaría

Ambos miramos la emisora, pero ninguno reacciona. Silencio total.

—¿Están bien? ¿Les ha pasado algo? —pregunta de nuevo la voz, más calmada.

—No, señor. Nos hemos quedado retenidos en un atasco. Es Nochebuena, el centro está imposible.

Bravo por Ricardo y sus excusas rápidas.

—Está bien, regresen a comisaría, y ¡háganlo ya! Suárez, ¿me escucha?

Vuelvo la cabeza con los ojos como dos globos para mirar a Ricardo. Es que estoy alucinando.

—Sí, señor, lo oigo —susurro.

—¿Cómo se encuentra?

—Perdón, ¿cómo dice? —Mi peroné baila una sardana.

—Le pregunto que cómo se encuentra, no es algo tan difícil de responder.

Juro que a Ricardo se le cae la baba de lo abierta que tiene la boca.

—Estoy bien, señor.

—¿Tiene fiebre?

Se le cae a chorros...

—No, bueno, creo que no. Gracias, señor.

Pero ¿qué narices pasa?

—¿Por?

—Por interesarse por mi estado de salud.

Silencio sepulcral...

—Bueno, está usted de guardia esta noche, conmigo. Sólo quería cerciorarme de que podrá trabajar. Venga, a comisaría y, Ricardo, usted a casa: hace media hora que terminó su turno. Ni siquiera hace falta que entre, dele las llaves a Suárez. Feliz Navidad.

PI-PI-PI-PI-PI-PI...

Ricardo se ha desmayado vivo encima del volante y su cabeza presiona el claxon.

Misión 7

Guardia accidentada

—Di, no entres ahí, *quilla*. El comisario acaba de arder en combustión espontánea.

Debería haber hecho caso a la advertencia de los Picores, pero son tan graciosos que parece que todo lo dicen de broma. Llamamos así a dos compañeros que se trasladaron el año pasado desde la comisaría de un pueblo de Sevilla. Decidieron cambiar de aires por un tiempo, y estaban tan acostumbrados a trabajar juntos que concursaron a la vez. Hablan como dos loros con seseo y, cuando se ríen, que suele ser muy a menudo, sacuden el cuerpo como si les picara todo. De ahí su nombre.

—Pues será con vosotros: acabamos de hablar con él por la emisora y estaba de un humor excelente.

—A tu rollo, *quilla*, no nos hagas caso. Buena guardia y que no te amargue la noche.

Cruzo la puerta de la comisaría con una sonrisa en los labios. Cada vez que los oigo hablar con ese acento me muerdo de la risa.

La oficina está vacía a estas horas. Huele a la madera de los muebles y a galletas de chocolate. Siempre huele a cosas dulces. Pasamos tantas horas metidos aquí que cada uno tiene su pequeño kit de supervivencia en los cajones. Al fondo, casi pegada a mi mesa, la dichosa campana que se

enciende y se apaga con alevosía y desenfreno. Estoy más que convencida de que si la miro fijamente puede llegar a hipnotizarme.

Esta noche estoy un poco nerviosa. Debe de ser porque me he quedado un pelín floja por la gripe. Además, es una de las pocas Nochebuenas que voy a pasar lejos de mi familia. Son todos una panda de exagerados. Solemos juntarnos todos y cada uno prepara regalos para el resto. A las doce en punto comenzamos a darlos, desde la más mayor, que es mi abuelita, hasta el más joven, mi hermano, el músico bohemio que viaja por el mundo pero que siempre vuelve a casa por Navidad. Es la única noche de las fiestas que me gusta un poco. El resto las detesto, pero hay que aguantarlas.

—¿Piensa quedarse ahí parada toda la noche?

Frunzo el ceño, mira que no me gusta hacerlo porque salen unas arrugas espantosas, pero este hombre, mi jefe, tiene la facultad de crisparme los nervios.

—¿Necesita algo, señor? —indago sin mucha confianza.

Sé que voy a llevarme otra bronca, pero entre el «Feliz Navidad» de antes y el berrido de ahora no he podido hacer nada mal.

—Sí, Suárez. Necesito que se deje de tonterías en su puesto de trabajo. ¿Cuántas veces más tengo que decirle que esto no es un bar de ligues? Estoy a punto de abrirle un expediente...

Diana Suárez, o sea, yo, no es precisamente conocida por tener una paciencia de santa, y todo el mundo a mi alrededor lo sabe. El mequetrefe este puede ser mi comisario, pero a mí se me están inflando los ovarios y estoy a un *minitrís* de perder el sentido común. Aun así, logro contar hasta veintisiete, y cuando me vuelvo para mirarlo con mi fulminante rayo azul, ya respiro con normalidad.

—¿Cuántas veces tengo que decirle que no tengo ni idea de lo que me habla?

Conan pone los brazos en jarras, pero antes da un paso porque no cabe en la puerta de su despacho. Él da uno hacia delante y yo otro. Para huevos, los míos.

—¿Me está desafiando?

—No, señor, respondo a su pregunta. No sé de lo que me está hablando.

—Cruzo los brazos y saco pecho.

—Aquí, Suárez, pueden pasar dos cosas: una, que yo la expediente por desacato a la autoridad y por no hacer caso de mis advertencias, y dos, que usted le explique al hombre ese con el que sale que mi comisaría no es el puesto de una florista de barrio.

Mierda, otra vez Carlos Pardo y sus flores... Olvidé decirle que no me mandara más ramos.

—Ya quedó informado sobre ello —miento—. No puedo ser responsable de lo que haga otra persona.

Conan entorna los ojos. No me gusta, no me gusta, no me gusta...

—Se está pasando.

Empiezo a desesperarme.

—¡Y ¿qué quiere que haga?!

Vale, acabo de liarla parda, le he gritado al comisario Albalate.

Un, dos, tres, cuatro y cinco pasos. Toma, ya lo tengo delante. El microespacio que nos separa es tan mínimo que puedo hasta oler su perfume. ¡¿EING?! Van a mandarme directa al inspector y yo entretenida en repasar en mi cabeza el nombre de los perfumes masculinos que conozco, a ver si doy con el que usa Conan. El miedo me aturulla los sentidos. Debe de ser eso.

—Quiero que... se lleve inmediatamente la caja que está en mi despacho.

¿Qué perfume será? Es que huele superbién. Decido mirarlo a los ojos, porque si sigo mirándole al cuello voy a empezar a pensar que estoy gilipollas perdida.

—¿Qué caja?

Dios, entre el olor, los ojos, el uniforme y el estrés que me está causando la cercanía de este hombre, comienza a temblarme de nuevo el peroné.

Él ni se inmuta.

—La que acaba de traer ese... tarado con el que sale y en la que hay un corazón enorme que dice CENA DE NOCHEBUENA.

—¿Carlos me ha traído la cena? ¡Qué detalle! —Boba, lerda, payasa, tontaca..., eso no se dice delante de un jefe que está echándote la bronca.

—¡¿Usted ha oído algo de lo que le he dicho?!

Vale, ya lo tengo justo encima de la cara.

—Palabra por palabra. —Sonrío justo antes de querer darme de guantazos, uno detrás de otro. ¿Qué leches me está pasando?

—¿Tiene fiebre?! ¿Acaso la gripe le ha afectado el cerebro?! — pregunta intentando colocar su manaza sobre mi frente. Parece mentira, pero sin tocarme me ha hecho reaccionar y hasta he pegado un salto.

—¡Lo siento, comisario, no volverá a pasar, se lo prometo! Voy a por la caja.

Sí, he huido, como una comadreja dando botes. Me lo enseñó mi abuela: «Cuando no sepas cómo salir de una situación, hazte la tonta». Y eso he hecho.

Dos horas después, todavía estoy estupefacta. En la caja-cena hay de todo: un cóctel de marisco, canapés de caviar y salmón, tostaditas de pan de centeno, foie, una crema de puerros y gambas y hasta pavo relleno. Sé lo que es cada cosa porque Carlos se ha entretenido en ponerle letreritos a todo, incluidos los turrone y los mazapanes.

Estoy sentada a mi mesa, con los puños sujetando mi cabeza. Pasar la Nochebuena así, sola, es una verdadera mierda. En la calle tenemos varias patrullas, pero dentro de comisaría sólo estamos Albalate y yo. No puedo dejar de preguntarme si ha cenado, o si se ha traído algo para hacerlo. Desde que me he ido a rescatar mi caja, ha desaparecido en el interior de su despacho y no he vuelto a saber de él. De vez en cuando oigo su voz profunda hablando por teléfono, pero nada más.

¿Qué hago?

Al final, decido llamar a Carlos. El comisario vuelve a parlotear por teléfono, así que no hay peligro. Saco mi móvil y marco el número que grabé el día que me invitó a cenar.

—Buenas noches, ¿dígame?

Joder, qué educado.

—Carlos, soy Diana Suárez, la...

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? Hace días que no sé nada de ti. —Su voz suena alegre.

—He estado con gripe dos días en cama, un trancazo espantoso.

—Ay, pobrecita mía. Estuve a punto de llamarte, pero, en fin, he tenido

algunos problemillas con los regalos de la boda... Ya sabes..., hay que devolverlo todo.

—Me imagino, Carlos, pobre. Bueno, hazlo pronto y no pienses más en eso. Cuanto antes termines, antes cierras esa etapa de tu vida.

—Tienes razón. ¿Te ha gustado la sorpresa?

Vaya, eso es lo que yo llamo un cambio de tema radical.

—¿Cómo sabías que estaba de guardia esta noche?

—Me lo comentaste en la cena que compartimos el otro día, ¿no lo recuerdas?

Hago un breve balance en mi mente, analizo datos rápido y encuentro el momento. Sí, se lo dije.

—Es verdad, no me acordaba —admito riendo.

—Pero ¿te ha gustado el contenido de la caja?

Observo los succulentos manjares esparcidos por toda mi mesa. Pueden comer cuatro personas por lo menos.

—Me ha encantado, pero, Carlos, por favor, no vuelvas a mandarme nada a comisaría. A mi superior no le ha hecho ninguna gracia. Ya estaba mosqueado por lo de los ramos de flores y sólo le faltaba el corazón de la caja.

—¡Oh, lo siento! ¿Quieres que hable con él y me disculpe?

—No, no te preocupes, con que no vuelvas a hacerlo será suficiente. A ver si a Conan se le olvida pronto y deja de fastidiarme con el tema.

—¿Te he causado algún inconveniente, Diana? No era mi intención, de verdad que no.

—Tranquilo, se le pasará. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Cena en casa con toda la familia. ¿Y tú? ¿Qué haces mañana?

Sonrío. Sí, sonrío, y mucho. Mañana cojo mis maravillosos quince días de vacaciones.

—Termino la guardia sobre las tres. Después estaré oficialmente de vacaciones. Dos semanas.

—¡Genial!

—¡¡Sí!!

—Digo que genial porque yo también me he tomado esas mismas

semanas de vacaciones. Necesitaba pensar, ubicar ideas y hacer algo alocado y divertido. ¿Te apuntas?

—¿A qué?

Soy poli, no me gustan las ideas locas.

—A hacer cosas diferentes..., ir al cine, a conciertos, al teatro, a la ópera. ¿Qué te parece?

—No suena nada mal. Me apunto. —Oigo ruidos en el despacho situado a mis espaldas. Conan se mueve—. Bueno, Carlos, debo dejarte. Llámame y ultimamos detalles.

—Perfecto, Diana, un beso.

—Un beso.

Me da el tiempo justo de meterme el móvil en el bolsillo. Albalate y su ceño acaban de salir del despacho.

—¿Va a montar un restaurante, Suárez?

Imbécil. Idiota. Gilipollas.

—No, es mi cena de Nochebuena. ¿Le apetece algo? Hay de sobra.

El «de sobra» lo he dicho con cierto *rintintín*, para qué voy a negarlo. Que se entere de que si le doy algo después de lo desagradable que ha sido conmigo es porque «me sobra».

—No, gracias —dice estirando el cuello para averiguar qué hay—. Sigo una dieta estricta libre de grasas, y eso suyo no es precisamente ligerito.

GILIPOLLAS, GILIPOLLAS, GILIPOLLAS. Vale, acaba de llamarme gorda. Y yo acabo de quedarme muda de la rabia.

Enfadada, lo guardo todo dentro de la caja, excepto la crema de puerros y gambas y el foie. Aunque con el cabreo que tengo no estoy para comer foie. Imbécil. Tiene pinta de estar estupendo. Anormal. Lo huelo. El foie, vamos. Huele de muerte. Unto generosamente una tostada. Saco la lengua un poquito y con la punta la rozo. Buenísimo. Chupo un poco más. Delicioso. Se ve que es un buen foie. Pego un mordisquito. Pequeño...

—¿Siempre come así? Parece un canario.

Hala, ya está, del cabreo me la he metido de golpe en la boca. Pero sólo por no responderle.

—Si sigue alimentándose así, le mandaré ejercicio físico extra.

Pero bueno, ¿este tío hasta adónde va a llegar?! Intento responderle, pero tener la boca llena de tostaditas de pan de centeno con foie es el equivalente a comer polvorones a dos carrillos, así que me atraganto. Mucho.

El comisario me observa desde la puerta de su despacho. Sin inmutarse. Debo de estar morada por lo menos, y él ahí, tan tranquilo.

—¿Ve lo que le decía? Si sigue así, se ahogará.

Boqueo como un pez fuera del agua y sólo cuando estoy a punto de desmayarme siento que Conan me hace la maniobra de Heimlich. El trozo de canapé vuela por los aires y Albalate y yo rodamos por los suelos. Del temblor de peronés que tengo, me he caído al suelo con él sujetándome aún por debajo del pecho.

—Diana, ya pasó, respire hondo, tranquila. No pensé que se estuviera asfixiando de verdad.

—Gr-gr-gr-gr-acias, se-se-ñor. Creí que me moría.

—¡De eso nada! ¡Y menos delante de mí!

Arrogante hasta las trancas. Si no fuera porque acaba de salvarme la vida, le metía un codazo. Vuelvo la vista hacia él y lo observo durante un segundo mientras continúo temblando.

—Vamos, no llore. Ya está, no se asuste.

Un diez a la sensiblería extrema. Acabo de ponerme a sollozar tirada en el suelo sucio de comisaría, apoyada en el torso de Conan.

—Por favor, Diana, no llores. Sólo ha sido un susto, venga, relájate —me dice en voz bajita mientras me limpia las lágrimas con uno de sus dedacos.

—Perdón, comisario, no era mi intención...

—Mujer, me lo imagino —replica riendo—. Venga, tranquila, respira —susurra con su potente voz. Sigue acariciándome la cara. Comienzo a sentirme mejor.

Noto cierto calorcillo en el estómago. Es una sensación bien extraña, al fin y al cabo, estoy en los brazos de... ¿Perdona?! ¿Dónde diablos he pensado que estoy?

—Bueno, señor, ya me encuentro mucho mejor —afirmo pegando un salto y poniéndome de pie—. Muchas gracias.

Él me mira sentado en el suelo todavía, pero en un pispás se levanta y se

aproxima de nuevo a mí.

—Déjame ver si eso es verdad —me indica con voz ronca cogiéndome por los hombros y acercándose a él—. Sí, has dejado de llorar. Ya estás mejor.

No me suelta. No me suelta, no me suelta. ¿Quiero que lo haga?

—Me has dado un buen susto, Diana. —No es una regañina de padre, pero se le parece mucho.

—Ya he dicho que lo siento. No lo he hecho adrede, a nadie le gusta morir ahogado.

Ahora sí que me ha soltado. «Venga, Conan, sólo falta que des dos pasitos hacia atrás para que pueda respirar de verdad.» Nada, no se mueve. Y, lo que es peor, yo tampoco. Pero bueno, soy una persona que acaba de sufrir un *shock* bastante traumático. Coño, ¿qué diablos digo?

—¿Qué voy a hacer con ese genio tuyo?

¡¿Eing?! ¡¿Eing?! Y ¿qué se supone que tiene que hacer? ¡Niña, muévete de una puñetera vez!

Conan retira el pelo de mi cara. Siempre que trabajo lo llevo recogido en una coleta, pero con la movida que acabamos de vivir, se me ha deshecho. Al retirar la mano, he visto de nuevo el ala de ángel que tiene tatuada en el dorso de la mano. Me encantaría preguntarle qué significa, pero como soy una lerdita sin movimientos, me quedo quieta mirándolo. Eso sí, al fondo veo parpadear la dichosa campanita fluorescente de las narices.

—Diana...

Vaya, vaya, vaya. Sigo sin poder moverme, bueno, casi sin poder, porque mis globos oculares se levantan para mirarlo a los ojos. Veo fuego. ¡¡Y dos labios acercándose peligrosamente a los míos!!

—¿Puedo... besarte?

Vamos, que sí puede, sí. Sigo pasmada, como si estuviera catatónica. A este paso puede besarme, despellejarme, desnudarme, comerme viva y hasta raparme el pelo. ¡¡Por favor, que no me rape el pelo!! Cierro los ojos para recibir su beso mientras rezo por conservar mi melena.

Bueno, confirmado, ahogarse trastorna, y mucho.

Misión 8

El beso de Conan

Conan besa bien. De puta madre, diría yo si pudiera hablar, porque en este momento sigo teniendo sus labios pegados a los míos. Bueno, los labios no, más bien diría que es la lengua. ¡¡Dios, la lengua de Conan dentro de mi boca!! Y sabe bien.

En fin, que estoy catatónica perdida. Entre el antigripal, el chute de chocolate que llevo hoy, el ahogamiento por el que casi muero hace cinco minutos y este beso arrollador que me está convirtiendo el *puchis* en gelatina derretida, no puedo ni pensar. Casi, porque, claro, este diálogo interno que me traigo *casi* podría considerarse una charla conmigo misma en toda regla. ¿Cómo puede ser? Me están besando y yo de cotorreo. Claro, que el que me besa es mi jefe, mi comisario, digo, el comisario, el tío bueno que me grita todas las mañanas, todas las tardes y a todas horas en general. Perdona, Di, ¿has dicho *tío bueno*? Hala, maja, háztelo mirar, porque llamar tío bueno a...

—Diana.

Uy, ya no me besan.

—¡¡Diana!!

—Sí, señor.

—Puedes abrir los ojos.

—¿No los tengo abiertos?

—No, los tienes cerrados.

¡Clin! Abiertos. O eso creo yo.

—Tú tienes fiebre, otra vez. Y mucha. Te he dicho esta mañana que no estabas recuperada. Abre los ojos, por favor.

Demasiada información para mi mente turbada por los virus. ¿Respondo a lo de que tengo fiebre o abro los ojos? Complicada elección.

—La campana fluorescente me nubla los sesos —sonríó remolona.

No sé ni cómo me llamo. Tampoco sé si he abierto los ojos, el caso es que sólo veo chiribitas del adorno de Navidad.

—Diana, no te encuentras nada bien, y, mierda, ahora no puedo salir de la comisaría. Espera, voy a avisar por radio a la patrulla más cercana para que venga...

Bla, bla, bla, bla, bla, bla... Oigo hablar pero no entiendo nada. Floto, soy libre, me estoy mareando.

—¿Puedes aguantar de pie un momento?

Hombre, si no sé si tengo los ojos abiertos, estar de pie, lo que se dice recta, la verdad, tampoco sé si lo estoy, así que va a ser que ¡no!

—Pero, ¡¡Suárez!! ¿Qué leches haces estampada en el suelo? ¿No te he preguntado si podías estar de pie?

¿He dicho yo acaso que sí? ¿Eh, listo? Puñetero comisario sabiondo.

—Vamos, levanta, ven, tómate esto. El paracetamol te irá bajando la fiebre. No sé cómo...

* * *

Primer día de mis vacaciones y yo con fiebre de vuelta a la cama, y lo peor es que no recuerdo nada del día anterior. Mejor dicho, sí recuerdo, pero hasta que me comí la tostadita con foie. A partir de ahí, se me hizo de noche.

Espero no haber metido la pata con el comisario, aunque si de algo estoy segura es de que, por lo menos, no fue él el que me trajo a casa. ¿Que cómo lo sé? Pues porque Gusano ronca desde la butaquita que tengo enfrente de la cama. Flipo en colores por eso, bueno..., y también por el dolor de cabeza y la fiebre.

Voy a levantarme para tomarme algo calentito y un paracetamol tan grande como mi armario. La gripe de este año debe de ser cañera de verdad, porque yo jamás estoy en cama más de dos días. Hala, un pie en el suelo, toma, otro. Uno, dos y, ¡zas!, de pie. Muy bien, Di. ¡Zas! Muy mal, Di, te has caído para atrás. Estás peor de lo que piensas.

—Coño, Suárez, ¿qué demonios haces?

Caerme sola por pura afición a hacer la capulla. ¿No lo ves?

—Intento levantarme para ir al baño y para coger algo que me baje esta fiebre.

—Y ¿no puedes despertarme para que te ayude?

Gusano convertido en Supernanny. Lo que hay que ver en esta vida...

—No quería molestarte. Estoy alucinada..., ¿qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? —pregunta levantándose de la minibutaca forrada de terciopelo beis, herencia de mi abuela—. Vaya susto el de anoche, tía. Te quedaste dormida en mitad de la comisaría con más de cuarenta de fiebre. Tuvimos que llamar a una ambulancia por si te había dado un chungo, pero nos dijeron que el desmayo era por la fiebre, así que te pincharon y te trajeron a casa. Me supo mal dejarte sola, y el resto ya lo sabes, colega. Por cierto, tu butaca es una mierda, me duele hasta el pelo.

—Te debo una cena..., en cuanto me baje la puñetera fiebre.

—¿Quieres hacer el favor de estarte quieta? Es la tercera vez que te caes hacia atrás. Si tu intención es desnucarte, espera a que me vaya, que soy muy sensible y me impresionan estas cosas. ¿Te ayudo?

—¿A ir al baño?

—Sería peor que te viera hacerte pis encima, ¿no, tronca?

Pues también es verdad. Claudico, que me lleve al baño.

—Pero no mires.

—Qué antigua eres, Suárez. Anda, ven, hija, que lo tuyo es muy *heavy*.

Gusano, ese fiel compañero que me ayuda con los informes, acaba de dejarme sentada en el váter. Así, tal cual. Glamuroso hasta las trancas.

—Oye, tía, ¿dónde tienes metidos los tripis esos que tienes que tomarte?

Como un eco, lo oigo trastear por mi piso. Si no fuera porque estoy malísima, ya le habría dado cuatro gritos. No me gusta que toquen mis cosas,

pero comprendo que sólo quiere ayudarme y que no es un espía peligroso en busca de información trascendental. Vale, sí, tengo un huevo de fiebre. Se me va la olla de nuevo.

—Los tengo aquí, en el cajón de debajo del lavabo.

TOC-TOC-TOC... ¿Alguien puede decirle al gnomo cabrito que golpea mi cabeza que pare de hacerlo?

—Bien, tía, vamos, arriba. Ya tengo el paracetamol este, toma.

—Trae para acá.

—Es efervescente, guapa.

—Ya lo sé, no estoy boba, Gusano. Me tratas como si fuera tonta.

—Tonta, no, reina, gilipuertas perdida... ¿Puede saberse por qué te lo has metido en la boca entero y sin agua?

¡Anda! Ya decía yo que me salían chispitas de la lengua. Je, je.

—Mira, Di, que me estás poniendo del hígado, escupe la puta pastilla en el vaso y dame el teléfono de tu santa madre. No puedes quedarte sola, y dentro de media hora ficho en la comisaría.

Treinta minutos más tarde dormía entre los arrullos cálidos de mi madre, que me empapaba la frente con trapos húmedos y me susurraba suaves palabras de consuelo.

¡¡VIVAN LAS MADRES!!

* * *

Días después

Esta vez sí que me he recuperado bien del todo. La Nochebuena fue como un suplicio debido a mi estado convaleciente, pero el día de Navidad ya me encontraba mucho mejor, pese a las burlas de Gusano y Ricardo, que no dejaban de enviarme wasaps metiéndose conmigo por el numerito de la ambulancia en comisaría y mi episodio con «el momento de efervescencia lingual», el cual, por cierto, me dejó una llaga en la boca que aún me duele.

Ahora, por fin, disfruto de mis merecidas vacaciones, tiempo de ocio y relax, donde voy a gozar, reír, desconectar, pasármelo superbién, ir al cine,

comer, dormir y desmelenarme. Sí, señor, empezamos por la última, ¡a la pelu!

Tener tiempo para pensar es lo que tiene. Cuando una es una descerebrada y encima acaba de pasar por una gripe tan grande como la Antártida, no debería tomar decisiones tan trascendentales como «cortarse el pelo a la última moda». No, y menos a la última moda *chic*.

—Monísima vas a quedar. Te hacía falta este cambio. No sé a qué peluquería ibas antes, pero era un desastre. Mira qué puntas, mira qué color, mira qué espanto...

Debería desconfiar. Debería, y mucho. Al fin y al cabo, soy una avezada policía acostumbrada a tratar y a discutir con los peores delincuentes de la ciudad. No me gusta nada la ligereza que tiene el gallifante que me corta el pelo. Es para verlo, las tijeras vuelan... por mi melena. Mejor dicho, por mi *exmelena*. Miedo me da mirar hacia el suelo. ¡Oh, mierda, lo he hecho! Parezco una oveja esquilada.

—¿Cómo lo ves, querida?

Ordeno a mi ojo derecho que se mantenga quieto en el suelo. No quiero que el izquierdo también se impresione por lo que puede aparecer delante del espejo.

Vale, está bien, tengo que levantar la cabeza si no quiero quedar como una gilipuertas, que es como me siento por el dramón que está a punto de comenzar en cuanto vea cómo mi preciosa melena ha acabado convertida en la cabeza de la sota de bastos de la baraja española. Cojo aire...

—Si te fijas, con estos cortes en zigzag hemos ganado movimiento y también le hemos quitado peso. Estás preciosa, y todavía falta el *brushing*. Vas a desmayarte cuando termine contigo.

Ya estoy a punto de hacerlo sin haber visto el resultado del *Manostijeras de la Peluquería*.

—Además, este toque de luz que te he dado en las puntas y el suave destello que ha proporcionado el matiz en las raíces te dan un toque muy *cool*. Vamos, que estás mona.

Como *Chita*. Debo de estar igual de mona. Durante media hora más, lo dejo trastear por mi pelo con la firme sensación de que ya nada será lo que

fue, pero con el descanso emocional que me proporciona pensar que es el primer día de las vacaciones y que en el trabajo llevaré coleta, como siempre.

—*Et voilà!* Un poco de brillo con este producto, y ¡lista!

Procedo a mirarme, pero de repente me veo envuelta en un tiovivo. Pero ¿qué pasa? ¡Me mareo!

—Ah, no, no quiero que veas aún el resultado —grita el estilista girando de golpe el sillón en el que estoy recluida—. Si me permites, voy a maquillarte un poco, que te veo pajiza, y, desde luego, no pienso dejar que salgas de mi salón con ese careto.

—He tenido gripe —alego en mi favor.

—Nada que un poco de *gloss* y otro poco de *peach blush* no puedan arreglar.

—¿Perdona?

—Brillo de labios y colorete. Querida, ¿desde cuándo no sales? ¡Oh! ¡Espanto! Pero ¿cómo tienes las pestañas tan tiesas? Lulú, ¡hazle de inmediato una permanente en esas púas! Nena, cuando salgas de aquí, no te va a reconocer ni tu madre..., y ya te estás quitando ese sujetador de abuela. Claramari, ve a la mercería de enfrente y coge un *push-up* talla noventa, hazme el favor. ¡Ah, no sé qué haríais sin mí...!

Misión 9

Con las tetas por montera

Mi vida ha cambiado y quiero que todo el mundo lo sepa. Estoy buena, sí, sólo tengo que asumirlo. La clásica e intrépida policía ha quedado atrás para dar paso a la diva que habitaba en mí, sin que yo lo supiera, claro está. Jean-Marie Marcè, el estilista, tenía razón, lo supe cuando me vi en el espejo. ¡Impresionante! Era como si me hubiera poseído el mismísimo espíritu de Nefertiti (palabras textuales tuyas, claro). Aun así, pronto obtuve la prueba definitiva. No obstante, jamás pensé que eso pudiera suceder en la panadería del barrio de mi madre.

—Una bolsita de magdalenas y tres barras de pan, una con semillas, otra gallega y la otra sin sal, que a mi suegra le ha dado por comer ahora sin sal.

Mi madre, mi querida y estupenda madre. La he visto dentro del horno mientras iba camino de casa para que me diera su opinión sobre mi nueva imagen.

—¿La última, por favor?

—Yo misma —dice sin inmutarse—, pero ya me están atendiendo, señorita.

Se ha girado, me ha mirado y no me ha reconocido.

—Oh, lo olvidaba, ponme también una docena de pestiños de miel, que viene mi Diana a comer y le gustan mucho. Pobre, acaba de pasar una gripe

horrorosa. Varios días en la cama con fiebre, con lo que es ella.

—¿Sigue siendo policia?

—Sí, lo es. Le encanta su trabajo. Fíjate que estaba de guardia en Nochebuena cuando se puso malita con fiebre. Es que mi Diana ha salido muy trabajadora y responsable, la verdad. He tenido mucha suerte con mis hijos. Lo único que me preocupa es que no sale, no la voy a casar...

Un diez a mi madre, que me ve solterona para toda la vida.

—... yo le digo que se arregle, que se ponga mona. ¡Con esos ojazos que tiene! Pero nada, enfrascada en su trabajo. Y casi tiene treinta años.

—¿No sale con nadie? —pregunta la panadera como si le fuera la vida en ello—. Te regalo dos tortitas de manteca. Son nuevas, creo que te gustarán.

—Gracias. No, con nadie, pero no pierdo la esperanza.

—¿Va a tardar mucho, señora? —inquiero picarona haciendo más grave mi tono de voz, a ver si soy capaz de conseguir que mi querida madre deje de elucubrar sobre mi persona.

—No, ya está —responde volviendo a mirarme—. ¿Cuánto te debo, maja?

—Catorce con veinticinco. Dale recuerdos a Diana, hace mucho que no la veo.

Mi madre asiente con la cabeza justo antes de murmurar que trabajo tanto que ni ella me ve. Me habría encantado decirle que tampoco es que me mire mucho. Intrigada por saber cuánto tiempo le va a llevar reconocermé, salgo corriendo detrás de ella cuando se va del horno.

—Perdone, pero se deja algo...

—¡Ay, no me digas! ¡No sé dónde tengo la cabeza! Disculpe, pero ¿nos conocemos de algo?

Vale, debo de estar totalmente irreconocible.

—¡Mamá! Soy Diana.

—Sí, claro, mi Di es morena, lleva el pelo largo y... ¡¡¡DIANA!! PERO ¿QUÉ TE HAS HECHO?

Sonrío como queriendo quitarle importancia. Se me forman hoyuelos cuando lo hago, es mi «marca de la casa».

—¡Estás impresionante! Qué guapa, qué color de pelo, qué pestañas...

Hija mía, ¡¡QUÉ TETAS!! ¿Te has operado?

Tuve que desnudarme nada más llegar a casa para convencerla de los milagros del «*push-up* tres en uno: sube, aprieta y sujeta». A la media hora, ambas teníamos de todos los colores. Yo, además, era poseedora también de tres vestidos, dos vaqueros, siete camisetitas y cuatro pares de zapatos, nuevos. Cambiar de *look* es lo que tiene.

—Diana, ¿algún plan para estos días?

—Mañana es la cena de Navidad de la comisaría, mami.

—¿Tienes vestido?

Sí, lo ha dicho con cara de leona a punto de saltar sobre su presa.

—El del año pasado. Es bonito.

—¿Estás de broma? Ah, no, era horrible y muy modoso. No, de eso nada, elige el que quieras, que te lo regalo.

—No hace falta, bonita, de verdad que tengo ropa. Además, mira todo lo que me he comprado ya —alego mientras señalo todas las prendas que llevo colgadas del brazo.

—Nada para ese baile, cariño. ¿Qué te parece ese plateado? Te sentaría tan bien con tu nuevo color de pelo. ¿Te lo pruebas?

Alguna vez, un sabio reputado debería analizar *esa* sonrisa de mi madre. Es, sin lugar a dudas, convincente, extraña y tan intrigante que nunca, jamás, nadie ha podido resistirse a ella.

Cuatrocientos ochenta y tres euros más tarde, había repuesto el fondo de armario. En una bolsa de tela colgaba también el sexi vestido que mi madre acababa de regalarme. Vestido, por cierto, que no sabía si sería capaz de ponerme alguna vez.

—¿No hay ningún chico que te guste, cariño?

Es culpa del té *chai* que bebe a litros. Lo sé, no es que sea indiscreta, es que el té la incita a decir esas cosas.

—En estos momentos no, ¿por?

Hay determinados *por* que deberían quedarse dentro de la boca...

—Dianita, cariño —*Remolona* es su segundo nombre—, que digo yo que, ahora que estás tan mona, ¿por qué no quedas con algún amigo y te vas a cenar? Mi vida, tienes que pasearte, divertirte, salir con gente de tu edad.

¿Qué me dices?

Ésa fue la causa por la cual cogí el móvil, busqué el número de Carlos Pardo, lo marqué y quedé con él para cenar. Mi madre, el té *chai* y su bendito poder de convicción...

* * *

—Im-pre-sio-nan-te, Diana. ¡Qué belleza!

Juro que voy a empezar a creérmelo. Deben de ser los reflejos caoba. Carlos Pardo me mira con cara de marciano mientras hace que lo coja del brazo para cruzar la calle y plantarnos delante del local donde vamos a cenar.

Parece un restaurante especial, de esos que, para entrar, tienes que esperar a que la puerta giratoria se detenga. Dentro hace calor, tanto que me desprendo de la chaquetilla de lana brillante que he comprado esta mañana. Desde que llevo el pelo de este color me siento como si me hubiera poseído Rita Hayworth. No me he puesto guantes porque a última hora no los he encontrado en los cajones, y no será porque no los he revuelto, un poco más de lo que ya estaban, por cierto.

—Siempre te he visto preciosa, pero esta noche estás realmente espectacular —añade elegante y remolón.

Está tonteando conmigo una vez más. Soy una pardilla en esto de las relaciones interpersonales, pero es que es tan evidente que hasta yo me doy cuenta.

—Gracias, Carlos, tú también estás muy guapo.

Lo está. Sí, siempre me han gustado los hombres con traje pero sin corbata, sólo con una camisa blanca. Lo observo durante unos instantes. Es atractivo, eso no puedo negarlo, aunque hay algo en él que no me encaja. A lo mejor es porque todavía guardo en la retina la imagen de la primera vez que lo vi, ahí, encaramado al trampolín de la piscina municipal, en pelotas.

Se las miro. Sí, no he podido evitarlo. ¿Cómo puede ser que no las recuerde?

—¿Te parece correcto, Diana?

Pestaño. Estaba en Babia.

—¿Disculpa? Me temo que estaba un pelín distraída observando... el ambiente. —Sus pelotas, niña, admítelo, le mirabas el paquete extrañada porque no te acuerdas de cómo lo tiene.

—Es normal, este sitio es precioso. Decía que te encantará su *bavaroise* de canela y jengibre; a mí me fascina.

Sí, es un poco pijo, pienso pestañeando como si fuera boba perdida, pero es gracioso, y el pobre debe de haberlo pasado un poco mal. Lo que no sé es cómo besaré. Vamos a ver, no es que quiera que lo haga, no, pero una debe estar preparada para todo. Al fin y al cabo, esto es una cita en toda regla.

—¿Confías en mí para la elección del vino, Di?

Muchas confianzas, digo yo. Los únicos que me llaman Di son mis padres, mis amigos más cercanos, mi abuela y mi hermano, sólo que él le añade todas las letras necesarias para que formen la palabra DI-NOSAURIO. Una gracia más de las suyas.

—Dejo la elección a tu criterio, Carlos. Estoy segura de que entiendes mucho más que yo... —Sólo conozco tres riojas y un ribera del Duero.

—Me fascina el mundo del vino. Hace unos veranos, durante mi estancia en California, estuve estudiando a lo largo de varios meses en diferentes bodegas del valle de Napa. Es apasionante. No sé si te he comentado que la empresa de papá está relacionada con la exportación e importación de vinos...

Trato de parecer interesada, pero tengo un problema, grave, diría yo. A Carlos le asoma un pelito, pequeño e inquietante, de la nariz. Bajo la cabeza. No quiero mirarlo, ni parecer frívola. El muchacho tiene una conversación atrayente, pero ese puñetero pelo me está dando arcadas.

—Me alojaba en Jamieson Ranch Vineyards. Te encantaría. Es un lugar mágico, con cientos de jardines y una impresionante casa de piedra con barandillas de madera. Una delicia para los sentidos y para la vista. Aunque, para maravilloso, lo que tengo delante de mí...

Quiero chillar. Ya no soy yo la que mira al pelo. No. El pelo me mira a mí. Tiene vida propia. No sé si voy a poder comer.

—Me encanta cuando fijas tus ojos en mí tal como lo estás haciendo ahora...

¿En serio? No puede ser. Es imposible que esté poniendo cara de

cachonda o algo similar cuando en realidad quiero meterle el tenedor por la nariz para que se la toque a ver si el *pelillo* desaparece por ahí dentro. Aunque..., sabré que sigue ahí. No hay remedio.

El calor y la angustia van en aumento cuando pone su mano sobre la mía. Sí, lo hace con delicadeza; sí, la conversación es interesante; sí, el tío es guapo, rico y con clase, pero ¡tiene un puñetero pelo en la nariz! ¿Se lo digo?

—Espero que te guste la cena. Me he tomado la libertad de encargarla con antelación cuando he hecho la reserva.

¿Por qué no puedo dejar de pensar que, en lugar de molestarse tanto, lo que debería haber hecho era mirarse en el espejo y arrancarse con unas pinzas eso que le cuelga de la fosa nasal?

Vuelvo a sonreír. Debo de parecer idiota, o sumisa, que no sé qué es peor.

—Eres encantadora, Di.

Y dale con el Di...

—Tú también —logro balbucear con mucha dificultad mientras me toco de forma instintiva la punta de la nariz.

—¿Te sirvo un poco más?

—Gracias.

—¿Qué te parece el entrante de *foie avec prunes et confiture d'oignons caramélisés*? No hay un sitio en toda la ciudad donde lo preparen mejor, ¿no crees?

—Muy bueno, no hay duda. Tienes toda la razón.

No puedo pensar. Necesito tomar el aire, hacer una profunda meditación para meterme en el coco que el «invitado inesperado» va a estar con nosotros toda la noche.

—¿Te sucede algo, querida? —pregunta untándome de nuevo una tostada de pan con pasas.

—Discúlpame, necesito ir un momentito al tocador.

Sí, menos mal que he visto *Pretty Woman* 1.503 veces.

—Está en el piso de arriba, ¿quieres que te indique el camino?

Soy poli, macho. NO.

—Gracias, creo que lo encontraré yo sola.

Sonrío haciéndome la buena, cuando en realidad quiero salir corriendo

hacia la puerta giratoria. Tengo pocas fobias en mi vida, pero sin duda alguna, voy a cenar delante de una de ellas.

Ensimismada en mis tenebrosos pensamientos, y ¿por qué no decirlo?, subida en unos taconazos maravillosos que sólo pueden ayudarme a romperme la crisma, no soy consciente de lo que se cierne sobre el ambiente hasta que me doy de morros, literalmente, con «el ambiente en pleno».

—Veo que se ha recuperado por completo de la gripe, Suárez, y que eso ya no le impide cenar con su novio.

Levanto la cabeza, no sin cierta dificultad. Chocar con el comisario Albalate es algo similar a tropezar con el asteroide que acabó con los dinosaurios.

—Buenas noches, comisario —logro balbucear.

A Conan le salen rayos calcinadores de los ojos. Si no estuviera montada en estos zancos, juro que saldría corriendo en dirección contraria a él y no pararía hasta estar bien metida en mi cama, tapada con la colcha que me hizo mi abuelita.

—Que lo pase bien, Diana... —susurra peligroso.

Si no le tuviera tanto miedo, le diría que continuara con lo que había estado a punto de decir, pero más vale no tentarlo, nunca se sabe la cantidad de informes que es capaz de hacerle repetir a una.

—Usted también —agrego echando un rápido vistazo a la mesa que tenemos al lado, donde una impresionante rubia enfundada en un mono rojo nos mira con cara de malas pulgas.

El camino al ~~toeader~~ baño —me niego a convertirme en pija— es lo más parecido a montar en una montaña rusa: escaleras, barandilla dorada y un sube y baja en mi estómago propio de lo que suele sentirse cuando subes en esa atracción, aunque si soy honesta conmigo misma, lo único que me preocupa es averiguar por qué le caigo tan mal al comisario.

Misión 10

Cómo amargarte la noche pensando en tu jefe

Acabo de llegar a casa. Estoy frustrada, de mal humor y con la firme sensación de haber desperdiciado una noche que podría haber sido perfecta. Sí, vale, Diana, el inoportuno pelito en la nariz de Carlos ha contribuido mucho a fastidiártela, pero lo que ya lo ha rematado ha sido el encontronazo con Conan. Suspiro. No porque tenga ganas, no. Es porque acabo de quemarme la lengua con la infusión de melisa que hierve en la taza recién sacada del microondas. Boba.

Lanzo los zapatos al aire en un perfecto ejercicio de equilibrio y me tiro encima de la cama aún con la tisana en la mano. Todo un milagro no haberla derramado encima de la colcha con lo nerviosa que estoy. ¿Por qué me afecta tanto haber visto al comisario?

Muy enfadada con mi propio ser, en un intento por olvidarme de la contundente mirada de Conan, comienzo a reflexionar sobre los puntos positivos de la noche, que, sin duda, deberían ser más que los negativos. Me encanta elaborar pros y contras en mi cabeza.

PROS:

1. La cena estaba riquísima.
2. He probado cositas cucas muy bien elaboradas.

3. Excelente vino.
4. El postre, sensacional. Chocolate en estado puro.
5. La puerta giratoria.
6. He aguantado con los tacones toda la noche.

CONTRAS:

1. El innombrable habitante de la nariz.
2. El pijeo incesante de Carlos y su sempiterno «Papá tiene una empresa de vinos».
3. El baño era un poco hortera, con esos grifos lacados en color dorado.
4. El muro-pecho de Conan.
5. Su mirada.
6. La rubia con cara de mala leche.

Empate. Seis a seis. ¿Debería haberlo pasado mejor? Puede. Bebo un sorbito poniendo especial cuidado en no volver a achicharrarme la lengua. Carlos me ha besado. Sí, lo suelto así, a bocajarro, entre sorbo y sorbo, para que no me dé un soponcio repentino al recordarlo. No besa mal, hay que admitirlo, pero siento que alguien antes lo ha hecho infinitamente mejor. Lo malo es que no logro recordar quién, por mucho que repaso la lista de mis ligues, novios y rollos varios. Lista que se resume en cinco, básicamente:

1. «El chico para todo»: una especie de noviete que tuve un verano en la playa. Lo mismo servía para echarme cremita que para traerme un helado de turrón, mi favorito. Rollete de verano con promesa de amor eterno que terminó el 31 de agosto, como era de esperar. Medio año de carteo adolescente y unos cuernos del tamaño de los de un alce en cuanto pisó Madrid. Lo malo es que no se atrevió a confesarlo hasta meses después. No le guardo rencor, que conste, pero me hizo mucha ilusión encontrármelo calvo y gordo cuando lo busqué en Facebook.

2. «El amigo»: un rollo que no debía haber sucedido. Ya se sabe: fiestas, alcohol, un montadito de lomo a medias y dos horas de desenfreno lingual para subsanar el sofocón que me pillé cuando el

madrileño confesó. El romance terminó a las nueve de la mañana, cuando cada uno se metió en su propia cama. Tras semanas de sensaciones extrañas, volvimos a enrollarnos para cerciorarnos de lo que no debíamos hacer. Ahí quedó todo, incluida la amistad, aunque todavía nos saludamos con dos besos nostálgicos cuando nos encontramos por la calle, cosa que suele suceder a menudo ya que sus padres son vecinos de los míos.

3. «El triunfo»: sí, tal cual. Un tío bueno sin igual al que conocí el primer año de universidad, porque, sí, estudié Empresariales antes de ingresar en la academia de Ávila. Era el típico tío bueno al que todas aspiraban y que yo me llevé después de estudiar juntos durante muchas semanas el puñetero examen de microeconomía. Fue un año genial, en el que besos, arrumacos, numeritos y tocaditas de culo se sucedían por igual. El sueño terminó del mismo modo que llegó, estudiando él... con otra compañera que era muy buena en inglés y a la que le metió la lengua hasta el esternón. A éste sí que le guardo rencor profundo, y el doble, a la que hoy es su mujer, aquella mamona inglesa que me lo arrebató. Conste que jamás he buscado la matrícula de su coche para ponerle una multa..., o, bueno, sólo un par de veces, nada más.

4. «La mancha de mora»: o, lo que es lo mismo, el pobre que me aguantó tras romper con «El triunfo». Aún me da lástima recordar cómo lloraba cuando lo dejé después de que se currara el mejor San Valentín de la historia. Lo malo es que yo pensaba en el otro. Sigo pidiéndole perdón cada vez que lo veo con sus cuatro hijos y la fea de su mujer. No digo que sea fea porque le guarde rencor: es que es rematadamente fea de verdad, pero parece maja. Fea, pero simpática.

5. «El *destroyer*», el que me rompió el corazón: tres años de preciosa relación que terminaron cuando decidió irse a vivir a Canadá porque había descubierto que la misión de su vida era estudiar el hábitat de los osos *grizzly*. Todavía sigue allí, pese a mis rezos para que esos osos se lo comieran a él en lugar de a los salmones. Mis oraciones no parecen haber dado resultado, ya que, de vez en cuando, me envía una postal contándome todos sus logros. Sigue soltero, y mucho me temo que, al final, el oso es él.

Y eso es todo a mis veintipico años, casi treinta, seamos honestos. He ligado poco, lo reconozco, no comprendo la razón, pero así es. Muchas veces pienso que es debido a que paso la mayor parte de mi tiempo entre polis, trabajando como una loca y con muy poca vida social. En eso tiene razón mi madre. Ah, espera, que añado a la lista a Carlos Pardo:

6. «El pijo exhibicionista»: un dechado de virtudes al que conocí en una situación, digamos, incómoda y que poco a poco ha ido haciéndose de querer. Bueno, de querer un poquito, no un mucho todavía. Detalles como las flores, la caja con la cena el día de Nochebuena y la salida de hoy van logrando que le coja cariñito del mismo modo que se le tiene a una iguana con la que convives cierto tiempo. Lo pongo en cuarentena tras el beso de esta noche, ni muy corto, ni muy largo. Un beso estable en tiempo y espacio. En tiempo, porque ha durado justo lo necesario para mantener la sorpresa, y en el espacio porque sus manos no han pasado de mi cintura. Corrección máxima y aburrimento supino, para qué lo vamos a negar.

Debería haberlo intuido tras la excitante conversación sobre los tipos de uva del valle de Napa en California y los numeritos que han precedido a su conferencia mientras probaba el vino, una y otra vez, inflando los mofletes y emitiendo extraños gargarismos para manifestar, después, que se trataba de un vino seco con toques afrutados y matices de nuez, algo que, con total honestidad, me la traía al paio. Pero es guapo. Poco excitante, pero guapo. O al menos eso es lo que han sentido mis labios cuando se ha ido acercando con la misma sutileza que un cangrejo torpón. Quizá no debería haberlo provocado mordiéndome el labio, pero es que en realidad lo que quería era salir corriendo y me parecía poco educado. Así que me he dejado besar con la misma pasión con la que una se pilla un dedo con la puerta del coche. Por eso no me ha parecido mal del todo, teniendo en cuenta mis expectativas con respecto a ese beso. Labios cálidos, ni muy carnosos, ni muy finos. No he sentido nada. Un ligero cosquilleo tal vez. Es un chico muy guapo y galante,

llevo diciéndomelo a mí misma un buen rato. Por eso he entreabierto un poquito la boca, pero él no ha pasado de ahí. Demasiado correcto para una poli que lo que está deseando es un beso como Dios manda y una buena empotrada en la pared. Hala, ya lo he dicho. Necesito emoción en mi vida y mucha menos melisa.

Lo peor de la noche ha sido que, justo en el momento en que entrelazaba los brazos sobre el cuello de Carlos, el comisario Albalate ha salido del restaurante. Su «Buenas noches, Suárez, que disfrute de la velada» no ha sido nada gracioso. Desde entonces me tiemblan las piernas, y no sé muy bien por qué.

Después de eso, ni el cine, ni las palomitas, ni siquiera el hecho de que Carlos me cogiera de la mano mientras veíamos una película de espías han conseguido arreglar la noche. Tengo que dejar de tenerle miedo a Albalate. Al fin y al cabo, soy una sexi a la par que segura policía que no estaba haciendo nada malo. Además, estoy de vacaciones, qué leches.

* * *

—Así que al final saliste anoche.

—Ajá, mamá.

—Y ¿qué tal?

—Entretenida.

—No te noto muy entusiasmada —afirma mientras se quita dos rodajas de pepino de los ojos.

—Es que tengo la mascarilla de arroz puesta en la cara. Esta noche es la cena de Navidad de la comisaría. —Maravilloso intento por mi parte de desviar el tema que ocupa la cabecita de la señora que tengo al lado.

—Oh, es verdad, no lo recordaba. Cariño, vas a estar preciosa con el vestido plateado de ayer. ¿Te pusiste los tacones para ir domándolos?

—Ajá.

La mascarilla está comenzando a endurecerse y no puedo mover los músculos del rostro.

—Esto tira, mami.

—Es su efecto normal, nena. Deja que actúe. Vas a tener un cutis sensacional. Las japonesas se la ponen mucho.

—Y ¿me voy a quedar igual de blanca? —bromeo a la par que me doy cuenta de que lo único que puedo mover de todo el rostro es la lengua.

—Ay, no, nena, quedará estupendo. Por cierto, que no se nos olvide meter los zapatos en el congelador. Es un truco infalible para que no te duelan los pies.

—Mmm —susurro como puedo—. ¿Otro truco japonés?

—No, cariño, éste es de la revista que compro todas las semanas. ¿No deberías ir a la peluquería?

—Sí, ya he llamado y he cogido hora para las seis. ¿Qué me hago?

—Sin duda, ondas. Estás muy favorecida con ellas.

—Vale. —Soy tan dócil en mi vida familiar...—. ¿Cuánto tiempo debo tener esto en la cara? —pregunto señalando con el dedo la papilla pastosa.

—Deja que toque. Ah, ya está. Ahora no te sorprendas, voy a tirarte de ella. La sensación va a ser como si te arrancara la piel, pero no te va a doler.

Mi madre me ha despellejado viva. Esto de ser una mujer glamurosa tiene más peligro de lo que pueda parecer en un principio. Se me ha quedado, eso sí, una piel hidratada, suave y tan genial que estoy dispuesta a pasar por esto cada vez que sea necesario.

—¿Te acompaña el chico de ayer a la cena?

—No, mamá. Sólo es un conocido, un amigo.

—¿Te besó? Habría que ser idiota para no haberlo hecho —murmura más para sí misma que para ser oída.

Agradezco mucho el cumplido de mi querida madre. Tenemos mucha confianza la una con la otra. Ella suele contarme los traumas de mi padre sobre la caída del cabello, las arrugas en la frente y la manía que le ha entrado de dormir con los auriculares puestos para escuchar música de cuencos tibetanos. Por mi parte, yo le confieso mis múltiples meteduras de pata. Es genial tener una madre así, aunque a veces se le noten demasiado las ganas que tiene de casarme. Algún defecto «de madre» debía tener.

—Sí, me besó —confieso con cierta vergüenza.

—Pero, hija, ¡eso es lo primero que se cuenta!

Las rodajas de pepino que había vuelto a colocarse han salido disparadas por los aires.

—No tiene la mayor importancia.

—La tiene, la tiene. Qué buen gusto tiene ese chico. ¿Cómo se llama?

—Carlos Pardo.

—Me suena el apellido..., ¿vive en el barrio?

—No, en la urbanización El Balcón.

—Ah, pues debe de ser gente de posibles, ésa es la zona más cara de la ciudad.

—Creo que me dijo —unas mil trescientas veintidós veces, más o menos — que su padre tiene una empresa de exportación e importación de vinos.

—¿Su padre es el de Bodegas Pardo? —exclama casi gritando.

—Creo que sí, ¿por?

—Oh, por nada —musita recolocándose los pepinos y metiendo las manos en glicerina.

—Mamá...

—Ya te he dicho que me sonaba...

—Y ¿te suena de...?

—Oh, está bien... Mira, al final te vas a enterar si sigues con ese muchacho. Su padre, Alberto Pardo, y yo fuimos novios.

—¡¡¡Mamá!!!

—Sí, no me mires así. Lo dejé plantado casi en el altar.

Ahora la que da un bote soy yo.

—Vas a estropearte las uñas si no dejas de moverte.

—Pero, mamá, acabas de decirme que tuviste un novio al que dejaste casi a punto de casarte.

—A punto, a punto —asegura—. De hecho, fue el mismo día de la boda.

—¿Qué me estás contando?!

—Lo que oyes, hija, lo que oyes.

—Mamá, no entiendo nada...

—Por entonces ya estaba enamorada de tu padre, aunque no había pasado nada entre nosotros. Como sabes, tu abuelo era un reputado médico. Trabajaba con el abuelo de Carlos. Era, además de su colega, su amigo

íntimo, y entre ambos tramaron nuestro noviazgo. Sí, no me mires así, que no era una práctica tan extraña en aquella época.

»Alberto, a instancias de su abuelo, comenzó a pretenderme, y aunque yo no sentía lo que creía que debía de sentir por él, me fui viendo envuelta en todo aquello. Cuando quise darme cuenta, ya teníamos fecha de boda, el vestido estaba encargado, las invitaciones enviadas y yo, cada vez más triste. Fue así como conocí a tu padre. Él estudiaba Magisterio en la misma facultad que yo, y fue el único que se dio cuenta de que no sonreía como antes.

—Qué bonito, mami.

—Ahora sí, pero en aquella época no lo fue tanto. Cuando por fin me atreví a contarle que estaba así de melancólica porque iba a casarme, él me dijo que no lo hiciera si no estaba segura. Admitió, además, estar enamorado de mí, pero dijo que respetaría siempre mi decisión fuera ésta la que fuese. No supe que yo también sentía lo mismo hasta que me vi vestida de novia, con el velo puesto y el ramo en las manos. Desesperada, hablé con tu abuela y ella me ayudó a tomar la decisión. Desde ese mismo día, tu padre y yo estamos juntos. Juro que es la mejor resolución que he tomado nunca, aunque me vuelva loca con los dichosos cuencos tibetanos. ¿Te he dicho ya que se ha apuntado a clases para aprender a tocarlos?

Niego con la cabeza.

—¡Vaya historia! ¿Cómo le dijiste a Alberto que estabas enamorada de otro?

—Creo que se hizo a la idea cuando me presenté en su casa vestida con vaqueros apenas dos horas antes de la boda.

—¿Eso hiciste?

—Sí. Tu abuelo me acompañó. Lo cierto es que tuve mucha suerte de que mis padres me comprendieran. Después de aquello, no volví a verlo. Sé que su familia lo envió a estudiar a Estados Unidos para que se le pasara el disgusto, pero yo le perdí la pista.

—¿Sabes que a Carlos también lo dejó su novia unos días antes de la boda?

—Debe de ser cosa de familia, entonces.

—¡Mamá, no seas mala!

—No lo soy, sólo recalco un hecho irrefutable. En serio, cariño, si no estás segura de que te guste, no le hagas daño a ese muchacho. Es lo único que aprendí de aquella experiencia. Siempre guardo esa pena en mi corazón. Algún día me gustaría volver a hablar con él para pedirle perdón de nuevo y saber si ha sido feliz. Me gustaría mucho que lo hubiera sido.

—Yo sé la dirección de su casa...

—¿Has estado allí?

Ninguna pregunta de mi madre va con segundas.

—Ah, ¿que has ido a su casa? ¿Tan serio vas con Carlos?

¿Veis?, ahí estaba la segunda y hasta la tercera pregunta.

—No, mamá, es que tuve que llevarlo a casa de sus padres.

—Ah, me dejas mucho más tranquila. Quizá algún día me atreva a pedirte que me indiques la dirección.

—¿Serías capaz?

—Por supuesto que sí. Te aseguro que me quedaría mucho más tranquila si lo viera bien. ¿Cómo está? Era un hombre muy guapo...

Misión 11

¿Quién me mandaría a mí comprarme este corsé?

He estado hablando con mi madre hasta que ambas nos hemos percatado de que ya era la hora de la peluquería. Todavía estoy flipada con la historia que acaba de contarme, y eso que siempre he presumido de conocer muy bien a mis padres. Ahora, desde luego, pienso mirarlos con otros ojos. Siempre han sido muy cariñosos, y su relación, salta a la vista, está llena de amor y comprensión. Me encanta ver cómo caminan cogidos de la mano y cómo se cuidan el uno al otro. En el fondo, creo que mis relaciones son fracasos estrepitosos porque no encuentro algo similar a lo que ellos tienen.

Sí, soy una moñas, pero es que mientras divago sobre el amor y sus tonterías, no me dejo las neuronas en pensar la forma en la que me voy a meter dentro del corsé de la parte de arriba del vestido que me mira desde la cama. ¿Cuándo lo compré ya era así?

Admito que es bonito. Sí, ¡lo admito!, pero no sé cómo ponérmelo. O, lo que es peor, no sé cómo abrochármelo. Tiene quince mil botoncitos forrados de la misma tela plateada en la espalda. Chungo, lo veo muy chungo.

Enfundada en las medias, en el *push-up* gris sin tirantes de escote corazón y con un estrés del carajo, estudio con toda la delicadeza de la que soy capaz

el armatoste que me está volviendo loca.

Mis hijos tienen fiebre. Los tres. Mi mujer insiste en que vaya a la fiesta, aunque me quedaría muy contento en casa con ellos.
¿Te recojo a las diez?

Ricardo, mi compañero maravilloso, enviando wasaps.

Perfecto, no sé si habría sido capaz de conducir con los zapatos de tacón. A las diez en mi portal.

OK. ¿Vas a ponerte tacones? Eso quiero verlo yo.

Puede que veas uno de ellos estrellado en tu cabeza. Hasta luego.

Qué mal genio, Suárez. Hasta dentro de un rato.

Resuelto el problema del transporte, me hallo ante uno mucho peor, que soluciono inmediatamente cuando recuerdo que no vivo en medio de la sabana africana y que, por tanto, puedo pedirle ayuda a mi vecina para que me abotone el traje. A veces parezco más tonta de lo que soy en realidad, menos mal que luego mis neuronas me recuerdan lo lista que soy.

—Estás buenorra con ese vestido, Diana.

—Gracias, Daniel. —Qué gracioso, el niño—. ¿Puedes llamar a tu madre? Necesito que me ayude con una cosa...

—Se ha ido al cine con sus amigas. Me he quedado de canguro de mi hermana.

Cojonudo.

—Ah, vale —mascullo entre dientes sin percatarme de que los adolescentes de hoy en día son perspicaces, mordaces y capaces. Todos los «aces» juntos.

—¿Te ayudo yo a abrocharte el vestido?

—¿Cómo sabías que necesitaba ayuda con eso?

—Porque lo aguantas con la mano a la espalda...

Sopeso la situación un instante. No me entusiasma nada la idea de que un adolescente medio salido y con un incipiente bigotito me manosee la espalda.

—¿Qué hora es?

—Las diez menos cinco.

—Mierda, no me queda otra opción.

—Oye, que yo sólo quiero ayudarte. —Cara de niño bueno y voluntarioso.

—Está bien, venga, sólo tienes que abrochar los botoncitos.

—¿Todos estos? Pues tenemos para un buen rato.

—¡Daniel! Tienes tres minutos.

—Oh, está bien. Qué piel tan suave, Diana...

—¡¡Daniel, que me chivo a tu madre!!

—Cortarrollos... Hala, ya está.

—¿Ya?

—Sí, sólo había que pasar unos botones, no coserlos. ¿Adónde vas tan guapa?

—A una cena de trabajo, niño preguntón.

—Pues van a flipar, porque estás guapísima.

Pobre, si en el fondo es un buenazo.

—Gracias, Daniel. Te debo una.

—Ah, eso es fácil, con que me subas un día en el coche patrulla con la sirena a tope, yo contento.

—¡Hecho! —exclamo justo antes de salir corriendo hacia mi puerta—. Llego tarde, bonito. Buenas noches.

Me miro en el espejo. No me reconozco ni yo con un vestido tan elegante. En la parte de arriba, el dichoso corsé, al que voy a agradecerle eternamente el tipazo y la cintura que me hace. ¿Tenía eso yo ahí y no lo había visto? En la parte de abajo, la falda de tul plateado, sin brillos, pero adornada por unas florecitas de encaje muy pequeñitas. Me encanta, y qué decir del peinado. ¡Madre mía, si parezco una diva de los años cincuenta! Hay que ver cuánta autoestima viene incluida con el *push-up*. Ea, pues ya estoy lista. Mi querida

amiga la autoestima y yo, dispuestas para salir.

Cosas de la vida, descubro que voy descalza cuando piso el frío suelo de mármol del portal. Después de casi diez minutos buscando los zapatos, por fin recuerdo que los metí dentro del congelador aconsejada por mi madre. ¡Mierda! Y yo que pensaba que el mármol estaba frío...

¿Dónde estás, nena? Llegamos tarde.

YA BAJO.

Verdad verdadera. No se puede resistir la puntualidad de Ricardo. Vuelvo a montar en el ascensor y salgo del portal intentando no romperme los dientes por culpa de los zapatos húmedos.

En la calle, busco con la mirada el coche de mi compañero. No lo veo por ningún lado. No, si encima llegará tarde. Diez minutos después, me suena el móvil de nuevo. Esta vez, Ricardo ha decidido llamar.

—¿Dónde te has metido, tío?

—¡Tendrás cara! Llevo delante de tu portal quince minutos esperando a que bajes.

—Y yo llevo ese tiempo de pie en el portal.

—No es verdad, no te veo.

—Ni yo a ti, ni tu coche.

—He cogido el de mi mujer, el mío estaba sin batería. Mira, ahora hago señales con las luces.

—Y yo te saludo con la mano...

—¡No me jodas que la tía buena que llevo mirando un cuarto de hora eres tú!

Cruzo la calle y asomo la cabeza por la ventanilla recién bajada.

—Cierra la boca, Ricardo.

—No puedo, nena. Estás impresionante.

—¿En serio?

»¿Qué les pasa a los peques? —Amo los cambios de conversación a tiempo.

—Han pillado la gripe. Primero, el mayor; después, el mediano, y ahora el pequeño. Los tres con fiebre metidos en la cama y volviendo loca a mi mujer. Pobre, no tendría que haber insistido en que viniera. Ya ves tú qué se me ha perdido en esta cena sin ella...

Observo a Ricardo. Está guapísimo con el traje negro. Me encanta cuando habla así de su esposa, una tía muy maja de la que soy la mayor fan. Curra, tiene tres niños y además saca tiempo para ocuparse de su marido, un poli de rebosante energía al que quiero como a un hermano.

—Bueno, ya sabes la importancia que dan los jefes a estas cosas. A mí tampoco me apetecía mucho asistir, si no llega a ser por mi madre...

—Habría sido una pena que te quedaras esta noche en casa con lo guapa que estás. ¡Eh, no me pellizques, que estoy diciendo la verdad! Tienes que empezar a aceptar que te lo digamos: Diana, eres guapa.

—Creía que estabas riéndote de mí...

—¿Ves? Eso es lo que más me gusta de ti. Eres la tía más sencilla que conozco. Otra, con tu cuerpo, tu cara y esa inteligencia innata, andaría por ahí pavoneándose.

Debe de haberse tomado algo antes de salir de casa. Llevo no sé cuántos años trabajando con él y jamás en la vida me había dicho nada parecido.

—Estoy flipada, que lo sepas, y no sé si debería cachearte por consumo de alucinógenos.

—¿Por qué? ¿Por llamarte guapa? Pues sí que estamos bien. Es la verdad. Esta noche, los Picores revolotearán a tu alrededor como moscardones. Los dos están pilladísimos por ti.

—¿Qué me estás contando?

Si antes flipaba, ahora lo hago en estéreo y a muchos colores. ¿Les gusto a los Picores?

—Si no te han tirado la caña es porque son demasiado amigos como para hacerlo. Los dos —dice Ricardo mostrando dos dedos— están colgados de ti. Lo que no sé es cómo no te has dado cuenta. Cuando queremos meternos con ellos, te nombramos.

Paso de crearme nada. Ricardo y sus tonterías.

—Ah, ya sé que no te lo crees, pero ¿recuerdas que cuando pasaste la

gripe fue Gusano el que fue a cuidarte?

—Los demás allegados estabais de guardia.

—Los Picores, no. De hecho, estuvieron a punto de liarse a puñetazos porque querían ir los dos.

—Ricardo, vete a la mierda. No me creo nada. —Que no, que no me trago lo que me está contando.

—Te lo juro, Di. Montaron tal espectáculo en comisaría que al final Conan salió hasta del despacho y fue él el que le pidió a Gusano que te cuidara.

—¿Albalate? —pregunto incrédula.

—No sé a cuántos Conan más conoces... Cuando no quieres entender una cosa..., qué cabezota eres.

—¿Conan *el Bárbaro*?

—Eres tonta —ríe con la broma más idiota que debe de haber oído por lo menos en un mes—. Bueno, ya estamos aquí —señala aparcando el coche—. Sonrisa puesta y a pasarlo lo mejor posible.

—No sé si seré capaz de caminar con estos zapatos. Mi madre me ha obligado a meterlos unas horas en el congelador.

—¿Si se te congelan los pies no notas el dolor? Por cierto, creo que es la primera vez que te veo con taconazos. A ver si te estampas, eso también sería muy propio de ti.

—Lo sé...

Tengo el mismo miedo.

—Di, y ni una palabra de lo que te he dicho de los sevillanos. Me retuercen el pescuezo. Júramelo —pide extendiendo el dedo índice para que choque con él en señal de promesa. Es como un gesto privado entre nosotros.

—¿Crees que estoy boba? ¡Cómo voy a decirles nada! Si lo que me has contado no se lo cree nadie. ¿No se dejaron a las novias en su pueblo?

—Guapa, que tengan novia a casi ochocientos kilómetros no influye para que no puedan mirar por esos ojos que tienen. Hala, cógeme del brazo, que te conozco.

Me conoce muy bien, de hecho, y es que debo de haber puesto una cara espectacular cuando he visto la escalinata que lleva hasta la sala de la cena.

—¿Has ensayado esta vez el vals? El año pasado lo bailaste como una flamenca rosa. Casi te haces un nudo con las piernas.

—Pues sigo bailándolo igual, que lo sepas, pero como pienso estar sentada todo el tiempo para no matarme viva con estos zapatos, no va a haber el más mínimo problema.

—Pídele al finolis ese con el que sales que te enseñe a seguir los pasos. Con la cara de lechuguino que tiene, fijo que sabe cómo se baila ese y doscientos *pijobales* más.

—No es un finolis. —Defender lo indefendible es otra de mis múltiples cualidades inútiles—. Es muy educado, nada más.

—Venga, colega —me replica justo cuando llegamos al último escalón—. Ese tío es un esnob, claro que, si a ti te mola, yo encantado. Sólo un apunte más...

—Sorpréndeme.

—Tiene cara de panocha de maíz. Entramos, ¿no?

Decido llorar de la risa, pero una voz, «la Voz», interrumpe el momento, de nuevo.

—No sé cuál será la razón, Suárez, pero últimamente, cada vez que la veo, se encuentra de lo más entretenida.

Víctor Albalate, *Conan* para los amigos, y sus profundas reflexiones sobre mi persona. Fijo que se refiere al beso que me dio Carlos, pero como mi vida privada no es asunto suyo, que le den. Pienso disfrutar de la noche.

—Buenas noches, comisario. Es cierto, casi siempre estoy contenta. ¿No es una suerte? —respondo desafiante mirándolo a los ojos.

¿Quién narices se cree que es para aludir a lo que hago fuera del trabajo?

—Depende de para quién, Suárez. Ricardo..., disfruten de la noche —murmura alejándose de nosotros para ir a saludar a la mujer de un alto cargo de la poli.

—¿Qué demonios ha sido eso, Di? —pregunta mi compañero con los ojos más abiertos que un mapache.

—Es un idiota que hace comentarios idiotas.

—Ah, no, ahora me lo cuentas, y no me digas que aquí no ha pasado nada, porque por la cara con la que te miraba Conan era como si estuviera a

punto de estallar.

—No tengo ni idea de lo que le pasa conmigo, o sí: cada vez le caigo peor. Es horrible trabajar con un jefe así. Ayer fue igual de desagradable cuando me lo encontré en el restaurante donde cenaba con Carlos.

—¿Has vuelto a salir con *el Panocha* y no me has dicho nada? Qué fuerte lo tuyo, maja.

—No ha surgido la conversación aún, y eso no es todo...

—No me digas que te pidió en el restaurante que repitieras otro informe... Ah, no, que estás de vacaciones —bromea riendo como si la mandíbula estuviera a punto de salirse de su articulación.

—No. Me pilló justo en el momento en que Carlos me besaba.

—¿*Panochaman* te ha besado?!

—No hace falta que pongas esa cara de desagradable. Te aseguro que fue un beso encantador —exclamo furiosa.

—¿Encantador? Vamos, Di, no me jodas. Si alguna mujer de las que yo he besado dijera que mis besos son encantadores, estaría dándome de cabezazos contra una tapia durante tres días enteros.

—¿Qué tiene de malo un beso encantador?

—Todo, tía, todo. Los besos son babosos, calientes, explosivos, excitantes, cachondos, tiernos incluso, pero «encantadores»... A ver si es que se te está pegando el pizerío, Di, mira que no te va nada.

—Carlos no es pijo.

Diana, la Juana de Arco de las causas perdidas, al ataque.

—Si fuera más pijo tendría las pelotas tatuadas con el logo de los bolsos esos tan caros.

—¡Qué vulgar eres!

—Te estás riendo, puedo verlo perfectamente.

—¡Vale, sí, a lo mejor es un poco pijo!

—¿Quién es pijo, *quilla*? —preguntan los Picores al unísono. Acabamos de llegar a nuestra mesa.

Van vestidos igual, con el mismo traje. Lo suyo debe de ser un caso extraño de gemelos de madres distintas.

—El nuevo novio de Diana —suelta Ricardo mientras me guiña un ojo

con toda la malicia del universo.

—¿Tienes novio, *quilla*?! —exclaman otra vez al mismo tiempo con la cara desencajada.

Ricardo vuelve a hacerme una mueca. Debería haberse llamado Maquiavelo. Yo, por mi parte, sigo muda de la impresión que me ha causado darme cuenta de que mi compañero, en efecto, no mentía.

—Bueno, novio, novio... —intento explicar sin mucho éxito. Hay que ver qué mal me salen las palabras cuando quiero justificar algo.

—¿Te vienes a por un trago?

—Mejor una botella entera. Un *buchito* a mí no me hace *nada*.

—¿Lo ves? No mentía. Estás hecha una rompecorazones, Dianita, lo único malo es que no te enteras.

—¿Qué tiene eso de malo? —repongo intrigada sentándome a la mesa tras haber buscado mi nombre en ella.

—Si fueras consciente de lo que provocas en los tíos, te inflarías a ligar y no acabarías con panochas humanas que dan besos encantadores.

—¿Has decidido darme la lata toda la noche? ¡Cada vez admiro más a tu sufrida mujer!

—Pues ella está *encantada* —asegura bromeando, una vez más, con el que se ha convertido sin duda en el adjetivo estrella de la noche—, puedes preguntárselo cuando quieras.

—No dudes que lo haré. ¿Dónde te sientas tú? ¿A mi lado? Espera, que mire las tarjetas. Oh, no, tengo a la mujer del Licores a la derecha y... ¡no! ¡Lo mío es mala suerte!

—¿Quién te ha tocado? Peor que la mujer del Licores no hay nadie...

A modo de respuesta, le muestro la tarjetita dorada y granate que tengo en la mano, donde aparece en letras de imprenta, muy bien escrito, un nombre: COMISARIO VÍCTOR ALBALATE. Esto es lo que yo llamo suerte máxima.

—Te cambio el sitio —sugiero esperanzada.

—Ni de coña, bonita. En la cena de gala de primavera, la tuve al lado y me metió mano en la pierna.

No puedo evitar echarme a reír. El Licores es un compañero jubilado que, de forma clandestina, se dedica a destilar bebidas espirituosas con el

alambique heredado de su abuelo. Es un buen tío, pero su mujer desespera al más santo, además de ser lo más parecido a una cacatúa rubia que no deja de hablar y, sobre todo, de preguntar cada vez que pilla a algún incauto.

—No te metió mano. Sólo «te acarició un poquito». Venga, Ricardo, no seas cabrito. No permitas que cene así. Van a torturarme.

—Tranquila, Di, que yo estoy justo enfrente —me calma enseñándome desde su silla la maldita tarjeta donde está escrito su nombre.

—Sí, claro —mascullo entre dientes—. Va a ser una noche de lo más entretenida.

—Siempre puedes hincharte a bailar...

—¿Te gusta bailar, querida? —de repente oigo a mi espalda a la mujer del Licores.

Casi sin darme cuenta acabo de pegar un respingo, algo que, por su respuesta, debe de haber entendido como un «sí».

—A mí también me gustaba de más joven. ¿Qué baile es tu favorito? ¿Has ido a alguna escuela a aprender? ¿Sabes que han abierto una nueva cerca de la playa? ¿No te encantaría ir?

He desconectado a la segunda pregunta y la culpa la tiene, sin duda, Ricardo, que acaba de despanzurrarse de la risa.

—Eres muy calladita, ¿no? Haces bien, las mujeres tienen que ser prudentes. ¿Te has casado desde la última vez que nos vimos? Debes de estar en la treintena, ¿no? A tu edad, ah..., ésos eran otros tiempos... A tu madura edad, yo ya tenía tres hijos. ¿Conoces a mis hijos? ¿Te los ha presentado alguna vez mi marido? ¿Conoces sus nombres? Tengo uno soltero, ¿quieres que te lo presente?

¿Vomito o qué hago?

Misión 12

¿Qué está pasando aquí?

—Me temo que la agente Suárez está ya comprometida, señora Parra. Un placer saludarla de nuevo.

Siento que un escalofrío me recorre la espina dorsal desde el coxis hasta las cervicales, erizando cada uno de los nervios que tengo.

—Comisario, el placer es mío —responde escueta la Mujer Taladro.

Increíble, aunque, claro, teniendo en cuenta que no hay quien le hable al hombre que acaba de sentarse a mi lado...

—¿Estás comprometida, Dianita? ¡Ay, qué magnífica noticia!

—Bueno, señora, comprometida, comprometida...

No puedo seguir hablando. Un perfume varonil acaba de instalarse en mi pituitaria. Necesito mirar en la dirección que marca el aroma, no sé la razón, pero quiero hacerlo. Es como si un imán me atrajera hacia su lado.

—¿No ha venido tu prometido, querida?

—No, señora Parra. Quizá en la próxima ocasión...

Estoy segura de que he oído un gruñido. Algo similar al ronquido de un oso.

—Perdón, comisario, ¿decía algo?

Soy una inconsciente, lo sé, pero necesitaba una excusa para volverme hacia él, olfatearlo y comprobar si ese delicioso olor provenía de su cuello.

«¿Hola, Diana?... ¿Te has fumado algo?»

—Mi boca está cerrada, Suárez, ¿no lo ve?

Me espera una cena de lo más agradable...

Justo al tercer entrante, estoy a punto de ponerme a gritar. *Cacatúa Mix* no ha dejado ni un segundo de hablar. Me tiene irritada, hasta la peineta. A mi izquierda, y como si se tratara de un combate de boxeo, Conan sólo gruñe por lo bajo, invadiendo casi todo mi espacio con su perfume y su corpulencia. En medio, yo me achicharro viva sin saber muy bien el porqué.

—Qué bien lo pasamos, ¿verdad, compañera?

Cómo me habría gustado tener diez años para lanzarle el pan a Ricardo en toda la cara, y es que el muy imbécil lleva más de tres cuartos de hora riéndose sin contemplaciones de mi mala suerte. Casi sin pensarlo, acerco la mano izquierda al platito en el que hay un bollo de pan, con los ojos puestos en el tonto que patrulla conmigo a diario. ¡Bien! Todavía está calentito. ¿Qué demonios le pasa a Ricardo? ¿Por qué pone esa cara de bobo?

Sonriente, cojo el pan y lo levanto unos centímetros del plato. Jolín, pues sí que pesa...

—Suárez, ¿es consciente de que me está cogiendo la mano?

¡Ya decía yo que quemaba!

—Perdón, comisario. Ha sido sin querer...

—Eso no lo dudo —afirma hablando despacio y mirándome con sus impresionantes ojos color caoba.

¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué ha desaparecido todo el mundo? ¿Qué fuerza extraña es la que me impide soltarle los dedos a Conan?

—Si me permite recuperar mi mano... La necesito para coger el cuchillo. Sin él, no puedo cortar la comida.

«No, si yo la soltaría, pero es que resulta que se ha pegado a la mía», pienso angustiada ante una de las situaciones más extrañas en las que me he visto envuelta hasta el momento.

Sólo puedo mirarlo, mirarlo a los ojos, sentir cómo esos dedos enormes y calientes acarician de una forma secreta y sutil mi piel. Dudo mucho que alguno de los comensales que nos acompañan en la mesa sea capaz de entender una escena así. Es más, estoy segura de que Ricardo aún no ha

cerrado la boca de la impresión.

—Está preciosa esta noche, Suárez.

Juro que no sé si se me cae la baba en este instante.

—¿Te sucede algo en la mano, querida? ¿Una luxación tal vez? ¿Se te ha abierto la muñeca?

Conan me suelta inmediatamente ante la retahíla de preguntas emitidas por la impertinente señora Parra.

¿Cuánto tiempo hemos estado cogidos de la mano? ¿Diez minutos? ¿Tres segundos? Ni idea. En estos momentos no sé ni cómo me llamo. Estoy aturrida. Aún puedo sentir el calor que desprende el hombre que tengo a la izquierda, y si antes he estado a punto de achicharrarme, ahora empiezo a convertirme en uno de esos raros casos de combustión espontánea. Vuelvo a mirarlo. Lo necesito. Él habla con la persona que tiene al otro lado, y lo hace de manera normal, como si no le hubiera afectado en absoluto lo que acaba de pasar entre nosotros. Cosa, por cierto, inexplicable para mi racional mente.

—Si me disculpa, señora, voy un momento al baño.

—Está bien, querida, no te preocupes, que te guardo el bolso.

Me tiemblan las piernas. Sí, lo hacen como nunca antes. Necesito salir de aquí, dejar que mi cuerpo se enfríe. No sin cierta dificultad, consigo levantarme y caminar hasta donde supongo que están los aseos. Error. Una mujer aturrida nunca debería suponer nada. Aquí sólo hay un pasillo que conduce a los ascensores.

—¿Se ha perdido, Suárez?

No me da tiempo a responder. Al segundo estoy empotrada contra la pared forrada de moqueta roja, con la boca de Conan pegada a la mía. Ilusa de mí, ahora sí que tengo calor, con ese cuerpo enorme acariciando el mío. Conan abre la boca e introduce su lengua en la mía mientras mete sus manazas entre mi pelo. No es un beso tibio ni modoso, no. Es un beso de esos que te dejan hecha una gilipuetas para el resto de tu vida, a pesar de que dura lo que a mí me parece un instante.

—Esto sí que es besarte —susurra sobre mi boca antes de marcharse y dejarme tiritando de frío en este puñetero pasillo que no lleva a los baños.

* * *

Volver a la normalidad me costó un poquito, voy a ser franca. En mi vida me habían besado de ese modo. Sí, de todas las cosas locas que podrían haberme sucedido en esa cena, jamás estuvo en mi lista ser besada por el comisario y volverme loca a continuación.

—Di, ¿qué te pasa? —me pregunta Ricardo acercándose a mi lado en un receso de la cena, justo cuando acaban de retirar el primer plato y comienzan a servir un curioso sorbete de color azul—. No has comido nada. ¿Te encuentras bien?

—Muy bien... —musito sin levantar la cabeza del plato. No puedo mirar a mi compañero. Me conoce demasiado como para creerse la mentira que estoy a punto de soltarle—. Sólo me duelen los pies —musito en voz baja acercando mi boca a su oreja puntiaguda.

—Bah, cómo sois las mujeres. Yo, preocupado, y tú con dolor de pies. Voy a llamar a mi mujer para que me dé el parte médico de los enanos. Ahora vengo, comisario, cuídemela.

Albalate se vuelve hacia nosotros con cara de despiste, según puedo ver cuando por fin decido dejar de ser una cobarde.

—No se preocupe, está en buenas manos —masculla muy serio, provocando que toda la sangre de mi cerebro abandone por completo el lugar donde debería estar.

No vuelve a hablarme en toda la cena.

—¿Cómo llevas esos pies, Di?

¿Pies? ¿Tengo de eso? ¿Cómo puede un beso robar la capacidad de sentir otra cosa que no sean unos labios calientes sobre los míos, saboreando mi boca? Apenas he podido probar algo de los doscientos platos que han ido pasando por delante de mí. De hecho, no sé ni siquiera si me los he comido.

—¿Te animas a bailar?

—Ricardo, sabes que voy a caerme de morros...

Diana, la de las excusas rápidas y creíbles. Sobre todo, creíbles.

—Tía, estás rarísima esta noche. Parece que los zapatos, en lugar de comprimirte los pies, te están aplastando las neuronas. ¿Te encuentras bien?

—No, la verdad es que me siento algo incómoda. Como comprenderás, la cena ha sido una verdadera tortura.

—¿Sólo es eso? ¡Lo arreglamos con un martini y tres bailes!

Medito las opciones y la primera en quedar descartada es la de huir corriendo, no en vano soy una avezada policía nacional que se adapta a las situaciones más extremas. Además, no quiero que Albalate piense que me da miedo. ¡De eso nada! Aunque, sí, se lo tengo y se lo tendré mientras viva.

La segunda posibilidad pasa por beberme media bodega del restaurante, algo que sin duda no sólo es una genial idea, sino que está a mi alcance. Con dos copas, estaré más que entonada, y es que yo no bebo alcohol. No lo hago, a excepción de las cenas con mi padre que suelen ser «autoconclusivas», es decir, cenas, bebes y te duermes. Punto.

Mientras me planteo seriamente esconderme dentro del armario de los abrigos junto a una botella de pacharán y otras dos de champán, de la mejor calidad, eso sí, cuando Cacatúa Mix decide por mí: «Querida, espero que no te importe, pero me quedo aquí sentadita contigo. Esta noche no estoy muy bailarina. Prefiero la conversación amena».

Oye, es decir eso y salir disparada hacia la pista de baile, lo que me lleva a pensar que, en efecto, hay una cuarta opción que no he tenido en cuenta: bailar y disfrutar como si Conan no me estuviera mirando con sus imponentes y arrolladores ojos color caoba intenso.

—Por fin te has decidido, Di.

—Ricardo, no había otra forma de deshacerse de la mujer del Licores. No hay ser humano más pesado en la faz de la Tierra.

—Lo sé, una tortura, y eso que a ti no te ha metido mano. —La mueca con la que sonrío no parece dejarlo tranquilo—. Te lo juro, Di, me *casi tocó* el paquete, y no fue nada agradable —aduce haciéndome girar por la pista como si fuera todo un profesional.

—¡Eh, bailas muy bien!

—Claro, Luisa y yo hemos ido a clases. Sí, no me mires con esa cara, que me matas. Oh, venga, vale, lo confieso: me llevó a rastras, pero ahora no me arrepiento. ¿Ves qué bien te llevo en esta salsa?

—Es un merengue...

—Detalles sin importancia. Lo verdaderamente *encantador* es que estamos bailando —prosigue intentando chincharme una vez más con la palabra más célebre de la noche.

Curioso, ya ni me acuerdo de ese beso. ¡Como para hacerlo después *del otro!*

Las canciones siempre finalizan cuando menos lo esperas, razón por la que Ricardo y yo nos quedamos solos en medio de la pista muertos de risa mientras que el resto de los bailarines, la gran mayoría policías como nosotros, vuelven a estar sentados a sus mesas o dispersados por la zona de la barra. Nosotros habríamos hecho lo mismo si, en lugar de creernos Jennifer López y Marc Anthony, simplemente hubiésemos estado atentos a las palabras del hombre orquesta cuando ha dicho que volvía dentro de cinco minutos.

—Y ¿ahora qué, Di? ¿Gin-tonic o champán?

—Champán, siempre champán —respondo dando pequeños saltitos detrás de Ricardo.

Lo de los saltitos es para llegar antes. Conan acaba de levantarse de la mesa y camina hacia la pista de baile llevando del brazo a Cacatúa Mix. Casi da pena verle la cara de sufrido que pone en este instante, a pesar de que trata de disimularlo por todos los medios. Estoy segura de que nadie se ha dado cuenta del fastidio que embarga al jefe en estos momentos, ya que nadie le está haciendo un escrutinio como el mío, de arriba abajo, y repasando todos los detalles para que no se me escape ninguno.

«Es atractivo, eso tienes que reconocerlo —me digo—. Alto, fuerte de hombros, con el pelo negro ligeramente ondulado hacia atrás. No muy largo. Al comisario siempre le gusta llevarlo cortito y con las patillas muy marcadas, casi a juego con esa mandíbula cuadrada que enmarca una boca de muerte que besa como Dios...» Vale, Diana, bonita, hasta aquí tus reflexiones por hoy. «Pero mira esas piernas... ¿Cómo es posible que nunca te hayas fijado en ellas en el gimnasio que compartes en las instalaciones de comisaría? A ver, repasa tus archivos, Di. Sí, ahí están esas piernacas. Sí que te has fijado antes. De muslos anchos, repletas de músculos. Casi siempre morenas, porque debe de gustarle correr en pantalón corto por la playa...»

Hasta aquí. Punto final.

—¿Brindamos?

—¿Por las piernas fuertes y los besos que quitan el hipo?

—Coño, nena, ¿qué te pasa? ¿Vuelves a tener fiebre?

—De eso nada, sólo bromeaba. —Ni de coña.

Nunca hago bromas sobre cosas serias.

—Ya... ¿No estarás pensando en tu Carlos *el Encantador*? No creo yo que Panochaman tenga las piernas fuertes. Se lo ve bastante enclenque.

—Aún no se las he visto.

—¿En serio? Has comido una vez con él y cenado no sé cuántas... y ¿no le has visto las pelotas?

—¡¡No!! ¿Cómo se te ocurre eso?

Nota mental para Diana: «Sí se las has visto, cuando se tiró del trampolín de la piscina municipal desnudo y te arrastró en el salto».

—Has puesto cara de asco.

—No es verdad. —Creo que sí he puesto cara de asco.

—Sí, la has puesto. —Reafirmarse es lo suyo—. No te apetece verle las bolas a Carlitos.

—Ricardo, deja de decir idioteces.

—Mal síntoma, amiga, muy malo. Esa relación no tiene futuro, te lo digo yo.

—¿Qué relación?

—La tuya, ¿cuál va a ser?

—Porque tú lo digas.

—Ajá, así que lo admites.

—¿Qué es lo que admito? —Tercera copa de champán. Esto sí que lo está admitiendo bien mi cuerpo.

—Que tienes una relación con Panochaman.

—Ah, yo no admito nada.

Terca es mi segundo apellido.

—Bah, eres una cortarrollos. Mejor seguimos bailando —ríe señalándome con el dedo de una forma muy poco discreta el centro de la pista, donde los Picores danzan alrededor de Albalate haciéndole burla por lo

agarradito que lo tiene la señora Parra.

—No sé si me apetece mucho mover el champán. Estoy un poco flipada, diría yo.

—¿Flipada? Nadie describe como tú los estados chisposos. Anda, baila conmigo esta canción. ¿De quién es?

De nadie. De hecho, ni oigo la música mientras Ricardo me zarandea de un lado al otro. Tampoco me doy mucha cuenta cuando bailo con Gusano, ni cuando uno de los Picores me reta a bailar salsa con él. El estado de catatonia generalizada no está causado por el alcohol, seamos honestos, no. La culpa la tiene, sin duda alguna, el ceño fruncido que Conan dibuja en su cara, el sumun de la masculinidad, por cierto, cada vez que me cruzo con él.

—Albalate está hasta el gorro de bailar con esa señora tan pesada. No, tu compañera de mesa, no, la mujer de Fonseca. Creo que quiere liarlo con una de sus hijas.

—¿En serio? Pero si están bizcas perdidas las dos.

—¿Y? A ver si los estrábicos del mundo no tienen derecho a casarse.

—Yo no he dicho eso. Sólo quería decir que Conan es demasiado guapo para esas dos feas.

Vale, lo he dicho. En voz alta y a dos metros de la cara de Ricardo.

—¡Ahora sí que voy a empezar a preocuparme!

—Objetivamente, es un hombre atractivo. Otra cosa es que me caiga bien. Además, baila mal... Fatal.

—Ésa, Suárez, es una acusación poco precisa. Hasta que baile conmigo, no creo que esté en condiciones de aseverar tal cosa. Y no creo que lo haya hecho..., todavía.

Describir el color del rostro de Ricardo como *blanco* sería faltar a la verdad. *Blanco inmaculado* sería mucho más preciso, sin duda.

—¿Me permite, Ricardo? Creo que su compañera y yo tenemos algo pendiente para que pueda aclararle su criterio.

A partir de ahí, la noche cambia...

Siento sus manos alrededor de mi espalda como si, en lugar de con ellas, me estuviera rozando con carbón. No sé qué maldito efecto tiene ese hombre en mí para abrasarme de esa forma cada vez que anda cerca.

—Mírame, Diana.

Ni de coña voy a hacerlo. Si también se cree con derecho a darme órdenes mientras bailo con él en medio de una pista llena de compañeros al acecho, lo lleva claro. Jamás pienso obedecerlo fuera de comisaría. Eso es algo que va a tener que ir pensando en grabarse en su abotargado coco de jefe mandón y dominante.

Reforzada en mi idea de ignorarlo, al igual que estoy haciendo con esa sensación tan excitante que parece haberse apoderado de mi cuerpo, decido fijar las pupilas en otro punto de la sala.

—Por favor, Diana, mírame —repitió.

¿Ha dicho «por favor»?

Haciéndole un favor inmenso, decido, sólo porque yo he querido, hacerle caso. Al fin y al cabo, lo ha pedido bien, aunque comprendo mi mayúsculo error en cuanto el bobo de mi corazón comienza a palpitar como si acabara de subir diez pisos corriendo. La taquicardia aumenta de forma incontrolada en cuanto Conan sonrío.

—Siento haber sido un poco brusco antes —balbucea en plan disculpa.

Momento desconcierto modo *MUY ON*.

—¿Un poco sólo? —inquiero tratando de no desviar la mirada.

—Muy brusco —afirma—. ¿Mejor así?

—Mucho mejor, ¿dónde va a parar...?

—¿Estás burlándote de mí, Suárez?

—¿Tengo que responderle? ¿Vuelve a darme órdenes?

Percibo cómo me atrae hacia él. La temperatura aumenta y yo me fundo, qué le vamos a hacer. Bailar con un hombre que te atrapa es lo que tiene.

—No me ha contestado, ¿esto de bailar con usted sigue siendo una orden?

—¿Tú qué crees, Diana? —susurra rozando apenas el lóbulo de mi oreja derecha.

—¿Quiere que le diga la verdad? —murmuro en un tono de voz tan bajito que por unos instantes llego a creer que no me ha oído.

—Te lo pido por favor... —responde tras unos segundos de espera.

—En estos momentos no creo nada, sólo siento.

Vuelvo a percibir cómo una de sus manos se cierra más contra mi cintura.

Lo que no esperaba es que deslizara la otra hasta mi nuca, y mucho menos que sus dedos se enredaran en mi pelo, tal como había hecho cuando me había besado antes.

Si no nota el escalofrío que envuelve mi piel, daré gracias al universo eternamente. Todo el mundo sabe que los escalofríos envalentonan, así que esa y no otra debe de ser la causa por la que separo las manos de sus brazos y las apoyo en la losa acorazada que tiene por pecho. Su corazón también palpita fuerte y eso me gusta. Sí, estoy muy chiflada, pero saber que no soy la única con taquicardia me fascina.

—Hacen una pareja encantadora. Lástima que Dianita esté comprometida, querido comisario.

Cacatúa Mix en una de sus célebres intervenciones.

Ésa es la razón por la que ahora, metida en mi cama y aún con las ondas años cincuenta perfectas, como helado de nueces de macadamia como una posesa. Recordar una noche así es lo que tiene, que o comes azúcar en plan loca, o te vuelves tarumba por no haberle hecho comprender a ese hombre que de comprometida nada cuando lo oí susurrar: «Una lástima, en efecto», justo antes de dejarme medio turuleta en medio de la pista.

Misión 13

Sigo comiéndome el coco... y el helado

—Te noto un pelín distraída hoy, querida. ¿Te sucede algo?

Pues mira, ahora que lo preguntas, sí, llevo más o menos tres días con sus tres noches pensando en mi jefe, en el beso que me dio y en cómo me acarició la nuca mientras bailábamos la noche de la cena de Navidad...

—No, Carlos, sólo pensaba en la Nochevieja. —Jamás en mi vida he mentido de una forma tan descarada. Qué mal... Si el pobre chaval sólo quiere saber por qué estoy callada desde que me ha recogido.

—Lógico. Es una noche muy importante. ¿Qué has pensado para tal acontecimiento? ¿Tienes algún plan?

Un poco repipi sí es, pero sigue siendo guapo y amable. Me juro y me prometo a mí misma escucharlo durante toda la comida y el resto de la tarde. Sí, ése es mi propósito, y no rezar para que tenga cosas urgentes que hacer y se las pira cuanto antes.

—Suelo irme con mis amigas a un pueblo. Lo hacemos desde que éramos adolescentes, es algo así como una tradición entre nosotras. Este año nos vamos a Bubión, en las Alpujarras, en medio de Sierra Nevada. También viene Gusano, le gusta Verónica, una de mis amigas. —Demasiada información no necesaria.

—Parece divertido. Yo no tengo ningún compromiso este año, como iba a

estar de luna de miel... —añade queriendo parecer pesaroso.

Diana, NO lo digas. Haz el favor de cerrar el pico. Cósetelo, muérdete, pero NO LO DIGAS.

—Hemos alquilado una casita para cuatro días. Nos vamos mañana y volveremos el día 3.

Demasiados datos de nuevo. ¡¡DA POR ZANJADA ESTA CONVERSACIÓN!!

—Nunca he estado en esa zona del territorio español...

—Si quieres, puedes venirte. Hay sitio de sobra.

¡¡BOBA!! ¡¡IDIOTA!! ¡¡ACABAS DE CARGARTE UNAS VACACIONES PERFECTAS CON TUS AMIGAS!! Ahora sólo te queda rogarle a medio santoral para que tenga un poco más de sensatez que tú y te diga que no.

—Me encantaría acompañarte, ya que me lo ofreces. Eres encantadora.

La oportuna llegada de un wasap me impide salir corriendo y empotrarme contra la primera farola que encuentre.

Diana, ¿puedo llevar a un amigo a Granada? ¿Queda sitio en la casa?

¿Es majo?

Sí, además, ya lo conoces.

Carlos también viene.

¿Panochaman? Vamos, no me jodas...

No tenía planes, como tu amigo, al parecer.

Bueno, vale, tendremos que aguantarlo. Mañana a las cuatro pasamos por tu casa. Yo cojo el coche nuevo.

Perfecto. Nos vemos.

Dile a Panocha que se estire y coja su buga, tía, que es una
pasada.

Se lo digo de tu parte.

Muy bien. Te dejo, que voy patrullando con Conan.

—¿Algún inconveniente de última hora, querida?

Sí, Conan. Es un inconveniente de bastante última hora. Llevaba una milésima de segundo sin pensar en él hasta que lo ha nombrado Gustavo.

—No. —A este paso, te van a nombrar trolera mayor del reino, guapa—. Sólo era Gusano. Vendrá con un amigo también. Hemos quedado mañana a las cuatro en mi casa. ¿Cogerás tu coche?

—Si así lo deseas, desde luego. ¿Te parece, querida mía, que dejemos el cine para otra ocasión?

¡ALABADO SEA DIOS!

—Claro, por mí no hay inconveniente.

—Debido a los nuevos planes, mucho me temo que debo retirarme para hacer el equipaje de mañana. No te olvides de introducir ropa calentita en el tuyo —agrega riendo como una comadreja—. Es probable que haga mucho frío allí. ¿Cojo los esquís?

—No creo que sea necesario..., pero, si te apetece, estaremos a dos pasos de las pistas de la estación de Sierra Nevada.

—Los cojo, sin duda, siempre que puedo me escapo a esquiar un poquito —dice sacudiendo las manos con fuerza—, desestresa, ya sabes. ¿No te sucede lo mismo?

—No.

Escueta, sincera y tan sarcástica que no había otra respuesta posible.

—¿No amas el esquí?

Es muy pijo. Yo lo intento, lo juro, pero habla como un lord inglés apolillado.

—No he esquiado en mi vida. Tengo vértigo.

—Oh, eso se cura. Cogeré esquis también para ti. Los de mamá te estarán estupendos.

¡¿Hola?! ¿En qué momento me he metido yo en semejante follón? Es lo que tiene haber sido besada de la manera en que Albalate lo hizo. Trastorna de por vida.

—¿Te acerco a casa, o tienes que hacer algunas compritas de última hora?

Estamos sentados en una terraza estupenda del centro. Hace un día soleado, y la verdad es que el hecho de encontrarme con la tarde libre ha estimulado mis ganas de tomarme otro té yo solita.

—Gracias, Carlos, tengo cosas que hacer por aquí.

Sonríó. Mucho. En cuanto se las pira, llamo a mis amigas.

—De acuerdo, preciosa. Mañana en tu casa. Gracias por tu ofrecimiento. Me has cambiado la existencia. Desde que me detuviste, sólo me han pasado cosas buenas.

Así soy yo, un dechado de virtudes femeninas... ¡Un momento! ¿Qué hace?

Tengo que beberme tres téseguidos enfadada conmigo misma por no ser capaz de decirle que no me apetecía que me besara. No, después de llevar setenta y dos horas rememorando el mejor beso de mi vida.

* * *

Emoción es lo que embarga a las locas de mis amigas cuando les cuento que al final seríamos tres chicos y tres chicas en el viaje de Nochevieja. Normalmente era una salida privada para las tres, pero este año, al parecer, les apetecía mucho «compartir el tiempo con otras personas», lo que se traduce básicamente como «necesidad intrínseca de relacionarse con el sexo opuesto».

Tras mucho meditar, al final decido que había tomado la decisión correcta con respecto a Carlos Pardo. Cuatro días junto a él me ayudarán a descubrir si somos compatibles y, de paso, centrarme en eso. Me conviene, ya que el calentón cerebral que llevo con Conan no me está beneficiando en nada. Es mi jefe, tiene un humor de perros y, además, no nos llevamos bien. Él es un

engreído ególatra mandón, y yo soy demasiado rebelde.

Decidida a olvidarme de lo sucedido en la cena de gala, y comiendo turrón de yema tostada a dos carrillos, me dispongo a hacer el equipaje, metiendo dentro de él todas las nuevas adquisiciones que compré junto a mi madre, sin olvidarme, por supuesto, de mi fantástico gorro azul con su enorme borla, una reliquia de la adolescencia que me acompaña todas las Nocheviejas.

¿Duermes?

No. Estoy sentada encima del bolso de viaje. No puedo cerrarlo.

¿A qué hora salimos?

Gusano pasa a las cuatro.

¿Puedo pedirte un favor?

Al grano, Vero.

¿No te apetece ir solita con Carlos en el coche?

¿Seis horas con él en un habitáculo tan pequeño? Ni de coña. Mal comienza mi propósito de enmienda.

Perfecto, pues Mafalda se va con vosotros y yo con Gusano. Así equilibramos coches y equipaje. Tres y tres.

Estás bobísima, espero que lo sepas...

Mujer, ¿sabes de todo lo que podemos hablar durante el viaje?

Pero no iréis solos. Recuerda al amigo.

No me molesta.

Ja, ja, está bien. Le digo a Gusano que pase directamente por tu casa y nos vemos en el primer peaje, ¿te parece?

Eres guay, Dianita, gracias.

Sólo espero que luego no te echés para atrás como haces siempre que te insinúa algo.

No. Ya lo tengo claro. Esta vez me decido.

Eso espero, porque viene sólo por ti.

¿Te lo ha dicho?

Mis labios están sellados.

¡Diana!

Hasta mañana. Salimos todos a las cuatro. ¡En el primer peaje!

Genial, besos.

Chao.

Amigas..., ¿quién las entiende? Ahora a ver la trola que me invento para que Gusano vaya a por Verónica directamente sin levantar sospechas. Ojo, Diana, que ésta es una de esas ocasiones en las que la sutileza debe primar.

Gus, Verónica acaba de preguntarme si pasas por su casa a

recogerla mañana.

¡¿En serio?!

Te lo juro.

Y ¿por qué no me lo ha dicho ella directamente? Tiene mi número. Se lo di la última vez.

Es un poco tímida, ya sabes.

Tú lo que quieres es irte sola con Panochaman en el coche para hacer manitas durante el viaje.

Y dale, ¡qué manía!

De eso nada, Mafalda vendrá con nosotros.

Si quieres, la recojo a ella también y así os vais solos.

NI DE COÑA, CHAVAL.

Ja, ja, ¿para qué le dices que venga si no te gusta, tronca?

Una cosa llevó a la otra...

Ya, sí, seguro...

Igual que tú invitaste a tu amigo.

No, fue él el que me preguntó si podía apuntarse cuando salimos del pádel.

Ah, bueno, he quedado con Vero en que nos vemos en el primer
peaje de la autopista, ¿bien?

Perfecto. Zzzz.

Todo arreglado. Soy un genio de la sutileza. No, en serio, conozco a Gustavo desde la academia de Ávila y es uno de mis mejores amigos, al igual que lo es Vero. ¿Para qué ir con sutilezas innecesarias cuando sé desde hace años que se gustan y que sólo juegan al ratón y al gato?

Ahora únicamente me falta cerrar el puñetero bolso y meterme en la cama para dormir, y no para ver ese programa de misterio misterioso que me encanta y que me grabo porque suelo estar de guardia cuando lo emiten...

Contradicciones de la vida, veo tres programas enteros. Tras el primero, decido ir a por el helado. Cuando termina el segundo, necesito lavarme los dientes, en plan compulsivo, durante media hora, apretando bien fuerte el cepillo. Entre el turrón de yema tostada y el azúcar del helado de chocolate, el de cookies, el de frambuesa y el de mojito, mis posibilidades de desarrollar caries han aumentado en un dos mil quinientos por cien en las últimas horas. Después del tercero, no puedo dormir. Las psicofonías recogidas en la abadía de ese pueblucho abandonado me han dado miedo de verdad. Genial, tres de la mañana y yo acojonada viva.

Cierro los ojos y me concentro en algo agradable. ¡ERROR! Conan, su beso, esas manos deslizándose por mi espalda, el calor de su pecho agitado junto al mío, ese baile que nos marcamos bien juntitos... ¡¡Uf!! Decido volver a ponerme la tele. Cuarto programita. Genial. Dedicado a las combustiones espontáneas. ¡Con lo calentita que estoy ya por mi cuenta!

Y aquí es donde me llega la brillante idea. ¡Necesito una ducha! Mejor depilarme ahora que al día siguiente por la mañana, sobre todo porque, vistas las horas, no voy a ser capaz de levantarme temprano para hacerlo. Emocionada por tener algo que hacer a las tres y pico de la madrugada, me embadurno de arriba abajo de crema depilatoria —sí, la uso cuando no tengo cera a mano— y espero dando pequeños saltitos por el frío que tengo encima a que hiciera efecto. Quince minutos después, y tras exfoliar con sales

minerales mi cuerpo serrano, vuelvo a meterme en la camita en mi propia versión de la Nancy Rasurada.

Ahora sí que estoy preparada para dormir bien.

Misión 14

Vértigo galopante

—Adoro esta puntualidad tuya, querida.

Codazo de Mafalda en todas mis costillas y un susurro muerta de la risa en plan: «¿Te ha llamado *querida*? A éste ¿de dónde lo has sacado?».

Decidida a ignorarla, sonrío mientras Carlos se baja del coche para saludarnos. A mí, con un piquito en los labios, y a Mafalda con un beso en la mano. Lo que le faltaba a la hippy del grupo para desmadejarse atacada de la risa en el asiento de atrás.

—Encantado de conocerte, Mafalda. Permíteme, por favor, tu equipaje. Yo mismo lo acomodo en el maletero.

—¿Es de la Casa de Alba, Diana? Te juro que parece sacado de un cuadro de Goya...

Mafalda estudió Historia del Arte y, pese a su aspecto lleno de rizos naranjas por la henna, pantalones bombachos, algún que otro piercing y esa ropa alternativa que siempre la acompaña, es una reputada profesora de universidad que compara todo lo que ve y oye con alguna obra de arte.

—Sólo es educado, Ma, nada más. ¿Qué te parece?

—¿Estás dispuesta a oír la verdad? Mira que me da tiempo hasta que termine de meter los bártulos en el armario empotrado que tiene por maletero.

—Sí —respondo—, quiero saber la verdad.

—Me parece que se ha tragado un litro del líquido ese con el que nuestras abuelas almidonaban los tapetes de ganchillo de los sillones. Aunque es guapo —concluye muy satisfecha consigo misma.

Juro que Mafalda acaba de hacerme la descripción más precisa de Carlos que jamás he podido imaginar.

—¿Te has enfadado?

—No, tía, me has dejado alucinada. Yo no podría haberlo descrito mejor.

—Pero... ¿te gusta o no?

—No lo sé. Es atento, educado, y hasta gracioso en algunos momentos. En otros, me aburre como una ostra.

—¿Quieres que llame a Vero y me voy con ellos en el coche y así os dejo solitos?

LAS MANÍAS NO SE CURAN, y las de mis amigas son irreversibles.

—No, ya os he dicho que no a Verónica, a Gusano y a ti. Si me dejáis sola seis horas de viaje con él, juro que me bajo en el primer pueblo que encuentre por la carretera.

—Y ¿para qué le has dicho que se venga?

Ésta empieza a convertirse en una pregunta retórica.

—Me dio pena, no tenía ningún plan. En realidad, él debía estar ahora de viaje de novios. Pilló a la que iba a ser su mujer con otro a pocos días de la boda.

—Animalito..., normal que te lo hayas traído.

Frase típica de Mafalda cuando quiere adjetivar a algún hombre, sea para lo que sea.

—Claro.

—Pero, un momento..., ¿os habéis enrollado ya? Poco le ha durado el duelo.

—¡No nos hemos enrollado! Y baja la voz. Es educado, pero no sordo. Sólo estamos conociéndonos.

—¿Te lo has tirado?

—¡¡NO!!

—Mal hecho, es la mejor forma de conocerlo. Puedes aguantar a un tío en plan repollo, pero como también *repollice* en la cama..., mal, tía, mal...

—Ya sabes que tus teorías y yo somos puntos equidistantes.

Mafalda asiente entendiendo bien a qué me refiero.

—¿Y del amigo de Gusano qué sabes? Porque como sea un muermo, me voy a Órgiva y me uno a la comuna hippy que hay allí. Mira, Diana —dice apuntándome con un dedo, del que sobresale una brillante amatista del tamaño de un peñón—, porque este viaje es sagrado y llevamos casi quince años haciéndolo, que, si no, me habría inscrito en el curso de la universidad sobre el arte rupestre en Cornualles.

—No sé nada de él. Se apuntó en el último momento. Juega al pádel con Gus.

Un golpecito en el maletero nos indica que Carlos ha terminado su particular partida de Tetris para colocar todos los bártulos en el maletero.

—Perfecto, bellas damas, ya tenemos el equipaje perfecto. He tenido que sacar los esquís para reubicar vuestras pequeñas maletas.

—¿Llevas esquís? —pregunta Ma con evidentes síntomas de emoción en la voz.

—Desde luego que sí. Adoro esquiar.

—¡¡Yo también!!

Perfecto. Ahora que tienen tema de conversación para largo, es el momento preciso para cambiarle a Mafalda el sitio.

—¿No prefieres ir delante, Di?

—Para nada. No he dormido muy bien —lo que me ha permitido depilarme a la perfección—, y me gustaría descansar un poquito. ¿Os parece bien?

—Si así lo deseas, querida, por mí estupendo. Así puedo conversar con tu amiga sobre nuestra pasión común.

Una hora después, acurrucada sobre mi mullida almohada, compañera imprescindible de trayecto, continuaba dormida, sin haberme percatado de que habíamos parado en el peaje acordado y reanudado el viaje.

* * *

Me he despertado llegando a Lanjarón. Soy una pésima copiloto. Sé

dónde estamos porque un enorme cartel azul acaba de decírmelo. Qué manera de dormir, por favor. Me encanta. Siempre duermo cuando voy de viaje. Es genial dormirse en la puerta de casa y despertar casi en el punto de destino.

—Ah, pues tienes que ir a esquiar a Aspen. Cuando estudiaba en California, a menudo viajaba hasta allí sólo por el placer de deslizarme por esas impresionantes pistas.

—¿Estudiaste en California? Yo hice un máster en Boston.

—Eres una mujer de mundo, sin duda —sonríe Carlos mirando de reojo a mi amiga. Otro más al que ha engañado con su aspecto de perroflauta—. Constituyes toda una caja de sorpresas.

Mafalda sonríe antes de preguntarle si no piensa que ya va siendo hora de despertarme.

—Ya me he espabilado, no os preocupéis. Estaba agotada.

—Es evidente, querida. No te has percatado ni de las tres paradas que hemos realizado a lo largo del camino. Ya estamos cerca. Si te parece bien, hemos decidido no detenernos para poder recoger las llaves cuanto antes. ¿Estás de acuerdo?

—Por mí, perfecto. Voy a llamar a la dueña de la casa para que esté preparada. ¿Cuánto falta más o menos?

—Según el GPS, cuarenta minutos. Son las nueve, antes de las diez estaremos allí.

Pedazo de maromo, el amigo de Gusano.

Ma, te tengo en el asiento de delante, ¿para qué me mandas un
wasap?

Me parecía descortés delante de Carlos. Es un tío estupendo.

¿El maromo?

No: Carlos, tía, que todavía estás sobada.

Sí, es majó. Pijo, pero majó.

A mí me cae bien, que lo sepas.

Y el maromo, ¿cómo es?

Alto, moreno, cuadrado, pelo corto un poco rizado, gracioso y con unos ojazos que quitan el hipo.

Hasta el «gracioso» parecía que estuviera describiendo a Conan. Coño, Di, deja de pensar en él, lo tuyo es para comenzar a asustarse. Menos mal que el «gracioso» ha echado por tierra mi presentimiento. No he oído reír a Conan ni una sola vez en todos los años que llevo en esa comisaría.

Está cañón. Un tío que corta la respiración.

Me alegro por ti.

—¿Mensajes de Verónica del otro coche?

—Sí —respondemos las dos al unísono. Es lo que tiene ser amigas desde hace casi veinte años. Sabemos mentir las tres, a la vez, sin necesidad de mirarnos a la cara.

—¿Les sucede algo? —pregunta preocupado—. ¿Detengo el vehículo?

—No hace falta, Carlos —contesta Ma tocándole el brazo como queriendo tranquilizarlo—. Vero nos recomendaba mirar el paisaje. Dice que es precioso. ¿Verdad, Diana?

—¡Exacto! Un paisaje divino...

Eso si obviamos la carretera de cabras montesas por la que circulamos y el vértigo repentino que acaba de entrarme al percatarme de las curvas que todavía nos quedan por subir. Le echaría la culpa a alguien, pero es que la que tuvo la brillante idea de pasar la Nochevieja en un pueblo de las Alpujarras granadinas, fui yo.

—Mierda, no debería haber hablado del paisaje. ¿Te encuentras bien, Di?

¿Has traído tus bolsas?

Cómo me conoce. Sabe que vomito en cuanto veo un acantilado, aunque éste tenga medio metro de alto.

—No, se me han olvidado.

—¿Qué te sucede, querida?

Sacudo las manos. Soy incapaz de hablar.

—Nada, no te preocupes. Se le pasa en cuanto lleguemos. No soporta las curvas ni los precipicios. Le da vértigo —comenta Ma susurrando porque sabe que, si se lo oigo decir, todavía me aumenta más la sensación.

—¿Paro el coche? —exclama Carlos, haciendo exactamente lo que ha dicho.

—¡¡No!! ¡¡Sigue!!

—Pero Diana está indispuesta. Tal vez un poco de aire... —dice abriéndome la puerta para que respire aire puro. Todo un detalle si tenemos en cuenta que estoy sentada justo al lado del acantilado.

Vale, ahora sí que me da el parraque. Oigo cómo se para un coche detrás del nuestro y pasos a mi alrededor.

—¿Ya le ha dado? —pregunta Verónica, acostumbrada también a mis «problemitas sin importancia».

Todo gira. El mundo da vueltas. No siento los pies. Parece que me caigo al vacío. Odio esta sensación. Es una de las más espantosas por las que he pasado y, sí, sé que debería estar acostumbrada a ella, pero una nunca termina de adaptarse a este espanto.

—No ha traído las bolsas.

—¿Para qué? —interviene Gusano.

—¡Para vomitar! —Amigas al unísono al rescate.

—Eso no va a ser necesario —retumba la voz conocida de alguien que se agacha a mi lado—. Diana, escúchame, vas a ponerte bien. Sólo tienes que levantar la cabeza y mirarme.

Claro, levantar la cabeza cuando se tiene vértigo es tan fácil como escalar una montaña sin arneses. Yo a este tío no le hago ni puto caso..., de hecho, voy a agacharla aún más.

—¡¡Suárez, levante la cara y míreme, es una orden!!

¡La madre que lo parió! ¡¿Qué demonios hace Conan dándome órdenes en medio de un precipicio en mis vacaciones de Navidad?!

—Así me gusta —susurra a mi lado—, que me hagas caso.

¿He levantado yo la cabeza? ¡Mierda! Juro que no quería obedecer. Ha sido por la sorpresa. La furia súbita me ha quitado las ganas de vomitar, y eso que habría sido genial hacerlo en sus zapatos.

—¿Deseas beber agua, querida?

—¡No! —Eso es lo que yo llamo cortar en seco—. El agua le aumentará más el mareo. Tú te vienes conmigo el resto del viaje. Gusano, abre la puerta de tu coche y vámonos.

Sí, me ha cogido en brazos. Sí, me ha metido en el coche, que huele a él por entero, y, sí, me lleva abrazada contra él.

—¿Mejor así? —pregunta con esa voz ronca que me vuelve literalmente loca de remate.

Tan «mejor» que no puedo ni hablar. Es como si Sierra Nevada hubiera bajado a rescatarme. Por si acaso, lo único que hago es mover un dedo.

—Di, ¿ya pasó? —se interesa Verónica desde el asiento delantero, girándose casi por completo para mirarme.

Vuelvo a agitar las manos. Sigo sin poder hablar.

—Enseguida se le pasa. Arranca el coche y vámonos de aquí.

Nadie habla. Mejor. Estoy muerta de la vergüenza y encantada de la vida a partes iguales. Atacada porque me fastidia que Conan me haya visto en una situación así. Cabreada porque Gusano, ese traidor que tengo por amigo y compañero, no me haya dicho que el «colega que se había apuntado a nuestro plan en el último momento» no era otro que nuestro jefe, el comisario Albalate. Asqueada conmigo misma por no haberme dado cuenta de que el dichoso pueblo granadino está en lo alto de la montaña. Y absolutamente en la santa gloria porque el pecho de Conan es lo más cómodo que he probado en mi vida. Si a eso le sumo que ha vuelto a meter una de sus manazas entre mis rizos, el placer ya es máximo.

—Pasará —susurra junto a mi pelo—. Te lo prometo.

¿Se refiere al vértigo? Ah, de ése ya ni me acuerdo. Lo que no quiero que pase jamás es esto que siento en cada pelusa de mi ser.

* * *

Me he quedado dormida. O al menos eso es lo que finjo en este momento, porque la realidad es que no sé cómo justificar que llevo cuarenta y tres minutos de reloj acurrucada junto al calorcito que emana mi jefe.

—Imagino que está dormida, suele quedarse frita después de un ataque de vértigo. Es mejor no despertarla, se pone mucho peor.

Amo a Vero. Estoy segura de que sabe que estoy más despierta que un vampiro de noche. Luego me interrogará por el numerito, pero jamás me dejaría con el culo al aire.

—Y ¿qué hacemos entonces? Tenemos que esperar a la dueña de la casa para que nos dé las llaves.

—Yo me quedo con ella —brama Albalate—. A lo mejor ya se ha despertado cuando llegue ese momento.

Lo dudo... Pienso fingir hasta el día 3, que volvamos. Menudo *show*.

—Ya tengo las llaves. La señora nos estaba esperando en la puerta. Nos ha encendido la calefacción y encima nos ha hecho un bizcocho por si teníamos hambre —nos informa Mafalda desde la ventanilla de su coche—. ¿Qué le pasa a Diana? ¿Se ha desmayado?

—No, Ma, ya sabes, uno de sus ataques de sueño después del vértigo. ¿Te acuerdas de cuando fuimos a Noruega de viaje? En el avión le pasó igual..., ¿recuerdas?

¿Hemos estado en Noruega? Yo juraría que no.

—Ah! ¡Sí!, lo recuerdo muy bien. Pobre, vaya viaje. Lo pasó fatal. Ya te digo... Bueno, y ¿qué hacemos? ¿La dejamos aquí, en el coche? Carlos está metiendo el equipaje dentro de la casa.

Es muy zorrón con sus sugerencias. Capaz es de hacer lo que acaba de decir.

—Yo la llevo —asegura Conan levantándose como si fuera un saco de plumas.

Me siento algo así como la muchacha de *Oficial y caballero*, con la diferencia de que, en esa escena, ella parecía estar muy despierta, y no una

chiflada que finge estar sumida en un sueño narcoléptico.

Conan entra en la casa después de haber subido varias escaleras sin inmutarse. Dentro está Carlos, que acaba de descargar las ciento quince maletas que llevamos entre todos y los dos pares de esquís. El resto sigue a Conan al interior. Me encantaría abrir los ojos por completo para ver si la casa es tan cuca como la de las fotos de internet, pero, si lo hago, me van a pillar, con lo que continúo con mi cuento chino.

—¿Cómo vamos a dormir? Sólo hay dos habitaciones con un par de camas cada una y luego están los dos sofás, que también se convierten en camas.

—Ni idea. A mí me da igual dormir de cualquier forma.

—A mí también.

Sigo en brazos de Conan, tan cómoda, mientras dialogan sobre las camas.

—Diana y Carlos son pareja, deberían dormir en una de las habitaciones, ¿no? —propone Gusano mientras yo siento cómo el hombre que lleva media hora conmigo a cuestas me aprieta contra sí en un gesto que le pasa inadvertido a todo el mundo, excepto a mí.

—Ah, eso deberíamos consultárselo a Diana. Por mi parte, sería perfecto —comenta Carlos—. No obstante, mañana temprano iré a esquiar, con lo que, dado su estado y el trance por el que ha pasado, no me gustaría despertarla. Si os parece, me instalo en uno de los sofás del comedor y así no molesto a nadie.

—Pues yo duermo también en el comedor —dice Mafalda sin mucho entusiasmo—. Me he apuntado con Carlos a lo del esquí.

—Albalate ha estado de guardia toda la noche —tercia Gustavo—. Debería dormir en la misma habitación que Diana para poder descansar. Que duerman en la del fondo y así nadie los molesta por la mañana. ¿Cómo lo veis?

—¡Muy bien! —exclama Verónica, a la que se le ha visto más el plumero que a siete manadas juntas de pavos reales—. Espero que no ronques, Gusano.

—Eso no es lo que más debería preocuparte, guapa.

Se ha puesto roja, lo sé. ¡Eh! Nos desplazamos. Con los ojos cerrados

todavía, soy depositada con suma delicadeza encima de una cama, justo después de apartar la colcha con una sola mano. Siento cómo me tapa y me coloca la almohada para que esté cómoda. Acto seguido, y tras acariciarme la cara con un dedo, oigo sus pasos alejarse y cómo cierra suavemente la puerta, llevándose consigo todo el calor y ese perfume maravilloso.

¡Mal! Bueno..., ¡bien! ¡Ya puedo abrir los ojos! Madre mía, qué numerito, de verdad... Si tuviera quince años, no habría hecho más la idiota. Con cuidado, saco el móvil del bolsillo y alumbro la habitación. ¡Joder, voy a dormir con Albalate! Pero... ¡si las camas están juntas! ¿Dónde está la típica mesilla de noche que separa las dos camas en los hoteles? En ninguna parte. Al fondo sólo hay un armario, y, a la derecha, lo que parece ser un aseo. Mal. Mal. Mal. ¿Cómo voy a dormir con un hombre así?

Estoy despierta. Gabinete de crisis en la habitación. ¡YA!

Misión 15

*Ya lo decían Héroes del Silencio: «Entre dos
tierras...»*

—¿Puede saberse qué haces, Diana? Sabemos que te mareas —susurra Verónica nada más entrar en la habitación con la misma cautela que si hubiera un enano de siete ojos dentro—, pero de ahí a fingir que eres una narcoléptica postataque de vértigo hay un trecho.

—Habla bajito. No quiero que se enteren. ¿Qué querías que hiciera? Me he quedado muerta cuando he visto al comisario Albalate gritarme en medio de la nada.

—¡¿El tío bueno que te ha cogido en brazos es el cabronazo de tu jefe?!

Increíble, pero cierto: Mafalda, la gran profesora de arte, habla como una tabernera.

—El mismo.

—Pues no me extraña nada que te haya dado un chungo. ¿Qué hace aquí? Aunque la culpa es tuya por dejarlo venir.

—¡Ah! No tenía ni idea de que el amigo del traidor de Gusano era él. Si lo llego a saber, no vengo. ¿Crees que soy idiota, Vero?

—No entiendo nada. Es imposible que un tío tan bueno sea capaz de hacerte repetir los informes tantas veces. ¿Tú has visto qué planta tiene? El

vértigo ha afectado a tu capacidad de raciocinio, eso es lo que ha pasado.

—Mafalda, en serio, deja de decir idioteces. Encima, por si ya fuera poco estresante tener que verle la cara en vacaciones, sois tan cerdas que me toca dormir en la misma habitación que él. Pero ¡¿vosotras sois tontas o qué?!

—¡Eh, guapa! ¡Cualquiera estaría dando palmas de la emoción! ¿Tú sabes lo que debe de ser despertar al lado de un maromo así?

—Y ¿por qué no te ofreciste voluntaria?

Aquí está pasando algo. Mafalda acaba de fruncir la nariz.

—Mañana me voy tempranísimo con tu novio a esquiar. ¿Te molesta?

No estará pensando que voy a ponerme celosa, ¿no? ¿Porque vaya a esquiar con Carlos? Tengo problemas mucho más graves que ése en este momento.

—Vamos a aclarar las cosas antes de que esto se vaya de madre. Carlos Pardo no es mi novio. Sólo hemos cenado un par de veces, punto.

—He visto cómo te besaba en los labios.

—¡¿Es esto un beso?! —exclamo dándole un minúsculo minipiquito a una sorprendida Mafalda.

—No lo es, no. Deduzco entonces que te da igual que me lleve a Sierra Nevada y me preste los esquís de su madre...

—Voy a dormir con mi jefe, ¿no crees que con eso ya tengo bastante sufrimiento?... ¿De qué os reís?

—Diana..., mide más de metro ochenta y pico, tiene los ojos más bonitos que he visto en mi vida, está cuadrado como un sobao pasiego y encima es simpatiquísimo... No te hagas la mártir.

Soy una incomprendida.

—¡Es mi jefe! Me grita todos los días, no me pasa una en los informes, es odioso, grosero, mandón y encima... —A puntito he estado de soltarlo, pero no, no me siento preparada para contarle a nadie que besa como Dios y que, cuando lo tengo cerca, me tiembla hasta la glándula pituitaria.

—Encima, ¡¿qué?!

Al unísono, como debe ser. Lo malo es que, cuando tienes amigas tan rápidas, has de ser igual de veloz que ellas a la hora de inventarte algo.

—¿Cómo lo miro después en comisaría tras pasar la Nochevieja con él?

—Y ¿qué más da eso? Parece lo bastante inteligente como para separar trabajo y placer.

Verónica, hija mía, si yo te contara...

—Cámbiame el sitio. Déjame dormir con Gusano.

—Ni de coña, guapa. Te quiero como a una prima hermana, pero llevo años esperando una oportunidad así. Si creyera que te estoy dejando en manos de un tirano baboso, haría lo posible por ayudarte, pero como no es el caso, lo siento, guapa, te toca dormir con tu malvado jefe.

—Yo te lo cambio si quieres... —sugiere Mafalda en un tono de voz que deja mucho lugar a las dudas—, pero hacerle ese feo y que te coja aún más manía de la que dices que ya te tiene... Manía, por cierto, que no he visto por ninguna parte. Diría que hasta ha intentado ayudarte.

—En eso —dice Verónica señalándome con el dedo una vez más— Ma tiene toda la razón. Además, ésta es una buena oportunidad para acercarte a él. ¿Quién sabe si después de este viaje se acabó repetir informes?

Sé que no tengo escapatoria posible. De cara a ellas, es un buen tío que encima es guapo. La cosa está en que ninguna de mis amigas sabe en realidad *cómo es* el sujeto en cuestión.

—¡Está bien! ¡No pasa nada!

—¿Cómo está Diana? —pregunta Gusano asomando la cara por la puerta.

—A punto de asesinarte, majo. Enciende la luz.

—No me dirás que te has enfadado por haber traído a Conan...

Decido asentir con la cabeza, porque, si comienzo a hablar, no paro hasta dentro de una semana.

—Si te hubiera dicho que era él, no habrías aceptado, y, en serio, necesitaba salir de la rutina unos días. Me lo dijo después de pegarme la paliza padre el otro día cuando jugamos la partida semanal de pádel.

—¿Puede saberse qué le pasa?

—No lo sé, porque no me lo ha contado, te lo juro, pero lo vi chungo y él no es muy dado a hablar de cosas personales. Cuando me preguntó qué iba a hacer en Nochevieja, se apuntó, así, sin más. Él tampoco sabía que todo esto lo habías montado tú con tus amigas. Se enteró cuando vio a Panochaman en el primer peaje.

—¿No lo sabía?

—No se lo comenté. Tan sólo le dije que me iba con unas amigas a Sierra Nevada. El plan le pareció bien y se apuntó, eso es todo.

—¿Ves, Di? No es un complot para hundir tus vacaciones en la miseria. Sólo es un cúmulo de casualidades reunidas.

—Sé que no te cae bien, Diana, lo siento, pero de verdad lo vi apurado. Es la primera vez que me pide ayuda, o una especie de ayuda. Es un buen tío. He salido con él varias veces de marcha y hasta hemos hecho senderismo juntos. Es completamente diferente del Conan de la comisaría, dale una oportunidad.

Con tres pares de ojos mirándome como si fuera la madrastra mala del cuento, cualquiera dice que no.

—De acuerdo. Intentemos pasarlo bien.

—Lo único que puedo proponerte es cambiarte la cama. Duerme tú con Vero y yo lo haré con él. Si eso te hace sentir más cómoda, por mí no hay problema.

—Por mí tampoco, Di. Tú decides.

¡¡Y una mierda, amiga terrorista!! Decide el pedazo de pellizco que me estás metiendo en estos momentos. Sí, uno que va a dejarme un moratón del tamaño de la catedral de Burgos.

—No seamos críos. Si ya habéis decidido dormir así, por mí tampoco hay ningún problema. —A excepción del torniquete que acabo de sufrir en medio de la espalda.

—¡Perfecto! ¿Cenamos entonces? Mi madre nos ha hecho su famosa ensaladilla. Con eso y cuatro cosas de picoteo, tenemos la cena. Panocha está poniendo la mesa.

—Voy a ayudarlos, y tú, anda, date una ducha, que seguro que te relaja.

Las legendarias sugerencias de Mafalda al ataque de nuevo. Si con una ducha se me quitaran los nervios que tengo encima, no dudaría en estar debajo del grifo toda la noche. Una vez más, y tras amenazar de muerte a Verónica por haberme destrozado la espalda, decido obedecer a Ma, por si lleva razón como en tantas otras ocasiones.

Por suerte, lo que a oscuras parecía un aseo se convierte en un aseo con

ducha cuando encuentro la luz. Hay veces que deberían dejar instrucciones o un mapa que indique con rapidez los lugares recónditos donde suelen estar los interruptores de la luz.

Pijama de lunares en mano, mi espuma de baño con sales minerales tamaño viaje y, por supuesto, las zapatillas moradas con pompones. O, lo que es lo mismo, yo en estado puro, camino de la ducha. Habría estado genial si también hubiera cogido la toalla..., pero, claro, de eso me di cuenta cuando ya estaba chorreando y con la cabeza llena de champú porque, sí, de él también me he acordado.

* * *

—Diana tarda un poco, ¿no? Voy a ver si es que ha vuelto a quedarse dormida. —Voz de Mafalda gritando como si no hubiera un mañana.

Curioso que yo sea capaz de oírla a ella y que ninguno de los cinco sordos que hay a dos metros del baño me oiga a mí.

—Espera, ya voy yo. Quiero darme una ducha antes de cenar. He trabajado esta mañana y me hace mucha falta.

—Pero es que Di está...

En pelotas, con la puerta abierta del aseo, chorreando como un pollo mojado y haciendo la idiota que no reacciona, porque, vamos, el baño en cuestión debe de tener tres metros cuadrados: con que sacara un pie de la ducha, ya alcanzaría a cerrar la puerta. Pero, no, aquí estoy, tesa del frío porque los que instalaron la calefacción debieron de pensar que era cojonudo congelarse al salir de una duchita calentita.

—¿Puedo pasar, Diana?

¡Vaya! Albalate piensa de vez en cuando. Por lo menos, gracias a su pregunta, tengo dos segundos y medio de margen para hacer lo que ya debería haber hecho hace diez minutos, o sea, cerrar la puerta.

—Sí, pase, estoy en la ducha, pero ya termino.

Mal. Error de cálculo. Muy mal. Gilipollas nivel maestría. No tengo toalla.

—¿Te encuentras mejor?

Debe de hablarme a mí, digo yo, desde detrás de la puerta.

—Sí, gracias. Ya pasó.

—Me alegro. La cena está lista. Tus amigas están también duchándose en el otro baño. Gusano y tu novio —y dale, ¡¡qué hartura de palabra!!— han ido a por bebidas al bar de enfrente. ¿Te queda mucho?

No, sólo descongelarme.

—Salgo dentro de un minuto. Estoy vistiéndome.

¿Ha gruñido?

—Diana, gracias por haberme aceptado en tus vacaciones.

Detengo durante un segundo mi secado con la camiseta sucia para no pensar lo que voy a responderle, porque está claro que, si lo hubiera pensado, no lo habría dicho. Sí, sólo soy lerda cuando mi subconsciente es más rápido que el consciente.

—No sabía quién era el amigo de Gusano.

Hay veces que no hace falta ser tan sincera. Bobaza.

—Yo tampoco sabía con quién íbamos de viaje.

Muy bien, *touchée*. Ninguno de los dos quería estar con el otro. Lo he entendido a la primera. Me alegro mucho de saberlo, y no comprendo el porqué del bajón que me acaba de pegar. Además, me ha entrado champú en los ojos. Es por esa razón —y no porque me ha dolido enterarme por su boca de que, si de él hubiera dependido, que si hubiera sabido que yo también iba a Granada, se habría quedado en su casa— por lo que he bajado la cabeza al abrir la puerta ya vestida con mi superpijama blanco con lunares rositas.

—Hueles bien, Suárez.

—¿Quiere que se lo preste? —pregunto enseñándole el gel.

En serio que soy cada vez más tonta. Van a sacar un diagnóstico sólo para mí.

—¿Me estás llamando de usted?

—Es mi comisario... —respondo haciendo que busco algo en la bolsa de aseo.

—Sí, pero no en medio de un pueblo de las Alpujarras donde hemos venido a pasar la Nochevieja.

—Y ¿cómo quiere que lo llame?

¡Qué escondido está lo que sea que busco de forma imaginaria!

—Me llamo Víctor —dice acercándose a mí y situándose a mi espalda.

—¿Víctor?

—Eso es —susurra sin moverse ni un centímetro.

Es que, al final, me va a dar algo. ¿Qué hago metida en una habitación de dos camas juntas y sin mesilla en medio con un hombre así? Diana, leñe, ¿qué necesidad había?

—¡¡Lo encontré!!

—Si no te gustaba mi nombre, no era necesario que me dieras con el enchufe del secador en la cara, con habérmelo dicho, habría bastado.

Sí, le he metido un leñazo supremo. Lo sé.

—¡Ay, lo siento! ¿Está bien?

—Estoy bien, sólo veo chiribitas —murmura con la mano aún puesta sobre el ojo izquierdo.

—A ver, siéntese en la cama y deje que se lo mire. No habrá sido para tanto.

—¿Tengo pinta de quejarme por cualquier cosa?

—¡No! ¡No quería decir eso, comisario!

—Víctor, me llamo Víctor...

Las escenas surrealistas deben de ser lo mío. Preocupada por la cantidad de idioteces que puedo hacer en menos de cinco minutos, decido dejar de comportarme como una imbécil y actuar como lo que soy: una tía valiente. Voy a tutearlo.

—Déjame ver qué te he hecho con el cable del secador, por favor, Víctor, aparta la mano.

Todo habría ido bien si no se la hubiera retirado yo del ojo. No puedo tocar a este hombre. Me palpita todo. Me da taquicardia. A lo mejor me produce algún tipo de reacción alérgica, ¿puede ser? No sé. Quizá es porque estoy entre sus piernas, con su boca a sólo medio centímetro, rezando para que suba los brazos y me coja por la cintura.

—¿Tengo herida? —pregunta en voz bajita.

Niego con la cabeza porque, si hablo, se me cae la baba encima de su ojo. Así, visto de cerca, todavía es más impresionante que de lejos. No me había

fijado nunca en las hermosas pestañas que tiene. Joder, es guapo, pero de los guapos del cine de los años cuarenta. Una extraña mezcla entre Gregory Peck y Robert Taylor.

—Diana..., yo...

—QUERIDA, ¿OS QUEDA MUCHO?

Misión 16

Babia está en las Alpujarras

—Tu novio te llama.

—Ya lo he oído.

Salgo de la habitación con ansiedad. Lo juro. El tonito con el que me ha dicho que Carlos me estaba llamando es de esos que consiguen sacar de quicio a cualquiera en la comisaría. Impertinente. ¡Encima que lo dejo venir conmigo de viaje...!

—Estás deliciosa con ese pijama, querida —suelta tan tranquilo mi supuesto novio en cuanto me ve aparecer en el comedor.

Odio a Carlos Pardo. Me pone nerviosa, me altera, pero a la vez me cae bien. Con él estoy tranquila, me siento a salvo, sin emociones fuertes, no como cuando intento curar al desagradecido de mi jefe. Hasta un insignificante acercamiento convierte mis piernas en regaliz fundido al fuego.

—Gracias. ¿Hace frío fuera?

—Sí, ya se sabe que estas tierras son inclementes.

¿Hola?... ¿Eso es que hace frío o no?

—Voy a secarme el pelo antes de cenar...

—Sí, mejor —ríe Gusano sacando cinco bolsas de patatas de diferentes sabores—. A ver si se te va a congelar la cabeza.

Le agradezco la aclaración con una sonrisa cómplice y me meto en el

baño en el que mis amigas se visten a toda prisa para la cena.

—¿Por qué te has puesto el pijama, Di?

—¿Es que vamos a salir?

—Los vecinos del bar han invitado a Carlos y a Gusano a jugar una partida de guiñote después de cenar. ¿Te apuntas?

Suspiro. No. No me apetece nada, la verdad.

—Creo que esta noche descansaré. Estoy agotada del viaje.

—Pero si has venido durmiendo todo el camino... —Capulla—. Bueno, no pasa nada. Víctor tampoco va.

—¿Quién es Víctor? —pregunto pareciendo una vez más que soy idiota cuando, en realidad, no lo soy tanto; sólo es que se me olvidan las cosas después de los *shocks* emocionales.

—Tu jefe. ¿No sabes cómo se llama?

—Ah, es verdad, se me había olvidado por completo. Como siempre lo llamo Conan... ¿No se apunta a la timba?

—Dice que está cansado porque la guardia ha sido movidita y que prefiere dormir esta noche y estar bien para mañana.

—Pues igual me apunto a la partida de cartas.

—Acabas de decir que no, que el agotamiento te superaba...

—Se me ha pasado.

—Vamos a ver, Diana, ¿qué coño te pasa con tu jefe?

—¡¿A mí?! ¿Por qué me preguntas eso?

Soy la reina del drama ante las preguntas que no vienen a cuento.

Sí, Mafalda acaba de suspirar, eso sólo puede significar que va a seguir indagando. Al final le otorgarán el título de detective mayor del reino.

—Es imposible que sólo te caiga mal. No sabes la cara que pones cuando lo tienes cerca. Tendrías que haberte visto cuando te ha cogido en brazos en medio de la nada.

—¡Acababa de darme cuenta de que el *jefe ideal* estaba en *mis vacaciones*, y todo eso en medio de un ataque de vértigo! ¿Qué cara querías que pusiera?

—¿Una que no delatara el placer que te embargó cuando te viste en sus brazos?

—Verónica, tu amiga está cada vez más chiflada.

—Mafalda es así de directa desde que la conocemos, y, lo siento, pero en esto tengo que darle la razón. A ti te gusta Víctor, cosa que, para ser honesta, no me extraña nada, porque está como para gustarle a todo el mundo.

—Cierra la boca, niña.

¿En serio?, ¿aún la tengo abierta?

—¿Cómo podéis pensar eso?

—Ah, pues si te contamos nuestra teoría, te sorprenderás aún más. Estamos completamente seguras de que tú también le gustas a él.

—¿Habéis traído marihuana y no me lo habéis dicho? ¡Que estáis rodeadas de policías!

—Vamos, no me fastidies, Diana. Ése ha sido un pésimo intento de desviar la atención sobre el tema que nos ocupa.

Enciendo el secador. No voy a entrar en el juego. Me conocen demasiado bien y saben que voy a empezar a cantar de un momento a otro.

—Ostras, se me ha roto. Es el tercer secador que rompo este año.

Mafalda pasea el enchufe por delante de mi cara mientras Verónica hace que me siente en la taza del váter.

—Mira, guapa, aquí pueden pasar dos cosas: una, que juegues con nuestra inteligencia negando lo evidente, en cuyo caso, vamos a enfadarnos mucho, o dos, que seas honesta como siempre has sido con nosotras y nos digas qué demonios te pasa con el tío bueno que tienes por comisario.

—De ti depende.

—No sé lo que pasa. Os lo juro.

Se miran.

—Está diciendo la verdad, Ma.

—Tú déjame el interrogatorio a mí. Diana, cariño, haz un esfuerquito, a ver si puedes explicarte un poquito mejor, porque aquí tu amiga Vero y yo no nos estamos enterando de nada.

—Os estoy diciendo la verdad. El comisario me regaña constantemente, me hace repetir los informes, me chilla hasta por radio, pero de un tiempo a esta parte...

—Sabía que había un pero...

—Ma, déjala seguir, que ya se ha soltado.

Gesto de Mafalda que me incita a continuar.

—No sé, algo ha cambiado. Está rarísimo.

—¿Ya no te grita?

—Más que nunca.

—¿Entonces?

—¿Os acordáis de la gripe que tuve hace unos días?

—Eso no es relevante.

—Lo es. Según Gusano y Ricardo, me llevó a casa, me hizo una sopa, compró medicamentos y, encima, me metió en la cama.

—Sigue, que sabemos que hay más.

—No, no hay nada más, Ma.

—Sí, claro...

—¡¡Oh, está bien!! Carlos no ha dejado de enviarme flores a comisaría y también una caja llena de cosas buenas para la guardia de la Nochebuena. El pobre está agradecido porque no lo detuve, ya sabéis, y es un hombre detallista. Conan estuvo a punto de detenerme y de abrirme un expediente cuando vio tanto ramo junto.

—Son celos.

—Lo mismo pienso yo.

—Pues yo estaba segura de que le caía fatal... hasta la cena de Navidad del otro día.

—¡Sigue!

¡Qué dos..., no dan tregua, leñe!

—La noche anterior me lo encontré en un restaurante. Yo estaba cenando con Carlos, y, al salir, me dio un beso en la puerta. Tengo que decir que fue un beso encantador. —Sí, hasta a mí me suena mal el adjetivo.

—¿Qué tiene eso que ver con Víctor?

Suspiro, o más bien intento que el aire entre por mis fosas nasales. Estoy empezando a ponerme nerviosa. Estas dos parecen la versión femenina de Sherlock Holmes y el doctor Watson.

—Que nos vio y me gruñó.

—Diana, ¿quieres hacer el favor de ir al grano?

—Al día siguiente, en la cena de Navidad de la comisaría, fui al baño, me perdí y, cuando quise dar media vuelta, me encontré con Conan. Eso es todo.

—Muy emocionante. ¡Continúa!

—Mafalda, en serio, ya está. Me lo encontré y punto.

—Sí, estoy convencida de que en el punto está la cuestión. ¿No te parece, Vero?

—La cuestión es qué coño pasó, o lo cuentas ya de una puñetera vez o no sé qué te hago.

—Me empotró contra la pared y me dio el mejor beso de mi vida.

El grito de Mafalda debe de haberse oído en toda la comarca.

—¡¿Estáis bien?! ¡¿Os pasa algo?! ¡

Caballero andante al rescate. ¡Ése es mi Gustavo!

—Nada, Gusano, Ma se ha quemado con las tenacillas del pelo.

—La que debió de quedarse achicharrada fuiste tú, Dianita...

—No hace falta que susurres, Mafalda. Después del chillido que has pegado, los has dejado sordos para el resto de la eternidad.

—Olvida la eternidad. Quiero detalles de ese beso.

No sé cómo puedo estar tan nerviosa. ¿Será posible? Ni que fuera la primera vez que les cuento que un tío me ha besado.

—No he vuelto a verlo desde la cena de Navidad. Entenderéis que me haya puesto de los nervios cuando lo he visto en medio de la carretera.

—Comprensible.

—Muy comprensible. Y ¿ahora qué hacemos?

—Ah, Verónica, eso debemos preguntárselo a ella. ¿Qué hacemos?

—No tengo ni idea.

—Te enchufo el secador otra vez, Diana. Así nos aseguramos de que no nos oyen. Mira, pienso que es una buenísima ocasión para averiguar qué pasa con él. ¡¡Ostras, tía, que me acabo de acordar de que vais a dormir juntos!!

Mafalda, la loca que de repente cae en ese pequeño detallito de nada... Menos mal que Verónica asume el control de la situación.

—¿Puedes hacer el favor de no ponerte histérica? Al final van a darse cuenta de que estamos hablando. ¡Diana, sécate el puñetero pelo!

»Bien, chicas —prosigue sentándose en el borde de la bañera—, éste es el

plan. Ma, tú te encargas de entretener a Panochaman.

—¿Quién es ése? —pregunta con los ojos bien abiertos.

—Carlos Pardo.

—Y ¿por qué lo llamáis así?

—Son cosas de Ricardo y de Gusano: dicen que tiene cara de mazorca de maíz.

—A mí me parece mono...

—Hace unas horas te parecía de la Casa de Alba...

—Ah, también había guapos entre los Alba. Eugenia de Montijo, sin ir más lejos, era una...

Estoy a puntito de abrasarme las pestañas con el secador. Lo juro.

—¿Quieres hacer el favor de callarte y escuchar mi plan?

—Perdona.

—Estoy empezando a quemarme con el secador de las narices. Ya me arde el cuero cabelludo.

Sí, han olfateado mi cabeza. Hay días que me pregunto qué he hecho yo para merecer unas amigas así.

—Bah, no huele a chamusquina. Sigo. Como decía, tú, Mafalda, entretén a Carlos. Yo me encargo de Gusano, y tú, Diana, de Conan. ¿Habéis visto qué fácil?

—Eres consciente de que no has solucionado ni tramado nada, ¿verdad?

—Estáis muy equivocadas. Lo he solucionado del todo. Si nosotras mantenemos entretenidos a los otros dos, Diana podrá pasar más tiempo con Albalate y descubrir así qué pasa con él.

—Y ¿si yo no quiero pasar tiempo con él? Os recuerdo que es mi jefe.

—Sí, Verónica, ése es un detalle bastante importante.

No parece inmutarse mucho.

—De momento, no lo es. Estás de vacaciones y él también, así que eso es todo por ahora. Cuando volvamos a casa y observemos su comportamiento estos cuatro días, ya sabremos cómo actuar. ¿Vas a dormir así?

—Sí..., ¿por?

—Pareces una calcomanía de un oso amoroso. ¿Quieres que te preste un «algo gracioso»?

—¡¡NO!! ¿Qué le pasa a mi pijama?

—Te tapa entera.

—¡Chicas, ¿cenamos?!

Nos miramos en silencio. Hemos conspirado todo el tiempo y lo van a saber.

—Yo salgo primero; Verónica, a los dos o tres minutos, y tú, Di, la última, con el secador en la mano. ¡Y péinate un poco, que con tanto aire que te has dado se te ha quedado un poquito encrespado!

No debería haberme mirado en el espejo, pero acabo de hacerlo... ¿Un poquito encrespado?! ¡¿Hola?! Pero ¡si parezco un puercoespín!

Me costó diez minutos de plancha intensa dejarlo como el de una persona normal y no como el de una descendiente del *Homo erectus*.

Misión 17

La no partida de cartas

—Muy buena, la cena. La ensaladilla de tu madre es la santa leche, Gus.

—Superbuena.

—¿No te ha gustado, Diana? No has comido nada.

—Eso es porque todavía debe de durarle la sensación de vértigo.

—Ah, pues yo ya la veo genial. Tiene otro color de cara y todo.

Sigo en Babia. No quiero pensar, pero la realidad es que estoy comiéndome la olla a toda velocidad. Veamos, lo normal, lo lógico, sería que me olvidara de todo y disfrutara del viaje, pero es complicado. ¿Cómo voy a dormir tres noches al lado del promotor de un beso diez? Difícil. No voy a pegar ojo. Lo sé. Cuando he ido a guardar el secador a la habitación, me he percatado, de nuevo, de que las dos camitas están muy, pero que muy juntas. Tanto que sólo hay una almohada larga y una colcha. Probablemente si no hubiera investigado más allá, no habría descubierto justo antes de la cena que sí, hay dos cabeceros, sí, hay dos camas, pero... sólo hay una sábana de abajo, una de arriba, una manta y una colcha. No hay ni habrá forma humana de separar esas dos camas de las narices.

—¡Querida! ¿Te encuentras bien? ¡¡Querida!!

Pestaño. Tendré que acostarme con calcetines. Con dos pares, no vaya a ser que, sin querer, lo roce durmiendo. Uf, qué calor me está entrando otra

vez.

—Creo que se está mareando de nuevo. Mirad cómo se abanica sin ni siquiera saber dónde está. Ha vuelto a quedarse catatónica.

—Bobadas...

—Que no, Víctor, que la conocemos desde hace años. Lo mejor es dejarla. Es como una especie de sonámbula, pero en despierta. No sé si me explico.

—¡¡¡SUÁREZ!!!

—¡¡A la orden!!

—¿Veis? —dice Albalate sonriendo con total impunidad mientras pincha una croqueta como si la cosa no fuera con él.

—¿Estás bien, querida?

—Perfectamente, Carlos. No hacía falta chillarme. —Mirada furibunda—. Sólo estaba un poco distraída —respondo sirviéndome ensaladilla como una posesa—. Muy buena, Gus. Es la mejor del mundo.

—Si comes a ese ritmo, va a pasarte lo mismo que te sucedió en la guardia de Nochebuena. Casi se ahoga con una tostadita de pan de centeno con foie. Tuve que hacerle la maniobra de Heimlich.

—¡Diana, querida! No me has contado nada... ¿Fue con las tostadas y el foie que te envié? ¡Sí que lo siento!

—Tranquilo, no fue nada. Por suerte, ahí estaba el comisario para salvarme. ¿No es cierto? —¿Me salvó? No me acuerdo de nada.

Silencio absoluto y espadas en alto. Si practicara esgrima, acabo de darle en todo el pecho. ¡Zasca!

—¿A qué hora habéis quedado con los del bar?

Mafalda y otra de sus múltiples cualidades: romper el hielo en momentos de alta tensión.

—Dentro de diez minutos. Recogemos y nos vamos.

—Bah, dejadlo, ya me encargo yo de fregar, así hago algo, que vosotros ya os habéis ocupado de preparar la cena.

Sí, ésa es la excusa perfecta para quedarme tranquila en el comedor. Ahora sólo me falta conseguir que Conan se vaya con ellos, así, cuando vuelva, estaré profundamente dormida en la esquina más remota de la cama y

no me percataré de cómo se mete en ella semidesnudo...

—¿Qué?, ¿te animas a la partida, Víctor?

—Si no os importa, hoy no. Todavía me duele la rodilla de lo de anoche.

—¿Qué pasó anoche?

Lo ha preguntado Gusano, pero yo también me muero por averiguarlo.

—Lo habitual, fue una guardia tranquila, pero nos dieron un soplo y me di un pequeño golpe en la operación.

—¿Los Garbaez de nuevo?

—Sí, un soplo sobre el Gato. —No quiere dar demasiados detalles y, por supuesto, no está dispuesto a contar las amenazas de muerte que recibió—. Id tranquilos, esta noche reposo un poco la pierna y mañana como nuevo para Nochevieja —susurra levantándose con la intención de ir hacia la nevera. Cojea de forma muy visible, pese a que intenta disimularlo.

—Verónica es fisio, y de las buenas. ¿Por qué no dejas que le eche un vistazo a esa rodilla?

—Gracias, Suárez. No es nada. Sólo es que se ha enfriado y por eso me duele un poco.

Odio que me llame así.

—Anda, siéntate ahí. Vamos, que se nota que te duele. No me seas lerdo. ¿Habéis comprado hielo? Te hará falta.

—Sí, hay dos bolsas en el congelador.

—Perfecto. Víctor —Verónica es la leche dando órdenes a sus pacientes —, súbete el pantalón y déjame mirar.

—En serio, no es...

—Calla, que aquí no estás en la comisaría. He dicho que te subas el pantalón y, si no puedes, quítatelo. No vamos a asustarnos.

Yo sí, la verdad.

Conan gesticula de nuevo intentando convencer a su nueva fisioterapeuta de que no es necesario que mire nada, pero hay caras que convencen, y la de Verónica no deja lugar a dudas. Enfurruñado, se desabrocha los vaqueros lentamente y los deja caer con bastante mal humor.

—¡Tú no tienes rodilla! ¡Es un hematoma completo! Vamos al centro de salud, a ver si te has roto algo —propone Carlos impresionado.

—Sólo faltaba que me escayolaran en vacaciones —gruñe el comisario con cara de estar de muy mala baba—. De eso nada. Ha habido lesiones peores.

—Me quedaría mucho más tranquilo. ¿Tú qué opinas, querida? —me pregunta Carlos acercándose al fregadero, que es donde me he refugiado.

Me las he pirado. Sí, he empezado a recoger. Me niego a permanecer sentada mientras se desnuda. Ah, eso no podría soportarlo. Si sólo con haberlo visto desabrocharse los tres botones del pantalón ya se me salía el corazón por la boca. Si llego a verlo en calzoncillos, me caigo redonda.

—Voy a tocarte, Víctor. Si ves que te duele mucho, sólo tienes que decirlo y paro. Quiero palpar a ver si tienes una rotura de ligamentos o algo de lo que debemos preocuparnos. ¿De acuerdo?

He mirado de reojo. Ostras, a ver si se ha hecho daño de verdad. Si lo pienso bien, nunca he visto a Conan quejarse por nada. Decido acercarme. Soy una persona solidaria con el mal ajeno, qué se le va a hacer.

¡¡Madre mía, pero si tiene la rodilla destrozada!!

—¿Te duele aquí?

Niega con la cabeza.

—¿Y aquí?

Vuelve a hacerlo.

—¿Y aquí, por detrás?

—No, tampoco.

—¿Puedes doblarla?

—Me duele al hacerlo.

—Mira, Víctor, si te parece, esta noche ponemos hielo un ratito y mañana por la mañana, cuando estés un poquito menos dolorido y la hinchazón haya bajado, vuelvo a mirarte, ¿de acuerdo? Parece más algo muscular que cosas del tendón, pero no podré verlo bien hasta que no se desinflame.

—Estoy de acuerdo. Ya te he dicho que no era nada.

—Toma, déjate unos veinte minutos, media hora si puedes aguantarlo. Después, haz reposo. Es importante que descanses bien esta noche. Si puedes, ponte un cojín debajo de la rodilla para inmovilizarla un poquito y que no hagas un giro brusco.

—¿Siempre eres tan insistente? —pregunta Conan con una enorme sonrisa.

—Siempre.

Diez minutos después, ya se han marchado. Yo continúo fregando y colocando cada cosa en su sitio mientras él lee sentado en una de esas butacas orejeras que hay en casi todas las casas antiguas.

—Me da pena no poder ayudarte.

—Tranquilo. Esto ya está —respondo acercándome hacia donde está Conan—. Además, Verónica sabrá si la has obedecido en cuanto te vea mañana. No sé cómo lo hace, pero es así. ¿Te traigo más hielo?

—No, éste aún está bien, gracias.

—¿Por qué sonrías? ¿He dicho algo incorrecto?

Soy boba. Sigo de pie, pero con el trapo de cocina en la mano, tela, por cierto, que desearía estamparle en la cara para quitarle esa sonrisa perfecta llena de dientes blancos.

—No, Suárez, sólo es que me ha hecho gracia ver que por fin te has decidido a continuar tuteándome.

Vaya, no me había dado cuenta.

—Por cierto, hablando de eso, si no *te* importa, estaría muy bien que dejaras de llamarme Suárez. Cada vez que lo haces, me dan ganas de cuadrarme.

—Perdona, no me había dado cuenta de que te incomodaba. No volveré a llamarte así..., mientras estemos de vacaciones.

Creo que tengo que volver a huir a algún lado. He mirado hacia abajo. Sigue en calzoncillos. Sí, de pantaloncito, pero de esos que se pegan en las piernas como si se tratara de una segunda piel. No puedo con mi vida. He vuelto a hacerlo. Tiene unas piernas lo suficientemente perfectas como para salir corriendo y no parar hasta llegar a la Alhambra.

—No duele tanto como parece...

—¿Perdón?

—Mi rodilla —señala—. Como te has quedado mirándola así.

—Me alegro mucho.

Qué bien me salgo por peteneras. Un olé para mí. No está depilado.

¡Mierda! Diana, ¿quieres hacer el puñetero favor de no volver a mirarle las piernas? Joder, cómo me ha puesto saber que no está depilado. Vale, ahora sí que me las piro.

—Co..., Víctor, buenas noches. Voy a acostarme.

—¿Tanto te va a costar dejar de llamarme comisario?

Que no me mire de esa forma. Entre el bóxer, la sonrisa, la boca, las piernas, la no depilación, el pelo medio rizado, la camiseta negra de manga corta, lo gilipollas que estoy y el recuerdo de ese beso, si vuelve a mirarme así... no sé qué soy capaz de hacer.

—Ya me iré acostumbrando. Buenas noches.

* * *

Atención a la de tonterías que puede hacer una chica cuando va a dormir al lado de su jefe «el que le cae mal pero que la pone como nadie lo había hecho nunca antes».

Me he enfundado dos pares de calcetines para evitar cualquier contacto piel con piel. Y, por supuesto, he remetido la parte de arriba del pijama polar que llevo dentro de los pantalones. Sí, como me hacía mi abuela cuando era pequeña, sólo que ella lo hacía para que no cogiera frío en los riñones, y yo lo hago para que la camiseta no se me suba y vaya enseñando las tetas por ahí.

La cama está pegada a la pared, por lo que he dejado mis zapatillas de pompones perfectamente alineadas a los pies de la misma y he saltado por encima de ella hasta meterme dentro sin deshacer el resto.

He quitado la almohada grande y la he colocado de línea divisoria a modo de barricada, pero después me he dado cuenta de que eso quedaba fatal y dejaba claro que soy una lerda pava. Una avezada policía como yo debe estar preparada, y, de hecho, lo estoy, para dormir con cualquiera. Es más, cuando en la academia nos íbamos de maniobras, dormíamos todos juntos, de cualquier forma... y en cualquier sitio también.

He cerrado los ojos con fuerza, he contado ovejas, botones, canguros y hasta esquimales para dormirme cuanto antes, pero está claro que no ha dado resultado, puesto que no sólo sigo despierta, sino que me hallo ojiplática.

Me he lavado los dientes tres veces con mi superpasta ecológica de canela.

Aun a pesar de estar a oscuras, no despego los ojos de la puerta por si entra.

Acabo de hacerme la dormida cuando he oído sus pasos acercándose a la habitación.

Por supuesto, estoy de lado, mirando hacia la pared, de modo que cuando se meta en la cama estaré dándole la espalda... y el culo. ¿Mejor me pongo boca arriba para controlar la situación?

Conan no se acuesta, lo de los pasos ha sido una falsa alarma. A saber qué libro está leyendo que lo entretiene tanto. Debería haberme fijado cuando me he acercado, pero..., claro, me he quedado tan pasmada mirándole las piernas que el cerebro no me ha dado para más.

Me aburro. Me aburro mucho. Debo de llevar aquí, a oscuras, haciendo la mema, más de una hora, pero bueno..., seguro que ya me va a entrar el sueño. ¡Ay, sí, mira, ya bostezo!

El bostezo de antes era de puro aburrimiento. Tictac, tictac...

Me he mordido las uñas. Todas. Ha sido un fugaz entretenimiento.

Me hago pis. No sé por qué he tenido que beber cerveza en la cena. Pues ahora, me aguanto. Con lo calentita que estoy aquí dentro, no voy a levantarme.

Me hago mucho pis. Diana, hija mía, ve ahora, porque, si te esperas más, Conan ya estará acostado y tendrás que saltarlo para poder ir al baño.

Me he levantado. Estoy en el baño. ¡Qué descanso! Tiro de la cadena, me lavo las manos... y los dientes, otra vez, porque me rechifla mi pasta nueva, y, sí, me topo de morros con Albalate cuando salgo de él.

Tantas precauciones e idioteces juntas para acabar chocando con este hombre que parece un muro de ladrillos.

—¡Ah! ¡Qué susto!

—¡¡Diana!! Creí que me habías visto.

—Estamos a oscuras.

—Ya, pero acabas de salir del baño, donde había luz.

—La he apagado antes de abrir la puerta.

—Ahora no encuentro el interruptor de la habitación... Bueno, qué más da, ¿en qué lado duermes?

Juraría que ha hecho la pregunta con voz de oso de las cavernas.

—Pegada a la pared. —De hecho, muy, pero que muy pegada a la pared.

—Perfecto. Pues, tú primero. Cuando me digas, me acuesto yo también.

Qué escena tan extraña.

—¿No te parece una situación un tanto peculiar?

Sí, yo estaba pensando lo mismo. Coincidencias del destino.

—Es extraño que no duermas con tu novio...

—¿Por qué?

A veces hago unas preguntas que son para catalogarme de *borderline* a la primera.

—No sé, es cuando menos curioso. Sería lo normal.

—No he tenido opción de elegir. Cuando he despertado, ya habíais decidido cómo dormir. Sólo me he amoldado a la situación.

Ah, qué verdad más buena..., sólo que, en realidad, estaba fingiendo que dormía. Un matiz sin importancia del que no debe enterarse.

—Diana —dice el oso cavernario sentándose en la cama—, si fueras mi novia, te aseguro que no iba a permitir que otro hombre se metiera en la cama contigo.

Olé, un aplauso por ese escalofrío cerebral que se ha apoderado de mi mesencéfalo.

—No todos los hombres tienen por qué ser tan posesivos...

Acaba de meterse en la cama. Siento en cada poro de mi piel el calor que irradia ese cuerpo macizo. Voy a volverme más loca de lo que estoy. Eso, o le salto encima. Si no fuera mi jefe, si supiera que no iba a verlo más...

—Diana...

Se ha puesto de lado, aunque no era necesario pues aún no me había dado tiempo a volverme contra la pared. Mejor hago como que no he oído nada. Toso..., uy, cómo toso, qué barbaridad.

—No soy posesivo.

—Tu comentario demuestra lo contrario.

—Tu actitud también deja ver muchas cosas.

Me siento en la cama. Pero ¡bueno! No me estará llamando descocada, ¿no?

—¿Ah, sí? ¿Como qué? ¿Que soy una persona que se adapta a las circunstancias? ¿Que no necesito dormir con mi novio y soy perfectamente capaz de entender que no quiere despertarme mañana cuando se vaya temprano a esquiar?

—Ése es otro error...

—¿Cuál?

Está empezando a cabrearme, y él ahí, tan tranquilo, de lado mirándome.

—Si fueras mi novia, te aseguro que no te ibas a despertar cuando me levantara temprano. ¿Sabes por qué?

—Sorpréndeme...

—Porque no iba a dejarte dormir en toda la noche...

—Pero como no lo soy, buenas noches. Que descanses.

Ególatra.

Misión 18

Conan y yo, en la misma cama. Ahí es nada...

No sé quién demonios se cree que es. Pero bueno..., ¡insinuar que duermo por ahí con cualquiera estando mi novio en la misma casa! Prometo guardarle rencor infinito por esas palabras. Encima, me estoy achicharrando de calor. No sé para qué me he traído este pijama propio de una expedición al Himalaya. ¿Y lo de ponerme dos pares de calcetines? No lo puedo resistir. Se me van a cocer mis pobres deditos de los pies.

—¿Siempre te mueves como si fueras una anguila?

¡Ah! ¡Esto ya es la repera! ¿Me está vigilando?

—Extraño mi cama.

—Supongo que también la compañía...

—Oye, mira, creo que tú y yo tenemos que dejar claras algunas cosas...

Sí, he vuelto a sentarme, oportunidad que he aprovechado, de paso, para dejar los calcetines a los pies de la cama.

—Para empezar, es verdad que me cuesta dormirme en camas que no son la mía. Continuaremos aclarando que Carlos Pardo NO es mi novio. Sólo estamos empezando a conocernos. Y, por último, tampoco he visto que tú hayas puesto muchos inconvenientes a la hora de decidir en qué cuarto ibas a dormir.

—Ah, lo mío es diferente.

El flemático comisario emitiendo una de sus frases misteriosas.

—Y ¿puede saberse la razón por la cual es diferente?

—Porque yo estoy exactamente donde quería estar.

¿Puede una persona quedarse muda y tonta de repente?! Sí, puede. Acaba de pasarme. ¿Ahora qué hago?

—Necesito levantarme un momento. Si no te importa, ¿me dejas pasar?

—No me importa. —Su tono de voz ha vuelto al estado de gravedad que lo caracteriza de forma habitual.

Con cuidado, debe de dolerle la rodilla, se levanta de la cama para que yo pueda salir sin hacerle daño.

—¿Enciendo la luz? Porque ya que estoy de pie...

—No es necesario. Sé dónde tengo mi bolso de viaje. —Mejor a oscuras, porque con luz me caigo redonda.

—¿Puedo saber qué buscas con tanto ahínco?

—Otro pijama.

—Entonces puedes dejar de buscar.

Me vuelvo con brusquedad sin darme cuenta de que Conan está justo detrás de mí, por lo que, para no perder la costumbre, vuelvo a chocarme contra él. Y digo *contra* porque es como si acabara de darme de bruces contra un elefante.

—Y ¿puede saberse la razón?

—Sí, por esto.

No sé cómo ha encontrado mi boca tan rápido. Dios mío, qué destreza...

—No sé qué voy a hacer contigo.

Pues mal vamos... Si me estás besando así y lo haces desde la más absoluta inopia, sin haber premeditado nada, no quiero imaginarme lo que puede pasar cuando lo maquinas.

No sé qué hacer yo tampoco. Es que no puedo pensar. Acabo de catalogar este beso como el mejor de la prehistoria, la historia y lo que vendrá en un futuro. Me aso viva. ¿Qué tiene este hombre en las manos, en la boca, en la piel...? Es impresionante con qué fuerza me late el corazón, cómo siento cada partícula de su ser pegado al mío. Me muero, juro que lo hago. Conan besa como si se apoderase de mí. Cálido, sensual y tan erótico que si esto dura

mucho voy a explotar como una carcasa de fuegos artificiales.

—Diana —susurra sobre mi boca—, sé que no está bien, pero no puedo parar. Hazlo tú, por favor.

Sí, claro, tengo unas ganas locas de que dejes de besarme. ¡Un momento! ¿Si sabes que no está bien...

—... por qué me besas?

Oh, sí, he dicho la última parte de mis pensamientos en voz alta. El frío me envuelve de nuevo, y eso sólo quiere decir que Conan acaba de separarse de mí. Me siento vacía, abandonada, sola, un tanto perdida. Sí, estoy montando un drama.

—Lo siento. No volverá a pasar.

¡¿Cómo que no?!

—Estoy de acuerdo. Te agradecería un poco de control.

Para ovarios, los míos.

—Mañana me iré, puedes estar tranquila. Esto ha ido demasiado lejos.

Sí, acaba de encender la luz, rebuscado en su maleta y cogido un pantalón de chándal y una camiseta negra. Juraría que esta noche duermo sola. Mejor..., vale, esto último no me lo creo ni de coña.

Media hora más tarde, estoy a punto de echarme a llorar. Lo juro. Me siento sola, temblorosa y tan estúpida como una colegiala que acaba de caerse por la escalera delante de mil personas. Joder, decido echarle coraje al asunto porque la realidad más absoluta es que quiero que vuelva a besarme, así que, agazapada debajo de mi pijama polar, decido salir al comedor.

—Víctor, no puedes pasar la noche ahí.

Cuando digo *ahí* me refiero a la butaca mugrienta donde se ha instalado con una manta rasposa encima.

—En peores sitios he dormido.

Gruñir es lo suyo, cada vez lo tengo más claro.

—Sí, pero no tenías la pierna inflamada.

—Eso no es nada.

Me pone negra, este tío me pone negra.

—Por favor, vuelve a la cama y estira la pierna. ¿No podemos comportarnos como dos personas civilizadas? —pregunto con cara de

mapache arrodillándome a su lado.

Me mira. No, descripción errónea: me taladra. Nunca unos ojos caoba dijeron tanto sin hablar.

—Acuéstate. Vas a coger frío.

—¿Es una orden de las tuyas? Además, llevo un pijama de forro polar.

—No debería haber venido.

—En eso estamos de acuerdo, pero ya que estás aquí, por favor, intentemos pasarlo bien.

—Diana, tu concepto de pasarlo bien difiere mucho del mío, te lo aseguro —masculla hablando más para su nariz que para mí.

Roja es la amapola, lo mío es algo superlativo.

—Y entonces ¿qué hacemos?

Las preguntas retóricas me las insuflaron en el ADN, no hay otra explicación posible.

—¿Quieres que te diga de verdad lo que deberíamos hacer?

—Dime...

—No estás poniendo las cosas demasiado fáciles.

Tampoco era necesario que se levantase así de la butaca. Por favor, en chándal está más guapo que nunca. Estoy metida en un lío de los gordos, de los grandes, de los que son difíciles de describir. Si siguiera mis impulsos, hace rato que le habría dicho que me vuelve loca tenerlo cerca y a estas horas nos estaríamos besando. ¡Menuda pérdida de tiempo provoca la conciencia! Pero ¡es que es mi jefe! ¡Mi superjefe! Si al menos, en lugar de comisario, fuera un pardillo de la calle... Pero no, es él, el C-O-M-I-S-A-R-I-O. Y viene hacia mí.

—¿Sigues queriendo que te diga qué deberíamos estar haciendo?

Hombre, si me lo susurras así, tras haberme empotrado contra la pared y con tus manos enredadas en mi pelo, comienzo a hacerme una idea del asunto.

—Sí.

Osada es mi segundo apellido. El primero, *BOBA DE REMATE*. ¡Diana, nena, ataca!

—Si de mí dependiera, no llevarías puesto este ridículo pijama con el que

debes de estar achicharrada. Tampoco estarías aquí de pie, sino debajo o encima de mí, pero, eso sí, bien pegados. Si fuera por mí, no te dejaría respirar por los besos, ni tampoco pensar en lo que estuviéramos haciendo, porque, sin duda, mis manos no te permitirían elucubrar. ¿Lo vas entendiendo?

Creo que he asentido con la cabeza, aunque tampoco estoy muy segura. Es mi mente loca, supongo que abotargada por el dichoso perfume que siempre envuelve a este hombre. ¡Y qué hombre!

—Vaya, Suárez, esto sí que no me lo esperaba... —exclama bisbiseando junto a mi boca mientras responde al beso que acabo de darle.

Lo siento temblar. Me he vuelto loca de remate y he olvidado todo mi pudor, mi placa, que es mi jefe y que es probable que lamente esto el resto de mi vida, pero me da igual. Conan es una tentación demasiado grande como para que me pierda el espectáculo que debe de ser verlo desnudo.

Sí, me he puesto roja y, no, no es por mi mente sucia. Bueno, en parte sí, pero es que acaba de cogerme en brazos. ¡Hay que ver lo bien que le sale!

—Cierra la puerta de la habitación.

—¿Es una orden, Suárez?

—Sí, lo es. Cierra la puerta... con pestillo.

—No tiene...

—Mierda.

—Suárez, no seas malhablada —susurra sobre mis labios justo antes de comérselos.

Juro que floto, incluso me desmayaría si eso no me hiciera quedar como una imbécil. Además, si sufriera un vahído no podría disfrutar de lo que supone tener la lengua de Conan lamiéndome el cuello. Qué calor tengo. Me siento como si cientos de Peta Zetas estuvieran chisporroteando por todo mi cuerpo.

—Creo que tendremos que hacer algo con este pijama tan ridículo que te has puesto. Desde que lo he visto, he tenido ganas de arrancártelo.

—A mí me gusta...

—Es horrible, Diana. Lo menos sexi que he visto en mucho tiempo.

—Vaya —exclamo mirándole a los ojos—, ¿poco sexi, dices? —Sí,

acabo de tocarle el pene, pero por encima de la ropa. Vuelvo a cerrar los ojos. Dios, pero ¿qué estoy haciendo? «Tocarle las pelotas al comisario», dice la voz de mi conciencia, decidida a ser jocosa—. No quiero pensar cómo estaría esto —lo provoco acariciando aún más lo que tengo entre manos— si me hubiera traído otro tipo de pijama.

Conan gime. O gruñe, no sé bien. Quizá si no estuviera levantándome la camiseta polar, podría averiguar bien si gruñe o gime. Uf, es que no puedo ni pensar. Qué manos, qué calor, qué sensación, ¡qué polvazo voy a pegar!

Un momento, ¿de qué se ríe?

—¿Ibas a dormir con *esto* también? —me pregunta quitándome la tercera capa de ropa.

—Estamos en medio de las Alpujarras granadinas. Hace un frío espantoso.

—Diana, ¿de verdad tienes frío?

El mismo que en las fauces del infierno, que debe de ser el lugar donde voy a ir derechita por enrollarme con mi superior. Entre llamarada y llamarada, consigo negar con la cabeza. O con el dedo. O qué sé yo con qué. El caso es que estoy completamente asfixiada. Si es que este hombre no tiene manos, tiene planchas. Suspiro medio aturdida. Soy una mema sin remedio. ¡Por favor, va a darme algo si sigue besándome los pechos!

—¿Te gusta?

Hay que reconocer que hace preguntas idiotas. ¿A quién no va a gustarle algo así?

—Mucho.

—Eso me parecía. ¿Sigo?

Otra tontería. Quiero pensar que está tan aturdido como yo, porque quietecita tampoco me he quedado. Conan ya no tiene la camiseta negra puesta. No, no, ahora lo que tiene son mis dedos, que le recorren la espalda como si fueran tentáculos.

—Vuelve a hacer eso...

—No me des órdenes.

—Diana, por favor, vuelve a cogerme el culo otra vez así.

Voy a desmayarme. Lo juro. De ésta no salgo entera. Como siga

besándome, acariciándome, susurrándome, yo me derrito. Y, no, no es un eufemismo, es la más pura verdad.

Por conveniencia propia, y es que cada vez que lo hago siento su polla palpitar junto a mi pelvis, decido obedecerlo.

—¿Esto era lo que querías?

Un gruñido y otro beso apasionado me valen como un «sí». Bien. Soy una amante perfecta. O, mejor dicho, soy la perfecta amante del comisario Albalate. Mierda. Mal, ya he vuelto a pensar.

—¿Qué pasa?

Pues que ha sido pensar en que estoy enrollándome con mi jefe y lo que antes era calor acaba de convertirse en hielo profundo. Tanto, que mis brazos no responden y se han quedado lánguidos a los lados de mis caderas. Mal.

—No puedo. Comisario, por favor, no puedo hacer esto.

—Diana —murmura volviendo a besarme—, ya hemos pasado por esto hace media hora, ¿recuerdas? No soy el comisario. Soy sólo Víctor.

Ahora mismo no tengo las neuronas conectadas en modo sinapsis, pero, sí, algo recuerdo.

Lo beso. O, al menos, lo intento, porque en realidad lo que hago es dejarme llevar tras haberles ordenado a las celulitas del coco que dejen de hacerme la puñeta.

—Bien, veo que vuelvo a ser Víctor. No sabes lo que eso me gusta...

Joder, si es que no se puede ser más sexi. A la mierda con todo. Nerviosa como no lo he estado en mi vida, decido colaborar como Dios manda, es decir, metiéndole la lengua hasta donde me moría de ganas desde hace rato.

—No sabes cómo me estás poniendo, Suárez. Repite eso ahora mismo...

—Te he dicho que no me des órdenes mientras me besas. No conozco a nadie más mandón que tú.

—Bésame y calla. Prometo no ordenarte nada más si no dejas de hacer esas dos cosas.

Río. No puedo evitarlo. Jamás pensé que podría reírme sobre los labios de Conan, y, desde luego, nunca se me ocurrió que la sensación de tenerlo tan cerca pudiera gustarme tanto. ¡Y vaya si me gusta!

—Tendremos que hacer algo con estos pantalones, ¿qué te parece? —

pregunta haciendo uso de esa voz sensual. Si vuelve a hablar, juro que me corro viva.

—¡Quítamelos! —exijo como si no hubiera un mañana mientras hago lo mismo con los suyos.

—¿Quién es la que manda ahora?

—Ah, déjamelos si quieres, por mí...

—Ni loco. Esto va fuera. De hecho, todo va fuera —afirma arrastrando el tanga de encaje violeta que me había puesto después de la ducha.

Sí, un toque de coquetería, claro que..., jamás pensé que me lo vería. ¡Ay, que acabo de quedarme desnuda!

—No sabes la de veces que he pensado en tenerte así, sin ropa y bien pegadita a mí. Diana, me trastornas.

¡¿YO?! ¡¿A él?! Vale, lo admito, tengo fuegos artificiales en la vulva. Soy así de rápida.

—¿Estás temblando?

Asiento. No puedo mover otra parte de mi cuerpo.

—Suárez, haber dicho que tenías frío.

Frío, frío..., no. Lo que tengo es un orgasmo del quince. Media hora de besos apasionados, una voz de tío bueno, sensual, cálida, un cuerpo pegado al mío, diez dedos tocándome por todas partes..., vamos, que frío..., lo que se dice helor, no tengo.

—Mmm —consigo decir.

—Lo siento, no puedo resistirme más. Espero que entres en calor con esto...

¡¡Madre mía!! Lo de antes no era un orgasmo. Lo de antes era cosa de niños. Conan acaba de empotrarme contra la pared, y cuando digo *empotrarme* me refiero al más amplio sentido de la palabra. «Todo él» acaba de abalanzarse sobre mí. ¡Qué fuerza!

—¿Mejor así? —masculla junto a mi cuello como si estuviera haciendo un esfuerzo enorme.

Todo mi cuerpo siente cómo cada centímetro de su piel penetra dentro de mí. Estoy tan excitada que sólo puedo gemir desesperada mientras me aferro a unos besos, culpables en gran medida, de mi estado de enajenación mental.

—No-no-no puedo hablar...

—Yo tampoco, Diana, yo tampoco. Sólo dime si estás bien —pide volviendo a moverse dentro de mí—. ¿Te hago daño?

Sonríó en la oscuridad. ¿Daño? Lo que iba a dolerme es que parara. Por respuesta, incremento mis besos y lo abrazo con toda la fuerza que aún tengo. Estoy a punto de volver a explotar, y esta vez con una razón mucho más justificada que la de antes.

—No aguanto mucho más...

—¡No lo hagas!

Si esta misma mañana me hubieran dicho que iba a estar haciendo el amor con él, de pie, en una habitación a oscuras en medio de las Alpujarras, jamás lo habría creído, y ahora que está sucediendo, tampoco quiero que se acabe nunca. Y menos de la forma en que lo hace.

—¡¡¡Diana, ya estamos en casa!!!

El don de la oportunidad es un don que NO debería haberse repartido por el mundo.

Misión 19

¡¡Y me preocupaba la cama!!

—Mierda —ruge bajándome al suelo—. No podrían haber llegado en peor momento.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa, cariño. La culpa es de esos idiotas.

¿Cariño? Sigo flotando.

—¡¿Ya os habéis acostado?! —¡Vamos que si nos hemos acostado!—. ¡¿Estáis visibles?! ¡Vamos a entrar! Hemos desplumado a los del pueblo...

Abro la puerta de golpe después de haberme puesto el pijama en un tiempo digno de *El libro Guinness de los récords*. No quiero que nadie entre en la habitación y vea el desastre en que la hemos convertido. No sé cómo puedo caminar, de verdad. Me tiemblan hasta las piernas.

—Albalate ya duerme. Le dolía muchísimo la pierna y se ha tomado un analgésico.

—Caray —exclama Gusano—, pues sí que debe de dolerle. Odia tomar pastillas. Y ¿a ti qué te ha pasado en el pelo? Pareces una lechuza. Me acuerdo. Vero, ¿te quedas?

—No, voy contigo. Buenas noches a todos.

—Buenas noches. Diana, querida, no hagas caso de Gus, estás tan bella como siempre.

Anda, me había olvidado de Carlos Pardo. Ah, no, que no se acerque, por favor. Ay, que lo hace... En un movimiento propio de una cobra, doy un salto hacia la cocina, donde Mafalda calienta agua para hacer infusiones.

—¿Quieres una?

—No, en realidad, ya iba a acostarme. ¿Qué tal lo habéis pasado?

—No sé si tan bien como tú. Tienes cara de haber sido besada como una adolescente. Admítelo.

—¡Qué va! ¿Lo dices por los labios? Debe de estar saliéndome un herpes. Soy un genio de las respuestas rápidas.

—Sí, ya, un herpes enorme. Por eso llevas el pijama del revés.

—¡¡No fastidies!!

Me ha pillado. Me ha pillado, y mucho.

—¿Me habéis dejado cenar así?

Que no sea porque no le pongo empeño.

—Diana, guapa, no te hagas la imbécil. Anda, pásame la caja de té.

—No sé de qué me hablas... Toma.

—Es normal que ese tío te guste. No he visto a ningún hombre tan guapo en mi vida. ¿Besa tan bien como parece?

—Mucho mejor —murmuro creyendo que sólo he respondido en mi cabeza.

—¡¡Lo sabía!!

—¿Qué sabías, estimada Mafalda?

Las dos nos quedamos calladas de golpe. Carlos acaba de entrar en la cocina vestido con un pijama que debe de ser por lo menos de seda. Digamos que es como la versión joven de un marqués del siglo XIX.

—Colega, eso debe de haber salido de un museo, por lo menos.

—Eres francamente divertida, Mafalda. Es todo un placer compartir contigo estos momentos tan agradables.

Ma ríe. Ríe como una coneja. Como suele reír cuando alguien le hace un cumplido. Yo diría que hasta se ha puesto roja. Si no fuera porque esta mañana me ha dicho que Carlos parece sacado de un cuadro de la Casa de Alba, juraría que le gusta. Y eso, con sinceridad, sería lo más estrafalario que Mafalda habría hecho en su vida. El pijo y la hippy..., es que no suena ni

bien.

—Bueno, creo que voy a acostarme. Estoy agotada. Qué descanséis. ¿Nos vemos mañana?

—Recuerda, querida, que tu amiga y yo nos iremos bien temprano a esquiar, pero prometemos estar aquí para la hora de la cena, ¿verdad?

Mafalda asiente. Todavía sigue roja como un pimiento. Creo que no la he visto así desde el instituto.

—Que descanses, querida. Mafalda, ¿qué té tomas? Yo adoro el té que sirven en el hotel...

Está siendo un viaje de lo más curioso. Haciéndome la dormida, bostezo ruidosa camino de la habitación y abro la puerta despacio. La verdad es que no sé si quiero volver a entrar. Sigo preguntándome cómo he podido mantenerme en pie los diez minutos que he estado fuera de ella. Cada partícula de mi piel sigue oliendo a él. ¡Ay, por favor...! ¡Que me he acostado con el comisario!

—Dime que no te ha besado...

—¿Qué haces detrás de la puerta? Casi me matas del susto.

—¿Te ha besado?

—No pienso responder a eso.

—No digas que es algo que no me importa. Me importa, y mucho. Mira... —masculla en voz bajita cerrando la puerta y dejándome aprisionada contra ella y su cuerpo—, mira cómo me tienes... Por favor, necesito saber que no te ha besado.

—No lo ha hecho. No se lo habría permitido.

—¿Por qué, Diana? —susurra sexi dándome la vuelta mientras se apoya contra mi espalda y comienza a darme besos por el cuello. Hale, ya vuelvo a estar sin la camiseta del pijama.

—Ahora...

—Ahora, ¿qué? —pregunta metiendo la mano por dentro de mi pantalón. Bueno, metiendo, no: bajando el pantalón.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo. No iré a hacer eso, ¿verdad?

—Ahora... estás tú.

—Eso es. Ahora estoy yo, Suárez. Sólo yo.

Lo ha hecho. ¡Y cómo me está gustando! De un solo golpe de caderas me ha empotrado de nuevo contra la puerta. Vuelvo a hervir. Cómo no hacerlo cuando siento cada centímetro de su miembro dentro de mí. Me muero de ganas de gemir, pero él sólo sabe decirme en voz cada vez más tenue que no lo haga, aunque le encantaría oír mis gritos de placer. Es tan sensual lo que estamos haciendo que soy incapaz de contar las veces que ya me he corrido desesperada aprisionada entre la puerta y su cuerpo. Jamás había hecho el amor así. Me siento poseída, penetrada como una loca, deseada y a punto de estallar una vez más. Si esto continúa durante muchos minutos más, no voy a ser capaz de seguir callando y voy a ponerme a chillar de puro placer.

—¿Te gusta?

—Mucho —consigo decir—. No quiero que pares.

—Pues estoy a punto de hacerlo, cariño. No puedo aguantar más.

—¡Te he dicho que no quiero que pares!

Conan ríe mientras baja la intensidad de sus movimientos.

—Más rápido —exijo.

—¿Así?

—Más aún.

—Si lo hago más rápido, estallo.

—Hazlo...

—Entonces tú me acompañarás.

Creo que he perdido el conocimiento. En mi vida he tenido un orgasmo semejante. Qué barbaridad. Tirito con tanta fuerza que sólo siento la forma loca en la que vibra mi interior y el calor del cuerpo de Víctor hirviendo dentro de mí.

—Sabía que iba a ser bueno, pero no que ibas a matarme, Suárez — exclama en voz alta cuando al fin recupera la respiración.

Me chiflaría decirle que no hable tan alto, que van a oírnos, pero mi mente no está para eso en estos momentos. Con mantenerme en pie, ya hace bastante, la pobre. ¡Y a mí que me preocupaba la cama...! Este hombre me ha hecho el amor dos veces en un ratito y todavía no nos hemos acostado en ella.

—¿De qué te ríes? —me pregunta mientras me coge en brazos y me deja sobre el colchón.

—Estaba inquieta porque íbamos a compartir cama. Si llego a saber que de pie eres aún más peligroso, no me habría puesto tantas capas de ropa.

—Nunca habrá bastantes capas que se interpongan entre tu piel y la mía, quiero que te quede claro eso.

Ya está, ya ha vuelto a encenderme. ¡Tiene una habilidad...!

—Eso será, si yo te dejo...

—Te aseguro que lo harás. Mira, aún no te he tocado y casi no puedes ni hablar.

Si es que lo que más me fastidia es que tiene razón. Sólo saber que estamos desnudos, debajo de las mismas sábanas, después de haber hecho el amor de un modo tan salvaje y dulce como nunca pensé que lo haría y ya comienzo a tartamudear y a gemir sin querer.

—Tú también tiembles.

—Lo mío es diferente, Diana.

—Y ¿puede saberse por qué?

—Por una sencilla razón: llevo meses imaginándome todo lo que te haría si pudiese.

—¿Meses?

—Meses, Suárez. Muchos meses. Ahora calla y déjame cumplir mis fantasías.

—¿Es una orden? —cuestiono mientras abro las piernas para que pueda colocarse justo donde él quiere.

—Lo es...

* * *

¿Puede una despertarse con más músculos en el cuerpo que cuando se acostó? Y, no, no me refiero a la posibilidad de que me hayan crecido durante la noche. No, de eso nada. Hablo de que, debido a una intensa actividad física, éstos se han desarrollado hasta alcanzar su potencial máximo. Sí, estoy como una cabra, pero es que es la primera vez en toda mi vida que la dopamina, la oxitocina y las encefalinas invaden mi cuerpo de semejante forma. Soy incapaz de contar los orgasmos que he tenido a lo largo de la

noche. ¡Viva, viva, viva! ¡Tres hurras para la bioquímica cerebral que me tiene en este estado de agilipollamiento!

—Suárez, no creo que sea capaz de caminar en mucho tiempo... —susurra una voz sexi desde debajo de las sábanas.

Taquicardia. Ya me ha dado de nuevo. Es oírlo y mira...; yo es que no sé lo que tiene, pero se me pone todo en marcha, incluidos la pituitaria y el clítoris. Sonrío en plan mema. ¿Qué más me da que no hayamos dormido ni media hora?

—¿Tú no estás cansada, cariño?

Pestaño, aleteo, subo, bajo, hago el pino puente y suspiro. Todo eso en dos segundos y tres décimas. ¡Ha vuelto a llamarme cariño! ¡De día y con un sol radiante!

—Mmm —bisbisea meloso mientras se acerca a mí—. ¿Sigues dormida o estás haciéndote la melosa para que te despierte a besos?

Taquicardia era un eufemismo... Tengo a todos los tamborileros de Calanda golpeando mi corazón en este momento. Decido fingir que duermo. ¿Quién podría resistirse a ser despertada así?

Conan me acaricia la espalda. Estoy boca abajo, con la cara hacia él. Me encanta sentirlo así, y aunque por un segundo pienso que voy a ser incapaz de continuar actuando como si durmiera, él me lo pone muy fácil, una vez más, cuando noto que se incorpora y comienza a darme besos a lo largo de toda la columna vertebral. Un escalofrío recorre de forma involuntaria todo mi ser. Es lo más delicado y erótico que alguien ha hecho por mí alguna vez. Suspiro emocionada. Aunque a veces quiero disfrazarlo de locura transitoria, todo lo que estoy viviendo junto a él es algo único y mágico. Por un instante se me pasa por la cabeza el hecho de que es mi jefe, pero mi cerebro vuelve a convertirse en gelatina cuando abandona mi espalda y empieza a depositar suaves y pequeños besos por mi cara. Al cuarto beso, dejo de pensar.

—Buenos días... —digo abriendo los ojos.

Joder, qué guapo. Despeinado, con esa barba incipiente y tan cerca de mí.

—Buenos días, cariño.

Silencio. No soy capaz de hablar teniendo sus labios tan cerca. Me sonrío. Me fundo. Parezco una adolescente chalada, pero qué más da, si lo que me

pide el cuerpo es besarlo.

—Vaya...

Es lo único que le ha dado tiempo a decir porque acabo de enredar mis pies en los suyos y lo he besado como de verdad quería hacer: con pasión. Creo que nunca he besado a nadie así, con los ojos cerrados y el convencimiento de que, en este instante, no hay ningún otro lugar en el mundo ni otra persona con la que querría estar.

Noto que se agita y, con un gruñido, me atrapa en un abrazo mientras continuamos besándonos hasta que necesitamos el aire para poder respirar.

—Vas a volverme aún más loco de lo que ya estaba, Suárez —confiesa.

—¿No habíamos quedado en que me llamo Diana? —pregunto aún pegada a su boca.

—¿Te confieso que estoy loco por ti y tú sólo te fijas en cómo te llamo? —cuestiona dándome pequeños mordisquitos en el labio inferior—. Supongo que ya te habrías dado cuenta, ¿no? —exclama... ¿ruborizándose?

Niego con la cabeza mientras lo miro fijamente.

—Me parece mentira, Víctor —admito—. Hasta que me besaste en la cena de Navidad, no fui consciente de que estaba pasando «algo» entre nosotros.

—¿No recuerdas que te besé en la guardia de Nochebuena?

—¿Lo hiciste? —exclamo alucinada.

—Sí, te besé con toda mi alma. Fue la primera vez que no pude controlarme —admite enterrando la cabeza en mi cuello—. No podía seguir fingiendo que no me importabas, y mucho menos desde que Panocha apareció en tu vida y comenzó a enviarte flores, regalos y mandangas. Te juro que lo habría hecho comerse cada una de las rosas que llegaban para ti a la comisaría.

—Oh, no puedo creer que tú también lo llares así —comento riéndome con él entre los brazos—. Es un buen tío.

—Me estaba quitando lo que más deseaba, Diana, no digas que es un buen tío.

—Alucino cuando dices cosas así. ¿Lo que más deseabas?

—Tú, cariño. Tú, la agente de policía más testaruda y contestona que ha

pasado jamás por mi comisaría —susurra justo antes de volver a besarme.

—Pero ¡si me has hecho repetir todos los informes desde que llegué! ¡¿Cómo no iba a protestar?! —reprocho separándome de él durante un segundo.

—Redactas unos informes terribles. No hay por dónde cogerlos.

—¿Perdona?

Anda, ahora me he enfadado. Bueno, desde luego, ya no puedo quedarme en la cama con él. Pego un salto olvidándome de que estoy desnuda y me planto delante de él, de pie y con los brazos en jarras.

—¡Será posible! ¿Malos, mis informes? Estás de broma, ¿verdad?

—No, Diana —asevera con total impunidad—. Son malos. Parecen sacados de una peli de Agatha Christie —afirma tan tranquilo, riéndose con esa boca llena de dientes perfectos. Apunto en mi mente durante un instante aprender a insultarlo mejor.

Pero ¡bueno..., menuda desfachatez la suya!

—Me has dejado flipada, Albalate. ¡Malos, mis informes! —exploto mientras rebusco los pantalones del pijama, que vete a saber dónde leches los dejé anoche en medio de la locura.

—Tienes un culo precioso.

—¡Eres insoportable!

Conan ríe como si la historia no fuera con él. Me encantaría quitarle esa sonrisa de tío bueno de un sopapo con uno de mis informes. ¡Siempre me los curro mucho! Ah, me ha ofendido. Sí, ofendida del todo. ¡Pues ¿no va y me dice que soy una mala poli?! ¡Capullo insensible! ¡Eh! ¿Qué hace caminando hacia mí en pelotas? ¡Por Dios, qué bueno está!

—Yo no he dicho que seas una mala poli, Suárez. Si mal no recuerdo, sólo he justificado por qué te hago repetir los informes.

—El comisario Serra jamás criticó uno de los miles que le entregué —protesto amenazándolo desde la puerta del baño con el gel en la mano como si fuera un arma.

—¿Qué sabrá él?

—Es una eminencia, un policía como no hay otro —replico sacudiendo el dichosito gel.

La violencia debe de ponerle. Está empalmado. Salta a la vista. ¡Vaya si salta! Pero bueno, ¡¿cómo se atreve, después de insultar gravemente mi trabajo?!

—Suárez, juro que tu falta de humor está encendiéndome. —Corroboro que así es con sólo echar una miradita más... allá abajo.

Decido hacer como que no me entero de nada de lo que sucede en su polla. Por si se me había ocurrido olvidarlo, me recuerdo a mí misma que acaba de decirme que no sé redactar informes.

—El comisario Serra es el mejor comisario que he tenido jamás. ¡Eh! ¡No des un paso más o...!

—¿O qué?

—Te echo todo el gel de violetas encima.

—¿En serio me estás desafiando?

Es un tío peligroso, muy peligroso, pero yo también soy una kamikaze en potencia.

—¡¡Por supuesto que lo estoy haciendo!!

—¡No me retes!

—¡Te reto las veces que me da la gana! ¡Estoy de vacaciones!

—¡Soy tu comisario! Yo doy las órdenes aquí...

Sí, vale, acaba de empotrarme contra la pared. Madre mía, ya estoy temblando de deseo otra vez.

—¡A mí tú no me das ninguna orden en vacaciones! ¡Sólo obedeceré al comisario Serra! ¡Él sí sabía valorar mis informes!

—El comisario Serra no quería que volvieras *una y mil veces* a su despacho para verte *una y mil veces* al día —peligroso mientras me coge por el culo, lo que me obliga a que le rodee la pelvis con las piernas

—¿Puede saberse qué haces? —pregunto con voz enfadada mientras intento contener los gemidos que me producen sus profundas embestidas.

—Te hago el amor, cariño...

—Eso me parecía a mí...

Misión 20

Muero de amor

—Diana, estás rarísima.

—¿Quién, yo? —exclamo haciéndome la idiota delante de Vero, que sostiene en alto la tostada más quemada de la historia de la humanidad.

—Sí, tú. ¿Qué tal habéis pasado la noche? ¿Mantequilla?

Es una indiscreta. No sé por qué la aguanto. Ah, sí, porque la conozco desde el instituto y hemos pasado por mil historias juntas.

—No. Comeré galletas. —Para no morir con tu tostada, maja—. No he pegado ojo. Es imposible dormir con un tío así en la cama —aseguro completamente agotada.

No he mentado. A mí que me registren, que no estoy diciendo ninguna trola.

—Ya te digo... Yo tampoco sé si habría dormido. ¿Ha pasado algo?

—¡Claro que ha pasado! ¡No ha parado de decir que mis informes son una mierda!

—¡No jorobes! —exclama mirándolo sentado con la pierna en alto en el comedor, con ganas de darle una patada en la rodilla que le acaba de masajear de nuevo. Creo que, si no hubiera sido porque le da bastante pena verlo con el hielo encima de la pierna, le habría dado una colleja.

—Como te lo cuento. Es un arrogante. Si no fuera mi jefe..., le diría

cuatro cosas. De hecho, no lo descarto, pero bueno, dejemos de hablar de *ese sujeto*. —Uf, qué difícil no contarle todo lo que ha pasado—. ¿Qué tal con Gusano?

—Mal también. Se quedó dormido en cuanto se acostó. Vaya dos. El tuyo, un soberbio, y el mío..., un mustio. A este paso, volvemos a casa a dos velas.

La observo. Está ocultándome algo. Lo sé. Le brillan los ojos de una forma especial. De la misma manera, de hecho, que el día que se enrolló con su amor platónico, un feo de campeonato que sólo ella veía guapo. En cuanto tenga ocasión, la interrogo. Ah..., ahora la tengo.

—¿A qué hora se han ido a esquiar? —pregunto mientras mi cabeza maquina rauda para sacarle lo que quiero saber.

—A las seis y media.

—¿Estabas despierta a esas horas?

Vero deja de raspar la archiquemada tostada con el cuchillo y me mira con ojuelos de pillada máxima.

—Sí, estaba despierta. Gus ronca.

—Sabes que eso no es verdad. He dormido con él cien mil veces y no ronca ni un poquito.

—Será por la altura...

—¿Te recuerdo que Gus ha sido policía de rescate de montaña en Jaca?

—No hace falta...

—Pues eso... Y ¿qué tal?

—La mejor noche de mi vida.

—La mía también —confieso por fin ante la mirada desorbitada de mi amiga, que intenta sacar la siguiente tostada, aún más calcinada que la primera.

—¡¡Lo sabía!! Y ¿ahora qué hacemos? —inquire, pan negro en mano, con cara de haberla liado bastante parda.

—No tengo ni idea sobre nada. No sé cómo comportarme, ni sé lo que quiero. Tampoco sé lo que siento. Lo único que sé es que estoy feliz.

—Ya somos dos. ¿Seguro que no quieres una?

—¿Una qué, bonita?

Gus acaba de entrar en la minicocina vestido con una enorme sonrisa, el pelo revuelto y poco más. Observo cómo la mira. ¡Qué bonito, por favor...! ¡¡Viva el amor!!

—Una tostadita...

—Genial, no sabes lo que me apetecía una.

—Está un pelín quemada...

—Justo como las prefiero. A ver, déjame probarlas... ¡Uy! ¡Buenísima! ¡Qué bien cocinas!

Vero roja, Gus intentando tragar algo incomible y yo alucinada mirándolos con la cabeza torcida por culpa de mi compañero, que ha sido capaz de meterse en la boca semejante truño.

—¿Te duele el cuello, Suárez? ¿No era cómoda la almohada? A mí sí me lo ha parecido...

Rectifico: Verónica roja, Gus tragando carbón y yo violeta de la vergüenza que me acaba de dar el comentario de Albalate tras su entrada triunfal en la cocina. Bueno, seamos honestos, no ha sido sólo el comentario. Es él entero. ¡Que lo he tenido entrando y saliendo de mí durante las últimas ocho horas! ¡Es tan mono...! ¡Me encanta! ¡¡Es mi jefe!! ¡¡Tierra, trágame!! ¡¡Diana, supéralo de una puñetera vez!!

A veces odio la rapidez de mi cerebro.

—Sé lo que estás pensando —asegura fanfarrón ante la mirada estupefacta de Gus y Vero, quienes se han retirado, los muy cobardes, al lado de las cortinas.

—Apuesto a que no... —Si es que soy una imprudente, lo sé, pero es tan genial desafiarlo.

—Soy tu comisario, estoy en tus vacaciones y hemos hecho muchas cosas que tenías prohibidas... ¿Me equivoco?

Pero ¿qué hace? ¡Un momento, que necesito pensar! ¿Acaba de insinuar delante de mis amigos que nos hemos acostado? Intento tragar, pero no me sale. Debo de tener un pedrusco del tamaño de un meteorito en la garganta. Balbuceo y miro a Vero y a Gus. ¡Panda de mamones! ¡Que cierren la boca a la de ya! Estoy por meterles otra de las tostadas espantosas en la boca.

—¿No vas a responderme? —incita ampliando más aún su flemática

sonrisa a la vez que camina hacia mí con ese tipazo que Dios y su madre le han dado.

Si es que he nacido débil... Me encanta este hombre. Aún no me ha tocado y ya estoy en plan gelatina de fresa. Temblorosa hasta las trancas.

—No voy a decir nada que pueda utilizarse en mi contra —afirmo con rotundidad pensando que he dicho la frase más estúpida jamás pronunciada en la Vía Láctea.

—Mucho mejor. Calladita estás perfecta...

—Perfecta, ¿para qué? —Sí, soy MEMA. Con mayúsculas. No es un gazapo.

—Para esto, faltaría más.

Toma beso. Toma, toma y toma. Gus y Vero aplauden. Víctor me come entera, y yo... sucumbo al amor en medio de una casa rural en lo alto de las Alpujarras. ¡Viva! ¡¡Un momento!! ¡¡¿¿He dicho *amor*??!!

* * *

Tres horas, una ducha, media tortilla de patatas, cuatro partidas perdidas al guiñote contra los lugareños, cinco buenos besos y algún arrumaco desprevenido que otro, sigo en estado de *shock*. Lo peor es que estoy convencida de que de aquí no me saca nadie.

Conan parece haberse vuelto chalado de repente y osa besarme una y otra vez delante de mis amigos, los cuales, para ser sincera, no dejan de hacer lo mismo. En algún momento del trayecto, los alienígenas debieron de abducirme, escupirme y dejarme tirada en un mundo irreal del que no quiero irme. Sí, lo reconozco, estoy tiesa del miedo. Soy poli y tengo un rollo maravilloso con mi superior. Por si fuera poco, una de mis mejores amigas se ha lanzado por fin a los brazos de Gus, compañero de comisaría, y mi otra mejor amiga esquía junto a mi supuesto novio, una reencarnación de algún miembro perdido de la Casa de Alba. Si a esto se le puede llamar vacaciones tranquilas, no hay duda de la presencia marciana a nuestro alrededor.

—Y ¿ahora qué le decimos a Carlos? —le pregunto en la barra de la tetería más cuca jamás encontrada en medio de las Alpujarras.

—¿Quién es Carlos? —susurra Albalate junto a mi oreja haciéndose el despistado.

—No me beses más. —Pensar siempre me ha agobiado—. Se supone que estaba conociéndolo.

—Panocha no parecía muy preocupado anoche cuando antepuso el esquí a dormir contigo. Un error garrafal, bajo mi punto de vista. Cualquier tío con sangre en las venas habría despellejado al otro con sólo insinuarlo.

—Es que él es educado, y no un bárbaro.

—Eduardo, no: es imbécil. Y pijo, todo sea dicho de paso.

—¡No lo insultes, que no te ha hecho nada! Más bien has sido tú el que le ha quitado a la novia.

—¿Novia? —Sí. Acaba de gruñir justo antes de mirarme en plan peligroso.

—Bueno, ya me entiendes...

—No, cariño, no te entiendo.

Si es que me estoy metiendo en arenas movedizas. Tengo el mismo estrés que si estuviera de maniobras metida en una charca llena de lombrices. Por suerte, Vero acude al rescate sin darse cuenta de que lo está haciendo.

—Acabo de mandarle un wasap a Ma, y me ha respondido diciendo que Carlos y ella ya vienen de camino. Están a media hora sólo.

—¿Nos da tiempo de beber otro té o no lo pido?

Vero se mira el reloj fosforescente que resalta en su muñeca.

—Estamos a sólo dos pasos de la casa. Venga, uno a medias, ¿vale?

Asiento mientras Conan me observa en silencio manteniendo esa miradita suya sobre mí. Estoy incómoda. No sé cómo vamos a lidiar con esto, porque resulta que no sé muy bien qué narices es «esto». Juro que necesito irme a meditar al Tíbet durante aproximadamente diez años. Por fortuna, me abraso la lengua con el té de jazmín, lo que me impide hablar durante tres minutos más o menos.

—¿Qué os vais a poner esta noche? —Romper el silencio con frases inteligentes es uno de mis dones, no hay duda alguna.

—El restaurante está en el pueblo de al lado, ¿verdad? ¿Cómo se llamaba?

Asiento con la cabeza justo antes de responder que el pueblo se llama Capileira, por mucho que a mí me suene más a playa brasileña.

—Creo que hemos hecho bien en reservar allí la cena de Nochevieja. Nos han dicho los del bar que aquí no hay marcha esta noche. También me han comentado que vamos a cenar muy bien y que después podemos ir a un pub que no está nada mal.

Este Gus se ha convertido en una maruja en día y medio. ¡Lo que hace el amor!

Hablando de amor..., miro a Conan. Sigue callado, haciendo como que mira su móvil con los ojos entornados. Conozco esa cara. Si estuviéramos en comisaría, de ahí al grito habría un segundo y medio. Aún debe de estar enfadado por lo de Carlos. No comprendo cómo no se da cuenta de la posición incómoda que yo solita..., y con algo de ayuda por su parte, me he creado. La verdad es que no sé qué cara le voy a poner al pobre.

—Víctor, espera un segundo, por favor.

Acabamos de llegar a nuestra casa rural. Necesito hablar con él a solas, sobre cómo vamos a gestionar lo de Carlos Pardo.

—Dime, Suárez.

Ostras, ha cambiado el tono de voz, y hasta juraría que me mira diferente. ¡Pues sí que le ha dado fuerte! Melosa, no puedo evitarlo, me acerco a él y le paso los brazos alrededor del cuello. Está tenso. Lo noto por la forma en que me coge por la cintura. Ya no es el hombre relajado con el que he pasado el día entre besos y bromas.

—¿Ya no me llamas Diana?

Intenta sonreír, pero no le sale. Aquí está ocurriendo algo.

—¿Qué te pasa? —Es una pregunta boba. ¿Qué va a pasarle, si hace treinta y tres minutos estaba dándome besos por el cuello?—. ¿Es por lo de Carlos?

—Claro que es por eso —afirma intentando mirarme a los ojos sin conseguirlo. Vale, sí, aquí está sucediendo algo raro de verdad.

—¿Te has enfadado?

—No —dice mirándome por fin—. Comprendo que hayas venido con él y que esto que ha sucedido entre nosotros te haya pillado desprevenida, así

que creo que lo mejor que podemos hacer es justo eso, hacer como si nada hubiera pasado.

—No lo dices en serio...

A lo mejor me desmayo. Es una posibilidad que debo valorar a causa del tembleque de mis piernas.

—Mira, Diana, creo que al final tenías razón. Soy tu superior y esto no va a hacer otra cosa más que complicarnos las cosas en el trabajo. Te pido disculpas por haberme inmiscuido en tu vida de este modo.

—¿¡Hola?!... Por favor, ¿puedes llamar a Víctor Albalate y decirle que vuelva?

—No digas tonterías, Suárez.

—¿Volvemos al *Suárez* y al *comisario*?

—Sí. Creo que es lo correcto. De nuevo te pido que me perdones por hacerte creer cosas que no eran.

¿¡Cómo?! ¿¡Cosas que no eran?! Pero ¿¡qué dice este pedazo de gilipollas?!

—¿Entras? Hace frío aquí fuera.

—Comisario, dígame una cosa antes de seguir con esta farsa...

—Tú dirás, Suárez —masculla incómodo volviéndose ya en la escalera.

—¿Te has pensado que soy imbécil?! —Ando hacia él con ganas de estamparle un bofetón con la mano abierta—. ¿¡Con quién narices te crees que estás hablando?! ¿Tú quién te crees que eres para acostarte conmigo cien mil veces en una noche, para llamarme cariño otras cien mil y, sobre todo, para hacerme creer que te importaba si luego ibas a dejarme así, con cara de estúpida, en medio de unas vacaciones que YO había preparado y que TÚ te has dedicado a joderme?

—¿Te has acostado con él, querida? Un inconveniente que hay que tener en cuenta, sin duda.

¡Zasca! Carlos Pardo y Mafalda acaban de llegar y ninguno de los dos nos hemos dado cuenta de que han aparcado el coche, sacado los esquís y hasta caminado con ellos a rastras hasta nosotros.

Juro que estoy muda, y no sólo por una razón:

Razón 1: Albalate ha estado jugando conmigo, y punto.

Razón 2: Estoy furiosa como nunca en mi vida lo había estado antes.

Razón 3: Carlos Pardo ha oído todo lo que he dicho.

Razón 4: Conan ha mirado a Carlos como si quisiera despellejarlo vivo, cosa que no comprendo a tenor de sus últimas palabras.

Razón 5: Tengo muchas ganas de llorar, pero pienso aguantarme hasta que esté metida en mi cama, en mi casa y, sobre todo, sola.

Razón 6: Estoy agobiada. Creo que con razón.

—Será mejor que entremos. Hace mucho frío y necesito tomar algo caliente. Carlos, ¿me ayudas con esto? —incita Ma echándome un cable mientras le pasa los esquís sin que él tenga opción a manifestarse al respecto.

—Por supuesto, apreciada Mafalda, faltaría más. Permíteme, por favor.

Es muy probable que me ponga a llorar antes de llegar a casa. Estoy convencida, pero del todo, y Conan acaba de confirmármelo tras subir de dos en dos los escalones que lo separaban de la puerta para desaparecer a continuación detrás de Ma.

Y aquí estoy yo, como la gilipuetas del año, con muchos lagrimones cayendo por mi cara.

* * *

Hace frío. Claro, es la noche del 31 de diciembre. Estoy sola y abandonada en las Alpujarras, en un pueblo que está justo al lado de un barranco. La sensación de desamparo va incrementándose por momentos. Elevo la mirada al cielo. Está despejado, con millones de estrellas que cuajan la bóveda celeste de lucecitas diminutas. Algunas parpadean a lo lejos. Jamás he visto tantas, pero es que tengo que reconocer que nunca las había mirado mientras lloraba como una pava. Seguro que las lágrimas hacen que el número aumente por efecto óptico. Seguro..., o no. Lo que está más que demostrado es que no aprendo. Me he dejado seducir por mi superior. Por unos instantes, hasta he llegado a pensar que estaba enamorado de mí. ¡Demasiado bonito para ser real! Lo que me fastidia sobremanera es haberme acostado con él. ¿Por qué no supe resistirme? Mi lado demoníaco me recuerda que fue imposible hacerlo. En el fondo, me moría de ganas. Nunca

nadie me había atraído tanto como él. No me arrepiento de nada, debo admitirlo. A pesar del mosqueo que me posee ahora, ayer tuve la mejor noche de mi vida.

Suspiro.

Y ¿ahora qué? Todavía nos quedan dos días aquí. ¿Cómo hago para sobrellevarlos? ¿Cómo hago para que no me duela? Porque me duele. Me pincha tanto el pecho que hasta me cuesta respirar.

—¿Diana? ¿Estás bien?

Carlos y su eterna capacidad de empatía. Vuelvo la cabeza e intento sonreírle con timidez, aunque la realidad es que estoy muertecica de la vergüenza.

—¿Me permites que me siente a tu lado? Mafalda te ha hecho esta infusión. Ten cuidado, está caliente.

—Lo siento...

—¿Qué sientes, querida? ¿Haber cometido una locura de amor?

Afirmo con la cabeza sintiéndome cada vez más boba.

—Te recuerdo que nos conocimos cuando yo intentaba saltar desnudo del trampolín de la piscina municipal y que, si no llega a ser por ti, es muy probable que hubiera salido en todos los periódicos. Eso, por no hablar de la multa por escándalo público que decidiste saltarte.

Sonrío a pesar de los pinchazos del pecho.

—Eres muy buena persona, Carlos. Gracias por no echarme nada en cara.

—No podría. Gracias a ti, no me hundí cuando lo de Lola. Siempre te estaré agradecido. Además —exclama empujándome con el hombro—, nosotros... no somos compatibles como pareja —concluye riéndose.

—¿Tú también te habías dado cuenta?

—Por supuesto, en cuanto vi cómo os mirabais tu comisario y tú el día que te besé en la puerta del restaurante.

—¡Ay...! ¿Tanto se notó?

—Mucho, sobre todo a él. Es más que evidente que ese hombre está enamorado de ti hasta límites que ni él mismo conoce.

—No sé cómo puedes decir eso después de lo que acabas de oír... —murmuro con tristeza a la vez que apoyo la cabeza en su hombro—. Él acaba

de decidir ponerle punto final a lo que fuera que teníamos.

—Hay cosas, querida mía —me dice cogiéndome por los hombros—, que no tienen punto y final, por mucho que nuestra testarudez se empeñe en ello.

—Creo que esta vez te equivocas...

—Estoy seguro de lo que digo. Y, hablando de cosas seguras, tu amiga Mafalda me gusta. ¿Algún inconveniente por tu parte?

—Vía libre, amigo. Vía libre.

Misión 21

Tengo muchas ganas de fiesta... 😊

¿Quién iba a decirme que una conversación con Carlos iba a ayudarme a superar los deseos de salir disparada hacia mi casa? No sé si ha sido porque necesitaba creerlo o porque, en el fondo de mi instinto de superpoli, yo misma había llegado a la misma conclusión que él: CELOS, CELOS Y MÁS CELOS. Eso era todo.

Reforzada por sus palabras, entramos juntos en la dichosa casa. Empiezo a tenerle un poco de manía, aunque debo reconocer que es preciosa, con sus piedras y con Víctor aquí dentro. Justo en cuanto cruzamos la puerta, Carlos me susurra al oído que sonría, ya que, si queremos que nuestro plan salga bien, debemos comenzar desde el primer momento. Así que, con la misma risa natural del Joker de *Batman*, hacemos una aparición estelar en el comedor.

Albalate está en una esquina hablando con Gustavo. Ambos están serios y parecen enfrascados en una conversación extraña. La pista definitiva me la da Gus cuando apoya el codo en la repisa de la chimenea para sujetarse la cabeza. Sé que mi compañero me quiere y estoy convencida de que acaba de quedarse a cuadros con todo lo que Conan le cuenta. Confirmo mi teoría gracias a un gesto de Gustavo en el que me mira y, tras fijarse un instante en

mí, niega repetidas veces con la cabeza. Víctor está quedando como un imbécil, y he de decir que me alegro mucho de ello.

—Diana, déjame tu secador, por favor.

Conan se vuelve al oír mi nombre. Vaya, no se había dado cuenta de que estaba aquí. Eso, no sé la razón, hace que me ponga triste. Bueno, sí lo sé. Debo de importarle tan poco que ya no se fija en mí. ¡A lo mejor es que no le ha gustado estar conmigo! Hay que ver lo insegura que me siento. Si fuera capaz de explicarme las verdaderas razones que lo han motivado a tomar esa decisión, quizá podría entenderlo. Pero, no, una vez más ha decidido comportarse como el capullo arrogante que es.

Por lo menos podría dejar de mirarme. Me siento como una mofeta en medio de una clase de esgrima.

—¡¡Di!! ¡¡Necesito tu secador!!

Y dale, Ma puede ser muy pesadita cuando se lo propone.

—¡Voy! Ya te lo llevo. Bueno, no, cógelo tú. Lo tengo en la maleta.

Si Albalate tiene huevos, los míos son de avestruz. No voy a ser yo la que baje, aparte, quite... los ojos. Para chula, aquí estoy yo.

—Querida, por favor, ¿puedes acompañarme un instante a tu habitación? Cuando hicimos el equipaje en tu casa, debí de meter mis artilugios de afeitado e hidratación de la piel dentro de tu maleta.

Pero... ¿qué dice este hombre? Pestañeo y, justo cuando estoy a punto de responderle, siento que me pasa la mano por la cintura para empujarme literalmente hasta mi habitación, donde Ma y Vero me esperan con la cara desencajada.

—¡Joder, tía! ¿Qué más teníamos que hacer para que vinieras a contárnoslo?

—Sólo deberías haber esperado a que terminara el duelo con el imbécil del año.

—Muy fuerte lo tuyo, nena. ¿Estás bien? —me pregunta Ma ejerciendo su papel de madre resolutiva de crisis amorosas varias desde tiempos ancestrales.

Me tiro sobre la cama. Sí, me tiro como si me hubiera caído de un séptimo piso. Acaba de poseerme un bajón imponente.

—Ay, Ma, que nuestra Di está hecha polvo.

—Y ¿cómo va a sentirse si ese insensible la ha utilizado?

—No, si es que al final va a ser que ella tenía razón sobre el tío bueno de ojos caoba. ¿Ves? Sí era un mamón. Acaba de demostrarlo. Pobrecita mía. Cariño, dinos algo, por favor.

No puedo hablar. Si emito algún sonido será similar al graznido de un ganso. Tengo una mezcla de mosqueo, tristeza, abatimiento, frustración, memismo y agilipollamiento y no sé ni qué sería capaz de decir.

—Lo que está claro, bellas damas —afirma Carlos con rotundidad—, es que aquí nuestro amigo tiene un problemita. No es normal que un caballero se comporte así. Como miembro de su mismo sexo, puedo aseguraros que Diana le gusta.

—¿Le gusta y acaba de decirle que ha estado meditando tres segundos y medio y que prefiere que mantengan las distancias después de una noche del carajo bendito? O te explicas, Carlos, o aquí no entendemos nada.

—Es muy sencillo, queridas. Voy a tomar asiento si me lo permitís —explica mientras camina hacia la cama, donde sigo despanzurrada—. Veréis, un policía con su reputación, acostumbrado, sin duda, al control de impulsos y con un cargo dentro del Cuerpo Nacional de Policía, no va a dar que hablar por sus relaciones con una de las agentes de su comisaría.

—Entonces ¿por qué se comporta así? —pregunta de nuevo Vero después de admitir que la teoría de Carlos tiene mucha lógica.

—Debe de haber sucedido algo. Diana, preciosa, analiza si antes de su cambio de actitud habéis hablado sobre mí.

Asiento con la cabeza.

—¿Veis? Ahí está el motivo. Ese hombre está celoso y no sabe cómo gestionar sus emociones. Hacedme caso, preciosas mías.

—Si tu teoría es cierta, Carlitos, sólo necesitamos poner a Diana en marcha para que esta noche esté deslumbrante, ¿no?

—En efecto, Vero. No creo que haga falta nada más. Y ahora, si me disculpáis, voy a proceder a arreglarme para la cena de esta noche. Di, querida, recuerda: vístete impresionante, sonríte, haz como si nada hubiera pasado y descolócalo haciendo todo lo contrario de lo que espera de ti. Antes

de que suenen las campanadas, se habrá arrepentido. Sabes que cuentas con todo mi apoyo.

—Tampoco pierdes nada haciendo lo que te dice...

—Ya, pero es que yo PASO DE ÉL. No quiero volver a saber nada de ese hombre.

Lo de colocarme la almohada encima de la cabeza no ha sido muy maduro. Lo sé. Lo asumo. Me han dejado: puedo hacer la idiota un rato.

—Diana, ¿me permites hacerte una observación más?

Habla como si estuviera en la corte de Versalles. A veces me pregunto de dónde habrá salido.

—Tú dirás...

—No dejes que el orgullo te impida disfrutar de una gran noche.

—Es un hombre maravilloso.

Verónica y yo nos volvemos alucinadas ante las palabras de Mafalda, que continúa embobada mirando la puerta por la que el duque de Alba del siglo XIX acaba de salir tras su colosal frase de Pepito Grillo.

—Mujer..., es muy agradable. Un poco pijo y pedante a la hora de hablar...

—Un caballero, eso es lo que es.

—A ti te gusta Panocha, no lo niegues.

Mafalda acaba de ponerse del mismo color que su pelo, y recordemos que es pelirroja. Le gusta, y además de verdad. Confirmado.

Un silencio tácito se instala entre nosotras. Cada una a su bola con sus pensamientos.

—Sí, me gusta, pero no quiero que te enfades conmigo.

—¿Yo?! ¿Por qué iba a enfadarme?

—Bueno, habéis tenido algo y, al fin y al cabo, eres tú la que lo ha traído aquí.

—Puedes estar tranquila. Carlos es sólo un buen amigo. Por desgracia, quien me gusta es el insensible de ojos caoba que está en el comedor. ¡Puaj! Y encima es Nochevieja. No, si es que cuando digo que odio la Navidad, con sus luces, sus campanas relucientes y su santa mierda, es por algo.

—La Navidad no tiene la culpa de lo de Víctor.

—¡Sí la tiene! Si no hubiera sido Navidad, no estaríamos aquí de vacaciones y él no se habría comportado como el hombre de mis sueños para dejarme después como si me hubiera caído un cometa encima.

—¡¡Ay, mi Di!! Hombre malo, hombre malo... ¡¡Venga!! ¡Fuera lamentaciones! Esta noche vas a ponerte lo que yo te diga, vas a dejar que te haga bucles con las tenacillas y te voy a maquillar. Si no quieres saber nada de él, que se apañe, pero por lo menos vamos a demostrarle lo que se pierde. ¡A por todas!

Y, sí, en este momento de extrema debilidad emocional he permitido que mis dos mejores amigas me acicalen como quieran. Sólo espero que no me hayan dejado como un árbol de Navidad.

* * *

Dos horas más tarde, debo reconocer que me siento mucho mejor después de haber pasado por chapa y pintura, algo muy eficaz contra la baja autoestima.

—Quieta ahí, aún tengo que contornearte el rostro y pintarte los labios.

Mafalda es una sargenta. A veces pienso que, en lugar de Historia del Arte, debería haber hecho la carrera militar.

—¡Ah, no, esos zapatos no pienso ponérmelos! No voy a poder dar ni tres pasos.

—Vas a ponértelos, ya puedes decir y berrear lo que quieras. Son última moda y, además, tenemos el mismo número de pie.

—Tengo un número más que tú, Vero. Voy a matarme con ellos. Te recuerdo que no vamos al Hilton a pasar la Nochevieja. Estamos en las Alpujarras granadinas. Hay cuestecitas por todos lados. Deja que me ponga mis zapatillas.

—Ni de coña, chavala. De aquí no sales con esas pintas. Te pones estos zapatos y punto. Ah, y mi *crop top* negro de encaje. Lo compré para esta noche. Te quedará genial.

—¿Qué es un *crop top*? —pregunto inquieta y a punto de empezar a rezar para que no sea nada exagerado.

—Espera, que voy a buscarlo para que lo veas. Mira qué mono, con su encaje negro y sus transparencias.

—Pero ¡¡si se me van a ver las tetas cada vez que levante los brazos!!

—Como mucho, se te verá el ombligo, no seas exagerada. Además, siempre he pensado que el tuyo es de los más bonitos que he visto.

Bajo la cabeza, levanto la sudadera que llevo puesta y me miro el ombligo. ¿Bonito? ¿En serio?

—No hace falta que me alabes algo cada cinco minutos, Vero. Tengo el ombligo más normal del mundo. Además, no me siento con muchas ganas. Más bien estoy por quedarme aquí, tapada con una mantita. Sólo necesito inflarme a turrón de chocolate. Seguro que después me encontraré mejor.

—Sí, del poder del chocolate no tenemos la menor duda, pero no queremos que te comportes como una pava sin sentido cuando tienes la posibilidad de demostrarle a Conan lo que se pierde gracias a sus estúpidas decisiones.

—Ma, que no sé fingir. Ya sabéis que meto siempre la pata por ser demasiado sincera. ¡Quiero quedarme en casa!

No es que me esté poniendo melona, no, es que me muero de la vergüenza, del agobio y, sobre todo, del dolor de pies. Apenas llevo dos segundos con los taconazos puestos y, aun estando sentada, ya me hacen daño.

—O se la das tú, Ma, o se la meto yo...

—No va a hacer falta darle un sopapo. —Lo mejor de todo es que hablan como si yo no estuviera delante escuchando cada una de sus palabras—. Diana es una mujer inteligente, moderna, competente, cabal, y va a hacernos caso porque, si no, pienso salir ahí fuera y gritar, a quien quiera escucharme, que no sabemos qué hacer con ella de la crisis de ansiedad que tiene porque él la ha dejado. ¿Cómo lo ves? —pregunta Mafalda con la sonrisa más malévola que he visto en mi vida.

Amigas traidoras, crueles e infames como hay pocas.

—¡Está bien! Me pondré el puñetero *crop top* de las narices, dejaré que me contorneéis lo que os dé la gana, hasta sonreiré toda la noche como si acabara de tocarme una Primitiva, pero lo que no voy a hacer bajo ningún

concepto es aguantar estos zapatos criminales. Es mi última palabra al respecto. ¿Hecho?

Ma y Vero se miran. Sé que por un instante están a punto de volver a chantajearme, pero mi cara refleja una decisión firme y segura. Saben que, cuando me pongo testaruda, no hay forma de hacerme cambiar de opinión.

—Hecho —murmura Mafalda con voz peligrosa a la vez que Verónica afirma con la cabeza—. Total, estamos en medio de la montaña. Es sensato no ponerse tacones, y él ya sabe lo enana que eres.

¡BRUJAAAS!

—¡Traed esos zancos ahora mismo!

—Así nos gusta, guapa. Hala, ya estás. Anda, mírate en el espejo.

Camino arrastrando los pies. Una cosa es aceptarlos y otra permitirles que me destrocen viva antes de salir. Sí, estoy mona. Un poco apagada, pero mona. Hago la comprobación de la largura de la minicamiseta y, bueno, vale, se me ve sólo el ombligo al levantar los brazos. No le veo ningún sentido a estas prendas de ropa. ¿Manga larga y espalda y vientre al aire?

—Voy a pelarme de frío con esto puesto.

—Mejor, así bailarás más para entrar en calor.

—Sois un poco, un poco bastante, capullas, ¿lo sabéis?

—Sí, somos conscientes, tranquila.

—Es un paso que lo reconozcáis. No me alivia, pero es un paso.

—Bueno, basta de hablar. Llevamos dos horas aquí metidas y los chicos deben de estar esperándonos. ¿Hora?

—Las nueve y cuarto.

—¿Cuándo tenemos reservada la cena?

—A las nueve y media.

—¿Estáis listas, queridas mías? —pregunta Carlos desde la puerta sin atreverse a entrar.

Me encantaría saber qué es lo que ha estado haciendo mientras mis descerebradas pero solidarias amigas me emperifollaban. La cuestión queda resuelta cuando lo vemos aparecer impecable con un esmoquin que a todas luces es de firma.

—¡¡Guau!! Pareces sacado de una revista de sociedad.

—¿Os agrada?

—Hombre, un poco exageradito para estas latitudes, pero impresionante sin duda alguna.

—Sí, Verónica, soy consciente de ello, y créeme que he dudado, pero la ocasión lo merece. Mafalda —dice con voz sugerente en plan el Richard Gere de *Pretty Woman*—, ¿qué opinas?

Dos cabezas nos volvemos para observar el balbuceo de nuestra amiga. ¡¿En serio?! Pero... ¿a estos dos qué les pasa?

—Me-me-me-me enca-a-a-an-ta.

Me pongo bizca. Sí, sí, se me han puesto los ojos del revés y, encima, en contra de mi voluntad. ¿Cómo que le encanta? Pero ¡si ella es hippy, antisistema, moderna, anarquista, una artista, casi una perroflauta...! ¿Cómo le va a gustar un esmoquin de Armani?

—Tú sí que estás preciosa con tu pelo taheño y esa falda violeta.

Apunto el palabro en mi mente para buscarlo después en el diccionario de la Real Academia. En este momento no puedo preguntar qué significa *taheño* porque tengo que ir a secarle la baba a la hasta ahora inmune a los encantos masculinos pijos.

—¿Qué haces?

—Nada, tenías un poquito de labial en la barbilla...

—Procedamos, hermosas damas. Huelga decir que estáis todas encantadoras. Verónica, fina y distinguida. Diana, tú, en cambio, estás arrebatadora. Enhorabuena, chicas, esta noche brilláis más que nunca.

Debe de fumar porros a escondidas, porque hablar así por naturaleza no es ni medio normal.

—Mafalda, ruego disculpes mi descortesía. Aunque mi intención primigenia sería ofrecerte mi brazo, debido a nuestro plan, considero que ha de ser Diana la que se apoye en él. Provoquémosle a ese comisario un ataque de celos desde el instante cero. ¿Estás de acuerdo?

Sí, debe de estarlo, lo que le pasa es que está ocupada produciendo babas a litros. Por respuesta, consigue sonreír más roja que la corteza de un queso de bola. A ver si va a ser la altura... Bubión está a mil trescientos metros sobre el nivel del mar. No es el Himalaya, pero tengo entendido que el mal de

altura afecta a personas sensibles. ¿He dicho mil trescientos metros? Me estoy mareando sólo de pensarlo.

—¿Qué tal es la carretera a Capileira? —pregunto con el miedo de que tal vez ésta sea un tormento lleno de barrancos y curvas.

—Mujer, barranquitos va a haber, pero está a menos de dos kilómetros, tranquila.

—No puedo, Ma, ya me sudan las manos. Creo que me estoy mareando.

—Estás somatizando. ¡No seas mema!

—¡¡Me mareo!!

—¡¡Respira!!

—¡Ay, ay, ay...!

—¡Se te va a correr la máscara de pestañas con tanta tontería!

—Eso, ni de coña —replico con la poca dignidad que me queda.

Envalentonada, me levanto de la cama, donde me he dejado caer emulando a Grace Kelly en sus películas de dama desvalida, y camino con paso firme, sin cogermelo al brazo de nadie, hacia la puerta.

—¿Preparados, chicos? —pregunto con voz de mujer segura de sí misma a la vez que levanto los brazos para que se vea mi maravilloso ombligo.

¡Toma, Conan! ¡Sufre!

Gus y ÉL siguen en la misma posición en la que los hemos dejado antes, sólo que han tenido la decencia de arreglarse para la cena.

Albalate me observa de arriba abajo en lo que a todas luces podría convertirse en el escrutinio más intenso jamás vivido por mi persona y por mi..., sí, ombligo. Está a punto de decir algo, lo sé, pero aprieta los puños, levanta aún más la cabeza, se cuadra y masculla un «voy a coger la chupa, que sin duda esta noche hace mucho frío» antes de desaparecer en la habitación que aún seguiremos compartiendo dos noches más.

¡¡Ah, no!! ¡Ni de coña! ¡NO HABÍA PENSADO EN ESO!

—Te cambio el sitio, Diana, no te preocupes. Esta noche dormiré yo con él.

Mi cabeza, cerebro y aledaños deben de ser transparentes. Todo el mundo, al parecer, es capaz de saber qué es lo que estoy pensando.

—Gracias —susurro con más pena que otra cosa.

—No te preocupes, Di —dice Gus tras apretujarme en un arrumaco muy propio de él—. Es un buen tío. Por favor, que no se te olvide eso, aunque no lo entiendas.

Pues nada, que han regresado las ganas de llorar.

—Voy a explicarle a Verónica lo del cambio de camas. Creo que así los dos os sentiréis mucho mejor.

—¿Te lo ha pedido él?

—Sí, no quiero engañarte. Pero recuerda lo que te he dicho: te juro que lo hace por tu bien.

Sí, claro. Si al final va a resultar que el desalmado que me ha vuelto loquita de amor no es más que la reencarnación de Buda. Míralo qué bueno es que, por mi bien, decide hacerme quedar delante de mis amigos como una apestada. Ahora sí que lloro. Vamos, no creo que haya nada capaz de hacer que retenga el disgusto.

Paseo dos minutos por el comedor y valoro por unos instantes quemar los zapatos que me oprimen los pies y el alma en la chimenea, que chisporrotea contenta. ¿Qué hago? ¿Los quemo? Necesito hacer algo que me distraiga.

—¡Ni se te ocurra!

Acaban de pillarme con ellos en la mano camino del fuego...

Misión 22

Esta noche es Nochevieja...

—Vamos, Vero, perdóname, por favor. No sé qué me ha pasado. ¡No te enfades!

—Me costaron setecientos pavos. Si llegas a quemarme los zapatos más caros que he tenido en mi vida, vas directa al barranco. Te salva lo que estás pasando, que si no...

— ¡¿Setecientos?!

—Sí, y eso que se los encargué a mi hermana Luisa cuando se fue de viaje de novios a Nueva York. Llevas en los pies mi máspreciado tesoro.

—¿Setecientos euros y tengo los pies estrujados?

—Eso es porque los tienes mal hechos. Unos *manolos* nunca hacen daño. Son tus pinreles, guapa.

—Paz, queridas damas. Ya hemos llegado.

Vaya, la minidisputa con Vero me ha ahorrado fijarme en la carretera. Bien, ¡prueba superada!

Lo que también ha quedado atrás ha sido el momento coche, y es que las tres nos hemos empeñado en desplazarnos con el de Carlos. Yo, por razones obvias; mis amigas, por puro apoyo moral.

—Ponte brillo en los labios, Di.

—Pero ¡si los tengo pegajosos!

—¡Que te retoques! ¡Madre mía, qué pesada estás hoy!

—Es que me han dejado, te recuerdo. Y el que lo ha hecho es el jefe de la comisaría donde trabajo.

Toma, dime si hay algo más funesto que eso.

—¡Ay, es verdad, Diana! Perdóname. Estoy un poco nerviosa yo también. Gus no me ha hablado casi desde que hemos salido de la tetería esta tarde. No hace más que cuchichear con Conan. Empiezo a pensar que va a ponerse en el mismo plan imbécil que Albalate. Ni siquiera ha protestado cuando he dicho que me venía en el mismo coche que vosotras.

—Queridas, vamos a disfrutar de la noche sin tener en cuenta a nadie. Por fortuna, nos tenemos a nosotros mismos para divertirnos. Eso me lo ha enseñado mi profesora de inteligencia emocional.

Estamos mudas. Con la boca abierta. Pardo es toda una cajita de sorpresas buenas.

—¿Has hecho un curso de inteligencia emocional?

—Lógico si lo piensas, estimada Diana. Pillé a mi novia fornicando con el vecino en el cuarto de las calderas cuando en realidad ya deberíamos estar yendo hacia el altar. Sin duda lo recuerdas. ¡Cómo para no entrenar mi mente!

—¡Menuda cerda!

—Dejémoslo en *puerca* mejor...

Gracias, Carlos Pardo. Gracias a ti, acabamos de bajar del coche llorando..., pero de la risa.

—Suárez, veo que lo pasa muy bien.

Clavo los ojos en las pupilas del ser al que más manía le tengo en estos instantes. Juro que podría decirle cualquier barbaridad, pero como tengo dos deditos de frente, decido seguir los consejos de mis amigas y de Carlos.

—Genial. Espero que usted también disfrute de la noche.

Si estuviera más guapo, lo meterían en una vitrina de un museo y lo pondrían de exposición. Encima tiene pinta de malote con esa cazadora de cuero negro, por no hablar de los vaqueros, que le marcan el culazo que sé que tiene porque se lo he tocado. No, mierda, me he puesto a temblar, algo nada conveniente si tenemos en cuenta que voy subida en unos andamios.

Conan sigue mirándome. Necesito retirarme de su campo de visión antes de que note cómo empiezan a humedecerse mis ojos.

—Diana..., es lo mejor, créeme —afirma en voz baja como si en realidad quisiera decir otra cosa.

—Suéltame el brazo —exijo deseando que no me haga caso para que continúe tocándome.

—No puedo... —prosigue cada vez más cerca de mí.

—Ha sido decisión tuya, así que vas a tener que poder —le susurro al oído con toda la rabia con la que soy capaz de salpicarlo antes de dejarlo plantado en medio de la acera para resguardarme en el calor del restaurante.

Va a ser una noche larga. Muy larga.

* * *

El restaurante es una chulada, con sus paredes blancas y esas vigas de madera. Parece recién sacado de una montaña tirolesa. Es precioso. Me alegro de haber hecho caso de las recomendaciones de los habitantes de Bubión. Además, está llenito de gente, lo cual es toda una ventaja para que deje de pensar en Conan, al que, por desgracia, tengo sentado justo enfrente. No sé si voy a estar cenando todo el rato con la cabeza hacia abajo o qué. Por suerte, tengo el culo casi pegado a la chimenea de hierro forjado, que desprende un calorcito de lo más agradable en mis helados riñones por culpa de mis amigas.

Las observo. Están absolutamente en Babia. Vamos, que me parece genial, pero es que yo estoy en crisis profunda. Mírame, aquí, fingiendo alegría cuando en realidad me pondría la servilleta de sombrero y me quedaría debajo de ella hasta la hora de volver a casa. Sí, soy una cobardica, pero ya me gustaría verlas a ellas en la misma situación en la que estoy yo. Bueno, no, no me gustaría, que las quiero mucho y se pasa fatal. Voy a beberme un trago de vino tinto. Cada vez comprendo más a los borrachos. Lo juro. Zasca, otro traguito. Entre la chimenea y el ribera del Duero, empiezo a sentirme un poquito mejor.

—Bebe con cuidado, Dianita querida. Se trata de darle celos, no de que te

lleve a casa en brazos.

—Carlos, es que tengo ganas de llorar —le susurro ante su inteligente apreciación. Qué suerte que lo tengo justo al lado. Estrategia pura estudiada al detalle.

—Sabes que te comprendo, pero estás rodeada de personas que te quieren. Sí, no me aprietes la pierna, que él también lo hace, sólo que es testarudo como las acémilas.

—¿Como qué? Hablas como si estuvieras en la época del Cid.

—Mulas, asnos, querida. Eres de lo más graciosa.

Y aquí estamos Carlos *Cid* Pardo y yo con un ataque de risa propio de dos adolescentes colgados. En mi caso, he de confesar que el vinito ha tenido parte de culpa.

—Muy buena la ensalada de quesos asados, ¿a que sí, Diana?

—Deliciosa. Un plato digno de acémilas, ¿no pensáis lo mismo?

Tres cabezas asienten; dos, Carlos y yo, continuamos riendo, y otro, él, para ser más exactos, nos mira con una cara indefinida más próxima a la que pone cuando me manda repetir informes. ¡Vaya! Vuelven las ganas de llorar. Acabo de recordar que anoche me dijo que me los hacía repetir una y otra vez porque le gustaba verme entrar en su despacho.

—¿Alguien puede pasarme el vino?

Cuando nos sirven la *mousse* de natillas de turrón, ha caído la botella entera. Eso no aportaría mucha información si no añadiese que, tras recordar la mejor noche de mi vida, el ribera del Duero ya no se mueve de mi lado. Lo que sí se mueve es el resto del universo.

—Estás pedo, Diana. Jamás bebes. Has ido a escoger una noche muy poco apropiada.

—¿Qué te hace pensar eso? —pregunto con la sensación de estar subida en un patín de playa.

—Llevas media hora intentando subirte los vaqueros.

—¿A que tengo bonito el ombligo?

—Mira, Vero, yo no sé qué vamos a hacer con ella.

—Yo no la veo tan mal. Sólo tiene ese puntito chisposo que la hace hablar sin parar.

—Eso es, Verónica. Tú sí que sabes.

—Se ha bebido una botella entera.

—No, no, Carlos me ha ayudado, así que no estoy tan mareada como me gustaría. Deja de regañarme, que bastante tengo con buscar el cuarto de baño, Ma.

—Ya estás en el cuarto de baño. Lo que tienes que encontrar es el juicio.

—Pero ¡¡si es Nochevieja!! —exclamo desinhibida con los pantalones ya subidos—. Además, ya no me duelen los pies. ¡¡Voy a bailar toda la noche!!

—Está como una cuba.

Miro a Mafalda con estupefacción y decido comportarme con seriedad para que se dé cuenta de que mi estado no es para tanto.

—Chicas, hablando en serio, voy bien. A mí el vino no me afecta, y mucho menos después de la cena que nos hemos pegado. Qué barbaridad, qué buena estaba.

—¿Qué hemos cenado, Diana?

—Comida... Deliciosa, por cierto. —No tengo ni idea. Sólo sé que tengo el estómago lleno. De hecho, debo de haber cenado tanto que hasta lo tengo un poco revuelto—. ¿Qué?, ¿volvemos para terminarnos el postre?

—¿Puedes andar?

—Y ¿cómo he venido hasta aquí?

—Andando.

—Pues voy a volver igual... —le indico mientras comienzo a sentirme rara.

—¿Te encuentras bien?

—No sé por qué preguntas eso.

Dignidad ante todo.

—Porque acabas de ponerte verde.

—Me siento verde...

—¿Quieres vomitar?

—Creo que sí...

—Si es que ya te lo he dicho. ¡No estás acostumbrada a beber!

—¡Ma, no la regañes más! Mírala, la pobre. Hacía quince años que no bebía y otros quince que no le pasaba esto. Debe de sentirse fatal.

—Lo confirmo.

—¿Mejor?

—Lávale la nuca con agua fría. Eso ayuda mucho.

—Todo me da vueltecitas. Creo que voy a marearme.

—Ya estás mareada.

—Ah, es verdad. Pues nada, chicas, que me estoy mareando.

—Ay, pobre... ¿Qué hacemos?, ¿llamamos a los chicos?

—No. Es mejor que Víctor no la vea así. No le vamos a dar el gusto de que piense que ha bebido porque él la ha dejado esta tarde.

—¡Me ha dejado! ¡No sé por qué! ¡Mirad en lo que me he convertido!
¡¡En una mustia!! ¡¡Soy una mustia!!

—No, cariño, sólo te ha sentado mal el vino. Te prometo que dentro de un ratito se te habrá pasado. ¿A que te sientes mejor? Ya tienes mejor cara.

—No me lo creo, Mafalda. Tú siempre dices esas cosas buenas.

—Te lo juro. Sólo tienes que mirarte en el espejo. Venga, bonita, levanta la cabeza un poquito para que puedas verlo por ti misma. ¿Puedes?

No sé si puedo, pero voy a intentarlo. ¡Anda! Pues es verdad que me siento mejor. No estoy tan fea como esperaba. Y, sí, me encuentro mucho menos mareada.

—Cuando estés preparada, saldremos y te comerás tu postre. El azúcar te sentará genial.

—Verónica, no pienso salir ahí fuera. No quiero verlo.

—Tranquila, que a estas alturas de la noche ya lo has hecho sufrir bastante. Te has pasado toda la cena riéndote con Carlos. Lástima que no te acuerdes de las caras que ponía. Por mucho que intente disimular, a Conan le gustas.

—Ay, madre mía, no recuerdo nada.

—Mejor, tranquila.

—¿He hecho el ridículo?

—No, cariño.

—Sed honestas, por favor —pido sentada en la tapa del váter, que por fortuna es la más reluciente de todos los restaurantes de España.

—No —responde Mafalda—. Te doy mi palabra de que no lo has hecho.

Al revés, ha sido una cena divertida. Albalate es el único que no se ha reído ni una sola vez.

—Es un tío extraño —apunta Vero—. Se ha pasado la noche observándote cuando creía que no lo veías. No te ha quitado el ojo de encima.

—Es que no lo veía. No me he fijado en él en todo el rato que llevamos aquí. Si lo miraba, me ponía a llorar.

—Te gusta de verdad, ¿no?

—No, Ma. Es peor. No sé qué siento, pero sé que siento algo raro que nunca había vivido.

—Y ¿qué vamos a hacer?

Sonríó ante la pregunta. Desde siempre, los problemas de una han sido los problemas de las tres. Algo así como las tres mosqueteras: «¡Una para todas y todas para una!».

—De momento, salir e intentar pasarlo lo mejor posible. Me encuentro mucho mejor y, dado que estamos aquí, disfrutemos lo que podamos. Cuando llegemos a casa, ya veremos qué pasa. ¿Os parece?

—¡Cuenta con nosotras! Hagamos que sea una Nochevieja especial.

—Pero antes...

—¿Qué?

—Toma, píntate los labios y trae que te retoque el maquillaje. Pareces la hermana de la niña de *El exorcista*.

Los chicos están esperándonos para tomar el postre. Justo antes de irnos al lavabo acababan de traerlos. Observo la *mousse* sin mucho deseo, a pesar de que es cierto que me encuentro casi bien. Decidida a obedecer a mis amigas, cojo la cuchara con intención de probarla.

—¿Estás mejor? —oigo que me preguntaban en voz bajita.

—¿Qué le hace pensar que me encontraba mal, comisario? —contesto sin levantar la cabeza del plato.

—A mí no puedes engañarme —susurra para que nadie más lo oiga.

—En cambio, tú a mí, sí.

No vuelve a hablar conmigo en lo que quedaba de cena.

Misión 23

Feliz año nuevo, o qué sé yo

—¿Habéis traído las uvas de casa?

—Sí. Me las he dejado en el coche —respondo malhumorada, y es que desde la preguntita que me ha hecho en la cena, no doy una. Estoy tan enfadada que me cuesta hasta hablar.

¿Quién diablos se cree que es para decirme cosas que me hacen saltar? ¿Cómo que a él no puedo engañarlo? ¿Y él a mí? ¿Por qué estoy enamorada de un capullo arrogante como él? Me paro en seco en medio de la nieve para pensar.

Sí. Hay nieve. Muy poquita. Debe de haber nevado mientras estábamos cenando.

—¡Cómo mola! ¡Mirad, están cayendo copos! —grita Vero emocionada mientras salta como una cabra presa de la ilusión.

Vaya, no me había dado ni cuenta. En serio, parezco mema. Dispuesta a no consentir que me arruine más la noche, camino con paso firme como si estuviera pisando huevos hasta el coche. El último recuerdo de la nieve que tengo es un resbalón en medio de Javalambre que me dejó coja dos semanas. Abro el coche, cojo las uvas, que parecen congeladas del frío que hace, y vuelvo junto a mis amigos.

—Y ¿ahora adónde vamos? —pregunto con ellas en la mano—. ¿A la

plaza del pueblo? Nos helaremos.

—Podemos ir al pub que nos ha recomendado el dueño del restaurante.
¿Bien?

El pub está a dos metros y medio de donde nos encontramos y es de lo más gracioso con sus luces y su campana fluorescente. Sólo hemos tardado cinco minutos en llegar, a pesar de las veinte mil paradas que hemos hecho para sacarnos fotos con la nieve cayendo. ¡Qué difícil es sonreír cuando no se tienen ganas!

—¡Venga, una más antes de entrar! Víctor y Diana, acercaos más, que no salís ninguno de los dos.

Acaba de poner su mano alrededor de mis hombros. Parezco estar hecha para él. Encajamos a la perfección. No puedo evitar mirarlo al sentir su tacto sobre mí. Es tocarme y notar una corriente eléctrica por todo el cuerpo. Él también me mira. Sólo dura un instante. Un mágico segundo en el que he vuelto a percibir ese algo diferente y especial que recorre cada partícula de mi ser cuando lo tengo cerca. Me he enamorado. Es una mierda, pero es la realidad. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Llevo enamorada de Conan desde hace tiempo. No tengo ni idea de cuándo debió de suceder, pero es así. Quiero al imbécil que me ha roto el corazón. Acabo de descubrirlo.

—¿Venís o qué? Faltan sólo diez minutos para las campanadas. ¡Venga!

Víctor y yo nos hemos quedado solos en la calle mientras la nieve cae a nuestro alrededor casi en silencio.

—¡Ahora vamos! —grita él.

¿Cómo que «¡Ahora vamos!»? Yo voy ya. Ahora mismo.

—Diana, espera —dice a la vez que me sujeta por el brazo.

—No, quiero ir dentro —replico soltándome—. Tengo frío.

—Por favor, es sólo un segundo. Si tienes frío, yo...

—Otra vez no, comisario —pido mirándolo a los ojos. Estoy a punto de llorar una vez más en una noche en la que se supone que sólo hay que bailar y pasarlo bien.

—Por favor... —vuelve a susurrar casi pegado a mí.

—No me hagas esto, Víctor. Otra vez, no.

—Joder, Diana, es que no puedo evitarlo, aunque lo intente mil veces. ¡A

la mierda! No puedo más. Ven aquí..., necesito besarte.

Me ha empotrado. Sí. Lo ha hecho. Estoy apretada contra él y la pared de entrada del pub, debajo de un letrero rojo y blanco donde hay escrito: MUY BUENAS. ¡Y tan buenas...! Vuelvo a temblar, y ahora sí que no es por el frío, que lo hace, y mucho. No, ahora tiemblo porque estoy pegada a él. Su cuerpo irradia un calor paranormal.

—Y ¿qué pasaría si ya no quisiera que me besaras más?

Los ojos de Conan brillan con ese puntito peligroso que empiezo a conocer en las distancias cortas. Siento que me atrae más hacia sí, enreda los dedos en mis rizos y, justo antes de apoyar su frente contra la mía, susurra con voz ronca:

—Que no podría vivir.

No puedo evitar gemir al oírlo respirar sobre mi boca. Va a besarme, pero lo está haciendo de un modo tan sutil y lento que juro que estoy a punto de volverme loca de deseo.

Nerviosa y excitada como nunca antes lo había estado, lo agarro por las solapas de la chupa de cuero y lo atraigo hacia mí hasta que consigo atrapar esa boca deliciosa que me moría de ganas de volver a saborear.

—¡Dios, Diana! Ven aquí.

Conan me besa desesperado. Si anoche pensé que era un hombre apasionado, el beso que está dándome tacha mil veces la definición de esa palabra y le da una nueva dimensión, que se aproxima más al delirio más absoluto. Percibo su lengua suave y dulce penetrando en mi boca a la vez que cata cada uno de sus rincones. Tiene las manos en todas partes de mi anatomía, no podría señalar un solo lugar. Es algo asombroso. Está excitado. Mucho. Muchísimo. Tanto o más que yo.

—Vámonos de aquí o te hago el amor junto a la puerta —murmura con la voz entrecortada y jadeante entre beso y beso.

—¿Adónde?

—A donde sea..., a casa. Gus me ha dado las llaves de su coche al salir del restaurante.

—No podemos irnos así.

—Vente conmigo, Diana —pide desesperado sin dejar de morderme los

labios.

No sé cómo hemos llegado al coche, pero sí sé que hemos tardado una eternidad. En cada esquina, en cada rincón de Capileira, nos hemos besado, mordido, abrazado y hasta arañado. Jamás podré explicarle a nadie lo que siento estando con él. Es algo muy superior a todo lo demás. Es él. Somos él y yo.

—Espera, no te quites ese jersey. Déjalo donde está sólo un segundo más.

Acabamos de entrar en casa. Yo, en sus brazos, como si fuera la protagonista de una novela romántica. Me ha traído así hasta nuestra habitación, ha retirado las sábanas de un tirón y me ha dejado tumbada sobre la cama. Por el camino, he perdido los *manolos* de Vero. Ya me matará más tarde si no me ha dado algo antes.

—Quiero besarte en el ombligo. Llevo excitado desde que te he visto salir del baño antes con esto puesto —musita a la vez que comienza a morder con suavidad mi abdomen—. Tienes el ombligo más provocativo que he visto en mi vida. Me he empalmado cada una de las veces que has levantado los brazos a lo largo de la noche.

Estoy roja remolacha, pero sumamente agradecida al dichoso *crop top* de Vero.

—¿Te gusta?

—Albalate, haces unas preguntas absurdas...

—Pero ¿te gusta o no?

—¿Tú qué crees?

Conan detiene sus besos.

—No pienso continuar hasta que me digas si estás disfrutando.

Emito una queja en señal de protesta y me incorporo lo suficiente como para verlo sonreír con malicia.

—Me encanta. Estoy tan excitada que no soy capaz de construir frases.

—Perfecto —bisbisea antes de continuar—. Te aseguro que lo que viene ahora va a encenderte mucho más —asevera tras desabrocharme el vaquero para arrancármelo después junto a la ropa interior.

Un espasmo me recorre la columna vertebral cuando siento su lengua caliente y húmeda chupando mi clítoris. Desesperada, aprieto su cabeza

contra mí. Necesito sentirlo aún más. Con suma pericia, continúa lamiéndome con picardía. Sabe lo que me excita. Eso me gusta, me encanta. Me hace sentir una mujer libre para disfrutar junto a él.

—Cariño, ahora estamos solos, no es necesario que te contengas —me dice haciéndome sonreír en la oscuridad, y es que, con las prisas, no hemos ni encendido la luz. ¿Para qué?

—¿Quieres que gima? —pregunto atrevida.

—Quiero que hagas, digas y toques sólo lo que tú desees —murmura mientras acaricia mis pechos por debajo del *crop top* sin dejar de besarme la vulva.

—Lo que yo quiero es tenerte dentro de mí —balbuceo. Soy incapaz de decir otra cosa.

—Entonces, eso tendrás —asegura dándome el último mordisquito.

—Ven aquí, guapo. Pienso hacerte saber cuánto me gustas.

Siento cómo se estremece entre mis brazos.

—Ah, no, ahora mando yo. Vas a tener que sufrir lo mismo que yo he pasado. Primero, antes de que entres en mí, antes de que te deje hacerme el amor, vas a probar un poquito de lo que voy a darte.

—Y ¿qué vas a darme? —inquire en un tono que no deja lugar a dudas.

—Comisario, pienso hacerte la mejor felación de tu vida. Te juro que la vas a recordar mientras tengas uso de razón.

—Cariño, no sé si podré aguantar. Llevo horas excitado.

—Ah, ése es tu problema. Si te corres, no me tendrás.

—Pero si sigues haciéndome eso... ¡Diana!

Sonrío satisfecha ante su chillido. Acabo de lamerle el glande de forma muy sutil para pasar a soplarle antes de introducirme todo su pene en la boca caliente.

—Te dejo gritar, pero prométeme que esperarás.

—No sé si puedo pro-pro-pro-meter nada... —afirma entre gruñidos mientras tiembla como un adolescente primerizo.

—Entonces, no me queda más remedio que hacerte esto.

Mi Conan ríe. Creo que le ha gustado el giro de la situación. Estoy sentada a horcajadas sobre él. Apenas tengo la punta de su polla dentro de mí

y ya me siento completa. En esta posición se nota aún mucho más grande que en todas las que practicamos ayer. Despacio, comienzo a bajar mientras me acaricio los pechos ante la mirada de deseo del hombre al que estoy follándome. Vale, debo de seguir medio ebria porque, si lo pienso, creo que no digo las barbaridades que están pasándome por la cabeza. Me siento libre, enamorada y tan desinhibida que todo parece irreal. Me pellizco un pezón y me inclino un poquito hacia su pecho. Sé que busco algo. Hay algo dentro de mí que comienza a hervir. Cierro los ojos. Necesito concentrarme más. Quiero averiguarlo por mí misma, por eso le prohíbo que me toque o que mueva cualquier músculo.

—Esto es cosa mía. Aquí, ahora, mando yo.

Gruñe, y eso acrecienta mis ganas de profundizar cada vez más hasta que lo tengo completamente insertado en mí. Vuelvo a inclinarme hacia él hasta que siento que puede morderme los pezones. Él me lee. Sabe lo que necesito, y lo hace. Es el momento. Comienzo a cabalgarlo como si hubiera nacido sólo para vivir lo que estoy experimentando. Entre gritos y jadeos consigo encontrar lo que quiero y, tras unos segundos de desesperación, me corro encima de él pensando que en mi vida tendré otro orgasmo mejor que el que ahora mismo recorre mi cuerpo de la cabeza a los pies. Igual, es probable; mejor, lo dudo.

Justo cuando el clímax comienza a descender, soy consciente del sufrimiento de Víctor al sentir cómo mueve la pelvis desesperado. Feliz por poder complacerlo, vuelvo a subir y a bajar y, mirándolo a los ojos, volvemos a estallar, esta vez juntos.

—Feliz año nuevo, comisario —rio tumbada sobre su pecho.

—Feliz año, cariño.

* * *

—¿Duermes?

—No. No quiero perder el tiempo durmiendo en la mejor Nochevieja que jamás he vivido.

Me tumbo encima de él. No sé si he oído bien lo que acaba de decir.

—Repíte eso.

—Diana, ésta es la mejor noche de mi vida. Nunca olvides lo que acabo de decirte.

—Juro que no pienso hacerlo —respondo conmovida.

Estamos abrazados, y de nuestros cuerpos emana algo parecido a la felicidad. Con una mano, me acaricia la espalda. Lo hace de una manera muy sutil, apoyando tan sólo las yemas de los dedos sobre mi piel. No sé si tener otro orgasmo o morir de amor. Emocionada, rozo su cuello con la nariz. Huele a él. Es una fragancia indefinida llena de matices sensuales. Cierro los ojos. Quiero salvaguardar su olor en la hipófisis. Ronroneo feliz y le doy un beso suave justo al lado de la nuez. Siento cómo se estremece. Me gusta percibir el modo en que su piel se eriza cuando lo beso. Vuelvo a hacerlo. Conan gime y mi corazón salta. Sé que lo emociono, lo excito, lo provocho, pero, además, soy consciente de que también lo hago sentir. Nadie gime así, bajito y descontrolado con un solo beso. Lo repito. Esta vez, de forma aún más delicada. Él repite el suspiro. Me envalentono y, en lugar de uno solo, empiezo a depositar besos vaporosos a lo largo de su mandíbula. Albalate gime despacio, concentrado, como si estuviera evitando dar algún paso del que después pudiera arrepentirse.

Dispuesta a encontrar el resorte de su descontrol, decido avasallarle la nuca. Comienza el ataque. Noto cómo aprieta los puños y los enreda con las sábanas. Es el momento... Es el momento de detenerme sólo unos segundos y esperar.

—Voy a volverme loco —susurra con la voz más rauca que jamás le he oído.

Sonríó en la oscuridad. Acaba de hacerlo. Acaba de perder el control. Está nervioso. Lo sé, lo siento. Oigo los acelerados latidos de su corazón. Braman en una lucha acompasada junto al calor de sus besos. Porque, sí, está besándome, pero lo hace de una manera muy distinta de como lo ha hecho hasta ahora. En estos besos hay algo más. Excitado, se tumba sobre mí y, sin dejar caer todo su peso sobre mi pecho, me penetra mirándome a los ojos, ojos cuyo brillo puedo ver gracias a la luz de la luna que entra por la ventana.

—Tú no sabes lo que siento cuando estoy así contigo. No tienes la menor

idea...

Estamos haciendo el amor. Lo sé. Esto no es sólo sexo. Conmovida, levanto las piernas para sentir mejor cada una de las acometidas que me regala entre besos y caricias. Entregarse a alguien debe de ser esto. Víctor y yo, juntos, haciendo el amor como si fuera lo único que nos importara en el mundo. Despacio, tan lento que cada uno de los poros de nuestra piel se roza, se toca, se comunica en una danza que no quiero que termine.

—Dímelo, dime qué sientes. No tengas miedo —pido entre sollozos de placer.

—Sí tengo miedo —susurra junto a mi boca.

—¿Por qué? —pregunto sorprendida.

—Porque tú lo eres todo para mí —responde sin poder evitar que los dos comencemos a convulsionar de placer.

El orgasmo físico fue brutal, pero el de mi corazón no sé ni cómo describirlo. Lo que sí recuerdo son dos cosas:

Dije «TE QUIERO» y lo hice en voz bajita, sobre su boca, mil veces, mientras continuábamos temblando uno en brazos del otro.

Nos dormimos abrazados. Él desde detrás, con su fuerte pecho acogiendo mi espalda y mi alma. Y, sí, sé que antes de dormirme lo oí decir: «Yo sí que te quiero». Después llegó el silencio y la felicidad.

* * *

A la mañana siguiente

Sonrío. Sé que estoy dormida, pero sonrío igualmente. Esta noche he hecho el amor por primera vez en mi vida. Sí, ha sido la primera vez que he tenido sexo siendo consciente de que estoy enamorada y sabiendo que él es la persona con la que quiero estar siempre. Estiro un brazo para acariciarle la espalda. No la encuentro. Alargo más la mano, pero nada. Me despierto. Víctor no está en la cama. Desvío la vista hacia el baño por si estuviera la luz encendida, pero no: apagada. No puedo evitar mascullar un poco. Me habría encantado despertarme a su lado. Darle un beso de buenos días, planear el día

juntos y decirle que lo oí decirme «te quiero» cuando creía que ya estaba dormida. No importa. Habrá muchas mañanas más.

Feliz, me levanto, meto los pies en las zapatillas y salgo de la habitación. Todos duermen aún. No sé ni a qué hora volvieron. Estaba demasiado ocupada como para estar pendiente de ellos. Mala amiga. Con mucho cuidado, paso a la cocina para no despertar a Ma y a Carlos, que duermen enroscados el uno junto al otro en el sofá del comedor. ¡Bien!

Cojo unas galletas. Estoy muertecica del hambre y, justo cuando estoy a punto de volver a la habitación, oigo que la puerta de la entrada se abre. ¡Ahí está el amor de mi vida! Capaz es de haber salido a correr. Pienso regañarlo más tarde por haber forzado su rodilla.

Calzo la mejor versión de mi sonrisa y espero a que la puerta se abra.

—¿Gus?

—Lo siento, Di.

—No me digas que llegas ahora.

—No. Aún no me he acostado, regresamos hace un rato. Vero se ha ido directa a dormir, y yo...

—Tú, ¿qué?...

—He ido a llevar a Albalate al bus.

—¡¡¿¿Cómo??!!

—¿Pasa algo? —pregunta Carlos desperezándose.

—Víctor se ha ido.

—¡¡No me jodas!!

Hasta Mafalda, que duerme casi siempre como una marmota, se ha despertado con tanto alboroto.

—Diana, no es lo que tú crees...

—Claro —exclamo llorando abiertamente. Me siento la imbécil más grande del reino. No debe de haber otra más idiota que yo—. Si me perdonáis un momento —pido—, necesito estar sola.

Menuda gilipollas estoy hecha. Él tenía tomada la decisión y pensaba mantenerla, pero debió de pensar que lo mejor sería pasar la noche follando en lugar de bailando en un pub.

En ese mismo momento, en ese preciso instante, tomé conciencia de que

sólo había sido una incauta que se había creído una historia de amor
inexistente.

Misión 24

Cada día más guapo y más capullo

Regresamos a casa hace tres días. Huelga decir que el tiempo que nos quedamos en Bubión fue durísimo para mí, pero, una vez más, intenté ocultar cómo me sentía y, tras haber llorado como una imbécil durante varias horas, decidí no amargarle el viaje a nadie más. Además, soy una avezada policia capaz de reponerse de una heridita del tamaño de un cráter volcánico en el corazón.

Todos fueron encantadores conmigo y supieron respetar mis silencios, mis paseos a solas por el pueblo, mis retiradas a leer y hasta el único ataque de rabia que sufrí al saber que Conan se había ido sin haberme dado ninguna explicación tras haber confesado que me quería. Dudo que alguna vez pueda comprender qué es lo que viví esas cuarenta y ocho horas maravillosas y cómo éstas convirtieron todo lo demás en la nada más absoluta.

Me pasé todo el viaje de vuelta durmiendo. Allí no pude volver a hacerlo. Todo olía a él: las sábanas, la habitación, el baño..., hasta yo. Había dejado cada objeto impregnado con su perfume, así que me pasé las noches en plan mema abrazada a una almohada que sólo unas horas antes había estado ocupada por la persona a la que no sé si algún día podré olvidar.

Dormir durante el viaje fue una bendición para mi vértigo, y más sabiendo que él no iba a estar allí para cogerme en brazos, abrazarme y

salvarme. Además, vértigo es lo que sentí cuando me di cuenta de que se había ido. Estúpida de mí, que creí cada una de sus caricias. Y no lo hice una vez, no. Fueron dos.

—¿Vamos a ver el mercado?

—¿Desayunamos churros con chocolate?

—¿Me acompañas a comprar los Reyes?

—¿Cena de chicas?

—¿Te apetece ir al cine?

Una a una, he ido rechazando todas las propuestas para salir. Aún no me apetece hacer nada. Continúo de vacaciones hasta mañana, 7 de enero. Por fortuna, ya han pasado las fiestas.

Hoy es el día de Reyes. He tenido que vestirme de fiesta, maquillarme y hasta pintarme la sonrisa. Hacer como que cada uno de los regalos que me han hecho me ha encantado y dar besos y gracias a cada una de las personas que han dedicado su tiempo y su dinero a pensar qué cositas podrían hacerme feliz. Y ha colado para todos..., menos para mi madre.

—Nena, ¿qué te pasa?

Una madre es una madre, y ya puedes hacer lo que te dé la gana, que va a pillarte siempre, aunque estemos todos juntos en casa de mis tíos entre regalos y turrónes.

—Nada, mami. Sólo estoy cansada. Demasiado trote estas vacaciones. Además, comer tanto cansa.

Mentir nunca ha sido lo mío, pero por intentarlo que no quede.

—No has comido nada. Te he estado observando. Lo más preocupante es que tampoco has probado la tarta de galletas de tu tía, y eso sí que es motivo de preocupación. Eres capaz de comértela entera tú solita.

—Estoy empachada. Ya sabes, demasiadas cenas. Anoche no sé ni cuántos polvorones probé...

—Eso debe de ser... Esta mañana han venido a verme Mafalda y Verónica.

—¿Y eso?

Traidoras.

—Te quieren, y yo también, Diana. Habla conmigo, por favor.

La miro. Es tan guapa que me gusta observar cada uno de los rasgos de su cara durante horas.

—¿Qué te han contado, mamá?

—Sólo me han dicho que no sales de casa desde hace días y que, aunque te han llamado muchas veces e incluso han ido a verte, no les has respondido ni abierto la puerta. Por eso han venido a casa a ver si estabas allí. Por cierto, los acompañaba el hijo de Alberto Pardo. Se parece un poco a él.

—Sólo necesitaba estar sola algún tiempo, mami —le explico mientras cojo la mano que me tiende—. No me pasa nada grave.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

Intento sonreír, pero creo que no me sale muy bien. Más bien lo que me flotan son dos lágrimas traidoras que luchan por caer en mi mejilla.

—Nada, mamita, pero pronto lo estaré, te lo prometo.

—¿Tienes problemas en el trabajo, nena?

—Es probable que los tenga. He cometido la mayor idiotez de mi vida.

—¡No te habrás quedado con ningún alijo de droga...! —grita en medio del comedor de la loca de mi tía, su hermana. Un bravo por mi madre, que acaba de hacer que toda la familia me mire como si fuera una traficante.

—¡¡¡MAMÁ!!! —exclamo asustada—. ¿Cómo puedes pensar una cosa así?

—Ay, hija, es lo más bestia que se me ha ocurrido para que reaccionaras.

—Abuelita, deja de llorar, que no me drogo. Mira lo que has conseguido —acusó a mi progenitora—. Venga, abu, por favor, tranquilízate, que mamá sólo bromeaba.

—¿Es eso cierto, cariño?

—Te lo prometo.

—¿Te ha gustado la puntilla que te he tejido para el sofá de tu casa?

Las situaciones surrealistas son lo mío.

Después de calmar a la chantajista de mi abuela, mi madre me ha convencido para irnos al cine las dos como solíamos hacer antes, así que, armadas con un paraguas porque llueve como si fuera a acabarse el mundo, hemos dejado plantada a toda la familia. Ahora estamos las dos sentadas en una cafetería del centro comercial mientras esperamos a que sea la hora para

entrar en el cine.

—¿Vas a contármelo o no?

—Preferiría guardármelo para mí. No te enfades, por favor.

Voy a tardar dos minutos en contárselo, lo sé, pero de vez en cuando me hago la interesante sin darme cuenta.

—Algo debe de haberte dolido mucho, bonita mía. Sabes que aquí estoy para lo que necesites. Pero, te aviso, si el causante de tu estado de ánimo es un chico, que sepas que no merece la pena: es imbécil y encima va a tener cagaderas dos semanas de la maldición que le estoy mandando.

Ésa es mi madre, la perfecta mezcla entre un oso amoroso, Al Capone y una bruja.

—Me he enamorado del comisario Albalate, mamá —confieso con absoluta vergüenza.

—¡No me extraña! ¡Es el hombre más guapo que he visto en esta dimensión!

Siempre consigue sorprenderme.

—También es el más cruel.

—Oye, mira, hija, que porque sea tu jefe no le vamos a consentir que te trate mal. ¿Qué demonios te ha hecho?

—Decirme que me quería y dejarme después.

—¿Sin dar ninguna explicación?

—Ninguna. Sólo se fue. Por favor, deja de tamborilear, vas a tirar las bebidas.

—Tu comisario es ese chico con el pelo negro, mandíbula cuadrada y ojos profundos que vimos el día aquel que fuimos a recogerte al trabajo para ir a comer, ¿verdad?

—Sí, ése es...

Anda que no he pensado yo en sus ojos a lo largo de estos días.

—Alto, de un metro noventa, más o menos. Unos ochenta y cinco kilos de peso. Fuerte, de pecho ancho, con unas manos grandes y bonitas, ¿no?

—Joder, mamá, sí que le pasaste bien el escáner.

—Cazadora de cuero negro, vaqueros de firma marcándole el culo y...

—¿Y qué? Parece que estés viéndolo.

Acabo de sobresaltarme. La descripción es tan perfecta que me asusto.

—Ah, pues no. Sólo es que lo recordaba así.

—Mamá, mientes fatal. Además, el día que os lo presenté iba de uniforme. Es imposible que sepas que tiene una chupa de cuero.

—Ah, eso es porque debí de verlo otro día por el centro. ¿Pagamos y nos vamos?

—¿Ya? Espera que me termine el café.

Entre una cosa y otra, está poniéndome nerviosísima.

—No, ¡va a empezar la peli! ¡No quiero perderme el principio, dicen que es lo mejor!

—Está bien, pago y nos vamos.

—No, deja, quédate ahí quietecita, que ya pago yo. Ahora vengo. No se te ocurra moverte.

Suspiro mientras termino de tomarme el café. Recojo las cosas que he desperdigado por encima de la mesa y decido ir en busca de mi madre, que se ha perdido entre la multitud que paga en la barra de la cafetería. Es un sitio que siempre está lleno de gente. Hacen los mejores batidos con café de toda la ciudad y, además, está pegado a los cines de moda.

Me levanto, recojo mi bolso y... me llevo un chasco bien grande.

—Buenas tardes, Suárez.

Aquí estoy. Muda. En el centro comercial. Con mi madre al fondo, que no sabe si venir o irse. Con mil personas dando vueltas a nuestro alrededor y yo, sólo yo, mirándolo todo como si estuviera viéndolo a cámara lenta. Sobre todo, a *ella*.

—Comisario... —consigo balbucear.

Lleva puesta la chupa de cuero que agarré con todas mis fuerzas mientras lo besaba debajo del letrero de MUY BUENAS en Nochevieja, hace tan sólo seis días. ¡Qué tristeza! Seis días y ya hay un «ella».

—¿Cómo estás?

¡Qué pregunta tan gilipollas! ¿Cómo estoy? Pues bien jodida de verte con otra, así estoy. Nerviosa, asustada por lo que estoy sintiendo al verte junto a la rubia que tienes al lado y que sonrío condescendiente. Triste, inmensamente triste por haberme enamorado de ti, y con unas ganas muy

grandes de darte un bofetón.

—¡Cariño! Ya está todo pagado. Venga, vamos, que papá y tu Carlos nos esperan. ¡Ay, perdón!

—Si me disculpa... —mascullo a la vez que doy las gracias al universo por la madre que tengo. Su frase ha sido genial y memorable.

—¡Diana! —grita Albalate cuando ya estamos saliendo de la cafetería.

Me vuelvo. Sé que no se lo merece, pero ha sido más bien un gesto involuntario.

—No es lo que parece...

—Y eso ¿a quién le importa?

* * *

Después de la tarde de ayer, tengo las mismas ganas de ir a trabajar que de correr delante de un guepardo hambriento. Contrariamente a lo que sentí al principio, tras haber visto a Conan con la rubia, empecé a estar mejor, muchísimo mejor. Él lo había dado todo por finalizado y yo no me merecía estar llorando por las esquinas recordando lo bonito que había sido. Todavía iba a tardar en curarme, pero sin duda ya había decidido, al menos, empezar a tomar los medicamentos necesarios para poder hacerlo.

La primera decisión vino de la mano de mi madre. Como es lógico, al final no entramos en el cine. Sí, lo confieso, me puse a llorar en cuanto salimos de allí, así que decidimos irnos a mi casa a hacernos una de nuestras sesiones de belleza. Dos mascarillas, una litrona de melisa y una manicura después, volví a sentirme un poco mejor.

Aceptar las cosas tal como suceden es algo que siempre me han enseñado desde niña, y a mi madre sólo le faltó una mínima reprimenda para hacerme ver las cosas como son. Él es mi jefe. Debemos trabajar juntos. Lo nuestro se ha terminado. Lo mejor que puedo hacer es aceptarlo y continuar con mi vida.

Así que esa misma noche llamé a Ma y a Vero, pedimos unas pizzas, me perdonaron por ser tan mema, conjuramos y prometimos no volver a sufrir por un hombre y, finalmente, me confesaron que ellas habían comenzado una

relación con Gus y con Carlos, respectivamente. ¡Por lo menos las vacaciones de Navidad habían tenido dos finales felices!

* * *

—¿Qué tal el viaje a Granada?

—Bien, Ricardo. Mucho frío. Hasta nevó. —No pienso dar más datos, aunque sea Ricardo, mi compañero y mejor amigo hombre—. ¿Y las tuyas?

—Horribles. Los tres enanos con varicela, a la vez, así que tuvimos que quedarnos en casa sin salir a ninguna parte. Vuelvo más nervioso de lo que me fui.

Me habría gustado decirle que yo también, pero acabamos de llegar a comisaría. En la puerta nos encontramos a los Picores. Se han cortado el pelo. Los dos. El mismo corte, por cierto.

—¡Feliz año nuevo, *quilla*!

Al unísono y con ese acento sevillano, como viene siendo habitual.

—Estáis guapos con ese pelo. Muy guapos.

Sí, se han puesto rojos, lo que me ha recordado que, según Ricardo, yo les gustaba.

—¿Cómo estará hoy Conan? ¿*Cabreado* como siempre?

—Espero que no. Los que han trabajado esta semana dicen que ha estado insoportable. Me encontré con Marga, su secretaria, anteayer cuando fui a terminar de comprar los Reyes de mis hijos y me dijo que estaba pensando en concursar.

—A *nozotros* nos ha puteado también. Vamos a ver *zi* los Reyes le han traído un poco de humor, porque lo que es el año nuevo...

Intento sonreír, pero no me sale. Por lo menos, Ricardo y yo estaremos patrullando toda la mañana. Sólo tengo que resistir la reunión de reparto y un rato después. Espero no tener que redactar ningún informe. No podría soportar entrar una y otra vez en su despacho cuando me creí como una estúpida lo que dijo acerca de por qué rechazaba mis escritos muchas veces.

Entramos en comisaría. Todo huele igual. Me dirijo hacia mi mesa de madera con la cabeza lo más alta posible. A lo lejos, veo la dichosa campana

psicodélica, que continúa encendida a pesar de que la Navidad ya ha pasado. Dejo el bolso debajo de la mesa y abro el cajón para guardar los chicles que he traído. Me gusta tener siempre. Al abrir el cajón veo muchas campanas de chocolate. Vaya, ahí están. Sea quien sea el que me las trae no se ha olvidado de hacerlo aunque haya estado de vacaciones. Las cuento en un momento: quince. Justo los días que he tenido libres.

Cojo dos y las meto en mi bolso. Ricardo y yo ya tenemos desayuno.

—¡Buenos días a todos! Dentro de dos minutos en la sala de reuniones. Hoy tenemos mucho trabajo. Hay que ponerse al día.

Doy un respingo. Hace demasiados días que no lo oigo bramar en plan comisario. Pienso en las promesas que me hice a mí misma ayer y, con la gorra en la mano, sigo a Ricardo y a mis compañeros hasta la sala donde hacemos las reuniones.

Media hora más tarde, y con las misiones asignadas, todos salimos de allí escopeteados. Ha sido una reunión tensa, agobiante y tan exigente que, cuando nos ha dado permiso para irnos, no ha habido nadie que no corriera.

—¡Suárez! ¿No me oye?

Estoy junto a la puerta. La verdad es que no sé si me ha llamado o no. Estoy demasiado aturdida. Tenerlo tan cerca y pensar que nos hemos besado, que hemos hecho el amor... ¡Ay, esto no va a ser tan fácil como pensaba!

—Perdón, comisario. No lo había oído.

Conan se da la vuelta y se apoya en una de las mesas.

—Cierre la puerta, por favor. Quiero hablar con usted a solas.

Estúpido arrogante. Cómo me gustaría decirle que, si quiere que la puerta esté cerrada, lo haga él. Sí, le diría eso y añadiría que no deseo hablar con él y mucho menos a solas. Decido quedarme quieta, con las manos cogidas atrás y la mirada serena.

—¡Está bien, ya lo hago yo! —brama mientras se dirige hacia la puerta como si, una vez más, pudiera leerme los pensamientos—. Siéntese, por favor.

—De pie estoy mejor. Ricardo me está esperando.

—Su compañero esperará hasta que yo lo diga.

Perfecto, el hijoputa soberbio que habita en él ha vuelto.

Lo miro con desprecio. No sé quién se cree que es para hablarme así. Confieso que me tiemblan las piernas y que estoy a punto de echarme a llorar. Tengo ganas de salir corriendo. Necesito huir de esta situación. Por favor, ¡hemos estado abrazados! Me ha hecho el amor, ¡me ha dicho que me quiere!

—Suárez, verás, debido a... ¿Puede hacer el favor de mirarme?

No, no puedo. Ya querría poder hacerlo, pero la realidad es que las lágrimas me caen solas y lo último que quiero es que me veas llorar.

—¡Míreme, es una orden!

—¿Es esto lo que quiere ver, comisario? ¿Quiere verme llorar? —estallo—. ¿Quiere que reconozca que me duele verlo aquí? ¿Quiere que le diga que me siento una mierda por tenerlo delante cuando los dos sabemos lo que ha pasado y cómo ha terminado? ¿Todo eso quiere que le diga o prefiere que me calle y me vaya con mi compañero? Porque yo prefiero salir de aquí corriendo y no verle la cara en algunas horas, las suficientes como para olvidar una vez más que...

—No llores —me pide mientras intenta abrazarme.

—¡No me toques!

—Está bien, no te toco, pero te suplico que no llores. No puedo soportar verte así.

Está tan cerca de mí que consigo oler su dichoso perfume. Eso me hace llorar aún más.

—Entonces déjame salir de aquí, por favor —le digo mirándolo a los ojos entre lágrimas—. Deja que me vaya ahora.

—Está bien —murmura casi en un susurro.

Justo cuando estoy a punto de salir, lo oigo que vuelve a llamarme para decirme que, por favor, tenga cuidado ahí fuera. Como si a él le importara.

Misión 25

The show must go on

—Suárez y Ricardo harán los refuerzos de la plaza Mayor junto al alcalde. Picores, a vosotros os quiero en el centro comercial. Han vuelto a entrar en la misma joyería de la semana pasada. Pedid refuerzos si veis algo extraño y no os la juguéis. Las dependientas aseguran que van armados, y no sabemos si corren peligro. El resto, a vuestros puestos habituales. Gusano y yo volvemos a los juzgados. Por desgracia, somos testigos en el caso de los Garbaez. Nos vemos al final del turno. Tened cuidado.

La vida en la comisaría ha transcurrido de un modo lento y tedioso. Hace ya más de tres meses que Conan y yo sólo hablamos lo imprescindible después de la escena que vivimos en la sala de reuniones. No ha vuelto a hablar conmigo a solas, y ambos nos hemos mantenido distantes el uno del otro. Él, con su habitual mal humor. Yo, teniendo cada vez más claro que todo esto no es lo que quiero para mi vida. Estoy estresada y tan desmotivada que cada día me cuesta más venir a trabajar. Sí, tengo una crisis. Es la primera vez que me pasa. No sé si es porque tener a Albalate tan cerca y no poder preguntarle qué es lo que le pasa que cada vez está más nervioso me altera. Sigo enamorada de él, eso es algo más que evidente, pero también lo es el hecho de saber que nunca más volverá a pasar nada entre nosotros.

Si no hubiera sido por el apoyo de mis amigos, que se han empeñado en

hacerme salir de casa la mayoría de los fines de semana, a estas alturas estaría todavía llorando por él. Lo mejor de todo ha sido la sucesión interminable de citas imposibles con los amigos de Carlos Pardo. En una me presentó al presidente de una entidad bancaria. Tenía los dientes más blancos que he visto jamás. No funcionó, a pesar de que repetimos dos veces, justo el tiempo necesario para que consiguiera rentabilizar mis ahorros. Gracias a eso, ahora tengo una economía más saneada, siempre según él. Nos hemos hecho amigos, sobre todo después de que me confesara que era gay, pero que en su casa no lo sabía nadie. Ahora, Edu y yo salimos de fiesta por locales de ambiente.

La siguiente cita fue con un patrón de barco. Estaba negro como un conguito. Habría sido el hombre ideal si no se pasase más de nueve meses en el mar. Discutir, no habríamos discutido, eso sí.

En la tercera cita, un jinete de caballos, que me llevó a montar. A estas alturas, Mafalda ya lo hace como una amazona, y es que el padre de Carlos posee una de las caballerizas más importantes del país. Por suerte, mi amiga no se está volviendo una pija. Más bien es todo lo contrario: Carlos se ha humanizado, hasta dice tacos de vez en cuando. También ha cambiado su forma de vestir. Sigue comprando ropa de marca, pero, sin duda, la mano de Ma está detrás de ciertas cosas. Lo que sí que es real es el amor que se tienen. Siguen profundamente enamorados, y hasta están planeando ya su boda para dentro de unos meses.

Lo mío con el jinete no fluyó. Creo que parte de la culpa la tuvo su altura. Me llegaba a la barbilla. Eso no habría supuesto un problema, pero los taconazos que se calzaba sí lo eran. Caminaba sobre dos andamios de veinte centímetros. Llamadme antigua, pero prefiero que la que lleve los tacones sea yo.

Y así estamos, con una cita detrás de otra. El único atrevido que se lanzó a besarme fue un amigo de Gus, en otra de esas quedadas de «parejas» con las que me sorprenden de vez en cuando, pero conseguí esquivarlo. No es que sea una mujer exigente, pero me cuesta mucho besar a ~~nadie que no sea Conan~~ alguien que lleve tatuada la lengua.

Gus y Vero siguen juntos, y hasta se han ido a vivir a un piso diminuto y

precioso. Como todos se aburren bastante y no saben en qué ocupar su tiempo, han creado una especie de club al que llaman abiertamente Un novio para Di.

—Hoy es día de cita, ¿no?

—Nunca debería haberte contado eso, Ricardo.

—Ah, pero lo has hecho. ¿Quieres conducir? Últimamente es lo único que te relaja. Siempre pareces tensa —me dice mientras me lanza las llaves.

Me subo al coche y arranco. Es verdad que estoy nerviosa. También es verdad que conducir me relaja.

—¿Tú no te aburres?

—¿Por qué me preguntas eso, Diana?

—Desde hace unos meses sólo nos encargan tareas de acompañamiento a políticos y poco más. ¿No te has dado cuenta?

—Ahora que lo dices, sí, y hasta se lo pregunté a Conan el otro día cuando le entregué el informe del tío que pillamos vendiendo droga en la puerta de ese colegio.

—Y ¿qué te dijo? ¿Te dio alguna explicación?

Ricardo saca un paquete de rosquilletas de la guantera y me ofrece una.

—Me dijo que así lo ha solicitado el alcalde. Se siente cómodo con nosotros.

—¿Lo creíste?

—No dio muchas explicaciones más. Ni siquiera levantó la cabeza de los papeles que tenía delante.

Muy típico de él. Hacerse el sueco cuando algo no le interesa, como hizo con lo nuestro.

—Bueno, ¿qué?, ¿con quién te emparejan hoy?

—Ni idea. Siempre es una sorpresa. Sólo me han dicho que me vista con algo cómodo. Espero que se cansen de esta tontería alguna vez.

—Pero si es de lo más divertido..., ¿de qué íbamos a hablar los viernes en comisaría? Ahora hasta hacemos apuestas.

—¿Habláis de mis citas en el curro?! Os voy a matar. A Gus y a ti.

Me encanta ser la comidilla de mis compañeros. Me chifla. Estoy que no quepo en mí.

—Chica, con algo tenemos que entretenernos. Venga, no te pongas tan seria. Era una broma.

—Sí, ya. Mira, Ricardo, ¿ves ese pequeño local de la esquina?

—Sí. Lleva cerrado mucho tiempo.

—Tengo que confesarte una cosa...

—Tú dirás.

—Lo he comprado —digo—. Eduardo, el chico del banco, ha gestionado la operación.

—Y ¿para qué quiere una poli nacional un local en este barrio tan bohemio?

—Ah, tengo muchas ideas, no te creas —respondo misteriosa.

Me habría encantado contarle que llevo meses, desde enero, estudiando repostería en mi tiempo libre. Me relaja, me hace desconectar y, sobre todo, me evade de mis pensamientos y me hace olvidar unos ojos color caoba. Pero es mi secreto. Por ahora, y hasta que sea capaz de tomar la decisión que llevo meditando un tiempo, lo es.

—¿A qué hora empieza lo del alcalde?

—Ya. Llegamos bien. Aparca allí.

Dos horas más tarde hemos terminado el acto político tras ciento veinte minutos de plantón en un acto irreverente en el que no hacíamos la más mínima falta. Por deseo de Ricardo, decidimos pasar por el centro comercial antes de volver a comisaría para recoger un anillo que le ha comprado a su mujer por su aniversario de boda. En la puerta de la joyería nos encontramos con los Picores haciendo guardia vestidos de paisano.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. Todo tranquilo. Por la mañana no suele haber mucha gente por aquí.

—¿No ha habido movimientos extraños?

—No, *quillo*.

—Bueno, pasamos un momento. Quiero que Diana vea lo que le he comprado a mi mujer.

—Pasad, por aquí *estamos*...

Y ése fue el momento exacto en el que algún iluminado decidió entrar en

el centro comercial con su coche y empotrarlo contra el cristal de la joyería...

* * *

—Comisario, tenemos un aviso de los compañeros apostados en el centro comercial. Ha habido un alunizaje en la joyería. El atracador ha sido reducido y hay un agente herido.

—¿Grave?

—Aún no lo sabemos. Acaba de llegar el SAMU.

—Mierda, ¿quién es?

—La agente Suárez.

* * *

—¿Puede saberse qué demonios hacíais aquí, Ricardo?

—Sólo hemos pasado a hacer un recado de vuelta del acto del alcalde, comisario. Por cierto, ¿no debería estar en el juicio de los Garbaez?

—Tú lo has dicho: *debería* —masculla con toda la mala leche de la que es capaz mientras camina furioso hasta mí, aunque para hacerlo tenga que apartar a todo el mundo.

—Aquí no puede pasar.

—Comisario Víctor Albalate. ¡No me diga lo que puedo hacer y lo que no! —grita a la vez que saca la placa del bolsillo.

—Usted será el comisario, pero yo soy la médica de este SAMU y usted no va a interrumpirme en mi trabajo, así que, si quiere ponerse chulo, después me arresta, pero eso será cuando estabilice a la paciente. Haga el favor de dejarme hacer mi trabajo.

No puedo evitar sonreír. Me duele la pierna como un demonio. Sé que me la he roto y que tengo clavados varios cristales en ella, pero poder ser testigo de cómo alguien lo pone en su sitio me causa un placer casi compatible con mi estado actual.

—¿Cómo se llama?

—Diana Suárez.

—No le he preguntado a usted. Me he dirigido a mi paciente.

Conan me mira. Si yo misma no estuviera temblando por el dolor, hasta juraría que se ha puesto blanco. Debe de ser por la rabia que le da que alguien lo contradiga.

—Me llamo Diana.

—Muy bien, Diana, ¿cuántos años tiene?

—Veintisiete.

—Perfecto. Mire, después de la exploración, queda claro que se ha roto la pierna. En principio no parece que haya que operarla, pero sí requiere traslado al hospital para hacerle unas placas, ¿de acuerdo?

Asiento como puedo. Estoy un poco mareada por el dolor.

—Ya sé que le duele mucho, por eso voy a pincharle un calmante. Sé que es usted una mujer valiente, no se reprima. Si necesita llorar, gritar, hágalo. Dentro de unos minutos estaremos en el hospital y allí todo será distinto. Todo lo demás parece estar bien, pero yo me quedaría mucho más tranquila si le hacen un chequeo completo. ¿Está de acuerdo? ¿Quiere que llamemos a alguien?

—A mi familia, por favor, pero lo haremos desde el hospital, cuando esté curada. No quiero asustarlos.

—Perfecto. ¿Quiere que le acompañe alguien en la ambulancia? ¿Llamo a su compañero?

—¡No! ¡Yo iré con ella!

Miro a Conan y niego con la cabeza. No quiero que venga conmigo. No quiero tener contacto con él. Sé que va a echarme una bronca de las suyas, y en estos momentos me duele todo demasiado como para aguantarla.

—¡He dicho que te acompañe y punto!

—Perfecto. Yo me quedo con usted también por si necesita algo —afirma la médica, que no ha oído mi susurro diciendo que no debido al ruido de la camilla al entrar en la ambulancia—. Nos vamos, al hospital.

Apenas puedo respirar. La pierna me duele infinito. Lo último que me hace falta es ver la cara de Albalate con el ceño fruncido. Por fortuna, tiene la decencia de callarse durante todo el trayecto, no sé si debido a la cara de mala leche que le ha puesto la doctora que me atiende, pero el caso es que lo ha

hecho.

Dos minutos más tarde, me desmayo con el traqueteo. El dolor era insoportable.

Me he despertado en el hospital ante la atenta mirada de Conan, quien, a su vez, está siendo observado con intensidad por mi madre, mi padre y mi superabuela, esta última con un paraguas en la mano. A juzgar por su ceño de mala leche, maquina algo no muy ortodoxo, ya que observa a Albalate y al paraguas mientras realiza un perfecto movimiento que indica muy bien a quién quiere estampárselo y adónde.

—¿Cómo estás?

Decido ignorarlo. A mí ya nada me afecta. Ni el dolor de la pierna, ni sus ojos caoba, ni la mano que me tiene cogida a saber desde cuándo. Mi abuela sigue sin quitarle ojo, pero ya más relajada.

—Comisario, por favor —pido con la voz gangosa soltándome la mano. ¿Gangosa? ¿A mí qué me pasa?—. ¿Puede dejarme a solas con mi familia?

Ni se inmuta.

—Estamos esperando a que llegue el médico que te ha operado.

Arrogante es su segundo apellido.

Miro a mi madre suplicante. No quiero echarme a llorar delante de él otra vez, y la pierna y el corazón me duelen. Desde que lloré en comisaría hace tres meses, no hemos vuelto a quedarnos a solas, ni siquiera para entregarle informes, y es que Ricardo es el nuevo encargado de redactarlos. No comprendo por qué se extralimita en sus funciones.

Mi madre se encoge de hombros y decide no colaborar. ¡Será traidora! Pero ¡bueno!

—¿Te duele, cariño? —pregunta.

—Me duele mucho, mamá. Pero mucho. ¿Podría quedarme sola, por favor?

—No.

¡¡HASTA MI ABUELA HA DICHO QUE NO!!

—Te han operado.

—Ya lo he oído antes, comisario.

—Sólo te han colocado bien la tibia, cariño —interviene mi padre—. Al

final no ha sido necesario ponerte ningún tornillo. Unos meses de baja y rehabilitación, y como nueva.

—¿Unos meses? —musito mientras desvió la mirada hacia Conan.

Sé que sabe en qué estoy pensando. Meses en mi casa sin verlo. Él tensa la cara y cruza las manos por detrás de la espalda. ¿Qué demonios hace aquí? ¡¡Quiero que se vaya!!

—Comisario... —Hala, la vida es de los valientes. Voy a decírselo en toda su cara—. No se ofenda, pero quiero que se vaya. No comprendo bien qué hace aquí todavía. Ya ha visto que estoy bien y puede marcharse tranquilo. Muchas gracias por su preocupación. Estoy convencida de que tiene mil cosas que hacer.

Víctor —cuando me mira así sólo es Víctor— me observa desde esa zona de sus ojos donde se resguarda del peligro. Sus ojos llamean. Lo sé, los he visto antes así. Sé que está conteniéndose para no decir algo. Quizá es la presencia de mi familia lo que lo retiene.

—¡No seas grosera, Dianita!

—Abuela, por favor. Necesito estar SOLA.

—Este chico tan majo sólo está preocupado por ti.

—Gracias, señora, pero, sí, creo que ya es hora de que me marche. Suárez —bien, ha vuelto a establecer distancias—, le deseo lo mejor en su recuperación. Si me disculpan —agrega con esa voz profunda que me susurraba al oído mientras hacíamos el amor. Venga, ya se me saltan las lágrimas.

—No deberías haberle hablado así. Ese hombre estaba angustiado de verdad mientras estabas en el quirófano.

—Me importa un comino, papá.

—Debe de ser la anestesia —afirma mi abuela—. Debe de haberla dejado un poco tontita. Espero que se le pase el efecto pronto, porque echar a un tío tan bueno de la habitación... es de idiotas.

Mi abuela, ese ser indestructible y chantajista que se cree que tiene treinta años.

Misión 26

Birrota (pierna y corazón)

Me duele hasta el páncreas, lo juro. Odio con toda la intensidad de mi ser al ladrón imbécil que me atropelló cuando estampó su maldito coche en la joyería. Ya llevo un mes con la pierna estirada en casa. Los médicos no saben cuánto me queda todavía, pero todo apunta a que esto sólo es el principio. Desde entonces, no puedo dormir, no tengo vida y, no, no es porque cada vez que cierro los ojos recuerde a Conan. No, de eso nada. Ya me he olvidado de él. Esta vez sí, y es la definitiva. Es un hombre malvado que me hace sufrir. Sí, me he aficionado a una telenovela que emiten en un canal extraño.

Pese a las insistencias de mi familia, al final decidí quedarme en casa. Prefiero estar aquí, en este pequeño mundo, mientras se fraguan las dos roturas de mi vida: la pierna y el corazón. Además, siempre hay gente por aquí cuidándome. ¿De qué puedo quejarme?

—Diana, soy mamá. Voy a entrar.

—Ya estás dentro, mami.

—Lo sé —anuncia con una gran sonrisa.

Todos tienen llave de mi casa. Desde Vero y Ma, hasta Gusano y Ricardo, pasando por mis padres. Es una buena técnica para no hacerme levantar cada diez minutos, que es lo que tarda en aparecer una nueva persona por aquí.

—Te he traído sopita. ¿Cómo está mi niña?

—Fastidiada —respondo mientras inhalo su peculiar aroma. Me encanta cómo huele mi madre.

—¿Te molesta hoy?

—Debe de ser por la lluvia, no te preocupes.

—¿Te ha llamado tu comisario?

—¡¡Mamá!! ¿Por qué me preguntas eso todos los días?

Joder, hasta he dado un respingo en el sofá y me he hecho daño en la pierna.

—No sé, me parece extraño que no te haya llamado...

—¿Por qué, si puede saberse?

—En el hospital estaba preocupado de verdad, te lo aseguro.

—Sí, mucho. Ya se ha visto cuánto.

Mascullar se me da hiperbién. Llorar a escondidas con la excusa de que es por la pierna, también.

—Diana —dice mi madre sentándose a mi lado con un bol con una cuchara dentro—, fuiste muy grosera con él. Lo echaste de la habitación del hospital.

—No quiero hablar de él.

—Lo comprendo, pero no sé..., me parece que no todo es como tú crees.

—Estás hablando en morse, mamá, y te juro que los antiinflamatorios no me dejan pensar mucho.

—Diana, la forma en que tu Conan se mordía el labio y nos miraba mientras estabas en el quirófano no es la de un hombre que no sienta nada. Sí, no pongas esa cara. Sabes que soy la primera que quiero que le pique un escorpión en el pito, pero después de haberlo visto así..., tengo mis reservas.

Tan fina ella y tan mordaz para defender a sus hijos.

—¿Me estás ocultando algo?

—¡¿Yo?! ¡¿Qué cosas dices?!

Vale, mi madre miente como una bellaca.

—Anda, tómate esta sopita, que tu abu la ha hecho con mucho cariño.

—No hace falta que me la des. Las manos no me duelen.

—Ah, es verdad. Se me había olvidado. ¿Necesitas que te compre algo?

—Ya ha ido Ma. Debe de estar a punto de llegar. Mamá, tú no me mentirías, ¿verdad?

—¿Quién, yo?

—Disimulas fatal.

—No sé de qué me hablas. Voy a por el trapo del polvo.

—Sí, ya...

—¡Diana, Carlos y yo vamos a entrar! ¿Dónde estás?

—Donde siempre...

—Nos lo imaginábamos.

Mientras estoy comiéndome el dichoso caldo, oigo cómo mi madre y mis amigos murmuran en la cocina a la vez que van colocando los alimentos que han ido a comprar. Me encantaría aparecer de repente y pillarlos en plena conversación. De un tiempo a esta parte todo el mundo está muy misterioso. Menos mal que continúo con mis estudios de repostería. Si estoy sacando algo bueno de esta lesión es poder dedicarme en pleno a ello, gracias, sobre todo, a Ricardo y a Gusano, que se turnan para llevarme y traerme a la escuela en una especie de silla de ruedas con una tabla en la que apoyo la pierna. Son sólo dos tardes a la semana, pero me salvan de morir extasiada por el aburrimiento viendo telenovelas.

—¿Vais a venir a verme o no?

El tono ha sido similar al de una cabra a punto de despeñarse porque han aparecido los tres de repente, en fila, y, lo que es peor..., en silencio.

—¿Todo bien?

—Perfectamente, querida Diana.

Siguen en fila. Mala señal.

—¿Qué pasa?

—Nada, Di. Colocamos la compra.

En fila como un tres en raya y con mi madre balanceándose sobre los talones. Si sigue a este ritmo, va a desnucarse contra el mueble.

—Estáis poniéndome muy nerviosa.

—¿Nosotros?

Intento levantarme. Por fortuna, después de este mes en reposo, ya puedo apoyar de vez en cuando el pie, eso sí, ayudada por dos muletas.

—¿Qué haces? ¡No te levantes!

—El traumatólogo me ha dicho que, si no abuso y no me duele, puedo hacerlo.

—Mejor te quedas donde estás.

—¿¿Alguien quiere explicarme qué leches pasa en la cocina?!

Se miran. ¿Se miran? Por Dios, qué nerviosa me están poniendo. Estoy por darles un muletazo a cada uno.

—Nada. Está hecha un desastre con todo lo que te hemos comprado.

—Voy a ver.

—De eso nada. Tú te quedas aquí.

—¡¡Mamá, me has empujado!!

—¿Te he hecho daño, mi vida? Ha sido sin querer.

—Sí, claro.

Estoy a punto de volverme aún más loca de lo que ya creo que estoy. Siguen en fila. Los tres. Mafalda, mirando al techo; Carlos, silbando, y mi madre, a punto de explotar.

—¿Y bien? ¿Alguno de vosotros va a decirme qué pasa?

—Díselo tú, Mafalda.

—Ya se lo digo yo —dice Albalate, que ha aparecido de repente en mi salón.

Me he quedado muda, no soy capaz de emitir ningún sonido, a no ser que alguien oiga los latidos de mi desquiciado mi corazón, que se ha disparado al ver a Conan.

—¿Cómo estás, Diana?

FLIPADA.

—Diana, cariño, nosotros nos vamos, luego volvemos para hacerte la cenita...

—¡De aquí no se mueve nadie! Mafalda, siéntate en la mecedora. Mamá, tú en la otra. Carlos, tú a mi lado.

Conan lo mira. Creo que, si hubiera podido arrancarle el pellejo, lo habría hecho, pero supongo que sólo es una suposición mía.

—¿Quiere tomarse algo, comisario? —pregunta mi madre, la educada.

—No, gracias, señora. No me llame comisario, por favor. Me llamo

Víctor.

—Entonces tú no me llames señora: mejor Alicia.

Mi madre sonrío mostrando esa bonita mueca *tramadora* de situaciones desconcertantes. No puedo con mi ser en estos momentos.

—Siéntate, hijo.

Conan vuelve a mirarme. Ha sido Alicia, su nueva amiga y mi traidora madre, la que le ha dicho que se siente, no yo. Encima lo ha llamado *hijo*. La tensión se desborda por segundos y noto que empiezo a burbujear.

—Sólo voy a estar un momento —afirma sin tomar asiento—. Necesitaba..., quería saber si Diana, la agente Suárez se encontraba mejor.

—Mucho mejor —respondo con ganas de que se marche.

—Me alegro. ¿Ya has comenzado la rehabilitación?

La tensión se mide en decibelios.

—El mes que viene, cuando me quiten la escayola.

—Perfecto. Entonces...

—Comisario, lo invitaría a unirse a nuestra tertulia, pero no creo que le interesen los pormenores de la organización de una boda, ¿verdad? —suelto de golpe y casi sin respirar.

Mientras, cojo a Carlos de la mano ante la estupefacta mirada de Mafalda y del propio Carlos, que gira la cabeza hacia todos los lados hasta que le clavo las uñas para que deje de hacerlo. Este hombre es de todo menos discreto. ¡Por favor, un poco de colaboración!

Albalate se ha puesto blanco. Pero blanco fluorescente, con un cierto toque amarillito, diría yo. Aun así, todavía es, sin duda alguna, el hombre más guapo que ha pisado mi casa.

—No, desde luego que no me interesan —susurra—. Siento haber interrumpido, ya me marchó. Estoy de guardia, tengo el coche abajo —explica a la vez que me funde con esos ojos color caoba que quiero dejar de ver a la de ¡YA!—. Diana, te deseo lo mejor. Buenas tardes.

—Buenas tardes, lamento no poder acompañarlo a la puerta.

Creo que esto último no lo ha oído. El portazo ha sido muy bonito y sutil.

—¡Te has pasado veinte pueblos, Diana! —me reprocha mi madre alterada.

—¿Quién se cree que es para presentarse en mi casa y dar un portazo encima?

—¡¡Acabas de hacerle creer que vas a casarte con mi novio!!

—Cierto, Ma, querida —asevera Carlos corriendo como un pavo para ponerse a su lado.

Mientras avanza hacia ella, veo que se sacude la mano. Vaya, a lo mejor se la he apretado un poquito de más.

—¡¡Me da igual!! Mejor así.

—Mejor ¿para quién?

—¡Para mí, eso está claro!

—¿Estás segura, Di? Porque ese hombre se ha ido de aquí muy, pero que muy jodido.

—¿Albalate?

—¿Acaso estamos hablando de otro?

—¿Os recuerdo a todos lo que me hizo?

Silencio total que sólo yo me atrevo a romper:

—¡Me dijo que me quería y se fue después de pasarse cuarenta y ocho horas haciéndome el amor! ¡Sin darme ninguna explicación!

—¿Cuarenta y ocho horas, hija? ¡Qué aguante!

—¡¡Mamá!!

Menuda vergüenza me está dando. Acabo de revelar una información que ninguna madre debe saber.

—¿Tan extraño os parece que no quiera saber nada de él?

—Te comprendemos muy bien, Diana, pero de ahí a hacerle creer que vamos a casarnos... Si ese hombre siente algo por ti, acabas de hundirlo.

—¿Sentir algo por mí? Si así fuera, no habría desaparecido. Además, ha tenido tres meses enteros para poder solucionarlo y no ha movido ni un dedo.

—Yo también pienso que te equivocas, hija. Víctor está enamorado de ti.

—Y ¿eso cómo lo sabes, mamá?

—Una madre sabe esas cosas. Y ahora, si me disculpáis, voy a recoger la cocina.

Nadie me dirige de nuevo la palabra esa tarde. Menos mal que, con el paso de los días, las cosas vuelven a la normalidad, porque, si no, habría

pensado que había una conspiración interplanetaria contra mí, algo que, para ser honesta, sería muy injusto. Bastante tengo con ser una dependiente pierna-rota.

* * *

—Diana, ¿no estás emocionada? Acaban de quitarte la escayola.

—Mucho.

—¿Qué haces?

—Tomarme la medicación.

—¿Eres consciente de que acabas de tomarte tres pastillas seguidas?

—Claro. No quiero pasarlo mal en la rehabilitación. Tranquilo, controlo lo que hago.

Ricardo me mira como si tuviera delante a una yonqui, cuando, en realidad, soy una avezada policía que se ha encargado de buscar en internet qué tipo de ejercicios me van a hacer. En virtud de mis averiguaciones, y en pleno uso de mis facultades, he decidido evitarme el dolor intenso que aseguraba el doctor Pardo-Vilar Aconcagua, encargado del servicio de traumatología de la página web —«Si te duele, es que cura»—, de la Universidad de Cayo-Coco, que vete a saber tú dónde está.

—Tú verás, pero a mí tres me parece una barbaridad. Por cierto, ¿tenías muchos pelos cuando han serrado la escayola?

—Me hago el láser, morboso.

Parecía el Oso Yogui y Kung Fu Panda en uno, pero antes muerta que reconocer que tengo más pelos en la pierna que una morsa. Decido contraatacar con una pregunta *casual*.

—¿Cómo van las cosas por comisaría?

—Raras. Hay un ambiente tenso.

Ya está, ya lo he despistado. Hombres...

—¿Y eso? Gira por aquí —le indico—. El centro de rehabilitación está ahí, dentro del gimnasio.

—No sabría decirte, todo es raro desde lo de la joyería. Conan está más silencioso que nunca. Parece inquieto por algo, y ni siquiera le ha contado a

Gusano qué es lo que le pasa.

—Mejor para vosotros. Así estáis más tranquilos...

No quiero oír hablar de él. Sí, ya. No quiero, no quiero..., pero voy y pregunto. Masoca nivel máximo.

—No creas. Más bien es al contrario. Verlo pedir las cosas tan despacio hace que se te pongan todos los pelos como escarpías. Está a punto de suceder algo. Huelo el peligro a distancia.

—Aparca allí.

—Está demasiado lejos. Tendré que llevarte en brazos, y no me apetece.

—Bueno, pues aparca donde quieras.

—Aquí, en la puerta. Vamos —me dice—. Te acompaño dentro.

—Te recuerdo que ya casi puedo andar, aunque aún necesite las muletas.

—Prefiero acompañarte. No seas terca.

—¿Terca, yo? Llevo dos meses haciendo todo lo que me decís. Entre mi madre, mis amigos y vosotros dos, vais a volverme loca. Ah, por no hablar de los Picores. Vienen treinta veces al día y me llaman otras treinta para ver si necesito algo.

—Conan también me interroga por ti. Diana, no seas cabezota, te ayudo a salir del coche.

¿Hola?... ¿Qué acaba de decir?

—¿En serio? —pregunto intrigada mientras dejo que Ricardo me eche una mano.

—Casi todos los días. Lo hace como de pasada, para disimular.

—Disimular ¿qué?

Hay veces que debería estar callada y no indagar más, pero me puede la curiosidad, tengo ese defecto. Sólo ése, que conste.

—Se preocupa por ti. Mucho. Eso es más que evidente. Nunca lo hemos hablado, pero tendrías que haber visto la bronca que me pegó el día de tu accidente. Creía que iba a expedientarme y todo. Estaba desencajado cuando llegó y te vio tirada en el suelo con la pierna retorcida y llena de cristales. No sabes la paliza que le metió al mamón que te atropelló.

—¿Le pegó? —Estoy alucinada.

¿Dónde estaba yo? Ah, sí, medio desmayada.

—Los Picores y yo tuvimos que apartarlo, si no, se lo carga. Nunca lo he visto reaccionar con tanta furia. Estaba como ido.

—Bueno, es normal. Soy una poli de su equipo.

No hay otra justificación posible.

—Puede, pero desde la cena de Navidad, llámame pirado, creo que siente algo por ti. ¡Diana! ¿Por qué me pegas? ¡Encima que te traigo a rehabilitación!

—Porque no paras de decir idioteces. ¡Anda! ¡Vete!

En mi vida he oído una tontería semejante. Empieza a ser como una constante que cada dos o tres días alguien me diga que Albalate me quiere. Destierro ese pensamiento, una vez más, de mi cabeza y comienzo a dar saltitos hasta la puerta.

—¿A qué hora te recojo? Debería dejarte tirada por lo que acabas de hacer.

Temblando estoy. No sabe él el miedo que me dan sus amenazas de abandono.

—Puedo coger un taxi, te recuerdo. ¿No tienes nada mejor que hacer?

—Eres mi compañera y te recojo porque quiero. ¿A qué hora?

—A las cinco...

—Aquí estaré.

Ricardo, ese ser bueno y amoroso que tengo siempre a mi lado.

—¡Ric!

Se vuelve y levanta los hombros.

—¡Gracias!

Misión 27

La yonqui de mi abuela

Gracias al hombre más deslumbrante que debe de haber caminado por el sistema solar, consigo desterrar de mi mente las palabras de Ricardo, y es que lo que tengo delante no es un fisioterapeuta. No, no, no. Es el máximo exponente de lo que debían de ser los dioses del Olimpo. Moreno, ojos azules, boca en plan ventosa, más de metro ochenta de músculos la mar de bien colocados y unos dientes que están a punto de conseguir que me estampe por la nula coordinación cerebral que poseo en este instante. ¡Viva la madre que te parió! ¡Qué tío más bueno!

Sí, es posible. Estoy un poco excitadita. Con la emoción de la retirada de la escayola y asustada por si me dolía, debo admitir que quizá me haya pasado con los antiinflamatorios. Vamos, que estoy un pelín colocada. O, lo que es lo mismo, todo gira a mi alrededor. Lo curioso es que el subidón me ha dado en cuanto he visto a *Maromoman*, porque mientras hablaba con Ricardo he estado de lo más normal.

¡Guapo, más que guapo! El fisio, ¿eh? No Ricardo. Es importante que le dé a mi cerebro las instrucciones precisas porque tiende a ~~confabular~~ fabular, coño, ya no sé ni lo que digo. Porque una cosa es que se me trabe la lengua por las pastillas y otra que se me nuble el mesencéfalo. Lo de la lengua, está claro, es lógico. Si los antiinflamatorios relajan el músculo y desinflan, en

estos momentos mi lengua está relajada, bla, bla, bla, y, sobre todo, NO inflamada. ¡Anda, debo de tener una lengüecita muy chiquitina ahora mismo! ¡Ay, qué mona! ¿Y si me la trago?

—¿Diana Suárez?

—¿Superman?

Le falta la capa. Sólo la capa. ¡Macizo!

—¿Disculpa?

—¿Dónde te has dejado la capa?

—¿Te encuentras bien?

—¡No sabes tú cuánto, con estas vistas!

Sonrío. Me pongo tan guapa cuando lo hago. Irresistible. ¡Eh, que se me cae la baba! Aspiro para arriba. ¡Me lo estoy pasando teta!

—Estás empezando a preocuparme.

—¡No fastidies! Y ¿eso por qué, maromo irresistible?

—¿Has tomado alguna droga o de natural eres así?

—¿El ibuprofeno es una droga? —pregunto a la vez que levanto los brazos y comienzo a aletear como queriendo ponerle más énfasis al asunto. ¡Me siento libre!

—En principio, no.

—Entonces no me he drogado, fisio guapo.

—No sé bien qué pensar.

—Tú —afirmo con el dedo índice sobre su esternón— no te preocupes por eso. Tócame, tócame mucho la pierna y no te fijes en mis pelos.

—Lo cierto, Diana, es que no sé si estás en condiciones para comenzar hoy la sesión.

—¡Que lo de los pelos era una broma! ¡Me he depilado ya! Tú toca, hombre, tú toca.

—¿Estás segura? Bien, túmbate en esta camilla, por favor. ¿Puedes sola?, ¿necesitas ayuda?

—Soy poli, macho. ¿Ayuda para esto? Ni de coña.

Mira el fisio este, dudar de mis habilidades físicas... El macizo no sabe quién soy yo. A pesar de mi pierna, no necesito que ningún superhéroe me tienda una mano. Lo tengo chupado.

—¡¡Diana!! ¡¡Por el amor de Dios!! ¿Estás bien?

—Estoy tumbada como me has pedido, *Thor latino*.

—¡¡Sí, pero en el suelo!! ¡¡Acabas de estamparte!!

—¿Quién, yo?!

Muevo la cabeza de un lado al otro. Vaya, vaya, debo de haber calculado mal el saltito...

—Voy a pedir ayuda. Por favor, no te muevas de ahí.

Ja, me ha dado un ataque de risa. ¿Moverme? ¿Yo? ¿De dónde? ¿Del suelo? Risas. Muchas risas. Yo sola, en plan descojone. Joder, qué bien me lo estoy pasando. Si esto va a ser así todos los días, vengo más horas de las que me han prescrito. Más risas. Escribiría onomatopeyas, pero no me salen. Risas. Risas. Risas.

A lo lejos oigo unas voces. El dios del Olimpo vuelve a por mí.

—Aquí, Víctor. En el cuarto número dos. Dijo que era policía, pero yo creo que está colocada. Es por si la conoces.

Más risas. Colocada estoy en posición *destroyer* estampada en medio del suelo. Y ¿quién demonios es Víctor?

—¡¡Comisario!!

—¡¡Diana!! ¿Qué haces en el suelo?

—Bien, veo que os conocéis...

Inteligencia suprema la de *Thor negro*. ¡Anda! Pero ¿no era blanco?

—Ni se te ocurra tocarme, Albalate de los cojones.

—¡Diana! Tú no estás bien.

Mira él, qué inteligente. Me estoy mareando un poquito, la verdad. Y ¿él cómo lo sabe? Menudo fastidio de tío sabiondo. Lo miro. ¿Qué hace aquí? ¡Y ¿por qué es negro también?! ¡OYE, QUE ALGUIEN ENCIENDA LA LUZ! ¿Ya es de noche? Pues me duermo, que os den.

* * *

Media hora, o no sé cuánto rato después...

—¿Dónde estoy? —pregunto medio mareada.

Me encuentro fatal. Apenas soy capaz de abrir los ojos.

—Tranquila, cariño. Ya ha pasado lo peor.

¿Cariño? ¿Hola?... Intento levantar un párpado, pero me pesa mucho. Voy a intentarlo con el otro. Tampoco puedo. ¡Pues sí que estamos bien!

Siento que alguien me acaricia la mano y, sin pensarlo, se la aprieto bien fuerte antes de volver a quedarme dormida.

* * *

—Dianita, por favor, dime que perdonas a tu abuelita.

—¡Que sí, tranquila! No me pidas perdón más veces.

—¡Ay, ay...! ¡Es que mira que mezclar mis pastillas con las tuyas! No sé dónde dejo la cabeza a veces. Diana de mi vida, menudo sofocón tengo. ¡Por mi culpa acabaste en el hospital!

—Pero ya estoy bien, abu, no te angusties más. Además, sólo estuve unas horas. Ya pasó. ¿Ves? Me encuentro genial.

—Aún estás verde, mi vida, y por poco salimos en los periódicos: «Abuela con problemas de memoria cambia las pastillas de su nieta y le provoca una sobredosis de opiáceos».

—Contado así, da un poco de miedo.

—Ya tiemblo otra vez. ¡Quiero morirme! —El drama siempre ha sido lo suyo—. ¡Mi Diana, en el hospital...! Es que las dichas píldoras eran blancas, del mismo color que las mías.

—Vamos, mamá —interviene mi madre guiñándome un ojo—. No pasa nada. Diana está bien y no volverá a ocurrir. Anda, ¿no habías quedado con tus amigas para jugar a las cartas?

Mi abuela deja de llorar. Es así de rápida. Lo mismo llora, que ríe, que trama jugadas magistrales a las cartas. Menudo personaje.

—Sí. He quedado con mis amigas. Hala, maja, termina de recuperarte, bonita mía. Y recuerda que antes de tomarte cualquier cosa debes leer bien el prospecto que, si no, mira la que puede liarse.

¡Será posible...!

—Me preocupa mucho tu abuela, Diana —comenta mi madre en cuanto

ésta cierra la puerta—. Ya no podemos dejarla sola. Mira la que ha montado con las pastillas. ¿Quién le mandaría a ella tocarlas? ¿De verdad te encuentras bien? Todavía estás pálida, cariño.

—Sí, estoy bien. Un poco sedienta, pero me ha dicho el médico que es normal después de lo que me tomé.

Rompo a reír, o a llorar, no sé muy bien en qué estado me encuentro. La verdad es que me llevé un buen susto cuando desperté en el hospital sin saber qué hacía allí.

—Que no se te olvide nunca, a partir de ahora, que eres alérgica a la codeína.

—Tranquila, que no se me olvidará en la vida. Y ¿para qué la toma ella?

—Dice que para el dolor de cadera. Tu abuela es una yonqui. Papá dice que vamos a hacerle las mismas pastillas en la farmacia, pero sólo con azúcar. Por cierto, menuda suerte que tu comisario estuviera entrenando en el mismo gimnasio.

—¿Perdona?

¿Conan? ¡No me acuerdo de nada!

—Sí, él nos avisó de que estabas en el hospital y se quedó contigo hasta que comenzaste a despertar.

—No lo recuerdo.

—Deberías haber visto la cara de ese muchacho. Estaba desencajado.

Mi madre continúa hablando, pero soy incapaz de seguir escuchando sus palabras. ¿Víctor en el hospital conmigo? ¿Por qué no me acuerdo de nada? Empiezo a pensar que mientras estoy dormida, drogada o atropellada, siempre suceden las cosas más interesantes.

—¡Diana! ¿Estás segura de que no quieres que mamá y yo nos quedemos a dormir otra noche?

Miro a mi padre, quien acaba de regresar de llevar a mi abuela al centro de jubilados, donde los despluma a todos de forma despiadada.

—No, papá, gracias. Ya lleváis dos noches aquí, durmiendo en el sofá cama más incómodo del mundo. Os juro que estoy bien. Vosotros mismos oísteis al médico decir que no había sido una dosis peligrosa, pero que como, al parecer, soy alérgica a la codeína, eso había sido lo que me había causado

las alucinaciones... ¡Madre mía, qué vergüenza si tengo que volver a ver al fisioterapeuta!

¿Por qué se ríe mi padre?

—El pobre muchacho también estaba en el hospital cuando llegamos. Al parecer, lo llamaste Superman...

—Voy a matar a mi abuela.

* * *

Dos horas después, mis padres se han marchado. No demasiado lejos, pues viven al cruzar la calle. Desde que se han ido, me ha dado por llorar. Mentiría si no admitiese que me llevé un buen susto. No sé qué le he hecho a Murphy, pero empieza a ser un poquito cabroncete conmigo. Primero, lo de la pierna, y ahora esto. Y, por si fuera poco, he hecho el ridículo delante del mejor fisio de la ciudad, y, para rematar, Víctor lo ha visto.

Nerviosa, voy a la cocina a calentarme la cena que me ha preparado mi madre. Necesito actividad. Llevo demasiado tiempo sola, alterada y tan triste que apenas si me reconozco en el espejo. Cuando me recupere de la pierna, debo comenzar a tomar decisiones. Sí, echo de menos la comisaría, pero cada vez tengo más claro que ésa no es mi vida. No puedo pasarme los próximos treinta años huyendo de Conan y haciéndole de escolta al alcalde de turno. Quiero hacer más cosas. Quiero abrir mi obrador ecológico y hacer feliz a la gente.

Justo cuando llego a la cocina, con la pierna medio a rastras, Murphy vuelve a hacer de las suyas y suena mi móvil. Lo busco en el bolsillo, y, sí, como era de esperar, me lo he dejado tirado en el sofá.

El teléfono suena y suena hasta que llego, momento justo en que se corta la llamada. Cabreada, llorando como una imbécil y hecha un asco, miro a ver quién me ha llamado. Genial: encima, ni conozco el número.

Diría tacos, pero es que ni de eso tengo ganas. Me siento como un chicle escupido en medio de una calzada: aplastadita y abandonada a mi suerte. Necesito un helado de chocolate tamaño pelota de baloncesto. Renqueando de nuevo, vuelvo a la cocina, apago el microondas, dejo la cena dentro, y

busco en el congelador algo con mucha glucosa con lo que subirme el ánimo.
¡¡No hay nada!!

Justo cuando pienso que ya nada puede ir peor en la que sin duda es la noche más frustrante y decadente de mi vida, llaman a la puerta.

—Comisario, ¿qué hace aquí?

Debería haber utilizado la mirilla antes de abrir la puerta, que para eso está. Otra muestra más de mi idiotez supina.

—¿Has estado llorando?

Oye, ni buenas noches.

—NO.

—Mientes fatal, Diana. ¿Puedo pasar..., por favor?

NO.

—¿Qué hace aquí, comisario? —vuelvo a preguntar.

Conan se mete las manos en los bolsillos. Parece nervioso, algo nuevo para mí. Nunca lo había visto así.

—¿Estás sola? —inquire con esa voz profunda que sólo tiembla cuando susurra como acaba de hacer ahora mismo.

—Eso no es algo que le importe.

—Diana, por favor. Sólo quiero saber cómo estás. Verás, yo... —intenta explicar mientras da un paso para cruzar el umbral.

—No le he dado permiso para entrar en mi casa. Prefiero que se vaya, señor.

—No estás sola, ¿verdad? ¿Está Carlos contigo? Sí, bueno, es lo normal..., al fin y al cabo, vais a casaros.

—Eso es —convengo cada vez más asustada.

¡Cómo me gustaría que me abrazara! ¡Cómo me gustaría decirle que entre Carlos y yo no hay nada, que sólo es el novio de mi amiga Mafalda!

—Está bien —dice con una mano en el pomo de la puerta—, me voy. No era mi intención molestaros, perdón —añade abriendo la puerta pero sin salir aún—. Diana...

Se me va a salir el corazón por la boca, lo juro. Sé que suena a frase tópica, pero es que no puedo más. Nunca lo había visto así, cabizbajo, alterado y casi tan triste como yo.

—Dígame —respondo sin poder moverme de donde estoy.

—Yo...

—Usted, ¿qué?

Víctor mira hacia el comedor, donde habla la tele, y después clava los ojos en mí. Lo hace de una forma intensa que me remueve como si estuviera vaciándome por dentro y luego vuelve a llenarme.

—Yo... me voy ya —bisbisea antes de morderse el labio y salir por la puerta con los puños cerrados.

—Víctor —exclama mi subconsciente traidor en voz bajita—, estoy sola.

—Joder, Diana.

Tengo sus labios sobre los míos. Saben a gloria, a consuelo, a pan recién hecho, a macedonia fresquita en verano, a chocolate con leche, a deseo puro.

—No puedo más, te lo juro. Voy a volverme loco. Tres meses en comisaría sin poder besarte. Luego dos meses esperando a que regreses cuando sé que todavía queda mucho para que lo hagas. Te he visto dos veces en el hospital y hasta me has dicho que te casas. Te juro, vida mía, que no puedo más.

—Pero...

—No, por favor, no hables. Déjame besarte. Déjame. Estoy harto de imaginármelo.

He nacido para que me bese, así que, sin poder evitarlo, abro la boca y levanto los brazos para cruzarlos sobre su nuca. ¡Qué bien se está así, junto a él!

—Me moría, Diana, me moría si no te besaba. No sé cómo he podido resistir cinco meses sin hacerlo. Cada vez que te veía en comisaría, me daban ganas de cogerte en brazos y encerrarte en mi despacho, tumbarte sobre la mesa y meterme dentro de ti.

Soy incapaz de hablar. No sé cómo puede hacerlo él, porque no ha dejado de besarme ni un solo instante. Cierro los ojos con fuerza. Necesito percibirlo desde el alma. Lo que sentía por él sigue estando ahí, bien guardado, enganchado a cada una de las partículas de mi ser.

—Sueño contigo, despierto y dormido. Te veo en todas partes. Oigo tu risa por los rincones y hasta recuerdo cada uno de tus gemidos mientras

hacíamos el amor. No dejes de besarme, te lo pido por favor...

—Te quiero.

El corazón también debe de hablar, y el mío lo tiene clarísimo... ¿Para qué reprimirlo más si lo tengo aquí conmigo? El alivio por estar con él inunda todas mis arterias.

—Repíteme eso, mi vida. Repíteme...

—Te quiero, Víctor.

—Yo también, yo también... Joder, Diana, no sé cómo he podido callármelo tanto tiempo. Dime dónde —me pide cogiéndome en brazos con cuidado pero sin dejar de besarme.

—Primera puerta a la izquierda.

Cómo cambian las cosas en un solo momento. Hace diez minutos estaba llorando de soledad y ahora lo hago de amor. Me parece increíble estar junto a él, sentir sus labios llenando los míos, acariciando cada una de mis sonrisas. Al final va a ser que todo el mundo tenía razón.

—He imaginado mil veces que estaba aquí, contigo en tu cama, cuidándote. Me he destrozado las manos y los músculos en el gimnasio para dejar de pensar en ti. He corrido más que nunca en mi vida, hasta ahogarme, y, nada, ni aun así he conseguido olvidar que estuve dentro de ti. Te amo. Te quiero tanto que me he convertido en un idiota que se pasa las noches debajo de tu casa por si necesitas algo.

—¿Has hecho eso? —le pregunto asombrada ante la declaración de amor más romántica que jamás he oído.

—Cada noche, mi amor, cada noche. Estoy derrotado de no dormir. No podía más. Ahora déjame besarte como he fantaseado durante estos meses.

¿Cómo resistirse a algo así? Apenas puedo pensar. Conan me abraza con el aura. Despacio, ha ido desnudando su alma y mi cuerpo. Siento que estoy muy cerca de algo nuevo. Quizá cuando esté dentro de mí lo descubra. Quizá cuando sienta cómo penetra en mí, así, como lo está haciendo ahora mismo. Qué sensación tan maravillosa tenerlo tan dentro. Siento calor y frío, miedo y sorpresa, anhelo y conformidad, certeza e incertidumbre, pero también siento amor, de eso no tengo la más mínima duda.

—Voy a correrme. Esta noche no puedo aguantar más. Es más fuerte que

yo...

Gemir con la voz entrecortada ante la fuerza de mi propio orgasmo fue el indicador de que para ambos había sido mucho más fiero que cualquier voluntad.

Se ha dormido en mis brazos después de hacer el amor como nunca lo habíamos hecho. Ahora, quizá tras muchas noches sin haber descansado bien, lo mantengo abrazado junto a mí, escuchando su respiración serena en mi cuello, sus manos calientes alrededor de mi cuerpo. Le susurro un «te quiero» al oído y siento cómo me abraza aún más. Sé que lo ha oído, y con eso me basta.

Misión 28

Otra vez tú, no

—Soñaba con verte desnuda a mi lado de nuevo, pero en ninguna de esas imágenes sentía esto, Diana. Es aún mejor.

Son las cuatro de la madrugada. Víctor acaba de despertarse abrazado a mí e inmediatamente ha sabido que yo no dormía. ¿Cómo hacerlo, si lo tengo a él dentro de mi cama y de mi vida de nuevo? Sonrío en la oscuridad, y él también lo detecta.

—Me encanta saber que vuelves a sonreír —murmura a la vez que me pasa un dedo por los labios—, siempre estabas tan seria en la comisaría... Tus ojos ya no brillaban. Estaba preocupado.

—¿Preocupado? —digo extrañada.

—Sí, y también me sentía muy culpable.

—Eso ya me encaja más. Te portaste muy mal en Granada. Aún no comprendo qué fue lo que pasó para que te marcharas de esa forma y, sobre todo, para que nunca me hayas explicado qué es lo que hice mal.

—¿Mal? —pregunta sorprendido—. ¿De verdad pensabas que habías hecho algo mal?

Asiento con lágrimas en los ojos.

—Tú nunca has hecho nada mal. Sólo es cosa mía.

—Y ¿qué es lo que ha cambiado ahora para que vuelvas a buscarme? —

indago bastante asustada.

—No ha cambiado nada, Diana —afirma sincero con tristeza en la voz—, pero no podía aguantar más sin besarte.

—¿No ha cambiado nada? —vuelvo a indagar mientras aparto los labios. ¿Qué sentido tiene que me bese si «no ha cambiado nada»?

—No te apartes, por favor. Quiero seguir besándote. Lo necesito, mi vida...

—¿Volverás a desaparecer por la mañana?

Albalate se queda rígido en la cama. Aún percibo su aliento cerca de mí, a pesar del frío que parece haberse colado entre las sábanas. Tarda unos segundos eternos en responder, y, por fin, consigue pronunciar lo que más temía yo.

—Sabes que sí.

—¿Cuándo? ¿Cuál era tu intención exactamente? ¿Pasarte la noche follando conmigo diciéndome una mentira tras otra para salir huyendo como un capullo por la mañana?

—No, Diana, las cosas no son así, como tú las cuentas. A esto que pasa entre nosotros no se le puede llamar follar, y lo sabes de sobra.

—¿De verdad no son así las cosas? Pues vas a disculparme, comisario, pero así son como yo las he vivido. Ésa es mi verdad. Mi verdad es que iba a despertarme después de haberte dicho que te quiero mil veces y encontrarme con que tú te habías marchado sin dar explicaciones y, sobre todo, después de haberme mentido una vez tras otra.

—Jamás te he mentido —asevera con voz grave.

Está buscando mis manos entre las sábanas, pero las tengo escondidas. Nunca más volveré a dejar que me las coja.

—Vas a disculparme, pero no te creo —contraataco—. Aunque sí debo reconocer que eres un maestro en el arte de fingir. Con ésta ya he caído tres veces, créeme si te digo que no volverá a suceder.

Quiero que se vaya, que desaparezca ya. ¿De qué me sirve tenerlo un par de horas más?

—Diana, mierda, no hagas esto. No hables así de lo que siento por ti. Mírame.

—No me da la gana; además, estamos a oscuras.

Vale, acaba de encender la luz. No sé cómo ha sido capaz de encontrarla a la primera cuando a mí, que soy la dueña de la casa, me cuesta una hora y media hacerlo.

—Mírame ahora.

—Te he dicho que no quiero.

—¡Joder, Diana, mírame a los ojos! ¡¡Mírame!!

—Debes de estar sordo —replico intentando no echarme a llorar—. Te he dicho que no quiero mirarte. ¡¿Para qué?! —grito enfadada y desesperada.

—Para que busques la verdad que hay en mis ojos. Mírame y te darás cuenta de que no te estoy mintiendo, de que nunca lo he hecho y de que, además, estoy desesperado porque no puedo controlar «esto».

—¿Desesperado, tú? ¿Qué?, ¿vuelves a estar empalmado? ¿Necesitas otro revolcón? ¿Por qué yo? ¿Te divierte lo patosa que soy? ¿Lo imbécil que soy? Quiero que te vayas.

—¡No pienso irme! ¿Para eso crees que te quiero? ¿Sólo para follar? ¡Tú no me conoces de nada!

—Víctor, por favor, no me hagas más daño... —suplico mientras me voy dando cuenta de que estoy perdiendo el poco control que me quedaba.

—No llores, mi vida, por favor... —me ruega poniéndose de rodillas en un intento por alcanzarme.

Hace un buen rato que estoy acurrucada en la otra esquina de mi inmensa cama.

—Dime una sola cosa —le pido, esta vez sí, con mis ojos fijos en los suyos.

—¿Qué? —dice tras haber inhalado todo el aire que podía.

—¿Vas a desaparecer por la mañana?

Conan baja la cabeza, respira de nuevo y vuelve a levantarla. Sé lo que va a responderme, la posición de sus hombros me lo indica.

—Sí.

—Sal de mi vida y no vuelvas más.

—Diana, yo...

—Eres el peor error que he cometido.

Creo que por fin ha comprendido el mensaje. Furioso, recoge su ropa y se va vistiendo de camino a la puerta con una rapidez asombrosa, pero antes de desaparecer tras ella, se gira para mirarme una vez más y susurrar con una voz casi inaudible:

—Tú, en cambio, eres la única mujer a la que he querido. Adiós.

* * *

—¿Qué te ha pasado, tronca? —pregunta Gusano, el sufrido conductor de hoy—. Tienes un careto horrible.

Amigos motivadores, eso es lo que necesito tras el infierno de noche que he pasado después de la pelea con Albalate.

—No he dormido bien. Me dolía mucho la pierna.

—Es normal, sólo han pasado dos meses desde el atropello. No desesperes, Di.

He decidido no contarle nada a nadie. ¿Para qué? ¿Para parecer más idiota aún de lo que ya me siento? No sé cómo voy a borrar la primera parte de la noche. Ésa es la que me tortura, la que me ha tenido toda la noche llorando en el mismo rincón en el que me agazapé cuando él se fue de mi casa. ¿Cómo he podido volver a permitirme sentir?

—¿Tanto te duele? Estás llorando, Diana. ¿Quieres que pare y estiras la pierna?

—No, Gusano, tranquilo —respondo—. Sólo quiero acabar cuanto antes con la sesión de hoy. Después de la movida de las pastillas de mi abuela, aún no he vuelto a rehabilitación, y tengo que pasar el primer encuentro ya. Quiero quitarme esto de encima y poder continuar con mi vida.

—¿Seguro? Mira que, si no te encuentras bien, nos damos media vuelta y nos pasamos la tarde viendo pelis antiguas de esas que tanto os gustan a Vero y a ti.

—Gracias, pero no —respondo con una media sonrisa—. Cuanto antes empiece, antes podré volver al curro.

—Bueno, está bien. Seremos dos polis responsables e iremos a rehabilitación —acepta—. Ya estamos llegando. Por cierto, ¿sabes que éste

es el gimnasio donde entrenamos Albalate y yo?

—Sí, me suena...

—Aunque, bueno, desde hace unos meses vengo solo. Conan está desaparecido. Sólo lo vemos en comisaría y luego desaparece. Ya ni jugamos al pádel. Desde el viaje de Granada, está de lo más misterioso. ¿Lo has visto tú?

—El otro día, aquí. —Creo que es la primera vez que le miento a mi compañero y amigo.

—¿Lo viste aquí? ¡Vaya milagro! Hace meses que no coincido con él después del curro. Y ¿qué? ¿Cómo van las cosas con él? Mejor, ¿no? Suele preguntarnos a Ricardo y a mí por ti.

—Sí —vuelvo a mentir. Me falta poco para ponerme a llorar otra vez—, mucho mejor.

—Vamos, tronca, a currar un poco con esa tibia, que debe de estar tan tiesa como la abuela de Tutankamón.

Me despido de Gusano en la entrada y, con la sempiterna ayuda de mis inseparables muletas, camino como puedo hasta la sección de fisioterapia. No me hace ninguna gracia estar aquí por varias razones:

Muero de agotamiento.

Muero de tristeza.

Muero de vergüenza por el numerito del otro día con el fisio.

—Hombre, la célebre Diana Suárez, de nuevo por aquí...

Empezamos bien. Estoy yo para bromitas.

—¿Javier Garrido, por favor?

—Pues sí que debías de ir bien colocada.

—¿Perdona? —respondo sería como un bacalao puesto a secar al sol.

—Casi que eras más graciosa el otro día. Pasa, Diana, me caías mucho mejor cuando me llamaste Superman.

Suspiro cabreada. Si tuviera la porra..., Dios, cuántas cosas podría hacer con ella en estos momentos.

—Con respecto a lo del otro día, Javier, me gustaría pedirte disculpas. Fue algo totalmente en contra de mi voluntad.

Él se vuelve y me sonrío.

—Tranquila, Diana, en el hospital me comentaron qué era lo que te había sucedido. Discúlpame tú a mí. Sólo quería restarle importancia al asunto. No te preocupes, de verdad. ¿Empezamos de nuevo?

—Lo hacemos. Diana Suárez —respondo tendiéndole la mano.

—Javier Garrido, *Thor latino* para los amigos —contesta él con una divertida mueca mientras aprieta mi mano.

No puedo evitar reír. Aunque no recuerdo toda la escena, hay algunas cosas que me suena como si las hubiera vivido hace mil años.

—¿De verdad te llamé Thor latino?

—Te lo juro —asevera—, y ahora, con mucho cuidado y sin querer parecer del Circo del Sol, por favor, tumbate en esa camilla, que vamos a echarle un vistazo a la pierna.

* * *

Cincuenta y siete sesiones después, ocho cenas con Javier y muchos ejercicios fisioterapéuticos, por fin me dieron el alta.

—¿Salimos esta noche para celebrarlo, Diana?

—Claro que sí, Javi. ¿Dónde siempre? ¿Llamamos a los demás?

—Como quieras. Ya puedes cambiarte. ¿Sabes?, voy a echarte de menos. No sé qué haré mañana sin ti en la consulta.

—Vamos, Thor latino, con todo lo que te he hecho pasar... —bromeo con él.

Han sido tantas horas juntos que hasta nos hemos hecho amigos e incluso se ha integrado en mi pandilla. Lo cierto es que estaba muy solo. Acababa de instalarse aquí cuando aterricé, literalmente, en su camilla.

—Te lo digo en serio. Contigo me daba la sensación de no estar trabajando. Reconoce que nos lo hemos pasado muy bien y que te he dejado una pierna de infarto.

—¿Disculpa? —interrumpo—. Reconoce tú que me lo he currado un huevo.

—Mucho, Di. Eso es verdad. Ahora ya sólo tienes que venir una vez a la semana durante el mes de agosto y terminamos la rehabilitación.

—¿No te vas de vacaciones?

—No. En septiembre, así que no vas a librarte de mí. Anda, dame un beso y ve a cambiarte. Dentro de cinco minutos tengo aquí a la pesada de la señora Robles y su tendinitis de muñeca.

—¡Que te sea leve! ¡A las nueve!

—Perfecto, te recojo a esa hora.

Dos meses. Sesenta días, casi, de rehabilitación, más dos de escayola. Cuatro meses sin autonomía y ahora por fin volvía a salir al mundo real. Un escalofrío me recorrió el codo. Dos meses sin saber nada de Conan, muchos días que iban a terminar cuando me incorporara el lunes al trabajo.

Decidida a olvidarme de él hasta que lo tuviera delante, caminé con paso firme hacia mi coche. ¡Menos mal que ya podía conducir! Arranqué y, cantando como una loca, me fui a casa a arreglarme para la cena de la noche.

Misión 29

De vuelta a las guardias

—No les hagas caso, apreciado Javier, salta a la vista que no era tan repelente.

—¿Cómo que no, Carlos? —pregunto escandalizada—. ¿Sabes lo que dijo Mafalda la primera vez que te vio?

—Sorpréndeme, Diana.

—Dijo que parecías sacado de un cuadro de la Casa de Alba.

Todos ríen, incluso el aludido, que pasa bastante de todas las veces que nos hemos metido con él.

—Te comportabas de una forma tan galante... y estirada, cariño... ¡Vale, lo admito! ¡Culpable! —asiente Mafalda entre silbidos—. Pero ahora que ya no eres tan altivo estás mucho mejor y eres mucho más simpático.

—Eso es porque tú me has cambiado la vida, preciosa mía.

—Y más que va a cambiar cuando nos casemos la semana que viene...

Uf, qué enamorados están. Es que no podrían esconderlo jamás. Observo a Ma sin que se dé cuenta. Está más guapa que nunca y tan hippy como siempre. A su lado, Carlos, el pirado que conocí pocos días antes de Navidad cuando quería saltar en pelotas en la piscina municipal. Ahora siempre ríe. Enfrente, Verónica y Gustavo. ¡Vaya dos! Otros que están chiflados el uno por el otro. Y, reflejados en el espejo, Javi y yo, la extraña pareja. Él, el

hombre perfecto: divertido, sensible, inteligente y tan culto que pasar el tiempo a su lado es una de las mejores inversiones que puedo hacer desde que lo conozco. Pero es gay, y también está hecho un asco por amor. Intentamos liarlo con Edu, el del banco, y la cosa no salió nada bien. Nos hemos hecho inseparables. Vamos juntos al cine, al teatro, de compras, y hasta a comprar electrodomésticos. Somos tan cómplices que en la mayoría de las tiendas nos confunden con un matrimonio. A nosotros nos hace gracia la tontería y jamás lo hemos desmentido.

Vuelvo a mirar hacia el espejo que está situado detrás de Vero y Gus. Javi se da cuenta y me saca la lengua. Pronto, Carlos, que está a mi lado, nos imita, y justo cuando más nos estamos riendo, Gustavo suelta sin anestesia pero con voz de alerta que Albalate viene hacia nosotros. No necesito volverme para comprobar que tiene razón.

Conan nos ha visto y... no viene solo. La puñetera rubia de siempre lo acompaña.

—Buenas noches, Gusano —saluda con una sonrisa que se le acaba de congelar cuando me ha visto mirándolo a través del espejo. Parece un poco desconcertado y, cuando por fin se da cuenta de que nos conoce a todos, aprieta los labios mientras va saludando uno a uno.

—Carlos, ¿cómo te va?

Carlos me mira. Para todos, la última vez que lo vi fue cuando apareció en mi casa delante de ellos. Sigo sin haberle contado a nadie lo que pasó esa noche de hace dos meses. Todavía me duele demasiado como para compartirlo con nadie.

—Bien, Víctor, celebrando el alta de Diana.

—¿Te la han dado ya? —me pregunta en ese tono de voz prepotente que tanto me irrita.

—Sí, comisario —mascullo—. El lunes me incorporo al trabajo.

Cada día doy gracias por tener los amigos que tengo. Carlos acaba de darse cuenta de que me tiemblan las manos y, en un gesto de generosidad, las coge con la suya. La vista de Albalate no puede evitar pegarse a esa imagen.

—¿Queréis sentaros con nosotros? No nos cuesta nada haceros un hueco en un momento —los invita Gusano por pura educación. Sé que tienen una

buena relación, pero también sé que jamás haría nada de forma consciente que pudiera hacerme daño.

La rubia aprieta el brazo de Conan con un aspaviento que deja poco lugar a las dudas: prefiere cenar a solas con él.

—Gracias, Gus, pero tenemos mesa reservada. Que disfrutéis de la cena. Suárez...

—¿Comisario? —contesto muy seria pero mirándolo a los ojos, aún con la mano de Carlos entre las mías.

—Nos vemos el lunes. Buenas noches.

—¿Estás bien, Diana?

—Muy bien.

—Tu cara no parece estar muy de acuerdo.

Cojo la copa de vino y bebo un sorbo antes de responder.

—Sí, estoy muy bien, os lo aseguro. ¡Venga! —disimulo como puedo—. ¡Un brindis por el fisioterapeuta con la paciencia más grande del planeta!

—¡Por Thor latino!

No volví a sonreír de verdad en toda la cena. Víctor y su perfecta amiguita formaron parte de mi noche. Su mesa se reflejaba perfectamente en el puñetero espejo. Ella no paró de hablar y de reír. Conan, de taladrarme con la mirada desde donde estaba, y yo... sólo pude contener las ganas locas que tenía de ir a cruzarles la cara.

El resto de la cena fue una farsa.

* * *

Tuve que volver a la litrona de melisa. Si no, no podría haber dormido durante todo el fin de semana. Por suerte, la cena del viernes se prolongó hasta las seis de la mañana, gracias sobre todo a mi actuación estelar en el karaoke más cutre que pudimos encontrar a petición mía. Llevaba demasiados meses sin salir, y entre la visión en el espejo de Conan y la rubia y el vino que bebí para olvidar... El pobre Carlos me llevó a casa casi a rastras. Él solo. Su querida Mafalda se había quedado dormida en el coche durante el minuto y medio que duró el trayecto entre el centro y mi piso.

—Dianita, no es mi intención que te ofendas, pero cuando estás pedo, pesas siete veces más que en tu estado natural.

—Cállate, Carlos, y llévame a la cama, que tengo frío.

—¿Frío? ¿En pleno agosto? Querida, estás como una cuba.

—¡Lo estoy! ¿No es maravilloso?

—Depende de para quién, Diana, bonita. En estos momentos, a mi espalda no le parece tan fantástico llevarte a caballito. ¿No crees que podrías intentar caminar un poco?

—¡No, no! Estoy convaleciente de una rotura de tibia y tú eres un caballero andante.

—¡Qué voy a hacer si la vida me ha otorgado ese papel! ¡Vamos, querida, cógete bien, que arrancamos!

—Carlos, no sé si te lo he dicho alguna vez, pero eres el mejor y te querré siempre...

Y poco más recuerdo de la noche. Había sido ver a Conan entrar en el restaurante con la rubiales y darme sed.

Menos mal que eso fue el viernes, porque estuve durmiendo casi todo el sábado hasta la hora en la que había quedado con Javi para ir al cine. Por fortuna, la película fue horrible y pude seguir haciéndolo allí también.

* * *

La comisaría en verano es algo así como un cocedero de marisco, sólo que, en lugar de nécoras, hay policías achicharrados. El uniforme de los meses más calurosos del año no ayuda tampoco. O hace un calor del carajo bendito, o es que estoy tan nerviosa de volver a trabajar (verlo todos los días, para el rincón sincero de mi cabeza) que parece que, en lugar de llevar un traje de poli fabricado con tela, lo llevo de neopreno.

—Ricardo, gracias.

—¿Por qué? ¿Por existir y estar tan buenorro?

—Fíjate que no me parece a mí que estés tan buenorro... —bromeo con él mientras cojo la caja de bombones con forma de campanillas que acaba de dejar encima de mi mesa—. Es por esto. Gracias por los bombones. No hacía

falta, ya sé que me has echado de menos.

—Y, como sé que no hacía falta porque he ido a verte casi todos los días y te he llevado a la rehabilitación cien millones de veces, no te he comprado los bombones. Yo no he sido.

—¿Picores?

—*Quilla*, no.

—¿Gus?

—Tampoco. Salgo pitando, que Conan acaba de llamarme cabreado desde los juzgados.

Me desinflo un poco y me alegro a partes iguales. Lo mismo me da. Esto del desamor va a ratos. Por un lado, suspiro tranquila y relajada porque Albalate no está en comisaría, pero por otro... ¡Ay, que me mustio! Sí, ya sé que lo vi el viernes, pero... Abro la caja de bombones. A la mierda, voy a comerme tres de golpe. Menos mal que están buenísimos y que a mí casi todo se me cura con chocolate.

—Diana, el viernes tienes guardia —me anuncia Ricardo.

—Bonita forma de comenzar. ¿Contigo?

—No, con Conan. ¿Sabes que vas a ahogarte?

—No sé por qué lo dices...

—Acabas de meterte un puñado de trufas de esas en la boca. Conozco a uno que se ahogó con menos.

—Exagerado.

—Tú no quieres hacer guardia con el comisario —susurra el muy capullo en un tonito sibilino en mi oreja.

—El tiempo que he estado de baja te ha sentado muy mal. Eso de patrullar con los Picores ha sido malo para ti.

—Sí, como quieras, guapa, pero lo que te digo es verdad. Y ¿sabes la razón?

Juro que estoy tentada de darle un puntapié delicado en todos los morros, pero el hecho de estar rodeada de polis hace que me corte un poquito.

—Vamos, estoy esperando tu maravilloso razonamiento...

—Conan te pone...

—... negra.

—Negra, azul, morada y de todos los colores. Te gusta. Me encantaría saber cuál es el motivo para que no quieras admitirlo.

—Estás mucho peor de lo que creía. No sólo no me gusta, sino que además me cae francamente mal. Creía que a estas alturas de nuestra relación ya lo sabías.

—Diana, mírame a los ojos. Así —dice a la vez que me coge la cara entre las manos y lleva los dedos índice y corazón de sus pupilas a las mías—, estás enamorada de Víctor Albalate. Cuanto antes lo admitas, más feliz serás.

Quiero hostiarlo vivo. Ricardo no suele enterarse de nada, y si él es capaz de llegar a ciertas deducciones, no quiero ni imaginarme qué es lo que piensan todos los demás. Me está poniendo muy nerviosa, pero si algo admito es que soy una kamikaze en potencia.

—Y ¿por qué tengo que admitir una suposición tuya?

—Admitir la verdad es el primer gran paso para tomar decisiones.

—Deja de pavonearte, Ricardo, y no te hagas el médium sabiondo. La única realidad que hay es que el sábado tengo que estar radiante en uno de los momentos más especiales de mi vida: LA BODA DEL AÑO.

—¿Acaba de llegar de baja y ya de boda, Suárez?

Pero ¿este hombre no estaba en otra parte? Me remustio del todo. Del coraje tiro hasta la caja de bombones —casi vacía, no seas cínica— a la papelera.

—¿Alguien ha visto a Gusano?! —grita—. Llevo más de una hora esperándolo en los juzgados.

Me está mirando. Frunzo la nariz en una clara señal de cabreo supremo.

—Suárez, ¿no piensa responderme?

Esto es un duelo total. Grande y titánico.

—¿A qué exactamente? ¿A lo de la boda o a lo de Gusano?

El frío ha llegado de golpe a la comisaría sin necesidad de instalar aire acondicionado. El bloque de hielo que sale de sus ojos —caoba, maravillosos...— sólo podría cortarse con una espada láser.

—Sus asuntos personales —susurra a punto de atragantarse, pero sin bajar la mirada— no son cosa mía.

—Gusano ha salido hace media hora, comisario —responde Ricardo con

la clara intención de querer rebajar la tensión que hay instalada entre nosotros.

No comprendo por qué las cosas tienen que ser tan complicadas, y encima, como no consigo desviar mis ojos de los suyos, empiezo a ver cosas que no sé si existen. ¿Le brillan?

—Gracias, Ricardo.

Se ha ido, pero lo más extraño no es eso, no; lo más raro es que lo ha dicho en un tono de voz desconocido hasta ahora: el amable.

Quiero ir detrás de él. No es un impulso, o sí, yo qué sé, sólo sé que acabo de verlo vulnerable y eso sí que no me lo esperaba.

—¿Adónde vas?

—Suéltame, Ricardo.

—No pienso dejar que entres en el despacho de Conan. Está jodido y los dos lo sabemos, así que, por favor, deja que al menos recupere la compostura delante de los demás.

—¿A ti qué te pasa?

—Me pasa que lo sé todo. Que puedo parecer imbécil, pero que no lo soy. Vosotros dos estáis enamorados y no sé cuál es el motivo por el que no estáis juntos, pero el hecho es que ese hombre está hecho polvo y bastante tiene con lo que tiene.

—Y ¿qué tiene?

—Aquí no puedo hablar —murmura mientras finge que recoge su mesa, situada al lado de la mía.

—Pues vayamos afuera.

—En este momento, no. Cuando salgamos a la calle, juro que te lo explico.

—¡Suárez, a mi despacho!

Miro a Ricardo indignada y también con ganas de meterle un derechazo. Debería haber hecho caso a mis impulsos. Ahora, Conan está más que repuesto de lo que fuera que debía reponerse, y a mí me pilla con las defensas diabéticas por el subidón que me está dando gracias a los bombones.

—Y ¿ahora qué hago? ¿Desobedezco, listo?

—¿Para qué rebuscas en la basura? Cada día estás peor.

—Voy a ofrecerle el bombón que quedaba..., no soy tan descortés como para comérmelos yo sola.

En realidad, llevo la caja de escudo. Sí, soy mema, mucho, pero así justifico por qué no he llamado a su puerta antes de entrar: tengo las manos ocupadas.

—¿Le apetece un bombón, comisario?

—Prefiero probarlos de tu boca... Cierra la puerta o te beso ahora mismo delante de todo el mundo.

No puedo mover los pies. No es que quiera desobedecerlo, es que no puedo moverme, verdad verdadera.

Veo que Conan se acerca a mí despacio, como si fuera un felino a punto de saltar sobre su presa. Presa, por cierto, que soy yo. La diferencia entre los ñus de los documentales y yo es que ellos no quieren morir atrapados, y yo, sin embargo, estoy deseando que me pegue un buen mordisco.

¡Zasca!

—Si no quieres que te bese, no hace falta que te pegues con la caja de bombones, Diana.

Me he hecho daño. Mucho. Bastante. Soy gilipollas. Profunda.

—Basta con que me digas que no.

—No quiero que me beses.

—Y una mierda... Ven aquí, cariño.

Joder con este hombre, de verdad... ¿Ahora qué hago? ¿Abro la boca y dejo que me bese como estoy deseando que haga?

—Abre la boca, mi vida, hazme el favor.

Si es que no sé negarme a una petición...

Albalate besa como si no hubiera un futuro, como si las sonrisas y el amor tuvieran fecha de caducidad. Besa con toda el alma, y eso es algo que siempre me ha encantado. No besa normal, no: besa como si nunca más tuviera la oportunidad de volver a hacerlo, como si una vez que el beso termine todo fuera a desaparecer... de nuevo. ¡Mierda! Si es lo que pasa, que me besa y después desaparece.

—Víctor, ¡NO!

—Y ¿qué hago con esto que siento? Dímelo tú, porque yo ya no sé qué

hacer. No soy capaz de tenerte cerca y no besarte. Dime, Diana, ¿tienes tú la solución?

Estoy enamorada de él. Lo sé. Lo confirmo cada vez que lo miro. Nunca en mi vida voy a ser capaz de querer a otro hombre tanto como lo quiero a él, pero esto ya nos está haciendo demasiado daño.

—Sí, la tengo —respondo intentando aparentar frialdad, aunque para ello deba olvidarme de todo lo que he sentido cuando nos hemos besado.

Conan me observa pasmado, con los puños apretados y mordiéndose el labio.

—La boda, ¿no? —me pregunta con los ojos llenos de lágrimas.

Acaba de dejarse caer en el filo de la mesa.

—Exacto. Buenos días, comisario.

Misión 30

La desaparición de Conan

—No sé qué debiste decirle a Albalate el lunes cuando entraste en su despacho.

—¿Por qué dices eso?

Sí, yo también me he dado cuenta de que está rarísimo. Apenas habla, no ha llamado a nadie a gritos, no ha amenazado a su secretaria y, sobre todo, no me ha mirado más. Me muero un poco cada vez que termina la reunión de las mañanas y me deja pasar por su lado sin acariciarme la mano como tantas veces ha hecho anteriormente. Nunca me he permitido decirlo en voz alta porque mi mente intentaba quitarle importancia. Siempre he querido pensar que sólo eran imaginaciones mías, pero, ahora que no lo hace, el vacío que siento cuando paso por su lado y no me roza con los dedos es tan patente que todos los días de esta semana he tenido que irme directa al baño para llorar a escondidas.

—Está hecho polvo.

—Y ¿por qué tiene que ser por algo que yo le haya dicho?

—No me jodas, Diana. Además, tenemos una conversación pendiente.

Lo sé, de la misma manera que sé que no tengo que darle ninguna explicación a Ricardo sobre lo que ha sucedido entre Conan y yo, porque, fuera lo que fuese lo que pasó, ahora sí que está más que terminado.

—Tú dirás.

—Albalate está metido en un buen lío. Hace unas semanas vinieron los de arriba y estuvieron encerrados con él en su oficina más de tres horas.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunto preocupada. No conozco a ningún policía más legal que él.

—Algo grave pasa. Lo intuimos todos, pero nadie dice nada. ¿No te has dado cuenta del ambiente que hay en comisaría? Es como si todo el mundo estuviera en alerta sin saber bien la razón. Se cuece algo gordo. Conan está permanentemente preocupado, y me he percatado de que no sale de comisaría solo sin que lo sigan. Creo que lo están vigilando.

—Y ¿qué ha hecho para que lo controlen?

—No tengo ni idea, pero observa y verás como tengo razón en lo que te digo. Esta noche tienes guardia con él, ya me dirás.

—Mierda, había olvidado la guardia —miento.

¿Cómo se me va a olvidar que voy a pasar una noche con él a solas en el mismo sitio?

—¿Aparco ya?

—Por mí, sí. Ahí tienes sitio.

—Bien. Te dejo aquí. No entro. Voy a recoger a mis hijos al colegio. Hoy es el cumpleaños del pequeño y nos vamos a celebrarlo al parque ese de bolas. Qué emoción de tarde...

—Diviértete, y dale un beso de mi parte.

—Sí, uy, seguro que lo paso genial. ¡Suerte mañana en la boda y que salga todo bien! Comisario...

Me vuelvo. Ahí está, en la puerta de comisaría, con las manos en los bolsillos.

—Diana, no hagas esta noche la guardia. Mañana es un día importante para ti, puedo cambiarte el horario —me susurra cuando paso por su lado.

—No, comisario. Se lo agradezco, pero prefiero cumplir..., así estaré menos nerviosa. En casa no podría dormir.

Soy una capulla. Una capulla integral. Lo hago porque en el fondo sé que es lo mejor para los dos. Llevamos ya demasiado tiempo dando vueltas a lo mismo y cada vez nos hacemos más daño. Además, lo que Víctor no sabe es

que después de la charla que tuvimos el otro día, a solas, los dos en su oficina, por fin me he decidido y he solicitado la excedencia con la que tanto tiempo llevaba soñando, así no tendré que seguir con el paripé de mi boda con Carlos. Necesito tomar distancia, hacer otras cosas, descubrir quién soy sin el uniforme, dejarme guiar por mis instintos y, sobre todo, alejarme de él para volver a ser yo.

* * *

Vuelvo a mirar el reloj. Debe de llevar ahí desde la segunda glaciación, es casi un milagro que continúe funcionando. Son las nueve. Poco a poco, la mayoría de los compañeros van dejando la comisaría para salir a patrullar. La nuestra es una delegación pequeñita, situada en el centro de la ciudad. Creo que la mantienen por los muchos años de servicio que lleva en marcha, pero en realidad hay una mucho más grande y moderna a pocos metros. Es por eso por lo que en muchas ocasiones sólo hacemos guardia de dos en dos por la noche. El resto del equipo suele estar repartido por el centro. Esta noche nos toca a Conan y a mí. Si todo va bien con mi excedencia, ésta será la última guardia que haga. En principio, la he pedido por dos años, tiempo más que suficiente para ver si mi locura funciona. Me hace ilusión montar mi pequeño negocio. Lo único que siento es el portazo que le voy a dar a mi corazón, pero tengo fe en mí. Aprenderé a vivir sin verlo todos los días. Ahora sólo tengo que armarme de valor para comunicárselo hoy. Sea como sea, ésta es la última noche que pasaremos juntos en comisaría. Me arde el estómago sólo de pensarlo.

—¿Has cenado?

—No tengo mucha hambre...

—Normal, será por los nervios.

—Eso será...

—Diana, por favor, deja de rebuscar en los cajones y mírame. Tengo algo importante que decirte.

Obedezco. Sé de sobra que estoy deseando hacerlo. Está guapísimo con ese deje melancólico en los ojos. Muero cuando lo veo así. La palabra

irresistible se convierte en polvo ante un hombre como él, en estado nostálgico.

—Dime —respondo ya de pie.

—Prefiero hacerlo en mi despacho. No sé la razón, pero me siento más seguro allí.

Lo sigo por el estrecho pasillo que separa su oficina de mi mesa de madera medio carcomida por los años, los sueños y las horas de trabajo sobre ella.

—¿Cierro la puerta? —pregunto mientras el traidor de mi peroné comienza a temblar como si estuviera a punto de romperse en siete pedazos.

—No, no vamos a estar mucho tiempo aquí dentro. No, no te sientes, por favor.

Lleva las manos dentro de los bolsillos y, en un gesto cobarde, lo imito. Si las tengo desocupadas, corro el riesgo de abrazarlo. Nunca he tenido tantas ganas de hacerlo como ahora mismo. Lo malo es que, si lo hago..., no creo que tenga fuerzas para soltarlo, y menos sabiendo que ésta es nuestra última noche juntos.

Observo cómo se apoya en la esquina de su mesa. Siempre la tiene llena de papeles perfectamente ordenados. Nada parece fuera de su lugar, sólo nosotros dos. Es como si algo no encajara en este despacho. Miro a nuestro alrededor. Impersonal, pero suyo. Siempre oliendo a él, a ese perfume que me persigue desde el primer instante en que lo percibí. Sin Conan, este despacho sólo sería una maldita oficina a la que odiar. Él lo llena todo.

—Llevo meses ensayando en mi mente lo que quiero decirte y, no obstante, ahora que te tengo delante, no soy capaz de articular ni un sonido. Esto no es nada fácil, Diana, créeme.

Muda de por vida es como acabo de quedarme.

—Y ¿qué tal si pruebas a hablar desde el corazón y no desde la mente?

Se levanta y se da media vuelta. Saca las manos de los bolsillos y se las pasa por el pelo. Creo que es la primera vez desde que lo conozco que no lo veo bien peinado. Ahora mismo está de espaldas a mí, con la cabeza baja.

—Si hablo desde el corazón, Diana, lo mando todo a la mierda, te cojo en brazos y me olvido de que esto que siento no puede ser.

—Ahora soy yo la que te pide que me mires, Víctor. Bien —digo con una media sonrisa cuando veo que me ha hecho caso—, así mejor. Llevamos meses, muchos ya, jugando a algo que no entiendo. —Debo de haber desayunado valentía—. Quizá hoy ha llegado el momento de dejar las cosas claras. ¿No te parece?

Albalate vuelve a sentarse sobre su mesa. Me da la sensación de que le cuesta estar de pie.

—No te cases —suelta de golpe mientras deja caer los brazos con las manos hacia arriba, lo que hace que vuelva a ver ese tatuaje con forma de alita de ángel que tanto me gusta—. No te cases con él. Quédate conmigo.

¿En serio? ¿Lo ha dicho? Juro que me muero. En este momento, me muero y mañana me encuentran hecha una pasa aquí. ¿«Quédate conmigo»? Sí, y mil veces sí. Sí, quiero quedarme contigo.

—Pero, Víctor...

—No digas nada. Déjame besarte. Estoy cansado, estoy hartado. Me tienes agotado. Cállate y bésame.

Soy muy débil, y él es tan irresistible que la excedencia, las decisiones, la supuesta boda y hasta mi amor propio, todos, han cogido la maleta y se han largado de viaje al Serengueti.

Camino hasta él. Son sólo tres pasos y soy capaz de controlarme, o, al menos, eso es lo que pienso cuando logro no echarme encima de él como una loca. Me sitúo entre sus piernas y le cojo las manos hasta que consigo colocarlas alrededor de mi cintura. Mirándolo a los ojos, a esos profundos ojos caoba, voy acercándome a su boca. Huele a él. Me tiembla el alma. Puedo asegurar que jamás he sentido algo más profundo que lo que me nace en este instante. Sé que va a ser el mejor beso de toda mi vida, el más lento, el más de verdad, el único que voy a dar desde lo más profundo de mi corazón.

—¿Así? —susurro sobre su boca.

—Así, mi vida...

Sabe a fresas, a zumo de naranja con fresas. No sé si es mi imaginación, pero su boca es lo más dulce y extraordinario que he probado jamás. Le atrapo el labio inferior con los míos y absorbo cada partícula de magia que se

desprende de este beso. Pienso saborearlo con toda mi capacidad de amar.

Conan gime, pero lo hace de forma sutil, suave, y casi tan imperceptible como cuando cae la lluvia finita. No se nota, pero cala de igual modo. Impregna cada partícula de mi ser.

—Quiero hacerte el amor —musita nervioso—. Bueno, quiero no, necesito hacerte el amor y no pienso permitir que me rechaces. ¿Me dices que no? —susurra miedoso junto a mi oreja.

Debe de pensar que me drogo o algo similar. ¿Cómo voy a decirle que no si lo único que quiero es tenerlo dentro de mí cuanto antes?

—Hazlo.

—¿Es una orden, Suárez? —exclama como puede. Está entretenido desabrochándome los botones de la camisa.

—Sí, ya va siendo hora de que yo dé alguna y tú obedezcas.

—No hables, por favor. Sólo sintamos, Diana, sólo eso.

No pienso tomármelo como una de sus odiosas órdenes porque, en realidad, no puedo hablar por varias razones:

Me besa como si no hubiera un mañana. Tengo las papilas gustativas dando saltos de emoción.

Sus manos están por todas partes, P-O-R T-O-D-A-S, y eso no me deja pensar mucho. Son grandes, suaves y tan sensuales que marcan cada centímetro de mi piel de por vida.

Estamos en comisaría. Podría entrar cualquiera. Es morboso.

Conan piensa que me caso mañana. En cuanto tenga dos o tres docenas de orgasmos de los que él me provoca, físicos y mentales, le cuento toda la verdad.

Soy profunda y absolutamente FELIZ en este momento.

—¿Te duele?

—¿El qué?

—El borde de la mesa. ¿Estás bien? No te has dado ni cuenta de que acabo de tumbarte encima de ella.

—Sólo siento tus besos y tu cuerpo junto al mío. Lo demás me da igual.

—Joder, Diana, tú y yo nos queremos. ¿Por qué es todo tan complicado?

—¿Te parece que esto, ahora, es demasiado complicado?

—Esto no, mi vida...

—Pues eso es lo único que me importa. Quiero más.

—¿Más como esto? —me pregunta a la vez que me penetra.

Gimo. Sé que quiere que hable, pero yo estoy lela de amor.

—¿Admitimos ese gemido como un «sí»?

Admitimos.

Creo que esto ya lo pensé una vez, ahora no lo recuerdo, pero, por si acaso, lo pienso ahora: he nacido para que me folle y para que me haga el amor o... para que se lo haga yo. ¿Qué más da? Por eso debí de reencarnarme. Éste debe de ser el verdadero propósito de mi vida. Me encanta, me vuelve tarumba, me da energía para todo. Que sí, soy una mujer aguerrida e independiente, pero ¿qué demonios?, me hace muy feliz tirarme a Víctor Albalate.

* * *

Besar agota. Mucho. Son las cinco de la madrugada. Hemos hecho el amor de tantas formas que ya no me acuerdo, aunque sé que recordaré cada una de ellas en mis sueños. La magia tiene esas cosas, que, cuando te inunda la felicidad, sólo te deja pensar en eso, en lo feliz que eres. Luego, más tarde, cuando te quedas sola, ya digieres cada uno de los instantes que te la provocó.

Víctor medio duerme entre mis brazos. Por fin hemos conseguido vestirnos y, aunque estamos tumbados en el pequeño sofá de su despacho, tapados con una de esas mantas horribles con el letrero de POLICÍA por todas partes, no puedo imaginarme un lugar mejor. A lo lejos, la radio, que tanto nos ha interrumpido a lo largo de la noche, sigue parlotando.

—¿En qué piensas, Diana?

—En ti —contesto dándole un beso en la frente—. Creía que dormías.

—No, sólo meditaba con los ojos cerrados. Diana, yo te quiero. Sé que es un día horrible para decírtelo.

—¿Estás llorando?

—Créeme que no me hace ninguna gracia llorar delante de ti.

—Pues deja de hacerlo.

—Hoy no puedo.

Estoy empezando a ponerme nerviosa. Si me llama cariño, ya conozco el final de la conversación. Siento que vuelvo a estar en el Día de la Marmota.

—Víctor, ¿por qué no puedes? Sólo te pido que me digas la verdad y juntos tomamos una decisión, pero háblame, no me digas que no puede ser y que te vas a ir como las otras veces.

—Por muchas razones que no puedo contarte —responde levantándose del sofá.

Ay, ya vuelvo a sentirme sola.

—¿Qué es lo que no puedes contarme?

Sí, estoy a puntito de explotar. Voy a liarla, lo estoy viendo venir.

—¡Mañana te casas! ¿Cómo puedes casarte con él cuando acabas de hacer el amor conmigo? Porque, ¡entérate! —grita apuntándome con un dedo —: lo que tú y yo hacemos se llama AMOR. Esto no es sexo, no es una aventura, no es algo pasajero, esto no cambia con el tiempo. Entiende, Diana, que tú eres el amor de mi vida.

—¿Entonces?

Conan baja la cabeza y vuelve a llorar. Hay que ver lo que impresiona verlo así. Lo que no sé es por qué no puedo gritarle que no me caso, que los que se casan son Carlos y Mafalda. Sé que detrás de todo lo que está diciendo hay algo más.

—¿Quién soy yo para exigirte que no te cases y que rompas con todo?

Sólo mi amor...

Continúo escuchando esta especie de monólogo que mantiene con su propio ser.

—¿Qué puedo ofrecerte yo? Nada absolutamente.

Debo de haberme quedado imbécil. Necesito un traductor automático que me diga qué demonios trata de decir, porque no entiendo nada. ¿Cómo que qué puede ofrecerme? Si yo sólo lo quiero a él.

—Víctor...

—No digas nada. Si vas a abrir la boca para decirme otra cosa que no sea que te quedas conmigo, no hables. Déjame ser un puto egoísta, al menos por

esta noche. Ven aquí. Te quiero desnuda... y rápido.

Dos horas más tarde, despertábamos uno en brazos del otro, casi sin habernos dado cuenta de que nos habíamos quedado dormidos, sin ropa, en su sofá. No dio tiempo a hablar. Marga, su eficiente e impertinente secretaria, reía mientras hablaba con algunos compañeros. Si no nos pilló sólo fue porque a última hora Conan había decidido cerrar la puerta con pestillo.

La despedida se la cargó de cuajo la rubiales.

—¿Comisario, puedo pasar?

—Espere un momento, Marga. Estoy terminando de hablar con la agente Suárez de algo muy importante.

—De acuerdo, señor. Sólo quería decirle que su amiga Irene Díaz está esperándolo en la puerta de la comisaría. Dice que le recuerde que se van de viaje y pierden el tren.

Sólo fue una frase. Una asquerosa frase que destrozó la noche más mágica de mi existencia.

—Diana, cariño...

—Lo siento, pero me esperan en una boda. Disfrute de ese viaje.

Lo que tardé en descerrar el pestillo, abrir la puerta y salir corriendo fue suficiente para que se me rompiera el corazón.

Misión 31

Una nueva vida

—Dianita, si sigues llorando así, vas a ser la amiga de la novia con más cara de rana de la historia de las bodas.

—Es por la emoción de ver casarse a Ma.

—Sí, claro, y yo soy imbécil y me lo creo todo. ¿Qué ha pasado?

—¡Mírala, qué guapa con el vestido...!

—Eso es la bata, Diana. Mafalda se va a duchar.

—Y ¿qué me dices de la corona de flores?

—¿Te has drogado? ¡¡Es el gorro de la ducha!! ¿A ti qué te pasa?

—Conan y yo hemos hecho el amor en comisaría siete veces durante la guardia.

—¡¡No fastidies!!

—Sí, Verónica. ¡Siete veces!

—¿Le has dicho que no te casas, que la que se casa es Ma?

—No he podido...

—¡¡Diana, coño, debe de estar pensando que te casas con otro!! ¡Estará angustiado!

—¡¿PERDONA?!

—Vale, siéntate y no grites. Tranquilízate y cuéntale a tu amiga, o sea, a mí, qué demonios te pasa.

—No puedo hablar. Si empiezo, no podré parar de llorar.

—Lloras ya desde que has llegado.

—Eso también es verdad. Se ha ido de viaje con la rubia de los cojones.

—¿¿CÓMO?!

—¿¿Estáis bien?! ¡¡¿Queréis dejar de gritar, que bastante nerviosa estoy ya por mí misma?!!

—¡Perdona, Ma! Sigue bañándote. Por aquí, todo controlado. Es la torpe de tu amiga, que no para de moverse y no me deja que le pinte las uñas. ¡¡Diana, estate quieta!!

Finjo que el asunto no va conmigo. Aunque, en realidad, es que no va conmigo. Yo sólo tengo la cabeza repitiendo sin parar la misma frasecita: «Dice que le recuerde que se van de viaje y pierden el tren».

—Pero ¿quién demonios se cree que es para decirme que me quiere y largarse después con la tía esa?

—Estás hiperventilando...

—¡Respiro como me da la gana!

—Lo digo por ti. Vas a marearte...

—¿Y qué? ¿A quién le importa que me caiga redonda?

—Mujer, a mí no iba a hacerme mucha gracia verte tirada en el suelo el día de mi boda...

—¿Ves? Ya nos ha pillado Ma.

—¿Qué te pasa, Di? ¿Es porque me caso con Carlos?

—No seas absurda.

—¡Ay, que sí! ¡Que todavía lo quieres! ¡Pues yo no me caso! Me quedo soltera para siempre.

—¡Otra loca histérica! ¡Estoy por daros dos guantazos a cada una!

—¡Sólo faltaba eso, ir a la boda con el ojo morado...!

—Dime que no lo quieres, Diana.

—No lo quiero, Mafalda.

—¿Seguro?

—Te lo juro.

—Y ¿cómo lo sabes?

—He vuelto a acostarme con Conan.

—¡¡Cómo me alegro!!

—Yo no. Me ha dejado tirada y se ha ido de viaje con la rubia odiosa.

—¡¡La madre que lo parió!! ¿Dónde está?

—En un tren... con ella.

—No llores más. Estás mutando a batracio.

—Verónica, déjala que lllore y se desfogue, la pobre. Ese tío es gilipollas.

—A mí tampoco me gusta lo que le ha hecho a Diana, pero pensad que él cree que te casas con Carlos dentro de unas horas...

—¡¿Lo estás defendiendo?!

—Un poco, la verdad...

—Pues muy mal, Verónica. Mira cómo llora tu amiga.

—Vamos a poner un poco de cordura en este asunto. Conan cree desde hace meses que Diana se casa hoy con Carlos. Digo yo que está en todo su derecho de irse de viaje justo este fin de semana, para no pensar.

—Lo que dice tiene sentido, Di. ¿Le has contado la verdad?

—No me ha dado tiempo, ha sido todo demasiado rápido. En un momento estábamos desnudos en el sofá y, al segundo, su secretaria le decía que Irene lo esperaba en la puerta de la comisaría.

—Demasiadas emociones en poco tiempo, Diana, te entendemos, ¿a que sí, Vero?

—Y ¿te has ido del despacho sin decir nada?

—Bueno...

—Diana, ¿qué le has dicho?

—Que me esperaban en una boda...

—¡Eres mala!

—¡No he dicho ninguna mentira!

—¡Sí, pero le has dado a entender que ibas a casarte!

—Estoy empezando a agobiarme. ¿Qué hago?

—Llámalo y dile la verdad.

—No tengo su teléfono personal. Os recuerdo que se ha largado de viaje.

—Gusano lo tendrá. Espera que lo llame.

—¡¡NO!!

—¿Cómo que no?... Gus, cariño, ¿tienes el móvil de Conan? Oh, no lo

quiero para mí. Es Diana, tiene que decirle algo muy importante. Vale, gracias, apuntado. Te quiero. Nos vemos esta tarde.

—No quiero el número.

—Eres una melona. Lo has sido siempre. En la guardería también.

—Él también podría llamarme.

—ÉL cree que te casas con otro...

—Si me quisiera, me habría dejado encerrada junto a él en el despacho y no se habría ido con la rubia.

—Precisamente porque te quiere, te deja la libertad de elegir. Llámalo.

—No puedo, chicas, de verdad que no. Y no me miréis así. Tengo la oportunidad perfecta para intentar olvidarme de él. La semana que viene, el lunes, es mi último día en comisaría antes de coger la excedencia. Las obras de mi local van genial, y dentro de pocos meses tendré funcionando el obrador. La historia con Víctor Albalate debe ser pasada, y siento que ahora es el momento de comenzar de nuevo, pero, para ello, necesito vuestro apoyo. A partir de hoy, decreto su nombre como impronunciable...

—Siempre te han ido los dramatismos... Te apoyaré si me prometes que el lunes le contarás la verdad. ¿Hecho?

Las observo. Estamos ridículas. Verónica y yo, con los rulos puestos, y Mafalda con el gorro de la ducha más feo y con más flores de la historia de la humanidad y con la habitación del hotel con más trastos por metro cuadrado de la ciudad, pero, aun así, me siento protegida y, sobre todo, querida. Sé que, pase lo que pase, ellas siempre estarán ahí.

—Hecho. Y ahora... ¡¡¡estamos de boda!!!

* * *

—Alberto Pardo, ¿verdad? No has cambiado nada...

—¿Eres tú, Alicia?

Mafalda y Carlos ya se han casado. Huelga decir que Verónica y yo, las dos, hemos llorado mucho. Ha sido precioso. Ahora estamos en el inmenso jardín del hotel. Ya es de noche y todo está decorado con cientos de lucecitas pequeñas esparcidas por los árboles. Parecen luciérnagas. Al fondo, mi padre

camina con dos copas de champán en dirección a mi madre, pero, de repente, veo que se detiene. Ella está hablando con el padre de Carlos, el que fue su novio y casi marido hace más de treinta años. Con una mueca de respeto, se da media vuelta con las dos copas y pone rumbo hacia donde estoy yo.

—Papá, qué guapo estás.

—Tú también, mi vida. Por fin has decidido creerte lo guapa que eres.

Me pongo roja. No puedo evitarlo. Siempre que me dicen algún piropo, me da mucha vergüenza, aunque venga de mi padre.

—Eres tan guapa como tu madre. Mírala, qué preciosa es.

—¿Celosillo?

—Jamás. Me eligió a mí —responde guiñándome un ojo—. Merecían esa conversación. Nunca hay que dejarlas a medias. ¿Bailas conmigo, tesoro?

Mientras bailo con mi padre, observo el cariñoso abrazo en el que se funden mi madre y Alberto y no puedo evitar pensar qué habría pasado si Víctor y yo hubiéramos hablado con la verdad en los labios. Siempre que discutimos, cuando la furia se enfría en mi cabeza, queda el poso del amor que siento hacia él. Aunque sólo fuera por respeto a mí misma, debería contarle la verdad, decirle que lo quiero desde hace mucho tiempo y que, aunque no pueda ser, por la circunstancia que sea, eso es lo que siento. Fortalecida por los brazos de mi padre, tomo la decisión que sé que es correcta y cierro los ojos dejándome llevar.

* * *

—Conan se ha ido. No está.

—Perdona, ¿qué acabas de decir? —pregunto medio idiota mientras camino como una estúpida hasta la sala de reuniones.

—Diana —explica Ricardo tratando de sujetarme por el brazo—, se ha ido. Ha dejado la comisaría.

—¿Cómo que ha dejado la comisaría? No me dijo nada el viernes, y estuvimos solos... mucho tiempo.

—No sé nada más. Sólo que, cuando he llegado, el comisario Ruiz Gil estaba en el puesto de Conan.

—¿Ruiz Gil? —Me estoy mareando.

—Sí, creo que está a punto de jubilarse y lo han destinado aquí.

—Pero... ¿y Víctor? ¿Dónde está Víctor?

—Supongo que debe de referirse usted al comisario Víctor Albalate, agente...

—Suárez, señor.

—Bien, Suárez. El comisario Albalate pidió una comisión hace meses. Ignoro el destino, pero ahora... tendrán que conformarse conmigo, así que, todos sentados, que comienza la reunión...

No hace falta decir que no escuché nada. A media mañana tuve que irme. Una policía no llora desconsolada escondida tras su mesa.

Misión 32

Siempre Conan... y la rubia

Seis meses después...

—Diana Suárez, tarde o temprano vas a tener que quedar con alguno de los tíos que te proponemos. No vas a venir sola y mustia a nuestra boda.

Dejo el pan de semillas y pasas que estoy amasando encima de la mesa de mármol y levanto la cabeza para responderle, pero no puedo. Vero está histérica. Se casa el sábado con Gus, y a ella este tipo de acontecimientos suele trastornarla un poco. Aún recuerdo el pedo que se cogió la mañana del enlace de Ma y Carlos sólo porque tenía que leer una frase irrisoria en la ceremonia. Si le pasó eso con una boda que no era la suya, no puedo ni imaginar qué es lo que hará el sábado por la noche.

—¿No dicen que de una boda sale otra?

Vero asiente.

—Pues tranquila, que estoy convencida de que el sábado conoceré al amor de mi vida. Supongo que habréis invitado a tíos buenos, ¿no?

—Mis primos de Albacete son una monada, y además gemelos, pero vamos, no creo que te gusten mucho porque tienen diecisiete años.

—Descartados, entonces...

—Tendremos que buscar a alguno entre los invitados de Gus. Es posible

que, con lo guapo que es él, tenga algún familiar que se le parezca.

—Ve rezando para que eso pase, si no, estoy condenada a la soltería de por vida. No he tenido nada con nadie desde...

Mierda, ya iba a pronunciar el «nombre maldito».

—Diana, ya han pasado muchos meses. Creo que podemos levantarte el castigo y dejar que nombres a Conan.

Titubeo. No tengo ganas de nombrarlo. La vida me va mucho mejor desde que él se fue..., imagino que con la rubia imponente. Vale. No dejo de mentirme a mí misma. Me va tirando a aburrida como una ostra. Echo mucho de menos... toda su persona.

—Si hablo de él, nunca lo olvidaré.

—¿Sigues queriéndolo?

—¿Dejarías de querer a Gus si no lo vieras durante seis meses?

—No creo. Es el amor de mi vida.

—Pues lo mismo te digo, pero no te preocupes, estoy mucho mejor. Anda, prueba este pan, que es nuevo. Si te gusta, lo metemos en el menú de la boda.

—¿Qué lleva? Está superbueno.

—Remolacha y quinoa. Aprendí a hacerlo en el curso del mes pasado en Oviedo, pero no terminaba de salirme. Creo que por fin he dado con el punto. ¿Lo quieres en la boda?

—Sí. Éste, el de calabaza y el de semillas y pasas. En serio, Diana, ¿te dará tiempo? Es demasiado trabajo para ti sola.

—Tranquila. Los panecillos estarán perfectos para tu boda. ¿Nerviosa?

—No. Lo tengo todo controlado. ¿Qué puede salir mal?

—Eso es. Muy bien.

Hay que animarla mucho porque hasta ella duda de su capacidad de permanecer tranquila. Por suerte, tenemos a Mafalda, la mujer serena, que conseguirá decirle las palabras adecuadas en el momento perfecto.

—¿A qué hora te recogemos el sábado?

—La ceremonia es a las siete. El fotógrafo viene a casa a las cinco. La peluquera la tengo a las tres y la maquiladora a continuación. ¡Arg! ¡NO me va a dar tiempo de nada!

Si es que la conozco muy bien. Su propósito de estar relajada acaba de irse al traste.

—Anda, toma, cómete este cruasán de arroz con mermelada de albaricoque. Te calmará...

* * *

—Juro que, si Verónica vuelve a graznar, la ato a la silla y no la dejo salir hasta haberle hecho tragar nueve valerianas. Me casé hace seis meses y no me puse ni una décima parte de nerviosa de lo que está ella.

—Ya la conoces. No le hagas caso. Estoy segura de que entrará en la iglesia y se calmará por completo. Recuerda cuando hicimos la selectividad. Casi tuvimos que atarla en el taxi, pero luego se relajó y sacó mejor nota que nosotras, las tranquilas.

—Está bien. Te obedeceré. Verónica, bonita..., ¿te queda mucho?

—No, ya estoy.

Sigo con la boca abierta de la impresión que me ha dado verla vestida de novia. Sí, vale, ya la habíamos acompañado a elegir el vestido. Sí, hemos ido a todas las pruebas de peinado. Sí, sabemos cómo es su ropa interior, pero esa cara de felicidad nunca la habíamos visto.

—Gusano se caerá de espaldas cuando te vea metida en este vestido, Vero.

—De eso se trata —responde intentando que las lagrimillas que están a punto de asomarle en los párpados no caigan—. Ay, me emociono... ¿Estáis preparadas?

Mafalda y yo nos miramos. Estamos justo delante de la escalera de la iglesia de su pueblo, una aldea minúscula de menos de mil habitantes donde creció su padre, a tan sólo unos pocos kilómetros de la capital. Hace un frío que pela en medio de la sierra y se nota que estamos en invierno, a pesar de que la playa no queda tan lejos. Desde el fondo de la iglesia llega la música, un cuarteto de violines que buscamos imperiosamente por mandato de Verónica. Desde niña había soñado con que habría violines en su boda. Me emociona pensar que ha logrado este sueño, aunque sea tan pequeñito.

Subimos la escalera, no sin ciertos problemas, es lo que tiene llevar un vestido estrecho, y entramos delante de Verónica y de su padre. ¡Qué bonito está todo con ese color dorado de las paredes!

Gustavo, vestido con el uniforme de gala, la espera en el altar junto a su madre, la de la ensaladilla rusa cojonuda. Verónica sonríe entre lágrimas, Gusano guarda el tipo, y yo... yo me siento profundamente sola. No comprendo por qué acaba de colarse el recuerdo de Víctor en mi mente. Ojalá estuviera aquí. Llevo meses callada sin abrir la boca, pero estoy preocupada. Desaparecer así, sin decir nada... Sin que Ma y Vero lo supieran, he estado preguntando a mis compañeros y ninguno sabe de su paradero. Me parece tan extraño, tan curioso que se haya ido sin decir nada a nadie, sin que ni siquiera Gustavo sepa dónde está. Y, ya que estoy con las confesiones..., confieso que marqué su número. Lo hice una sola vez. Sólo cinco pitidos y un fuera de cobertura. No saltó ni el contestador. Desde entonces, nada. Sólo los miles de recuerdos de todos aquellos besos que llegaron a mi corazón. Soy una cursi. Estoy en una boda. Pienso pasarlo bien y estar ojo avizor por si hay algún buenorro en el convite. Punto.

* * *

—Dianita, estás preciosa con este vestido rojo. —Carlos Pardo y sus piropos. Este hombre es un encanto, y lo es mucho más desde que Mafalda le ha quitado el almidonamiento—. Siempre he pensado que eres irresistible con cualquier color, pero el rojo... Pareces una diva del Hollywood más clásico. ¿Entras conmigo al comedor donde se va a servir la cena?

—¿Dónde te has dejado a Mafalda? —le pregunto intrigada.

—Está con tu madre. Se le ha descosido el floripondio que lleva en la cabeza y la está ayudando a colocárselo de nuevo. Ahora vendrán las dos. ¿Qué me dices? —propone mostrándome su brazo para que me enganche a él—. ¿Me concedes el honor de acompañarte a la mesa?

—En otra vida debes de haber sido un conde o un príncipe. ¿Quién sabe si no has sido un aristócrata en la corte inglesa? —rio mientras apoya la mano sobre su brazo.

—A vuestros pies entonces, milady. Eso eres tú, que siempre me has visto con buenos ojos.

Carlos se detiene y pone su mano encima de la mía a la vez que me mira.

—¿Sabes que te debo lo mejor de mi vida? Si aquel día no llegas a ser tú la que viene a rescatarme al trampolín de la piscina municipal, habría acabado en la cárcel, no habría conocido a mi Mafalda, ni a todos vosotros, y yo... no sería tan feliz como lo soy ahora. No sé si alguna vez te he dado las gracias por aparecer en mi vida y convertirla en otra. Te quiero mucho, Diana.

Se me caen las lágrimas solas. Intento que no, pero el día ya es de por sí emotivo. Sólo me faltaba este arranque de sinceridad por parte de Carlos.

—Yo también te quiero mucho, Carlos —confieso sintiendo que lo digo de verdad. Lo quiero, y mucho. Ha sido un amigo excelente que siempre me ha tendido la mano cuando me he sentido sola.

—¡Anda, coño, dame un abrazo! —grita tan emocionado como yo.

—¿Acabas de decir un taco? —le pregunto riendo mientras me abrazo a él.

—Pero esto —susurra en mi oído— es un secreto entre nosotros dos. ¿Prometido?

—Prometido.

—Buenas noches, Diana..., Carlos.

Si no fuera porque todavía no he bebido nada, juraría que acabo de oír la voz de Conan.

—Permitidme felicitaros por vuestra boda.

¡Está aquí!

Carlos afloja su abrazo, pero, en un gesto más de generosidad, me coge de la mano. Sabe que estoy temblando como un pajarito debajo de la lluvia.

—Víctor —saluda con la mano extendida—, es una sorpresa verte aquí.

Él acepta la mano que le tiende sin poder dejar de mirarme.

—Diana, la felicidad te sienta bien. Estás preciosa.

Carlos aprieta mi mano. Sé que lo hace para insuflarme fuerzas, pero no me está sirviendo de mucho. No puedo hablar. Es uno de esos momentos de la vida en los que una se queda muda y no es capaz de articular ni un solo

sonido. Únicamente puedo mirarlo.

—Con permiso. Mi pareja me está esperando.

Vuelvo la cabeza. Vaya, para eso sí que funciona mi cerebro. Para eso y para hacerme saltar el corazón cuando vuelvo a ver cómo la rubia de siempre lo coge del brazo y lo lleva hasta la mesa que les han asignado.

Verónica y Gustavo deberían haberme dicho que venían. Al menos habría estado preparada para no poder respirar.

—¿Estás bien, bonita?

—No.

—Lo sé. Sólo tienes que confiar en mí. Vamos a pasarlo bien, te lo prometo.

—Por lo menos ya sé que no le ha pasado nada. ¿Puedes creerte que estaba preocupada por él?

—Conociéndote, preciosa, claro que te creo. Venga, coge aire y vamos a la mesa. Nos esperan todos los demás. Hoy lo hacemos por Verónica. Mañana, nos comemos todo el helado que haya en este puñetero hotel. ¿De acuerdo?

Levanto los ojos y miro a Carlos. Me siento protegida por él. Sé que no me dejará en toda la noche y por lo menos podré mantener mi dignidad, si es que me queda algo de eso, porque lo único que quiero es ir corriendo hasta él y preguntarle dónde ha estado y cómo ha hecho para olvidarse de mí. Necesito que me dé la fórmula, ya que yo no la encuentro.

—Será capullo... No deja de mirarte, Diana.

—No es necesario que me lo recuerdes, Mafalda. Lo tengo enfrente y puedo verlo perfectamente. No sé cómo la rubia no le mete un servilletazo.

—Estaría muy bien, pero parece saber comportarse. Es mona, ¿no?

—Es despampanante —confirmo sin saber bien si hablo de él o de ella.

—No sé lo que le ve. Parece la prima de una Barbie.

—Confieso que no me atraen ese tipo de féminas. Me gustan mucho más las mujeres reales.

—¿Como yo, cariño? —pregunta Ma con cara de enamorada perdida.

—Como tú, mi vida. Anda, dame un beso, que hace un rato que no lo haces.

Arg..., el amor está por todas partes. Carlos y Mafalda, besándose. Gustavo y Verónica, casi sin respiración por el mismo motivo. Desvió la mirada hacia Víctor. Habla en susurros con su «rubia». Esto es superior a mis fuerzas. Necesito que me dé el aire. No puedo más.

—¡¡Diana!!

No pienso parar. Ya no es mi comisario. Ya no me da órdenes.

—¡ME HABÍAS DICHO QUE TE CASABAS CON ÉL!

Debe de haber visto el beso que acaban de darse Carlos y Ma. Pero... ¿y a él qué le importa?

—¿Y qué?

—¿Sabes la de meses que llevo sufriendo por eso?

—¡Ésta sí que es buena! ¿Quién te crees que eres para pedirme explicaciones? ¿Quién demonios es la rubia?

—¿Qué tiene que ver Irene con nosotros?

—¡Vete a la mierda!

—Diana, por favor —susurra a mis espaldas—. Escúchame. Ahora todo es diferente.

—¿Qué es lo que ha cambiado? Yo lo veo todo igual. Sigues colgado del mismo brazo.

—He venido hasta aquí sólo para verte.

—En cambio, yo sólo tengo ganas de perderte de vista. Vuelve con ella, al fin y al cabo, es lo que siempre haces.

—Diana, te quiero. Siempre te he querido.

He echado a correr. Bueno, a correr... Eso es casi imposible con los taconazos que llevo. Digamos que he andado un poquito deprisa. Lo justo. Apenas he recorrido cinco metros.

—¿Has oído, Diana? TE QUIERO.

¡¿Cómo tiene el valor de decirme eso? Cabreada más que nunca con él, me vuelvo para gritarle a la cara que me deje en paz cuando, de repente, un tío entra en el hall del hotel donde estamos y saca una pistola.

—¡Víctor, al suelo! —grito desesperada.

Sé que ese tío ha disparado. Sé que lo ha hecho contra él. Sé que le va a dar.

—¡¡Conan!!

A lo lejos sólo alcanzo a oír el sonido de tres disparos. Uno de ellos impacta sobre mí. Los otros dos salen de la pistola que empuña la rubia impresionante.

Misión 33

¡¡Chaleco antibalas!!

—¡¡Diana!! ¿Qué demonios has hecho? ¿En qué maldito momento te he dado permiso para que te pusieras delante de mí? ¡Háblame! ¡Es una orden!

Una no recibe un balazo todos los días; de ahí, que fuera incapaz de obedecer a los gritos de Conan. Si tan sólo hubiera podido abrir los ojos...

—Mírame, Diana, ¡por Dios, mírame!

Y dale, arrogante hasta la pituitaria. ¡NO es tan difícil de entender que el impacto me haya dejado aturdida! ¡No sé ni cómo me llamo! Ah, sí, Diana. Estaba en una boda y me han disparado. Bueno, iban a disparar a Albalate y me he metido en medio. ¿Por qué? Es insoportable, pasa de mí y hasta lo odio, pero es indudable que llevo meses enamorada de él. Hala, ya lo he dicho pensado. Ahora, a dormir.

—¡Diana, mi vida! ¡No te duermas! ¡No cierres los ojos! ¡Cariño!

—¡Cuidado, comisario!

Es todo lo que alcanzo a oír. Acabo de desmayarme, o eso es lo que me cuentan varias horas después, cuando tuve a bien despertarme en el hospital con tan sólo un rasguño en el antebrazo.

—Bonita, ¿estás bien?

Asiento para tranquilizar a mi madre, que suspira aliviada al verme

sonreír.

—No es nada serio, Di, una heridita pequeña en el brazo. Curará en unos días. Además, la buena noticia es que, en cuanto te sientas mejor, podemos irnos a casa.

—¿Qué ha pasado? —pregunto aún aturdida y muy flipada ante el hecho de estar en la cama de un hospital.

—¿No lo recuerdas? Ay, madre, doctora, a ver si va a tener amnesia.

—No, de eso nada. La exploración neurológica es normal. Es debido al sedante que le hemos puesto. Tranquilas. Diana, ¿qué es lo último que recuerdas?

—Estaba en la boda de mis amigos, Verónica y Gusano, cuando vi aparecer al patriarca de los Garbaez en el hall del hotel. Sacó una pistola, apuntó a Víctor y yo...

—Sí, hija, te pusiste delante. ¡¿A quién se le ocurre?!

—Él no se había dado cuenta. Lo habría matado —alego justificando mi acción ante la desaprobación de mi madre, que, como es lógico, sólo quiere matarme a mí por haberle dado semejante susto.

Si es que en el fondo sigo teniendo instinto de poli. De nada me sirve haberlo dejado hace meses en pos de los pasteles y los panes. Además, ¿qué otra cosa podía hacer si la bala iba destinada al único hombre que me ha vuelto loca de remate?

—Diana, tu superior ha llamado diez millones de veces. La pobre Ana, de recepción, ha tenido que jurarle que estabas bien en todos los idiomas que conoce. Ha dado orden de que no te muevas de aquí hasta que termine la operación. Piensa que vas a estar más segura en el hospital. Incluso ha apostado a dos policías en la puerta, pero yo no puedo retenerte aquí por un rasguño en contra de tu voluntad, ¿tomamos una decisión?

Miro a mi madre, que observa la escena mucho más recuperada. Al fin y al cabo, aunque sabe que su hija es policía nacional, nunca la había visto salvar una vida, y mucho menos acabar tirada en el suelo con un balazo.

—¿Qué quieres hacer, Diana?

—Prefiero irme a casa. Sólo es una herida pequeña y necesito descansar en casa. ¿Le parece bien, doctora?

—Si los dos escoltas están de acuerdo, por mí, perfecto.

—¿Puede hacerlos pasar, por favor?

Casi me muero del alivio cuando he visto a los Picores aparecer por la puerta.

—¡*Quilla*, menudo *susto* que *hemos pasado*! ¿*Estás bien*?

—Mi paciente sólo presenta una herida superficial por lo que voy a darle el alta inmediatamente si a ustedes les parece bien.

—El comisario Albalate ha ordenado que te quedes aquí hasta que vuelva.

—Sabéis de sobra que no soy policía en activo y que no pienso obedecerlo. En este mismo momento me marchó a mi casa. Vosotros sois libres de seguirme o de quedaros aquí.

—Nos vas a meter en un problema, *quilla*... Tenemos órdenes de no dejarte salir.

—Es una decisión absurda y me la paso por el forro —les respondo mientras trato de ponerme la cazadora con la ayuda de mi madre—. Anda, no seáis pesados y dejadme salir.

—Si te vas, te acompañamos donde sea.

—Sois una tortura.

—No, *quilla*, es que *conosemos* al comisario y no queremos problemas. Ya nos ha llamado treinta y dos *veses*.

No sé si la cara con la que los he mirado ha sido suficiente para que se aparten, pero el hecho es que he conseguido salir del hospital, dejar a mi madre en su casa pese a sus múltiples protestas, llamar a mis amigos para asegurarme de que estaban todos bien y llegar a mi piso, donde pienso ponerme a amasar pan para olvidarme de que esta noche he estado a punto de ver morir al único hombre al que he querido.

* * *

—Deberías sentarte un rato, Diana.

—No puedo. Necesito estar haciendo algo. Albalate y los muchachos están en una operación muy peligrosa. No quiero imaginar que pueda

pasarles algo.

—Tranquila, Ricardo nos va informando por radio. Gato ha caído en el hotel y los *demás* ya están *arrinconados*. Todo terminará en breve. Anda, *quilla*, por *favor*, siéntate un poco y cómete un bollo de estos con nosotros.

—Prefiero hacer el pan de calabaza para mañana. Es uno de los que más gustan, y si estoy trabajando no pienso. ¿Estarán todos bien?

Sigo convencida de que, si dejo de amasar, voy a volverme loca de la preocupación.

—¿Todos o Conan?

Me vuelvo. No puede ser que ellos también se hayan dado cuenta.

—Todos, incluido Conan.

—Di, *quilla*, puedes contárnoslo ya. Sabemos desde hace tiempo, desde aquella cena de Navidad, que estás *chiflada* por él, o al *menos* que lo has *estado*. Lo tenemos *superado*.

Los miro con infinita paciencia. Así es imposible que me olvide de Víctor Albalate y de que, en estos momentos, a pesar de que no me quiera ni un poquito, está en medio de la calle en un tiroteo.

—¿Queréis probar ahora los de manzana con jengibre y canela?

No fui capaz de decir nada más en las dos horas siguientes. El murmullo de la radio de los Picores con sus códigos, sus frases susurradas y sus órdenes fueron unos ingredientes con los que no supe lidiar bien, y prueba de ello fueron los tres panes de calabaza que tuve que tirar a la basura porque, en lugar de echarles sal, volqué varias veces azúcar sobre la masa.

* * *

—¡¿Puede saberse qué demonios haces aquí?! ¿Qué fue lo que os ordené? Ésta es para abriros un expediente.

Un error de cálculo el mío: dejar la puerta entreabierto para no achicharrarnos con el calor del horno de leña, útil para no perecer por las altas temperaturas, pero propiciador de la entrada para Conan. Juro que, si no he muerto infartada en este preciso instante, es sólo porque me preocupan mucho más mis piernas. Tiemblan tanto por el alivio de verlo bien que no sé

si van a poder seguir sosteniéndome mucho más. Por suerte, el mal genio de Víctor me echa un cable y, ante el grito gutural que ha proferido al entrar, esa parte irreverente que habita en mí salta como un resorte bien engrasado.

—La decisión la he tomado yo, Albalate. ¡Y tampoco era necesario que dieras ese portazo!

—Y ¿quién coño te crees que eres para desobedecer una orden de tu superior?

—Te recuerdo que hace mucho que ya no eres mi superior, ni NADA —decido matizarlo bien para que no le quede ninguna duda.

¡Dios mío, qué alegría verlo de una pieza! Le pego un repaso rápido mientras él se acerca a mí con la cara de mala leche más imponente que le he visto nunca. Está para morirse con el esmoquin, aunque lo lleve medio roto y sin la pajarita. A mí qué más me da, si como más me gusta es desnudo.

—No hace falta que te aproximes tanto...

—Diana, joder, ¿por qué demonios te has puesto delante de la bala?

—Bah, habrá sido el instinto de poli. Debo de llevarlo aún encima.

Siempre me ha gustado el humor jocoso. Ostras, la bala no me ha matado, pero como Albalate siga avanzando así de rápido, acabo metida dentro del horno.

—No bromees con eso, podrían haberte matado —susurra con ese tono suyo nada gracioso.

—¡A ti también podrían haberte matado! —grito empezando a cabrearme.

—¡¡Comisario!! ¿Todo bien? —preguntan los Picores, creo que con la esperanza de disipar la tensión que se ha instalado en el obrador. Desde luego, si hoy sale bien el pan, será un auténtico milagro.

Conan decide no apartar los ojos de mí. Si lo hubiera hecho, sus siete rayos láser calcinadores habrían taladrado el horno y la batidora en lugar de traspasarme el alma. Suspiro, no puedo evitarlo. Ahora que todo parece haber pasado, por fin puedo coger aire. Quizá dentro de un rato pueda dejar de temblarme el peroné y el resto de mi anatomía. A lo mejor si Albalate dejara de respirar como si hubiera corrido en los sanfermines, también yo podría recuperar el aliento. Asimismo, es posible que, si se separara un poquito de mí y dejara de aprisionarme contra la pared, mi respiración fuera más

normalita.

—¿Por qué te has ido del hospital y has desobedecido mis órdenes? —
masculla sobre mi boca.

—Y ¿a ti qué más te da?

—¿Cómo que qué más me da?

—*Si eso, nosotros nos vamos yendo...*

—Si no te importa, creo que sería conveniente que te apartaras de mí. Los
Picores están hablando, y contigo casi encima... no puedo hacer nada.

—No pienso moverme de donde estoy.

—Estoy a punto de darte con la pala con la que saco el pan del horno, te
aviso. Verás como sí que te mueves, pero del sopapo que te voy a dar con
ella.

—Me encantas, Diana, juro que me encantas —ríe besándome ya.

Me pregunto yo que a quién le ha pedido permiso para hacerlo.

—¡Oleee, *ese comisario!*

—¡¡FUERA!!

—Pero, *quilla*, que *estamos esperando los bollos de mansana*.

—¡¡¡FUERA, PICORES!!! A ver si los que os tragáis la pala sois
vosotros. —Finalmente se marchan.

—No sé cómo puedes hablar si te estoy comiendo a besos.

—Se te olvida que soy mujer: puedo hacer mil cosas a la vez.

—Diana, cariño, la demagogia no te pega nada...

—¡No me llares cariño! —grito dándole un irrisorio empujón que lo
desplaza de mí, dos milímetros exactamente—. Cada vez que lo haces, sales
corriendo y desapareces.

—¿Ah, sí? —murmura mientras comienza a quitarse la chaqueta del traje.

—Sí, en Granada me llamaste «eso» muchas veces. Primero me dejaste,
luego volviste a decirlo y, al final, te fuiste. Cada una de las veces que nos
hemos besado o acostado, lo has dicho y... ¿de qué me ha servido? ¡Ya no me
lo creo! No pienso volver a caer en tus palabras bonitas, ni en tus besos. Ah,
y que sepas que ya no me provocas desnudo.

—¿Ah, no? —susurra mientras caen al suelo la camisa, la pistola, el
chaleco antibalas...

¡Un momento! ¿Chaleco?

—¡Eh, tú! Si encima llevabas chaleco antibalas, ¡me he puesto delante para nada!

—Para nada, no. Casi me matas del susto. Tardaré mucho tiempo en dejar de tener pesadillas con eso. En realidad, tardaré dos vidas, porque entre los sustos que me has dado y los meses que me tuviste pensando que te habías casado con Panocha...

—¿Pesadillas? Y luego la exagerada soy yo. —Decido obviar la segunda parte de su frase porque ahí sí que tiene razón—. Perdona, pero ¿qué haces?

—Te desnudo.

—Estás tú muy osado esta noche. El peligro debe de haberte confundido un poco, *comisario*. ¡Quítame las manazas de encima!

—No pienso hacerlo. Es más, mi intención es tocarte por todas partes...

—¡Tú flipas! ¿Por qué no tocas a la rubia con la que te pavoneas por ahí? ¿Te recuerdo que hasta hace unas horas ibas con ella enganchada a tu brazo? ¿Dónde la has dejado?

—Creo que, en estos momentos, no me importa lo que Irene esté haciendo.

No puedo con este hombre. Lo digo muy en serio. Está en medio de mi obrador, desnudo desnudísimo, mientras intenta por todos los medios dejarme en el mismo estado que él. ¡¿Será posible...?!

—Sabes que al final vas a caer. Me lo merezco después de todos los disgustos que me has dado.

¡MADRE MÍA! ¿DÓNDE ESTÁ LA PALA?

—¡Diana! ¡Suelta la pala!

—Albalate, repite eso si tienes pelotas.

Sí las tiene, llevo diez minutos viéndoselas... Me ha puesto tan nerviosa que estoy a punto de atizarle.

—Cuando sueltes la pala —responde muerto de risa.

De un puntapié, aparto su ~~arma~~ pistola de su alcance, con lo que queda desarmado. Ja..., eso no me lo creo ni yo. Madre mía, no sé ni lo que estoy pensando. ¿Cómo puede estar así de excitado en una situación como ésta? Y ¿de qué narices se ríe?

—¿Qué dices a eso, listo? ¿Ya te doy un poquito de miedo?

—Siempre me has dado mucho miedo. Desde el instante en que te vi, no he podido vivir tranquilo —gruñe con los brazos en jarras. No sé si está haciendo una exhibición de pene y aledaños o es que está empezando a cabrearse.

—Debes de tener la conciencia muy negra por todo lo que me has hecho pasar, aunque —he decidido hacerme la interesante nivel supremo— por fin puedo decirte que ya no sufro por tu culpa.

—¿Qué quiere decir eso, Diana? —pregunta con un tono de voz hasta ahora desconocido para mí—. ¿Ya no sientes nada por mí?

—¿Con todas las que me has hecho?

—Entonces —afirma mirándome a los ojos con infinita tristeza—, poco más puedo decir.

—¿Qué haces?

—Me visto.

—Eso ya lo veo, pero... ¿te vas?

—Y ¿qué pinto aquí? —replica con los pantalones ya puestos y la camisa a medio abrochar.

Medito. Medito a toda velocidad. Mis neuronas patinan de un lado a otro de mi masa cerebral, si es que me sigue quedando alguna parte en funcionamiento. Demasiadas emociones, demasiados sobresaltos, demasiado todo. Estoy agotada.

—Voy a sacar el pan del horno. No quiero que se queme —explico sin mover ni un solo dedo.

—Al menos sabes que siempre he querido lo mejor para ti, ¿verdad? —suelta cerca de la puerta después de haber recogido sus cosas en un tiempo récord.

Perfecto, cojonudo. Como se vaya así, voy a llorar. Mucho y durante mucho rato. Quizá meses. Encima, me he quedado muda. Con la pala en la mano, pero muda perdida. Es que, si hablo, grazno como una gansa de granja.

—Diana, por favor, di algo. No puedo irme así.

—Tengo que sacar el pan...

—Está bien.

¡Se ha ido! Miro por el suelo de mi panadería por si se ha dejado algo y así tengo una excusa plausible para salir corriendo detrás de él, pero no encuentro nada. Mierda, es tan meticuloso que jamás se olvida de nada. Es que me pone nerviosísima. Ahora lamento, y mucho, haber perdido la oportunidad de golpearlo con la dichosa pala. Saco el pan del horno, no vaya a ser que con tanto estrés acabe quemándose de verdad, y lo dejo encima de las rejillas para que se enfríe. Ni siquiera el intenso olor que invade mi obrador es capaz de hacerme reaccionar. Se ha ido, y esta vez sí que parece que es para siempre.

Decido ponerme a trabajar. Desde hace unos meses, maquinar nuevas recetas de bizcochos y galletas ha sido una medicina genial para no pensar. Esparzo la harina de centeno sobre la mesa de mármol y voy añadiendo, por instinto, los ingredientes que creo que mejor van a combinar con las semillas de cardamomo que acabo de echar. Espero que nadie se ponga a llorar comiendo estas magdalenas, al igual que sucedía en cierta peli que vi una noche y que me tuvo berreando durante las tres horas siguientes.

Me va berrear. Mira qué bien se me está dando ahora mismo. ¿Cuánto hace que se ha ido? ¿Cinco minutos? ¿Sólo ese tiempo? Parece que ha pasado un siglo. Lo peor es que, mezclado con los aromas de la panadería, su perfume se ha quedado flotando en el aire. Mierda, si es que yo lo quiero. Lo quiero tanto que, cuando he visto la bala camino de su corazón, no lo he dudado y me he tirado encima de él. ¿Cómo no iba a hacerlo? Menos mal que soy una enana a su lado y sólo me ha rozado el hombro, aunque me duele un poco. Madre mía, qué hartita estoy de lesionarme sin parar. Bueno, por lo menos esta vez no duele. Ya me duele bastante el coco de darle vueltas, porque, sí, me vuelve loca. Sí, ha desaparecido mil veces. Sí, es el único hombre con el que he sentido magia al hacer el amor. Sí, me pone histérica con su prepotencia. Sí, a todo. Pero ¡lo quiero! ¡Si por lo menos se hubiera olvidado algo aquí, podría haber ido detrás de él! ¿Empieza a ser éste un pensamiento recurrente? Estoy como una cabra del Himalaya. Una de esas cabras olvidadas en medio de las rocas. ¿Olvidadas? ¡¡Eh, SÍ se ha dejado algo!! ¡¡A MÍ!!

Abro la puerta como una loca y... me choco, para no perder la costumbre,

con un muro de ladrillos.

—¿Ibas a algún lado, Suárez?

—¡Conan! ¿Qué haces aquí?

—Antes me he dejado una cosa importante...

Mi corazón comienza a tocar como unos tambores siux, y ni siquiera me he dado cuenta de que no se ha extrañado de que lo llame Conan.

—¿Qué? No he visto nada.

—Te he dejado a ti, mi vida.

Tambores a mil por hora.

—¿Vas a volver a irte por la mañana? —le pregunto con lágrimas en los ojos, aunque por su forma de mirarme estoy segura de saber la respuesta.

—No pienso moverme de aquí nunca más —afirma con voz ronca.

—¿Estás seguro? —susurro junto a su boca, aunque para ello haya tenido que ponerme de puntillas—. No podría volver a decirte adiós, te quiero demasiado.

—Yo sí que te quiero, Suárez. ¿Puedo desnudarte ya?

—¿Antes de una explicación? Tú lo que quieres es que te dé con la pala...

Epílogo

(Escrito por Conan)

Desde siempre.

La he querido desde el primer instante en que la vi entrar, casi temblando, en mi comisaría, con esa coleta y el maldito uniforme, que se pegaba a cada poro de su piel como si formara parte de ella. Desde ese instante, no ha habido ni una sola vez en la que, al cerrar los ojos, su imagen no haya sido lo último que he recordado.

Diana..., mi Diana.

He intentado huir medio millón de veces, las mismas que conseguí acercarme. La mayor parte del tiempo era capaz de controlar mis sentimientos, esas ganas absurdas que tenía de besarla, de susurrarle al oído que me moría de amor por ella, pero en otras ocasiones..., ay, es que no podía. ¿Cómo huir de ese poderoso imán que me arrastraba hasta su boca? ¿Cómo he peleado por salir victorioso en esa batalla! Dominar mis instintos, separarla de mí, hacer cuanto estuviera en mi mano porque estuviera lo más lejos posible. Lo que al principio fue difícil se transformó en utópico cuando la besé en aquella guardia de Nochebuena. Bendita fiebre que hizo que ella lo olvidara, pero... ¿y yo? Jamás dejé de sentir el sabor de sus labios pegados a los míos. Ése fue el momento en el que vi que la guerra estaba perdida y que, por mucho que lo intentara, jamás iba a poder olvidarme de ella. Por eso la

cuidé durante la gripe. Fue difícil sin delatarme. Nos llevábamos tan mal... ¿Cuántos informes le hice repetir? ¿Cuántas malas caras, gritos y gestos desagradables tuvo que aguantar? ¿Y las flores? Habría arrancado cada pétalo con los dientes. ¡Qué rabia! Sí, de acuerdo, lo admito, llegué a pensar en darle las gracias a Carlos por haberla conquistado, ¡a ver si así podía quitármela de la cabeza!, pero... ya la había besado.

Entonces llegaron las detenciones, las batidas y las amenazas de muerte de los Garbaez hacia mi familia y hacia mí. Tener que hacer desaparecer a mis padres, a mi hermana y a mi sobrino cuando intentaron secuestrarlo en el colegio, vivir asustado la mayor parte del tiempo, convertirme en el puñetero objetivo de esos chalados. Llevar el cuerpo acorazado debajo del uniforme, del traje y hasta de la ropa del gimnasio. Ir siempre acompañado, escoltado por la agente de seguridad Irene Díaz, elegida adrede para despistar. ¿Cuántas veces he querido gritarle a Diana que no tenía nada con ella? ¡Todas! ¿Cómo explicarle que sólo me estaba protegiendo? Ella... y la patrulla que siempre andaba detrás de mí.

Y yo con esas ganas locas de besarla, de empotrarla donde fuera y de hacerle sentir cuánto la quería. A Diana, sólo a ella, a mi vida.

¿El viaje a Granada? Casi me muero cuando descubrí que me había metido de lleno en sus vacaciones justo después de una redada en el puerto. Uno de los Garbaez, el padre, había conseguido patearme la rodilla, pero logramos detenerlo. Una dura operación junto a las fuerzas especiales. Cuando vi que ella dormía en el coche, ya no supe distinguir si lo que me dolía era la rodilla o los pulmones por no poder respirar. Cuatro días con ella, menuda locura en el peor momento. Las amenazas se habían recrudecido después de la batida y me obligaron a quitarme de en medio, por eso continué con el viaje, a pesar de que estar junto a Diana iba a ser una tortura.

Toda mi voluntad se fue a la mierda en medio de las Alpujarras cuando la vi inmersa en aquel ataque de vértigo. ¡Cómo no protegerla, decirle que, mientras yo viviera, a ella nunca iba a pasarle nada malo! La cogí entre mis brazos y me negué a soltarla hasta que no tuve más remedio. Es evidente que podría haber evitado que durmiésemos juntos, de la misma forma que Diana podría haberlo hecho también, pero... ¡Dios!, sentirla junto a mí aunque

llevara tres capas de forro polar encima... Sonríó al recordarlo. Qué ganas de arrancarle la ropa, desnudarla y besar cada uno de los rincones de su cuerpo. Y eso fue lo que hice. ¿Lo mejor? Que ella me respondió. ¿Lo peor? Diana, siempre Diana. Nunca, jamás, había sentido lo que ella me hizo sentir. No sé qué removió en mi interior, pero comprendí que yo era hombre de una sola mujer y que ella era esa mujer: la mía, la única, aquella que amaría hasta el día en que muriera. Apartarla de mí después de haberle hecho el amor fue lo más duro por lo que debí pasar en esta vida, al menos, hasta ese momento. Luego hubo ocasiones peores, como el día en que la vi desmayada entre cristales en la joyería. Si no llegan a separarme de aquel delincuente, habría sido capaz de matarlo a puñetazos. Pero tuve que apartarla de mí, hacer que me odiara de nuevo.

Un mensaje de Irene Díaz al móvil me informó de que mi hermana los había llamado. Habían descubierto dónde se escondían y temían por su seguridad de nuevo. Por otro mensaje igual, me fui de madrugada y sin decir nada el día de Año Nuevo.

Sé que le hice daño. Pude verlo en sus ojos cuando nos encontramos en el cine pocos días después. Irene, mi escolta, mi guardiana, me acompañaba. Ella se encargaba de que yo no hablara con nadie en concreto para no levantar sospechas, para que los Garbaez no pudieran relacionarme con nadie y así no ponerlo en peligro también.

Tuve que confesarle mis sentimientos a Irene después del atraco de la joyería. No me quedó más remedio, después de que montara guardia conmigo quince días seguidos debajo de la casa de Diana cuando estuvo con la pierna escayolada. Incluso conseguí que se apiadara de mí aquella noche en que subí a verla. Habría sido mejor no haberlo hecho. Esa noche me enteré de que se casaba con Carlos. ¡Y yo que le había dicho a su madre en el hospital que confiara en mí!

Recuerdo que aquella madrugada deambulé como un imbécil por las calles. Irene, en silencio a mi lado. Después vino la rehabilitación. Llevaba muchos meses sin ir a ese gimnasio, me entrenaba en las dependencias de la policía, pero aquel día fui con la esperanza de encontrármela. Los policías lesionados siempre hacemos la rehabilitación allí. Un nuevo susto cuando la

vi en el estado en el que se encontraba por culpa de la gamberra de su abuela. Y vuelta al no dormir, al miedo, a la desesperación por no estar cuidándola. Por eso volví a caer, regresé a su casa como un yonqui que necesita su dosis de droga.

Sé que, para ella, todo aquello tuvo que ser absurdo, violento e incluso desesperanzador, pero no podía contarle lo que pasaba. Me estaba totalmente prohibido. Esa noche desobedecí todas las órdenes y me planté en su casa sin permiso. Una locura por mi parte, una barbaridad. Acababa de ponerla en peligro. Si no llega a ser porque Irene Díaz supo dónde encontrarme, es probable que me hubiera quedado junto a Diana el resto de mi vida, en ese piso, sin salir de allí. ¡Inconsciente! Prefería mil veces no verla a saber que podía pasarle algo a Diana. Por eso volví a marcharme después de haberle demostrado y dicho cuánto la quería. Y, claro, ella no me creyó. ¿Quién lo habría hecho?

El primer día que volvió a comisaría supe que para estar en el infierno sólo había que ir a trabajar. Ella parecía haber pasado página, mientras yo me consumía cada vez más. Empecé a oír hablar de una boda inminente e imaginé que era la suya. ¡Iba a ver cómo se casaba con otro tío! ¡Con otro que no era yo! La noche antes de «la boda», no pude soportarlo más y le pedí que no se casara. Idiota de mí, y malvada ella, que no aclaró mis dudas, aunque sé que me lo merecía. Después de aquella noche, desaparecí.

Cuando llegué por la mañana a casa, escoltado, cómo no, por Irene y por la patrulla habitual, encontré un paquete bomba en el buzón. Para todo el mundo, pedí una comisión. La realidad fue que tuve que desplazarme al sur de Francia hasta que consiguieron detener a todo el clan Garbaez.

Regresé dispuesto a comenzar una nueva vida. La primera sorpresa fue saber que Diana Suárez ya no trabajaba en la comisaría. Había pedido una excedencia. Fui a su casa y no la encontré, comencé a buscarla y tampoco. ¡Claro! Debía de haberse casado y marchado a vivir con Carlos a otra parte. Estuve tentado de investigar su paradero, pero eso tampoco habría sido justo para ella.

Cinco meses sin verla, ella casada, sin esperanza de volver a encontrarla y sin una vida. Me la había dejado el día que me marché por imperativo legal a

Francia. Los días fueron pasando, podría haberle preguntado a Gusano, a Ricardo, e incluso a media comisaría por ella, pero decidí no hacerlo. Debía cerrar ese libro, admitir que la vida me había puesto en una situación en la que no había podido elegir otra cosa y comenzar a trazar otros planes. Superarlo de una vez por todas y seguir adelante.

Entonces llegó la invitación para la boda de Gusano. Supe que la vería allí, por eso acepté. Me prometí a mí mismo que sería la última vez que tomaría una decisión basada en ella. Solamente necesitaba verla una vez más, sólo una. A partir de esa boda, me juré, todo iba a cambiar.

No obstante, la situación se precipitó mucho antes de lo esperado. La mañana anterior al enlace, Pollo Garbarez se fugó de la cárcel. La pesadilla volvía a mi vida. Gracias a un soplo, nos enteramos de que estaba escondido cerca de Pamplona, así que, teniéndolo vigilado, continué con mis planes, con una única excepción: Irene Díaz volvía a mi vida de nuevo. Por eso me acompañó a la boda.

Jamás seré capaz de explicar qué fue lo que sentí cuando vi a Diana. ¡Estaba allí! Siempre ha sido una belleza, aunque ella nunca lo haya sabido. Eso todavía la hacía más atractiva. Iba enfundada en un vestido rojo que ceñía sus pechos de una forma tan sensual que me hizo desearla desde el primer segundo. Estaba más que claro que no había sanado la adicción que su boca despertaba en mí. Aguanté como pude del brazo de Irene, cuando en realidad lo que más deseaba era tocar a Diana, besarla, acariciarla, apartarla de todo el mundo y susurrarle que me estaba muriendo al verla con el imbécil de Carlos, su marido. Bueno, un marido que en realidad no lo era, tal como supe horas después al verlo besar a Mafalda, la amiga de Diana.

Con la libertad que me daba el hecho de haberme quitado de encima el peso más grande de mi vida, me acerqué a ella, que había salido al hall del hotel. Mientras, Irene vigilaba toda la sala con sus enormes ojos azules despertando la admiración de la mayoría de los tíos del local, a los que les habría dado un infarto si hubiesen sabido que debajo de aquel vestido llevaba dos armas cargadas hasta los topes.

No llegué a tocar a Diana, sólo pude oír el sonido de tres disparos. El primero iba dirigido a mí. Los otros dos salieron de la pistola de Irene. Mi

corazón se paró con el primero cuando vi a Diana correr y ponerse delante de la bala que había sido disparada sólo para mí. Recuerdo haberle tomado el pulso con mis dedos manchados de sangre, haber gritado como el loco que acaba de ver cómo abaten al amor de su vida por su culpa, e incluso recuerdo haber salido corriendo a la calle con una de las armas que Irene me lanzó. La fortuna quiso que aquella noche Pollo muriera. Una de mis pesadillas había terminado.

Corrí al hospital, manchado, lleno de heridas tras una noche infernal en la que arrasamos definitivamente con todo el clan, pero ella ya no estaba allí, pese a que les había ordenado a los Picores que no la dejaran salir sin mi permiso. Desesperado, le saqué la placa a la pobre administrativa de la recepción del hospital y conseguí los datos y la dirección donde estaba Diana.

La habría matado a besos cuando la vi amasando el pan, con la puerta de la pastelería medio abierta y un hombro vendado. El olor a horno lleno de pan es lo único que recuerdo de ese primer instante frente a ella. Es probable que no compartamos lo mismo en la memoria. Dejó el pan a un lado, se lavó las manos, echó a los Picores sin dejarlos terminar el bollo que se estaban comiendo y me preguntó qué quería como si no tuviera delante a un poli vestido con esmoquin, desencajado, sucio y con pintas de querer estrangularla.

Sólo pude cogerla con todas mis fuerzas y besarla hasta que entendiera que no pensaba soltarla nunca más.

El resto de la historia ya sólo es nuestra. Desde aquella noche en que pude contarle toda la verdad han pasado tres años. Tres maravillosos años en los que hemos discutido, reído y hecho el amor miles de veces. Pasar el tiempo junto a ella, crecer juntos, es algo que me llena de amor todos los días. Verla dar a luz a nuestros mellizos, otro de esos momentos memorables en los que ella no dejaba de chillarme y yo sólo quería comérmela a besos, una vez más. Yo sigo con mi comisaría; ella, con sus pasteles ecológicos, y los dos juntos con nuestras peleas.

Ahora Diana, la mujer de mi vida, duerme al otro lado de la cama. Sé que si extendo un brazo, o quizá un pie, podría tocarla, pero, en medio, entre nosotros, Bruno y Martina sueñan a sus seis meses con bolas de colores.

Como veis, mis noches de guardia tienen otro sentido, pero cada vez que cierro los ojos sólo pienso cuándo y dónde voy a esconder mañana la campana de chocolate que sigo dejando en su mesa de trabajo. Comencé a hacerlo la primera Navidad de Diana en la comisaría. Creo que jamás supo que era yo, hasta que descubrió la primera que dejé en el obrador de su pastelería. Aquel día sonrió como nunca, y sé que por fin comprendió cuánto la quiero.

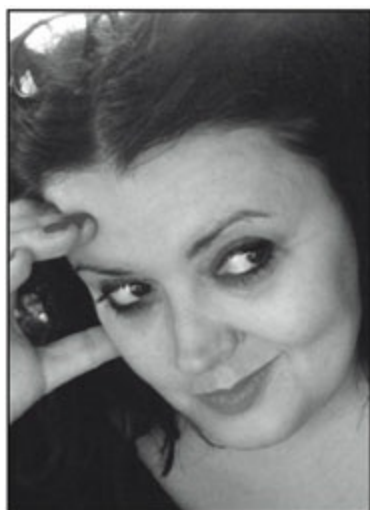
Feliz Navidad,

Víctor Albalate, *Conan*

Referencias a las canciones

—*Entre dos tierras*, Parlophone Spain, interpretada por Héroes del Silencio.

Biografía



Bruja piruja de nacimiento, siempre supe que lo mejor que podía hacer era escribir. Al principio sólo eran hechizos, poemas entrelazados y algún que otro sueño. Con el tiempo, mis pequeños encantamientos fueron convirtiéndose en novelas históricas-románticas, aunque de vez en cuando, para trabajar la gamberra que habita en mí, me gusta escribir comedias locas como la que tienes entre las manos.

Mis pócimas anteriores son: *Dónde está la luna*, *Lluvia sobre el corazón*, *Mauro*, *Mi secreto*, *Cotton Bride*, *Gaëlle* y *Sotto voce*.

Puedes seguir mis andanzas en:

<yolandaquiralte.blogspot.com, [facebook.com/yolanda.quiralte](https://www.facebook.com/yolanda.quiralte),
twitter.com/yolandaquiralte>.

Las campanas no son sólo para las iglesias

Yolanda Quiralte

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Enterlinedesign – Shutterstock e ilustraciones: ©Sophie Guët

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Lara Smirnov, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-08-18787-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

